

RAMON VILLARES, *ed.*

La
HISTORIA 94
en el

ha sido menos conmemorativa que en años anteriores, pero ha seguido centrada, casi de forma obsesiva, en torno a la memoria del siglo XX, de sus «extremos» y de sus grandes mudanzas.

AYER

18*1995

La
HISTORIA
en el **94**

Ayer es el día precedente inmediato a *hoy* en palabras de Covarrubias. Nombra al pasado reciente y es el título que la *Asociación de Historia Contemporánea* ha dado a la serie de publicaciones que dedica al estudio de los acontecimientos y fenómenos más importantes del pasado próximo. La preocupación del hombre por determinar su posición sobre la superficie terrestre no se resolvió hasta que fue capaz de conocer la distancia que le separaba del meridiano 0°. Fijar nuestra posición en el correr del tiempo requiere conocer la historia y en particular sus capítulos más recientes. Nuestra contribución a este empeño se materializa en una serie de estudios, *monográficos* por que ofrecen una visión global de un problema. Como complemento de la colección se ha previsto la publicación, sin fecha determinada, de libros individuales, como anexos de *Ayer*.

La *Asociación de Historia Contemporánea*, para respetar la diversidad de opiniones de sus miembros, renuncia a mantener una determinada línea editorial y ofrece, en su lugar, el medio para que todas las escuelas, especialidades y metodologías tengan la oportunidad de hacer valer sus particulares puntos de vista. Cada publicación cuenta con un editor con total libertad, para elegir el tema, determinar su contenido y seleccionar sus colaboradores, sin otra limitación que la impuesta por el formato de la serie. De este modo se garantiza la diversidad de los contenidos y la pluralidad de los enfoques. Cada año se dedica un volumen a comentar la actividad historiográfica desarrollada en el año anterior. Su distribución está determinada de forma que una parte se dedica a comentar en capítulos

separados los aspectos más relevantes del trabajo de los historiadores en España, Europa y Estados Unidos e Iberoamérica. La mitad del volumen se destina a informar sobre el centenar de títulos, libros y artículos, que el editor considera más relevantes dentro del panorama histórico, y para una veintena de ellos se extiende hasta el comentario crítico.

Los cuatro números próximos son:

Luis Castells	<i>La historia de la vida cotidiana</i>
Santos Juliá	<i>La II República</i>
Pedro Tedde	<i>El Estado y la modernización económica</i>
Enrie Uleeay Daeal	<i>La historia en el 95</i>

Marcial Pons edita y distribuye *Ayer* en los meses de enero, abril, junio y octubre de cada año. Cada volumen tiene en torno a 200 páginas con un formato de 13,5 por 21 cms. El precio de venta, incluido IVA, y las condiciones de suscripción, son:

Precios España:

suscripción anual: 7.200 pts.

Precios extranjero:

suscripción anual: 8.700 pts.

RAMON VILLARES, *ed.*

La
HISTORIA 94
en el

Ramón Villares
Guido Grainz
Heinz-Gerhard Haupt
António Costa Pinto

MARCIAL PONS
Madrid, 1995

Números publicados:

- 1 Miguel Artola, *Las Cortes de Cádiz*.
- 2 Borja de Riquer, *La historia en el 90*.
- 3 Javier Tusell, *El sufragio universal*.
- 4 Francesc Bonamusa, *La Huelga general*.
- 5 I. I. Carreras, *El estado alemán (1870-1992)*.
- 6 Antonio Morales, *La historia en el 91*.
- 7 José M. López Piñero, *La ciencia en la España del siglo XIX*.
- 8 I. L. Soberanes Fernández, *El primer constitucionalismo iberoamericano*.
- 9 Germán Rueda, *La desamortización en la Península Ibérica*.
- 10 Juan Pablo Fusi, *La historia en el 92*.
- 11 Manuel González de Molina y Juan Martínez Alier, *Historia y ecología*.
- 12 Pedro Ruiz Torres, *La historiografía*.
- 13 Julio Aróstegui, *Violencia y política en España*.
- 14 Manuel Pérez Ledesma, *La Historia en el 93*.
- 15 Manuel Redero San Román, *La transición a la democracia en España*.
- 16 Alfonso Botti, *Italia, 1945-94*.
- 17 Guadalupe Gómez-Ferrer Morant, *Las relaciones de género*.

La correspondencia relativa a la Asociación de Historia Contemporánea y sus publicaciones deben dirigirse a la Secretaría de AHC, Departamento de Historia Contemporánea, Universidad Autónoma de Madrid, Cantoblanco, 28040 MADRID.

Todas las peticiones, tanto de suscripciones como de ejemplares sueltos, han de dirigirse a:

Marcial Pons
Agencia de suscripciones
Tamayo y Baus, 7
Tel. 319 42 54 - Fax 319 43 73
28004 MADRID

© Asociación de Historia Contemporánea.

Marcial Pons. Librero

ISBN: 84-87827-21-7

Depósito legal: M. 12.208-1995

ISSN: 1134-2277

Fotocomposición e impresión: Closas-Orcoyen, S. L.

Polígono Igarsa. Paracucillos de brama (Madrid)

Indíce

<i>Introducción</i>	11
Ramón Villares	
<i>Fundación y crisis de la Italia republicana: historia, memoria e identidad.....</i>	17
Guido Crainz	
<i>Tendencias de la historia social alemana cinco años después de la reunificación.....</i>	35
Heinz-Gerhard Haupt	
<i>El fascismo europeo: entre el «neo» y la memoria.....</i>	49
António Costa Pinto	
<i>Criticas.....</i>	59
<i>Noticias.....</i>	145

Introducción

Ramón Villares

La historia construida por los historiadores, esto es, la historiografía, ha vivido el año 1994 con alguna mayor tranquilidad que en años inmediatamente anteriores, repletos de aniversarios, conmemoraciones y mudanzas que, como diría Alcalá Galiano, han «dejado molido» el mundo. Baste pensar en el año 1989 como ocasión para la celebración de un bicentenario de un acontecimiento forjador del mundo actual, aunque súbitamente haya quedado diluido -¡signo de la velocidad de los tiempos que corren!- por los efectos de la caída del muro, hasta el punto de que casi haya pasado inadvertido el período más crucial de la revolución, como fueron el año II y la reacción de Thermidor. Y en el ámbito más cercano de nuestra común cultura iberoamericana., el año 1992 también aportó granados, si bien tampoco muy fecundos, frutos historiográficos. El año 1994, que acabamos de cerrar, ha sido un período de cierta calma historiográfica, alguna reflexión original y mucha repetición obsesiva sobre nuestra memoria de la historia del siglo XX y de sus catástrofes. Y también de nuestros propios complejos y desviaciones culturales, alentados por una mala conciencia que malamente se expresa con ese comportamiento de aspiración canónica de ser «políticamente correcto».

Una necesidad de exorcizar viejos fantasmas también ha arribado a los confines de la historiografía. Pues las celebraciones recientes de la liberación del campo de Auschwitz, o la taquillera película de Spielberg sobre la figura de Oskar Schindler, no han contribuido sino a integrar en nuestro universo de la realidad «mediática», en la

que, por veces, habitamos, uno de los hechos más sobresalientes del siglo: el fascismo como expresión de intolerancia, de opresión de hombres y pueblos, de irracionalismo de efectos tan devastadores moralmente como sorprendentemente modernos en sus manifestaciones, que, a pesar de todo, pueden ser digeridos, e incluso justificados, por nuestra sociedad poscapitalista. Pensemos en la posición del Mitterrand de la época de Vichy o en los acontecimientos italianos de todo el año pasado, que nos recuerda más adelante Crainz. Ha sobrevenido, sin apenas darnos cuenta, un desvelamiento de tabúes o, dicho más crudamente, una constatación de un supuesto pecado original transgresor de nuestra convencional virginidad.

Quizá por eso la mejor obra que reúne los requisitos precisos para convertirse en libro de referencia del año pasado sea The Age of Extremes, de Eric J. Hobsbawm, por su capacidad -largamente reconocida- de ofrecer una interpretación global de nuestra última centuria con un leit motiv conductor de su argumentación basado, precisamente, en el reconocimiento de nuestro siglo bajo el signo de la catástrofe y, por ende, de un cierto fracaso colectivo. Quizá no sea para tanto, pues, visto de otro modo, también éste ha sido el siglo de la liberación de media humanidad de los umbrales medievales en que vivía, como el propio Hobsbawm no deja de reconocer, y ha conocido este «corto» siglo XX una extraordinaria «edad de oro» en los años cincuenta y sesenta.

y de algunos puntos centrales de esos «extremos» que caracterizan el siglo actual se ocupan los ensayos introductorios de este número de AYER. Pues tanto la reflexión de Haupt sobre la historia social alemana, que toma aliento de los efectos de 1989, esto es, del fin del siglo XX en la propuesta de Hobsbawm, como los artículos de Crainz y Costa Pinto inciden sobre un aspecto fundamental: ¿cómo ha influido en nuestra conducta presente la experiencia de la época de entreguerras? Sea el caso de la fundación de la Italia republicana, hoy ampliamente puesta en cuestión, sea el papel jugado por un cierto revival de los fascismos a la procura de un lugar al sol en esta era de pensamiento confuso, débil y, en consecuencia, banalizador. La memoria es la palabra clave. Y, sin embargo, estamos en un momento histórico poco amante de la historia, del pasado que nos diferencia como especie y nos permite pensar en el futuro. La laminación de la memoria se hace, precisamente, abusando de su uso, haciendo de su exceso avasallador un instrumento inútil. El «surco de

la memoria», para decirlo con Lledó, germina de un modo anárquico, sin atenerse a razones. Es obvio que la cultura actual y sus perplejidades están llamando a puertas que los historiadores deberíamos abrir. La pregunta es si realmente tenemos alguna llave en la mano.

La respuesta es que, al menos parcialmente, disponemos de algunas herramientas, pero no siempre nos damos cuenta cabal de ello. Basta ver buena parte de la producción historiográfica reciente para observar que hay algunos temas recurrentes: las relaciones entre los pueblos, las manifestaciones nacionales, la curiosidad por los regímenes autoritarios y una cierta tendencia a recurrir a las figuras individuales para explicar el curso de la historia. Sin apenas darnos cuenta, los historiadores estamos dando una visión del pasado que poco o nada tiene que ver con la de hace diez años. Luego, la historiografía está más en la «onda» de lo que ella misma es capaz de suponer. Quizá no sea éste más que un modesto consuelo.

Un breve repaso por la actualidad historiográfica y por las preferencias o gustos de los consumidores de historia podría ayudarnos a fundamentar este diagnóstico. A fines del año 1994 el Times Literary Supplement (TLS) solicitó de treinta y tres escritores, generalmente colaboradores suyos, una selección de los libros del año que, a su juicio, más los hubieran impresionado. La presencia de historiadores y, en general, científicos sociales entre los encuestados es minoritaria (la figura de Weber sería la más relevante), pero la tendencia parece evidente. Entre los libros que podemos considerar propiamente historiográficos, o bien se señalan obras de historia social (Porter) o de metodología (Thuillier/Tulard), o bien se centra el interés en libros como el de Fest sobre el camino seguido hasta la conjura contra Hitler en 1944. Estas preferencias también parecen ser las predominantes en una valoración más general que, relativa al conjunto de las universidades británicas, publicaba en el verano pasado la revista History Today. Los gustos de los estudiantes se centran, a juicio de algunos profesores consultados, en la historia social y cultural, las guerras mundiales, el nazismo y, por descontado, las «nuevas historias» servidas en «viejos odres», como son las historias de género. De este estado de cosas, no siempre perceptibles para nuestra retina, más acostumbrada a la lontananza y a la luz difusa de los horizontes lejanos que nunca conseguimos atrapar, es de lo que hemos querido dar cuenta.

El formato de este número de la revista no se aparta apenas del diseñado por otros coordinadores para las cuatro entregas precedentes sobre esta misma materia. Se compone de una parte introductoria de carácter un poco más general sobre problemas historiográficos concretos y, de forma extensa, de un número razonablemente elevado de recensiones y noticias breves, no siempre de confines claros. La elección de los temas ya ha sido parcialmente explicada, al considerar como especialmente definitorio del año 1994 esta suerte de reviva} sobre los fascismos y sus consecuencias sobre nuestro presente. Bien es verdad que ello no es todo, y que el conjunto de los libros seleccionados para su comentario o noticia no se atiene estrictamente a esta consideración. Pero entre las opciones posibles, ésta parecía la más congruente.

La elección de los autores viene determinada, además, por la consideración de dar cabida a voces historiográficas nuevas o que abordan campos menos atendidos en otros números anteriores. Vistos en su conjunto, los cinco números de la revista que ya se han ocupado de este repaso historiográfico anual presentan un resultado bastante equilibrado, pero, frente a la superior presencia de autores y reflexiones de procedencia hispana o anglo-francesa, se ha optado por otros ámbitos historiográficos no menos vitales en la actualidad, como son el portugués, italiano y alemán. Lamentablemente, la intención de dar cuenta de algunos aspectos de la historiografía de la Europa oriental no pudo ser satisfecha, de modo que la dejamos como causa pendiente para años venideros.

En lo que respecta a la selección de libros recensionados, no me reiteraré en protestas, ya sabidas, de dificultades de acceso a ciertas obras extranjeras, de ignorancia de muchas otras y de imposibilidad de hallar el glosario adecuado. Me contentaría con que se admitiese que, si bien no están todos los que son, sí que son todos los que están. El resultado final es uno de los posibles, y de su mérito o desacuerdo no me cumple a mí hacer valoraciones, sino sólo, que ya es bastante, asumir responsabilidades.

A pesar de todas estas limitaciones debo advertir que este número de AVER es el fruto de un amplio trabajo colectivo en el que se mezclan sugerencias de muchos colegas, sesgos -no queridos, desde luego- del coordinador y aportaciones, también variadas, de muchos contemporaneistas a los que mis demandas de colaboración debieron de parecer algunas veces algo extemporáneas y urgentes más

por Cronos que por Clio. Mi agradecimiento a todos ellos, firmantes o no de las recensiones y noticias que aquí se publican. Gratitud expresa debo de manifestar hacia mis colegas de esta Universidad, Justo G. Beramendi, X. Balboa y Lourenzo F. Prieto, por su ayuda material e intelectual en la preparación de este trabajo, aunque debo mencionar de modo especial la labor de X. M. Núñez Seixas, por su empeño, felizmente conseguido, de incorporar debidamente a este número la historiografía en lengua alemana.

Fundación y crisis de la Italia republicana: historia, memoria e identidad

Guido Crainz

Es fuerte la tentación de limitar algunos aspectos del reciente debate historiográfico italiano, aquel más «ruidoso» y más visible en las páginas culturales de los periódicos y en los escaparates de las librerías, a los hechos y a las cuestiones políticas de los dos últimos y densísimos años. La creciente y avasalladora cantidad de obras que cuestionan la identidad nacional o que realizan balances concluyentes sobre la primera república parece estar en relación muy directa con manifestaciones epidérmicas del debate político, más que con las mudanzas que se hallan en el fondo de aquéllas. Mudanzas que han desembocado en la caída de algunos partidos que habían sido decisivos en la historia de la Italia republicana (en primer lugar, la Democracia Cristiana y el Partido Socialista) y que, al mismo tiempo, han presenciado el (¿resistible?) nacimiento de la Liga Norte de Umberto Bossi y del *fenómeno Berlusconi*, así como, cincuenta años después de la caída del fascismo, la entrada en el gobierno italiano de miembros de un partido neofascista (a punto, se afirma, de transformarse en «posfascista»).

Aunque muchos productos editoriales, realizados de forma apresurada, abonan esta impresión de superficialidad del análisis de la situación política actual, también es posible hallar, acerca de estos asuntos, algunos filones que van más allá y que permiten una reflexión de significativo peso historiográfico.

La cnsls de la Italia fascista dentro del drama de la Segunda Guerra Mundial y del conflicto armado de la Resistencia; la posibilidad de fundamentar o no sobre la resistencia antifascista la identidad, tradicionalmente débil, del país; la naturaleza de la Italia republicana; la relación entre los últimos cincuenta años y el conjunto de la historia nacional, una historia que nace con el problema abierto por D'Azeglio con su conocida frase de *jare gli italiani*. Acerca de estas grandes cuestiones historiográficas es posible recoger algunas novedades y estimulantes contribuciones y enhebrar algunas reflexiones pertinentes a partir de libros o congresos recientes. Reflexiones y contribuciones que se han extendido, a veces, hacia temas todavía más generales que los aquí mencionados, situando los acontecimientos italianos en el seno de la historia europea (y no sólo europea) y encontrando con frecuencia útiles respuestas en los debates historiográficos de otros países.

A un episodio central de la Italia contemporánea, esto es, a la crisis de 1943-1945 y a la naturaleza de la resistencia antifascista que funda la república, está dedicado el libro probablemente más significativo de la producción historiográfica de los últimos años: el de Claudio Pavone, *Una guerra civile. Saggio storico sulla moralità nella Resistenza* ¹. Publicado a fines de 1991, el libro ha suscitado un amplísimo debate, cuyo eco se ha sentido todavía con fuerza en este año 1994, ha estimulado ulteriores reflexiones y abierto caminos para la investigación.

La hipótesis de partida del libro ya venía a remover esquemas interpretativos muy consolidados, pues ponía en cuestión una lectura de la Resistencia como una guerra de *liberación nacional* que valoraba únicamente el aspecto de ser aquélla una lucha contra la ocupación nazi, que apenas prestaba atención a las transformaciones sociales más generales y que, sobre todo, reducía a la condición de colaboracionista la mussoliniana república de Saló, como si ésta no hubiese formado parte también de la historia general del fascismo italiano: el primer fascismo que se consolidó en Europa.

¹ La voluminosa obra, de más de 800 páginas, publicada por el editor Bollati y Boringhieri en 1991, ha tenido una amplia difusión y ha sido reeditada este año en edición económica. Siendo imposible dar cuenta de las múltiples reseñas aparecidas en periódicos y revistas científicas italianas, me limito a señalar aquí la reseña de Martí Marin i Corbera, aparecida en *Recerques*, 28 (1994).

Tomando distancias de esta interpretación, y profundizando en un discurso historiográfico desarrollado durante muchos años, Pavone sugería prestar atención, dentro del fenómeno de la Resistencia, al entrelazamiento y a la coexistencia -coexistencia que, a veces, se aloja incluso dentro de los mismos individuos- de tres modos de entender la Resistencia, en suma, de tres *guerras*. La guerra *patriótica*, de liberación nacional contra los invasores nazis; la guerra de *clase*, impregnada de aspiraciones y esperanzas más amplias, proyectadas intensamente hacia el «después» de la misma, y la guerra *civil*, contralos fascistas de la república de Saló. Este último punto, admitido por muchos de sus principales protagonistas, pero progresivamente descartado, es el que había suscitado en los años precedentes, a medida que Pavone iba explicitando sus tesis, las reacciones más fuertes, sobre todo por parte de la historiografía comunista más tradicional.

Para explicar esta reacción no se cuenta sólo con que este término haya sido usado por los fascistas, en un uso dirigido a equiparar las dos partes opuestas, sino que detrás del prolongado abandono de este concepto en el seno de la cultura y la conciencia de izquierda y del antifascismo se encontraba, al menos de modo superficial, el conjunto de vínculos y de rupturas que implica el concepto de «guerra civil». Porque, ciertamente, es más tranquilizador basar la república en una gloriosa y unitaria guerra de liberación nacional, exenta de las dramáticas implicaciones de una guerra civil. Puede ser interesante, pues, intentar analizar por lo menos algunas de las «líneas de fuerza» del libro de Pavone que lo han convertido en punto de referencia obligatorio para una reflexión de carácter más global, no limitada únicamente a la Resistencia.

Un primer aspecto está vinculado a la relevancia que el libro concede al momento de la *decisión* que los italianos de 1943-1945 hubieron de tomar, o eludir. Y esto significa no sólo la elección del campo donde intervenir, sino, previamente, la propia opción de «entrar en el terreno de juego». Por esta vía adquiere consistencia la obsesión del libro sobre los problemas éticos y sobre cuestiones existenciales relacionadas con la propia elección; pues no en vano el subtítulo del libro es el de «Un ensayo histórico sobre la moralidad en la Resistencia», que era, y no por casualidad, su título primitivo. Pero también por este camino, reconstruyendo los recorridos que llevan al momento de la toma de decisión, el libro se presenta como un gran

inventario de las distintas culturas que atraviesan el país y analiza la Resistencia como un «momento de tránsito», impregnado de implicaciones, entre su pasado y su futuro. El pasado inmediato es, naturalmente, el advenimiento del fascismo; desde este punto de vista, escribe Pavone, la Resistencia «puede considerarse como la recapitulación y el desarrollo final, bajo el manto de la ocupación nazi, de un conflicto abierto en 1919-1922» (p. 256).

Al mismo tiempo, sin embargo, aquel mismo conflicto se remitía a una historia de más largo alcance, al provocar la emergencia de «fracturas, resentimientos, viejos deseos de venganza, concepciones antagónicas del hombre y de la nación italiana de muy profundo aliento» (p. 266). Venían, de este modo, a compararse y enfrentarse concepciones diferentes de la identidad nacional, por cuya razón lo que estaba en juego en el conflicto de 1943-1945 eran las modalidades de aquel «hacer a los italianos» que de forma transversal atraviesa toda la historia nacional.

Entre los méritos más relevantes del libro de Pavone se encuentra, indudablemente, la capacidad de reconstruir, a través de una enorme cantidad de fuentes (textos literarios, documentos, testimonios, memorias...), los mil fragmentos de la identidad nacional, tal como se presentaba en la «prueba» de 1943-1945. Y está también su capacidad de llegar, a partir de una multiplicidad de argumentos concretos, a la gran cuestión que estaba en juego, y que pesa como una losa sobre el «después», sobre la república que tiene sus fundamentos en la propia Resistencia. Esta es una cuestión explicitada con vigor en un breve capítulo que tiene precisamente como título «A la reconquista de la identidad nacional», en el que se resumen algunas de las preguntas que se hacían a los italianos a la altura de 1943: «¿Quién había sido derrotado en la guerra fascista librada entre 1940 y 1943? ¿Solamente el fascismo? ¿O el Estado italiano con el que se había identificado el fascismo? ¿O incluso la propia Italia como entidad históricamente definida?» (p. 169). Por consiguiente, lo que se pone en discusión en el conflicto armado que se halla en la base de la república son dos visiones de Italia, dos modos de «ser italianos». y no es un debate o enfrentamiento que se cierre definitivamente en aquel momento.

Fruto de una investigación de muchísimos años, el libro de Claudio Pavone ha llegado «involuntariamente» en el momento oportuno. Ha venido a quitar armas y argumentos a la posible reaparición de

viejas campañas tendentes a difuminar los confines de la oposición fascismo/antifascismo; ha convertido en mucho más difícil la tarea de quienes abiertamente pretendían enterrar el paradigma antifascista junto con la vituperada primera república, y, sobre todo, ha puesto de manifiesto las implicaciones de una larga etapa de aquel paradigma: su relación con la historia profunda de la nación y con su modo de ser.

Un episodio reciente ha venido a confirmar la buena sazón de propuestas culturales de alto nivel sobre estas cuestiones y también ha permitido comprobar la sensibilidad de un país quizá menos proclive al olvido de lo que a veces se puede llegar a creer. Se trata del episodio televisivo que tuvo lugar la noche anterior al 25 de abril de 1994 -**que** es el día de fiesta nacional conmemorativa de la caída del fascismo y de la liberación de Italia en 1945-, en el clima político producido por el triunfo electoral del «rey de las televisiones», Silvio Berlusconi, y por la entrada en el gobierno -**por** primera vez en la historia de la república- del neofascista Movimiento Social Italiano (MSI). La primera sesión del programa *CombatfiLm*, profusamente anunciado, consistía en la emisión (desde la RAI Uno, primer canal de la televisión pública) de un documental realizado por operadores del ejército americano durante los años 1944-1945. Su montaje y el comentario de sus imágenes no dejaban lugar a dudas: se lanzaba sin equívocos un mensaje de *equiparación* de las dos partes en conflicto: «Los muertos son todos iguales», repetía machaconamente el presentador, mientras un invitado del programa ensalzaba sin ambages a los «mártires de la república de Saló».

Más allá de la colosal vulgaridad de los autores del programa, que todos lo rotativos italianos ponían en evidencia al día siguiente, era el contenido en sí lo que provocaba las reacciones más variadas 2.

² Estos son algunos de los títulos de artículos que aparecen en primera página el 27 de abril, en dos importantes cotidianos italianos: PIRANI, MARIO, «Fascismo y Resistencia, iguales para la RAI...», en *La Repubblica*, y VALIANI, LEO, «Las condenas de la historia», en *Il Corriere della Sera*. Ambos periódicos publican también opiniones de distintos historiadores, sustancialmente de acuerdo en criticar con dureza la emisión y en subrayar los errores históricos más evidentes (a veces, auténticas illeteduras de pata). Por su parte, *La Stampa*, del 28 de abril, publica un agudo editorial de Barbara Spinelli titulado «La televisión e Italia enferma», en el que se puede leer: «En pocos días ha cambiado el clima en Italia. Hay un clima de banalización del ventenio que duró el fascismo, de libertinaje verbal... de licencia absoluta para hablar... Muerta la primera república, todo se vuelve posible, todo se permite, como en las novelas so-

Fueron estas protestas las que obligarían a la RAI a modificar radicalmente la presentación de las sesiones sucesivas, con un mayor respeto a la seriedad y a la historia³, y las que empujarían al periódico *IL Manifesto* a promover una manifestación nacional en Milán a favor del 25 de abril, que contó con la adhesión de la mayor parte de las fuerzas políticas (incluida la Liga Norte de Bossi) y una participación de masas como no se había visto desde hacia muchísimos años. Es un episodio, si se quiere, de crónica, pero no parece posible prescindir de él aquí, por el entramado entre medios de comunicación e historia, o mejor por el peso que tiene en la actual coyuntura italiana «el uso público de la historia» en el sentido que le ha atribuido Jürgen Habermas⁴.

Por lo demás, no es casual que uno de los primeros congresos históricos organizados (otoño de 1994) dentro de las celebraciones previstas para conmemorar el cincuenta aniversario de la liberación se haya articulado en torno a dos secciones: la primera tenía el propósito de encuadrar la violencia de los años 1943-1945 en un contexto de más amplio alcance y tenía como tema: «Rebelión, violencia y represión en la historia de Italia entre los siglos XIX y XX»; la segunda, dedicada a estudiar la relación entre «la investigación histórica y el sentido común historiográfico», se centraba más concretamente en el tema: «Comunicaciones de masa e historia», y fue allí donde se pudo ver un debate entre historiadores como Mario Isnenghi y estudiosos de los *mass media* como Giovanni Cesareo⁵.

bre crímenes de Dostoievski. El fascismo es una opinión como cualquier otra: discutible. La resistencia, también; fue una opinión, no más legítima que otra.»

³ Nuevas pero más atenuadas polémicas se han suscitado a partir de la segunda serie del programa, emitida recientemente (diciembre de 1994), que ha contado, sin embargo, con la revisión del historiador Piero Melograni.

⁴ Habermas ha utilizado dicho término, como es sabido, con ocasión de la *Historikerstreit* en la Alemania de los años ochenta, en la que se ha puesto en contra de la interpretación del nazismo y del holocausto que hacían los historiadores «revisionistas» alemanes.

⁵ El congreso ha tenido lugar en Belluno (6-7 de octubre de 1994) por iniciativa del *Isúto 8/orico Bellunese della Resistenza e del'età cOftemporáflea*. No pudiendo dar cuenta de todos los congresos que se desarrollarán desde ahora hasta la primavera de 1995 en las distintas regiones italianas, me limito a mencionar el que se considera como su broche, que estará dedicado al tema de «La guerra partisana en Italia y en Europa», organizado por el *Istituto NazioTwle per la Storia del'vlovimen'o di Liberaziofle in Italia* y por la *FOfldazione Micheletti*, que tendrá lugar en Brescia los días 22-24 de marzo de 1995.

Fundación y crisis de la Italia republicana

Debido a algunos aspectos, como se ha sugerido, la reflexión sobre 1943-1945 ha obligado a situar lo acontecido en Italia en contextos más generales y, además, ha propiciado el diálogo con estudiosos de otros países. En primer lugar, el hecho de reconocer en el interior de la Resistencia italiana la presencia de elementos de guerra civil ha llevado a una reflexión más general sobre las características de las guerras civiles en la época contemporánea. Reflexión ligada a la necesidad de analizar el pasado con categorías más adecuadas, pero estimulada también por el peligro actual de nuevas guerras civiles, bien reales (caso de la ex Yugoslavia), bien simplemente posibles. Lo observa Gabriele Ranzano ⁶ en la densa introducción de un reciente libro que justamente está dedicado, como nos recuerda el subtítulo, a las «guerras civiles en la edad contemporánea». Esto constituye el punto de encuentro (quizás un primer acercamiento) del debate de diversos estudiosos que se han enfrentado a realidades diferentes.

En primer lugar, se ha comenzado por discutir la pertinencia de aplicar la categoría de guerra civil, e incluso el «estatuto» de este concepto, para momentos diferentes: desde la Francia de 1789 y, después, del siglo XX hasta la revolución americana; desde la España de 1936-1939 hasta el caso de Italia en 1943-1945, o los conflictos de Africa en el período poscolonial. No es éste el lugar para detenerse sobre los diversos aspectos de este debate, ni sobre la cuestión más genérica que aparece abierta en el fondo y que se refiere al objetivo mismo de la discusión y a su finalidad: la definición de un modelo de «guerra civil contemporánea» -en cuyo caso, con qué «inclusiones» y qué «exclusiones»- o, más modestamente, la delimitación de un instrumento interpretativo que pueda hacer patente lo que de otro modo quedaría oculto. Se puede añadir que tal debate ha continuado en 1994 con un coloquio internacional celebrado en Francia sobre el tema: «La guerra civil, entre historia y memoria» ⁷, lo que supone la

⁶ RANZATO, G., «Un evento antico e un nuovo oggetto di riflessione», en RANZATO, G. (coord.), *Guerre fratricide. Le guerre civili in età contemporanea*, Bollati e Boringhieri, Turín, 1994. El volumen se divide en tres secciones: 1. «Los caracteres de la guerra civil contemporánea» (con artículos de Vila, Martín, Pezzino, Pavone y Delgado). 2. «Entramado de las causas y raíces profundas» (Valtz Mannucci, Uccley da Cal y Triulzi). 3. «Formas y representaciones de la violencia» (Corbin, Ranzato, Di Cori e Isnenghi).

⁷ El congreso se ha desarrollado en Le Hoehe-sur-Yon (Francia) del 13 al 15 de octubre de 1994, promovido por un comité científico compuesto por Martín, Ranzato, Rouso y Uccley da Cal.

incorporación de otro asunto problemático que discurre, a través de múltiples reflexiones, en relación a muy diferentes objetos historiográficos.

El mismo tema, el nexo entre historia y memoria, ha estado en el meollo del congreso que, teniendo como objeto general la catástrofe de la Segunda Guerra Mundial, ha constituido quizá la ocasión de confrontación científica más densa del año 1994. El congreso ha tenido lugar en Arezzo del 22 al 24 de junio de 1994 y tenía como título *«In Memory. Para una memoria europea de los crímenes nazis»*.

La propuesta científica de la reunión, debida a la pluma de Leonardo Paggi⁸, después de haber señalado que «la memoria es una construcción política que cambia según las evoluciones de la identidad» (p. 181), acababa por indicar el núcleo del problema que el congreso debía afrontar: la total incapacidad de la cultura europea para elaborar una memoria propia de la grande y trágica experiencia de la Segunda Guerra Mundial, quizá también por la permanencia de formas de memoria del nazismo que han sido fijadas «por las dos grandes narrativas construidas por las potencias vencedoras», los Estados Unidos y la Unión Soviética. Tras un progresivo desgaste, continúa observando Paggi, ambas narrativas entran en crisis con el 1989. Entra en crisis la «aproximación legalista americana, tal cual se define con el proceso de Nuremberg», basada en el castigo ejemplar, pero que, al mismo tiempo, «deja caer definitivamente cualquier prop(ósito) de asumir la existencia de una culpa colectiva», favoreciendo el proceso de inserción de Alemania occidental en el bloque anti-soviético, y entra en crisis —de un modo todavía más radical, se debería añadir— la «aproximación política soviética», dirigida a presentar el nazismo como una «consecuencia inevitable de una sociedad capitalista» y, por tanto, a legitimar también por este camino la construcción de las democracias populares de la segunda posguerra y, en primer lugar, de la propia República Democrática Alemana (pp. 182-183).

La crisis de estas dos grandes interpretaciones pone al descubierto las simplificaciones de que se han alimentado, así como la crisis

⁸ PAGGI, L., «Per una memoria europea dei crimini nazisti dopo la fine deHa guerra fredda». Texto que ha sido distribuido profusamente entre los historiadores italianos y extranjeros y que ha sido también publicado por algunas revistas: por ejemplo, *Passato e presente*, 32 (1994), e *Storia e problemi contemporanei*, 13 (1994), pp. 181-198, de donde tomo las citas.

de los dos grandes bloques «deja un lugar para una fortísima emergencia del *pluralismo* europeo» en sus muy diversas connotaciones. Precisamente en este marco es donde queda totalmente abierta una interpretación, espeditamente europea, del nazismo como *lieu de memoire*, en el sentido que le atribuye Pierre Nora. Tanto más abierta, subrayará todavía Paggi retomando y poniendo al día estos temas en el informe introductorio presentado en el congreso, cuanto más estamos ante un «revisionismo historiográfico» de implicaciones nada «ingenuas»: esto tiende a disolver la magnitud de la transformación que se realiza en 19-15 y, en sustancia, a «poner entre paréntesis» la catastrófica confluencia en la que desemboca la «modernización que caracteriza, sobre todo en los años treinta, el conjunto de los regímenes autoritarios europeos, desde el alemán al rumano», y, añade Paggi, la no menos «arrolladora modernización stalinista».

La exigencia global de enfrentarse, con herramientas poco simplistas, a la catástrofe de la Segunda Guerra Mundial y del nazismo conduce de inmediato a la necesidad de superar uno de los aspectos de las simplificaciones precedentes: la divergencia que se ha establecido entre «conmemoración» (memoria pública) y memoria privada. y al propio tiempo, la de comprobar la existencia, en formas diversas, dentro de las mismas comunidades (desde las nacionales hasta las de pequeños pueblos) de una «memoria dividida» que va más allá de las múltiples «tendencias a la amnesia» y al olvido.

Sólo es posible mencionar aquí las líneas maestras del congreso, que se ha organizado en grandes secciones de significativo enunciado: «Los límites de la memoria pública»; «Relatos de “masacres ordinarias” en Europa»; «Mujeres y familia en la catástrofe de la Segunda Guerra Mundial»; «Memoria y olvido: para una política de la memoria, hoy»; «Etnia y ciudadanía. La memoria del nazismo y la constitución de un pluralismo europeo». Han participado, en una densa alternancia de ponencias y debates, gran número de historiadores italianos y extranjeros con contribuciones que hadan referencia a la experiencia de Europa occidental, pero también a aquella, tradicionalmente menos investigada desde esta óptica, de la Europa oriental ⁹.

⁹ Cabe mencionar entre los participantes a Woolf, Pavone, Hobbsbawm, Thompson, Collotti, Maier, Mayer, Rossi-Doria, De Grazia, Friedlander, Ranzato, Ginsborg, Browning, Gillis y muchos más.

El otro gran filón del debate historiográfico reciente se ha referido, como ya se ha apuntado, al conjunto de la Italia republicana. Por una parte, mediante la profundización de algunos campos de investigación y de reflexión ya roturados en años anteriores, y por la otra, gracias a la eclosión de productos de ocasión, unas veces firmados por alguien competente, pero menos competentemente escritos, y otras, mezclas de artículos diferentes «unificados» más o menos artificialmente por un título atractivo. Y, naturalmente, no han faltado tampoco publicaciones e intervenciones situadas en los confines de ambos polos: entre la auténtica, aunque discutible, reflexión historiográfica y la carrera de un mercado editorial súbitamente rico sobre el «caso italiano».

La multiplicación de balances sobre la Italia de la última mitad de este siglo, o de síntesis sobre el *carácter nacional*, sorprende particularmente si se compara con la prolongada renuncia anterior de los historiadores italianos a enfrentarse con el conjunto de la propia historia reciente, más allá de análisis circunscritos a ámbitos restringidos espacial o temporalmente. Tuvo que esperarse a 1989, y a la obra de un historiador inglés, Paul Ginsborg -aplicado e inteligente estudioso que viaja con frecuencia a Italia y conoce bien sus «humores»-, para poder leer una primera síntesis digna de este nombre: la *Storia d'Italia dal dopoguerra ad oggi*, publicada por Einaudi. Y de 1992 es la *Storia dell'Italia repubblicana*, de Silvio Lanaro (publicada por Marsilio), que es la obra que parece estar en mayor medida en el centro del reciente debate sobre la naturaleza de la República italiana y que, además, goza de los favores del público, pues ha reaparecido, nada casualmente, en 1994 en las clasificaciones de los libros más vendidos.

En la base del libro de Lanaro está, en sustancia, una densa y reiterada reflexión sobre el «excepcionalismo» italiano, en cuya aparición coloca Lanaro algunas «taras originarias»: la ausencia de una «nacionalización democrática», un fuerte «déficit de ciudadanía», la carencia de solidaridad civil y colectiva. Son ingredientes que Lanaro va descubriendo y haciendo patentes en el seno del clima de la posguerra, en los años sesenta del «boom» económico, y así sucesivamente. Estos elementos marcan incluso los «años de emergencia», que fueron los años setenta; pero también señalan, y de ahí deriva la intrigante actualidad de la reconstrucción histórica, sensibilidades y climas sociales y culturales fuertemente reconocibles en la Italia de los

años noventa. Sobre esta dificultad --o imposibilidad- de los italianos para «ser normales», sobre estos «vicios» que minan su sentimiento de colectividad, juegan muchas de las revelaciones del bello libro de Lanaro, del que aquí sólo mencionamos aquellos aspectos más concordantes con esta reseña.

Las características y los límites del proceso de «formación» de los italianos son todavía un objeto más específico de la obra de Turi y Soldani, *Fare gli italiani*¹⁰, dos volúmenes publicados en 1993 y que toman como objeto, tal como sugiere el título, inspirado en D'Aze-glio, el proceso de unificación del país. Los autores prestan una atención específica a la escuela, al conjunto de las instituciones culturales e incluso a los grandes medios de comunicación de masas, pero, como señalan en la introducción, también llaman la atención sobre una concepción que considera «lineal», y en alguna medida «irreversible», el proceso de formación de los italianos. Frente a ella, Turi y Soldani observan, justo en el momento de su aparente apogeo --los años sesenta de este siglo--o, que aquel proceso presenta límites internos y que, más exactamente, muestra grietas, «hendiduras y tendencias centrifugas» (1, p. 10). Y conviene hacer referencia, siquiera telegráfica, al ensayo de Maria Porciani, «Stato e nazione: l'immagine debole dell'Italia» (1, pp. 385-428), porque se trata de una contribución que tiene por objeto analizar la fragilidad de las representaciones iconográficas y alegóricas de Italia, esto es, la dificultad para «construir su imagen».

Si *Fare gli italiani* pertenece, aunque con originalidad y prestando atención a nuevas preguntas, a una temática historiográfica ya existente, del mismo año 1993 es un libro que, en el límite entre la politología y la historiografía, viene a inaugurar un nuevo y variado debate. Su autor es Husconi y el título *Se cessiamo di essere una nazione*¹¹. Pequeño volumen de lectura cómoda, pero de denso contenido, que aparece justo en el momento en el que el impacto (no sólo electoral) de la Liga Norte de Bossi se halla en su momento más álgido y, según parece por ciertos aspectos, imparable. De aquí la alarma implícita en el título, y también las razones de una poco común interrogación sobre el tema de la identidad, en el sentido de pregun-

¹⁰ SOLDANI y TURI (coords.), *Fare gli italiani. Scuola e cultura nell'Italia contemporanea*. I. *La nascita dello Stato nazionale*. II. *Una società di massa*, Il Mulino, Bologna, 1993.

¹¹ RUSCONI, G. E., *Se cessiamo di essere una nazione*, Il Mulino, Bologna, 1993.

tarse qué hay de común en la base de la historia nacional y dónde está la dificultad para que pueda emerger, se haga patente y pueda prevalecer.

«Historia y memoria común -recuerda Rusconi justamente como principio de su reflexión- forman parte del hecho de reconocerse como nación.» La dificultad, la laguna más grave de la cultura italiana actual está precisamente aquí, en «la incapacidad de contar la historia nacional de manera convincente, es decir, de modo que se cree una identificación, a pesar de sus inmensas contradicciones». La historia común, al fin y al cabo, «no ha llegado a convertirse en momento “insustituible” del discurso público democrático» (p. 14). Reflexionando sobre las razones de ello, recorriendo los momentos históricos concretos en los que mayormente ha sido puesta a prueba la capacidad de reconocerse en ese «discurso público democrático» común, la opinión de Rusconi viene a coincidir explícitamente con la investigación de Claudio Pavone sobre la Resistencia. En la opción de la Resistencia, en el seno de la guerra civil -afirma Rusconi, siguiendo también algunas observaciones de Vittorio Foa-¹², madura la búsqueda de una identidad italiana que el fascismo había degradado. Y la «elección partidaria» de la Resistencia asegura la conquista de un bien común, la democracia, de la que se beneficiará también la parte contraria, además del resto de la población pasiva. Dicho en sus propias palabras, «la necesidad de reconquistar la democracia vuelve a poner en cuestión las razones de una identidad nacional común; redefine aquello que une y aquello que separa; vuelve a definir, que no a anular, la nación» (pp. 59-60).

Una óptica muy diferente, más atenta a las secuencias de la larga duración, caracteriza las páginas de un breve, ágil y polémico libro de Ruggiero Romano, cuyo título es ya una declaración: *Paese Italia. Venti secoli di identità*¹³. El planteamiento es el del historiador habituado a observar largas duraciones y desde amplias distancias. El

¹² FOÁ, V., *Il cavallo e la torre. Riflessioni di una vita*, Einaudi, Turín, 1991. Escribire Foá, retornando al modo en que se planteaban algunas cuestiones en 1943-1945: «la Resistencia se presentaba, por tanto, de entrada como la reafirmación de una identidad nacional perdida», para añadir más adelante que «la identidad italiana no había sido negada sólo desde el exterior, sino que había sido degradada y negada desde el interior por parte del fascismo. Teníamos que combatir al fascismo entre nosotros, entre italianos, y luego, dentro de nosotros mismos» (pp. 137-138).

¹³ ROMANO, R., *Paese Italia. Venti secoli di identità*, Donzelli, Roma, 1994.

estilo es el del *pamphlet*, de los que aquí se publican de nuevo varios, provistos de una introducción. Las afirmaciones y posiciones «extremistas», no siempre convincentes en el plano científico, son capaces, sin embargo, de aclarar e indicar problemas. Piénsese, por dar sólo un ejemplo, en el párrafo introductorio que da el tono de conjunto del volumen. Ciertamente, dice Romano, «es inútil tratar de esbozar una historia de Italia que quiera ser una historia de la nación italiana» (p. VII), aunque algo parecido se podría decir respecto de otros países ¹⁴. Y en otro párrafo afirma que «el concepto de nación, en la acepción moderna con que se entiende normalmente, es joven: del siglo XVIII. Fueron los historiadores del siglo siguiente los que quisieron encontrar en la historia de su país una “nación” en épocas muy remotas. Pero se trataba de una pura invención literaria, carente de cualquier contenido científico» (p. 32).

De la «nación», pues, al «país», esto es, a la búsqueda de rasgos y características de más largo alcance, a través de algunos pasos forzados que, sin embargo, permiten poner el acento sobre elementos culturales de fondo de la historia italiana. Y, de paso, hacer trizas la «vulgata» del separatismo de la Liga Norte, que es uno de los objetivos más polémicos del libro.

Casi para completar este pequeño volumen, que atraviesa siglos, a veces con mucha desenvoltura, siempre con indudable competencia, la misma editorial ha enviado poco después a las librerías un libro centrado en el último medio siglo de vida nacional: *Lezioni sull'Italia repubblicana* ¹⁵. Ya en su comienzo, la introducción de Carmine Donzelli presenta algunos problemas que corresponden al «estatuto científico» de la historia contemporánea: «¿Para qué sirve la historia? Y concretamente, ¿para qué sirve la historia contemporánea, la que no habla de otras generaciones en mundos distantes, sino de nuestras generaciones y de nuestro mundo? ¿Puede ser algo diferente de la reduplicación del juicio político y de la pasión por la

¹⁴ Si, refiriéndose a la historia nacional italiana, escribe Romano que «no se puede remontar más allá de 1860, para la de Francia, España e Inglaterra es absolutamente arbitrario remontarse al siglo XV y a la formación de pretendidos estados nacionales, que no son más que la invención de historiadores presumidos y fantasiosos» (p. VIII).

¹⁵ BEVILACQUA, P.; CARBINI, C.; LEVI, F.; LLJPO, S.; MANGIAMELI, S.; PAVONE, C.; TRANFAGLIA, N., YTRIGLIA, C., *Lezioni sull'Italia repubblicana*, Introducción de DONZELLI, C., Donzelli, Roma, 1994.

opción partidaria que se ha tomado? ¿Y cómo pensar sus argumentos, de modo que éstos puedan resultar compartidos y reconocibles, independientemente de la posición y sentimiento de cada uno?» (p. IX). Con respecto al objeto específico del libro, la Italia republicana, las ocho «lecciones» propuestas aquí ofrecen pistas útiles en dos direcciones.

Sugieren, en primer lugar, la articulación de periodizaciones y de diferencias; perfilan las líneas de fuerza de esta segunda posguerra, a lo que están dedicados en particular los artículos de Pavone, Mangiameli, Tranfaglia y Lupo. Es un ejercicio intelectual útil en sí mismo, pero todavía más útil frente a la «vulgata» ruidosamente difundida por los vencedores de las últimas elecciones, desde la Liga Norte a «Forza Italia», a los «misinos» y hasta los ex-democristianos reciclados dentro de la formación gubernamental. Esta «vulgata» presentaba la primera república como un conjunto homogéneo e indiferenciado, un régimen indeterminado y satanizado, caracterizado como mucho por el «consorcio» entre democristianos y comunistas ¹⁶. y en segundo lugar, estas lecciones traen a un primer plano algunas grandes cuestiones de fondo: baste citar los temas del medio ambiente, de los recursos y del trabajo, resaltados por Bevilacqua, o las diferentes modalidades de desarrollo, sobre las que insisten Levi, Carboni y Trigilia.

Es difícil no hacerse eco aquí de un pequeño libro, no exactamente histórico, publicado también por Donzelli, y que se ha convertido en uno de los acontecimientos editoriales del año: *Destra e sinistra*, de Norberto Bobbio. Libro que ha superado los 200.000 ejemplares de ventas y que ha estado durante más de treinta semanas entre los diez libros más vendidos en Italia. Presente en las librerías desde poco antes de las elecciones políticas generales, en un clima de creciente incertidumbre y de «empañamiento de la identidad», este pequeño volumen, de un centenar de páginas, reúne lúcidas y acuciantes reflexiones sobre el asunto enunciado en el subtítulo: «razones y significados de una distinción política».

¹⁶ Esta ruidosa «vulgata», difundida a menudo por personas procedentes tanto de la vieja Democracia Cristiana como del rampante Partido Socialista Italiano de Craxi, oscurece, por lo demás, un dato de la historia republicana que ha durado decenios, esto es, la *conventio ad excludendum* que se aplica al Partido Comunista Italiano. Convención que continúa durante la segunda república que, sin embargo, ha suprimido la otra *conventio* antes en vigor, aplicada a los neofascistas.

No nos detendremos mucho más en otros libros, fruto del momento, referentes a la Italia contemporánea. Respecto de algunos de ellos es mejor guardar silencio, dado que son libros que tienen poco que ver con la reflexión histórica. Quizá sea necesario llamar la atención, con todo, sobre el primer volumen, en parte decepcionante -salvo algunos ensayos ciertamente ricos y estimulantes-, de la obra que tiene un programa más ambicioso: la *Storia dell'Italia repubblicana*, de la editorial Einaudi ¹⁷. Volumen que ha suscitado, por lo demás, un debate relativamente limitado. Lo que decepciona no es tanto el carácter de «historiografía de los perdedores» que aparece en este libro, de acuerdo con una maliciosa recesión del mismo, pues, considerada la calidad de los «vencedores», tampoco está tan mal formar parte de los vencidos. Lo que ciertamente resulta más decepcionante es, según se puede ver en el artículo introductorio del coordinador del volumen, Barbagallo, el planteamiento general, las preguntas historiográficas de fondo, su remisión constante, sin innovaciones de interés, a estudios precedentes. Quizá no sea, pues, una casualidad que las contribuciones más estimulantes resulten aquellas que se ocupan de aspectos tradicionalmente menos investigados, como el de Salvati sobre la administración pública ¹⁸, los de Luna y Rossi-Doria ¹⁹, que, en parcial disonancia con Barbagallo, convierten en problemático el nexo entre guerra/posguerra/sistema de partidos, o el de Barone ²⁰, que ofrece una síntesis de sólido planteamiento sobre la relación entre Estado y «mezzogiorno».

Precisamente la seriedad de la obra impone, por lo demás, considerar sus mismos límites como un indicador de problemas más generales existentes en el terreno de las aproximaciones cognitivas y de las «parrillas» interpretativas. Y la dificultad añadida de transformar las inquietudes e incertidumbres que maduran en la crisis de la república hacia preguntas historiográficas capaces de esclarecer y ha-

¹⁷ BAHBACALLO, F. (coord.), *Storia dell'Italia repubblicana*. I. *La costruzione della democrazia*, Einaudi, Turín, 1994.

¹⁸ SALVATI, M., «Amministrazione pubblica e partiti di fronte alla politica industriale», *Storia dell'Italia...*, pp. 412-534.

¹⁹ DE LUNA, C., «Partiti e società negli anni della ricostruzione», *Storia dell'Italia*, pp. 719-776; ROSSI-DOHIA, A., «Le donne sulla scena politica», *Storia dell'Italia*, pp. 777-846.

²⁰ BARONE, C., «Stato e Mezzogiorno (1943-1960). Il "primo" tempo dell'intervento straordinario», *Storia dell'Italia...*, pp. 291-409.

cer más legible una compleja y contrastada construcción histórica 21.

Para terminar, sólo nos es posible indicar aquí de forma muy breve algunos títulos más relativos a la crisis de identidad nacional 22; al «estado de Italia»²³; a las formas de una «fragmentación» de la Italia actual, sea la diversidad de los «países de Italia»²⁴, las relaciones entre el norte y el sur analizadas por Cafagna²⁵ o las connotaciones del fenómeno de la Liga Norte 26. Diferentes recorridos de lectura que en diversas medidas reconducen hacia campos comunes.

ASÍ, al «hacerse» de los italianos, a la autoconstrucción de formas de identidad —y, con frecuencia, identidades contrapuestas— conduce un estimulante libro de Mario Isnenghi 27. Es una historia de la plaza desde 1848 hasta la actualidad, con ideas sugerentes sobre sus funciones, sobre el cambio de su papel en los conflictos y en las «celebraciones» de la historia nacional. La plaza, entre historia e imaginario: lugar de memoria en el que lo privado y lo público se mez-

²¹ Son, en cambio, perspectivas muy poco tratadas en otro libro dedicado a la Italia republicana: COLARIZZI, S., *Storia dei partiti nell'Italia repubblicana*, Laterza, Bari, 1994. Y puede verse también, para una problemática más amplia, un libro anterior que igualmente se instala en la clásica temática de la historia política: SCOPPOLA, P., *La repubblica dei partiti*, 11 Mulino, Bologna, 1991.

²² En *Passato e presente*, 33 (1994), pp. 13-30, se publica un debate sobre el tema: «Nazione e Stato nazionale in Italia: crisi di una endiadi imperfetta», coordinado por Soldani, en el que participan Levra, Petersen y Rusconi.

²³ GINSBORG, P. (coord.), *Stato deL'Italia. Il bilancio politico, economico, sociale e culturale di un paese che cambia. 180 contributi inediti scritti da più di 110 specialisti*, Il Saggiatore-Mondadori, Milán, 1994. Véase también el fascículo núm. 4 (1994) de la revista *Limes*, dedicado al tema: «A che serve l'Italia. Perché siamo una nazione», que integra ensayos de historiadores, politólogos y sociólogos.

²⁴ Fuertes discusiones y polémicas fueron suscitadas con la publicación del libro de PUTNAM, R. D., *La tradizione civica nelle regioni italiane*, Mondadori, Milán, 1993, que afronta de lleno, aunque con abundantes simplificaciones, la cuestión de la diversidad civil y cultural existente entre las regiones italianas. Pertinentes y estimulantes críticas al planteamiento metodológico y a los contenidos del libro se encuentra en Lupo, S., «Usi e abusi del passato. Le radici dell'Italia di Putnam», en *Meridiana*, 18 (1993), y en BEVILACQUA, P., «Il Sud nazionale», en *Unità*, del 15 de noviembre de 1993.

²⁵ CAFAGNA, L., *Nord e Sud. Non Jare a pezzi l'unità d'Italia*, Marsilio, Venecia, 1994.

²⁶ DE LUNA, G. (coord.), *I figli di un benessere minore: la Lega 1979-1993*, La Nuova Italia, Florencia; DIAMANTI, I., *La Lega. Geografia, storia e sociologia di un nuovo soggetto politico*, Donzelli, Roma, 1993.

²⁷ ISNENGHI, M., *L'Italia in piazza*, Mondadori, Milán, 1994.

Fundación y crisis de la Italia republicana

clan, y lugar en el que el desarrollo de la realidad se enlaza con las autorrepresentaciones colectivas.

En las últimas páginas, Isnenghi se pregunta acerca de la posible «muerte de la plaza», acerca del decaimiento de su vieja función en favor de la «plaza televisiva», propia de la aldea global. Sin embargo, con ocasión de la presentación del libro en el periódico *La Repubblica*, al día siguiente de una gran manifestación antifascista que había tenido lugar en Milán, Isnenghi manifestaba alguna duda sobre aquella «muerte anunciada» de la plaza, quizá menos inminente de lo que parece²⁸. Dudas acrecentadas posteriormente, con motivo de la masiva manifestación nacional organizada en Roma por parte de los sindicatos en noviembre de 1994. Ocasión en la que la «plaza» ha obligado al Presidente del Gobierno, y dueño de gran parte de las «plazas televisivas», a modificar unas medidas sobre las pensiones, fuertemente impopulares. Particularidades quizá de escasa importancia, episodios de crónica; sin embargo, parece significativo del debate italiano y de sus actuales «labilidades» el hecho de que incluso un libro en absoluto ocasional acabe por interaccionar con la crónica, y que la crónica, a su vez, interfiera en aquél. Con todo, como diría DUBY, «la historia continúa...».

Traducción: Isabel González y Ramón Villares.

²⁸ AJELLO, N., «Scendiamo in piazza», entrevista a M. Isnenghi, *La Repubblica*, 11 de mayo de 1994. En la misma telda daba, por lo demás, la recensión de CESARINI, R., «Piazze d'Italia», aparecida un poco antes en el periódico *Il Manifesto*, 5 de mayo de 1994.

Tendencias de la historia social alemana cinco años después de la reunificación

Heinz-Gerhard Haupt

La transformación de la configuración territorial de la República Federal Alemana, de su estructura interna y sus mentalidades predominantes desde 1989, planteó también una serie de cuestiones fundamentales a las ciencias sociales y humanas. Estas tenían lugar dentro del siguiente espectro: ¿Ha llegado a su punto final la evolución del Estado nacional alemán con la incorporación de la República Democrática Alemana (RDA), en virtud del cambio global del sistema internacional y, en su fase final, de la presión de varios movimientos sociales? ¿Tiene lugar con ello en los nuevos Estados federales del Este una suerte de recuperación del proceso de modernización ausente, o por el contrario una evolución cualitativamente nueva? ¿Cómo pueden compatibilizarse con arreglo a las reglas del juego democrático unas mentalidades y modos de ver la realidad forjados tras la experiencia de dos regímenes dictatoriales? Todos estos problemas, y varios más, se han de entender como desafíos para la ciencia histórica, que ésta sólo parcialmente ha asumido hasta ahora. Ciertamente, no pasa una semana sin que aparezcan nuevos trabajos sobre política e historia, instituciones y experiencias colectivas en la RDA. Pero éstos con frecuencia no son más que reediciones o aproximaciones apresuradas, y pocas veces son el resultado de investigaciones suficientes. Además de ello, el interés por un debate público acerca del pasado de los dos Estados alemanes rara vez adquiere el carácter de

una auténtica puesta en cuestión de los paradigmas y puntos de vista existentes hasta ahora.

El limitado interés existente en una fijación de posiciones se refleja también de modo aproximado en las secciones de los congresos de historiadores alemanes (*Historikertage*), que tienen lugar cada dos años. En el celebrado en la ciudad de Bochum, en 1990, la sombra de la RDA todavía era claramente visible, como grande era la sorpresa al contacto con una historiografía orientada en buena parte, tanto política como científicamente, según las consignas doctrinales del partido oficial; asimismo, era impresionante constatar el interés existente por una reformulación y nueva percepción en la investigación histórica. Dos años más tarde, el interés se concretó de modo más preciso en el *Historikertag* de Hannover. En una discusión sobre la labor de las autoridades (las famosas *Gauck-Behörde*) que custodian los documentos de la antigua *Staatssicherheit* (Stasi), en concreto, acerca de si a través de los datos sobre tomas de posición y carreras políticas contenidos en esos informes existía o existe información sobre la «integridad» de la antigua RDA, la cuestión acabó girando alrededor de un punto central: sobre si los *dossiers* de la Stasi debían ser valorados más bien como expresión de la dinámica lógica que preside la labor de vigilancia social de una organización de policía secreta, o si realmente contenían una información exacta sobre comportamientos y actitudes ¹. Esta cuestión adquiere una significación que desborda el mero interés de los historiadores por la crítica de las fuentes, pero estaba presente especialmente en la valoración de los historiadores que habían experimentado la limitada representatividad de documentos policiales e informes de la Gestapo para la historia de los movimientos sociales y la reconstrucción de carreras sociales individuales y biografías. En Hannover se dedicó, además, una sección a reflexionar sobre la siguiente cuestión: si el derrumbe del imperio soviético debería cambiar los parámetros de análisis de las relaciones internacionales, así como de los métodos y criterios del trabajo histórico, y si era así, en qué medida y dimensión. Dos años más tarde, en Leipzig (1994) solamente había una sección dedicada a las ciencias en la RDA, que se centraba especialmente en el estudio de

¹ HENKE, K. D., *Man bricht schon ein Staat zusammen. Die Debatte über die Stasi-Akten und die DDR-Geschichte auf dem 39. Historikertag 1992*, Munich, 1993; vid. también 39. *Jahressammlung deutscher Historiker in Hannover*, Stuttgart, 1994.

los problemas de la historia reciente y de nuestros días, y que llegó a la conclusión de la existencia de una instrumentalización política de la investigación científica en la RDA más temprana de lo que hasta ahora se había supuesto.

Esta evolución refleja, a pesar de la ingente actividad investigadora, el hecho de que el cambio del año 1989 no había conducido a constatación alguna de un nuevo punto de partida en el gremio de los historiadores. En la mayoría de las disciplinas sectoriales se pasó sobre el orden del día.) e incluso en la historia del mundo actual siguieron siendo legión los enfoques que continuaban viendo en el recurso a las fuentes escritas producidas por la administración del Estado, con las que ya había comenzado la investigación histórica germano-occidental de la posguerra, la vía principal para la realización de investigaciones sobre historia contemporánea, sin que hubiese comenzado realmente una amplia discusión sobre nuevos enfoques alternativos u otras estrategias investigadoras². Ciertamente, a la continuación de las cuestiones polémicas que aún persistían no solamente contribuyó el hecho de que los historiadores reaccionaran con mayor lentitud ante las tendencias coetáneas de su tiempo, porque debido a la excesiva abundancia de materiales sólo son capaces de publicar resultados de sus investigaciones con posterioridad a politólogos o sociólogos. En este contexto, sin embargo, se debe tener en cuenta más bien que con la jubilación prematura y la «liquidación» (es decir, la destitución en la práctica) de una generación de historiadores de la RDA estaba ausente un estímulo esencial para la discusión histórica³. Partiendo de una decidida posición teórica vinculada al marxismo, hoy en día apenas se plantean interrogantes a la historiografía germano-occidental, con lo que ésta se encuentra --como ya habían mencionado con anterioridad observadores clarividentes-- en peligro de que, con la pérdida de las posiciones de la historiografía de la RDA (a la que habría debido sacar a flote), se diluya también un importante potencial de innovación. Aunque de ningún modo debían abandonar las universidades todos los historiadores de la RDA,

² Niethammer ha llamado la atención sobre este punto, entre otros. Vid. NIETHAMMER, L., *Erfahrungen und Strukturen. Prolegomena zu einer Geschichte der Gesellschaft der DDR*, Stuttgart, 1994, pp. 95-118.

³ Vid. sobre este aspecto los continuos informes sobre los cambios en el panorama universitario e investigador de la RDA en *Geschichte und Gesellschaft*.

e incluso varios pueden seguir investigando desde puestos académicos de relieve, éstos parecen estar hoy más ocupados en introducirse en el marco de discusión europeo-occidental o americano que en defender la validez de sus antiguos enfoques marxistas en el discurso científico. Tampoco los historiadores que se situaban en la «oposición» dentro de la antigua RDA, que debían aceptar a menudo tajantes restricciones de su trabajo científico, se preocupan mucho por aportar aire fresco en las discusiones históricas. Dado que éstos en su mayoría operan de un modo convencional desde el punto de vista metodológico y tienden a acometer la elaboración de la historia de la RDA más bien bajo el punto de vista de una suerte de ajuste de cuentas con personas y biografías antes que del análisis de mecanismos y estructuras, sus enfoques se quedan a menudo en la esfera de las historias biográficas, enredándose por ello en agrias polémicas ⁴. Finalmente, las oportunidades que se ofrecían en el proceso de reemplazo del personal investigador de las universidades de Alemania del Este, tendentes, por un lado, a aprovechar los problemas de la región como punto de partida de trabajos específicos de investigación histórica, y por otro, a poner de manifiesto nuevas tendencias de la investigación histórica, han sido en buena parte poco explotadas. Los Institutos históricos o Seminarios de Alemania Oriental han sido estructurados de acuerdo a criterios anteriores, es decir, siguiendo puntos de vista meramente cronológicos mediante un esquema convencional de periodización, y en todos los casos se ha concedido más importancia a la historia general, que en los tiempos de la RDA estaba poco extendida. Institutos de investigación que tuviesen sus líneas de trabajo principales en la historia urbana o del medio ambiente, y que con ello responderían a los problemas estructurales más palmarios de los nuevos Estados federales del Este, están totalmente ausentes, al igual que se aprecia la falta de profesores especializados en la transmisión y aplicación de nuevos planteamientos teóricos desde los campos de la antropología o la historia de la cultura, si se excluyen algunos casos muy excepcionales. Finalmente, la existencia de una atmósfera de sospechas, alimentada por los medios de comunicación y los Institutos que trabajan sobre ello, difícilmente puede contribuir a dar nuevos

⁴ Vid. las críticas contra el Instituto de Historia Contemporánea de Postdam promovidas sobre todo por el periódico *Frankfurter Allgemeine Zeitung*; también, MITTER, A., Y WOLLE, S. (eds.), *Ich liebe euch doch alle! Befehle und Lageberichte des MfS Januar-November 1989*, Berlín, 1990.

impulsos a la investigación histórica de la RDA y, a partir de ésta, a la historia social y contemporánea en su conjunto. Con el descubrimiento o la reacción producida por los contactos académicos de científicos occidentales con colegas de la antigua RDA, a menudo acompañada la subordinación de un lado frente al otro, es decir, la suposición de que aquéllos habrían reforzado el conjunto de valores de la sociedad de la RDA en conjunto y habrían traicionado los principios fundamentales del trabajo científico occidental. De modo más expresivo, se podría incluso afirmar que la historiografía germano-occidental ha ganado una nueva provincia, pero no ha desarrollado ningún enfoque nuevo. *Business as usual*, todo como siempre, ha sido en la mayoría de los historiadores alemanes el tema predominante de su labor investigadora tanto antes como después de 1989.

Ante todo pueden destacarse algunos enfoques históricos nuevos en tres ámbitos o campos de discusión. En primer lugar, los surgidos en el curso del debate sobre la periodización del siglo XX; en segundo lugar, referentes a la historia social de la RDA, y en tercer lugar, las polémicas sobre las grandes orientaciones de los historiadores alemanes. Por parte de Ernst Nolte, sobre todo, se ha expuesto la tesis de que el siglo XX habría comenzado en el año 1917 como el siglo de la «guerra civil mundial», y que sería resumible a las sucesivas confrontaciones, reales e ideológicas, entre bolchevismo, fascismo y liberalismo⁵. En los conflictos entre estas fuerzas fundamentales, Nolte ha situado de modo notorio al bolchevismo y al terror por él generado en una relación primigenia y original con el nacionalsocialismo, y con ello han desatado todas las controversias sobre el análisis del reciente pasado alemán, que han sido conocidas como la «disputa de los historiadores» (*Historikerstreit*)⁶. En la lógica del enfoque de Nolte, la era de la «guerra civil mundial» habría concluido en 1989, ya que en este año el Estado de Derecho parlamentario ha celebrado su victoria sobre los Estados sucesores del bolchevismo, después de que el fascismo ya había sido derrotado en 1945. Si bien esa delimitación

⁵ NOLTE, E., *Der europäische Bürgerkrieg 1917-1945. Nationalsozialismus und Bolschewismus*, Berlín, 1987.

⁶ WEILLER, J. O., *Enlsorgurgl der Vergangenheit? Ein polemischer Essay zum «Historikerstreit»*, Munich, 1988; BACKES, V., et al. (eds.), *Die Schallen der Vergangenheit. Impulse zur Historisierung des Nationalsozialismus*, Frankfurt am Main, Berlín, 1990; PEILE, W. H. (ed.), *Der historische Ort des Nationalsozialismus. Annäherungen*, Frankfurt am Main, 1990.

temporal incluye también las dimensiones políticas mundiales de los conflictos de valores y objetivos sociales, al mismo tiempo sigue siendo una propuesta demasiado vinculada a criterios de historia ideológica, por lo que es difícil que resulte convincente. En respuesta a esa propuesta de periodización, Klaus Tenfelde ha defendido recientemente también la tesis de que nos encontramos en la actualidad en una «fase de nueva ponderación de los juicios históricos y de los conceptos propios de la época que habían sido mantenidos hasta ahora»⁷. Esa incerteza también se ha manifestado alrededor del mantenimiento de la censura del año 1914. En ese año, Tenfelde consideraba concluida la época de la «política de la democratización ofensiva» desde -sobre todo- la perspectiva de la historia alemana. Una serie de culturas sectoriales, que habían impedido o al menos dificultado la conformación de comportamientos y conductas antidemocráticas, habrían sido eliminadas entonces, al tiempo que se habría introducido un proceso de amplia conciliación con el orden social del capitalismo gracias al Estado del bienestar. Esta periodización, que se basa ante todo en el proceso de democratización de la sociedad alemana desde una perspectiva primordialmente de historia social, pero que se plantea la cuestión de la capacidad de integración del orden social, debería reemplazar las formuladas con anterioridad, que parten del comienzo de la época contemporánea. El surgimiento de la sociedad de masas, la segunda fase del proceso industrializador y la confrontación del conjunto de la sociedad con la resolución de la cuestión social se sitúan en el centro de gravedad de las décadas que se suceden tras el año 1880, siendo interpretadas como el comienzo de un largo siglo XX, que ahora se encontraría en crisis debido al surgimiento de una situación de paro masivo y de los problemas de integración interna de cada una de las sociedades nacionales. Antes como ahora, varios factores abogan por este corte y la discusión sobre este punto, es decir, acerca de si una acotación del siglo XX basada en criterios temporales o en fronteras establecidas en base a otros factores posee mayor fuerza explicativa, seguirá muy viva en lo sucesivo.

La historia social de la RDA pertenece a los nuevos temas que suscitan el interés de los historiadores alemanes de la época actual, y no

⁷ TENFELDE, K., «1914-1990. Einheit der Epoche», en *Aus Politik und Zeitgeschichte*, suplemento núm. 40, 1991, 27 de septiembre de 1991; *vid.* también BROZAT, M., *et al.* (eds.), *Von StaLingrad zur Währungsreform. Zur Sozialgeschichte des Umbruchs in DeutschLand*, Munich, 1988.

sólo de ellos. En la segunda mitad del año 1993 fueron registrados 759 proyectos de investigación incluíbles en este campo. El tema, se puede afirmar, es de actualidad. Sobre todo, el Instituto de Investigaciones en Historia Contemporánea de Postdam, en el que trabajan investigadores tanto de la antigua ROA como de Alemania occidental, bajo la dirección de los profesores Christoph Klessmann y Jürgen Kocka, se ha dedicado a la investigación de la sociedad de la ROA con más intensidad que el Instituto de Historia Contemporánea de Munich ⁸. Para llevar a cabo esta tarea están hoy disponibles materiales que han salido a la luz por obra de la dirección política anterior a 1989. Estos materiales no eran, sin embargo, tan abundantes y expresivos como a la ligera se juzga en el Oeste y como era proclamado en el momento de la reunificación por los historiadores de Alemania del Este. Esas nuevas investigaciones en historia social se dedicaron, por un lado, al análisis de las condiciones reales de vida de capas sociales concretas, y por otro lado, de su propia autopercepción y autodefinición. Significativas diferencias con los comportamientos sociales en la antigua RFA se pueden ya delimitar con claridad. Esas diferencias se evidencian, entre otros casos, en la situación de las mujeres oCILLpadas, la función pública de los pastores protestantes o el reclutamiento de los profesores ⁹. Otras cuestiones figurarán en el orden del día de los historiadores en el futuro, como el análisis de cuáles eran los modelos culturales que estaban a disposición para reconstrucciones históricas del propio espacio vital, cómo fueron percibidas las experiencias y frustraciones de los consumidores, y cómo contemplaron y juzgaron las diferentes generaciones de la población de la ROA su propio rol social, el del partido y, en definitiva, la propia sociedad que les tocó vivir ¹⁰. Por su parte, Jürgen

⁸ HEIMANN, TH., *et al.* (comps.), *Forschungsprojekte zur DDR-Geschichte. Ergebnisse einer Umfrage des Arbeitsbereichs DDR-Geschichte im Mannheimer Zentrum für Europäische Sozialforschung*, 1994.

⁹ KOCKA, I., «Ein deutscher Sonderweg. Überlegungen zur Sozialgeschichte der DDR», en *Aus Politik und Zeitgeschichte*, suplemento núm. 40, 1994, 7 de octubre de 1994, pp. 36 Y ss.

¹⁰ MÜHLBERG, D., «Überlegungen zu einer Kulturgeschichte der DDR», in KÄELBLE, H.; KOCKA, I., y ZWAHR, H. (eds.), *Sozialgeschichte der DDR*, Stuttgart, 1994, pp. 62-94; ZWAHR, H., «Umbruch durch Ausbruch und Aufbruch: Die DDR auf dem Höhepunkt der Staatskrise 1989. Mit Exkursen und Anreise und Flucht sowie einer ostdeutschen Generationenübersicht», en KÄELBLE, KOCKA y ZWAHR (eds.), *op. cit.*, pp. 426-68.

Kocka ha intentado situar la historia de la ROA dentro de un esquema de continuidad de la común historia alemana. En ese marco interpretativo, la comparación entre las dictaduras nacionalsocialistas y la del «socialismo real» se coloca en el centro de interés. Esta comparación provoca la indignación de numerosos ciudadanos de la antigua RDA, ya que, en su opinión, Kocka prescinde del hecho de que la sociedad de la ROA se constituyó precisamente contra el nacionalsocialismo, habiendo constituido el antifascismo uno de los elementos centrales de sus fundamentos ideológicos, y tampoco se pueden contar entre las características del Régimen del SED (*Sozialistische Einheitspartei DeuschLands*, el partido comunista de la RDA) el exterminio masivo o una política militarista de expansión exterior. Si la comparación ha de basarse no solamente en la existencia de elementos comunes, sino también en las diferencias presentes, la que se pretendería establecer entre los regímenes de la RDA y el III Reich no tendría ningún sentido heurístico. Ciertamente, Kocka trabaja a partir de las similitudes entre ambos regímenes, pero también destaca las fronteras de las «medidas represivas dictatoriales». Al mismo tiempo, este autor subraya la ruptura con las tradiciones de la historia alemana que es observable en la RDA, que Kocka atribuye ante todo a la política de desnazificación consecuente que fue ejecutada en la zona de ocupación soviética, la renovación socioeconómica que tuvo lugar tras 1945 y el forzado cambio de las élites políticas. Junto a ello, sin embargo, también están presentes continuidades, que Kocka formula de la manera siguiente: «Del mismo modo que el sistema político de la RDA se diferencia de su contenido y forma del Estado fascista, es indiscutible también, sin embargo, que la segunda dictadura alemana se asentó profundamente sobre las tradiciones de Estado autoritario, de antiparlamentarismo, de antiliberalismo y de militarismo, por tanto, en aquellos elementos tradicionales que habían conformado el núcleo interno de la vía particular alemana (*Sonderweg*), y que en la República Federal pudieron ser debilitadas y, por fin, ampliamente superadas con el paso del tiempo» 11.

De modo paralelo al cambio de 1989, la discusión también se ha centrado en los criterios globales de orientación de la historiografía alemana. En el pasado, el modelo anglosajón de racionalidad crítica y Estado parlamentario de Derecho constituyó el punto de referencia

11 KOCKA, J., «Ein deutscher Sonderweg...», art. cit., p. 45.

más importante para influyentes interpretaciones de la historia alemana de los siglos XIX y XX, así como de sus carencias o desarrollos incompletos. En la discusión sobre el *Sonderweg*, la imagen a menudo idealizada de la evolución social y política de las sociedades europeo-occidentales ofrecía una suerte de tornasol, en contraste con el cual las peculiaridades de la estructura social y del ordenamiento político de Alemania parecían especialmente relevantes. Una revolución liberal-democrática fracasada, la temprana separación de las democracias burguesa y proletaria, el debilitamiento consiguiente del liberalismo burgués, la conformación de la vida social en un modelo fuertemente burocratizado y la carencia de «carácter burgués» (*Bürgerlichkeit*), es decir, la existencia de una burguesía débil tanto social como políticamente, son elementos especialmente destacados dentro de este marco interpretativo, y señalados a su vez como los orígenes estructurales a medio plazo para el éxito posterior del nacionalsocialismo en Alemania ¹². Si bien desde hace algún tiempo la tendencia teleológica de esta interpretación se ha revelado también como muy problemática, algunas de las hipótesis parciales contenidas en ese modelo han demostrado una gran operatividad desde el punto de vista científico. Así, han conducido a la comparación internacional, de modo que en la RFA los enfoques comparativos, aun referidos a temas «de casa», son mucho más abundantes que en otras historiografías europeas ¹³. Las críticas a esa orientación occidental han surgido desde dos posiciones: por un lado, por parte de aquellos historiadores que rechazaban el sometimiento a escalas o baremos de «racionalidad crítica» y que más bien concedían preferencia al carácter no contingente de las representaciones sobre la precisión lógica de los modelos interpretativos. A diferencia de los debates que han tenido lugar en el ámbito anglosajón, esa postura no ha cobrado significación relevante alguna dentro de la RFA ¹⁴. Por otro lado, hay autores que por su parte defienden la vinculación preferencial de la historia

¹² Vid. KOCKA, I., «Deutsche Geschichte von Hitler. Zur Diskussion über den "Deutschen Sonderweg"», en íd., *Geschichte und Aufklärung*, Göttingen, 1989, pp. 101-13; como contrapunto, vid. BLACKBOURN, D., y ELEY, G., *The Peculiarities of German History. Bourgeois Society and Politics in the 19th century*, Oxford, 1984.

¹³ Vid. CORNI, P., «La comparazione nella nuova storia sociale tedesca», in ROSSI, P. (ed.), *La storia comparata. Approcci e prospettive*, Milán, 1990, pp. 274-90.

¹⁴ Vid. el reciente trabajo de CONRAD, C., y KESSEL, M. (eds.), *Geschichte schreiben in der Postmoderne. Beiträge zur aktuellen Diskussion*, Stuttgart, 1994.

alemana al ámbito de Europa Oriental, poniendo el acento precisamente en la situación geopolítica de Alemania en el centro del continente, y que afirman así no las carencias, sino las «ventajas» comparativas de la historia alemana al parangonarla con las estructuras predominantes en Europa Oriental durante los siglos XIX y XX, llegando a querer defender de modo semejante la avanzada y directora posición de Alemania dentro de ese marco geográfico 15. Ya en el curso de la disputa de los historiadores esa «situación central» jugó un papel importante en la explicación de la orientación política del Imperio guillermino y de la República de Weimar, y tras la caída del muro esa interpretación recibió un nuevo significado como punto de referencia para la explicación de la evolución histórica de Alemania 16. Pero, al mismo tiempo, notables historiadores han criticado esa sobrevaloración de los argumentos geopolíticos y el cambio de orientación de la historiografía alemana. Igualmente, los cambios en la correlación de fuerzas políticas han situado de nuevo en el orden del día los virulentos conflictos de los siglos XIX y XX.

En comparación con los últimos quince años, la historia social está sacudida actualmente por menos debates teóricos y de principios. La confrontación entre la historia de la vida cotidiana (*Alltagsgeschichte*) y la «historia de las estructuras», que hizo correr ríos de tinta hace algún tiempo, pertenece ya plenamente al pasado 17. El enfoque de la historia de las estructuras ha asimilado en mucho mayor grado una inaceptable cantidad de conocimientos y experiencias históricas. De este modo, puntos de vista antropológicos y planteamientos teóricos pertenecientes a la historia cultural son hoy corrientes en la historia social, siendo la fecundidad de esa interdisciplinaridad particularmente señalable en el caso de la historia de la mujer 18. No obs-

15 ZITTELMANN, R., et al. (eds.), *Westbindung. Chancen und Risiken für Deutschland*, Berlín, 1993; también, RIEDEL, M., *Zeitkehr in Deutschland. Wege in das vergangene Land*, Berlín, 1991, p. 21: «A pesar de nuestra preferencia usual por las excepciones... las cosas más cuestionables en el centro de Europa han cambiado para mejor, de modo que no parece haber nada más que nos pueda elevar sobre otros pueblos.»

16 Vid. SCHULZE, R., *Weimar, Deutschland 1917-1933*, Berlín, 1982; también EVANS, R. J., «The New Nationalism and the Old History: Perspectives on the German Historikerstreit», en *Journal Of Modern History*, LIX, 1987, pp. 761-97.

17 LIPP, E., «Writing History as political culture. Social history versus Alltagsgeschichte. A German Debate», en *Storia della Storiografia*, XVII, 1990, pp. 66-100.

18 HAUSEN, K., y WUNDER, R. (eds.), *Frauengeschichte-Geschlechtergeschichte*, Frankfurt am Main-Nueva York, 1992.

tante, perduran todavía los debates en algunos ámbitos concretos, naturalmente. Así, continúa hoy en día la discusión acerca de la dimensión modernizadora del nacionalsocialismo y todo lo que ello conlleva, es decir, si junto a las consecuencias destructivas del régimen nazi también puede ser valorada su tendencia transformadora (que incidió sobre las estructuras y los sistemas de normas sociales) como modernizadora dentro de un modelo evolutivo, y de si esa consideración ha de ser más o menos acentuada en comparación con las investigaciones existentes hasta ahora¹⁹. Por otro lado, dentro de la investigación sobre el nacionalismo, todavía queda por aclarar la cuestión de si el siglo XIX en Alemania ha de ser caracterizado ante todo por la transición desde un nacionalismo liberal y anticorporativo hacia un tipo de nacionalismo conservador y reaccionario, o si realmente se siguió reeditando una bipolaridad fundamental de las argumentaciones nacionalistas, que se manifestaba ante todo en la delimitación y la participación social²⁰. Incluso fenómenos y modelos explicativos considerados inmutables durante largo tiempo están siendo redefinidos en un proceso en el que la historia política contemporánea se muestra mucho más abierta a incorporar aportaciones procedentes de la historia social. Así, por ejemplo, la situación generalmente admitida de unanimidad social que tendría lugar en la coyuntura de agosto de 1914 ha sido desentrañada en su limitación social y brevedad temporal, y con ello también se ha cuestionado la afirmación, común en numerosos estudios, de que en 1914 la clase obrera estaba perfectamente integrada en un bloque nacional²¹.

La investigación sobre la burguesía es en la actualidad, sin duda, campo de experimentación privilegiado de enfoques diferenciados. Un grupo de investigación en Frankfurt am Main, bajo la dirección de Lothar Call, ha retomado la caracterización, hasta ahora vigente, de la burguesía urbana (*Stadtbürgertum*) que tomaba en consideración, sobre todo, su actuación política fundamental, y ha partido de esa consideración como para llevar a cabo extensos estudios empíricos.

¹⁹ Vid. PRINZ, M., y ZITHELMANN, R. (eds.), *Nationalsozialismus und Modernisierung*, Darmstadt, 1991.

²⁰ Vid. LANGEWIESCHE, D., *Nationalismus in 19. und 20. Jahrhundert: zwischen Partizipation und Aggression*, Bonn-Bad Godesberg, 1994.

²¹ Vid. ante todo los trabajos de BECKER, I 1, 1914. *Comment la France est entrée dans la guerre* Contribution à l'étude de l'opinion publique (printemps-été 1914), París, 1977.

Con anterioridad, el decisivo estudio del historiador americano Mack Walker sobre las pequeñas ciudades del sur de Alemania, que se aislaron conscientemente en una posición de rechazo frente a la sociedad moderna del siglo XIX mediante el recurso al derecho local (*Heimatrecht*) y las restricciones matrimoniales, ha caracterizado de modo decisivo la imagen de la burguesía urbana ²². Esa burguesía fue considerada tras 1800 como un residuo feudal, y sus modos de vida y normas económicas fueron descritas como elementos diametralmente opuestos a la sociedad burguesa de ciudadanos libres: Ya Hahn, en un imponente estudio sobre Wetzlar, había destacado que el apego de la burguesía urbana a las estructuras corporativas tardofeudales no le impedía patentizar su compromiso a favor de la innovación económica durante el siglo XIX ²³. Recientemente, se ha profundizado en el cambio de estructuras que tiene lugar dentro de la burguesía dominante en la ciudad, y en virtud de la cual el antiguo patriarcado fue sustituido en numerosos lugares por la ambiciosa burguesía de los comerciantes, que se impuso frente a gremios y familias tradicionales, o a los que exigió al menos llegar a un compromiso en el gobierno de la ciudad ²⁴. Con ello, también se han introducido nuevos elementos valorativos para la definición de qué es la burguesía, concediendo un mayor peso a los factores socioeconómicos y relativizándose, por el contrario, la capacidad definidora de los privilegios legales para la unidad interna de la burguesía.

A partir del grupo de trabajo sobre burguesía existente en la Universidad de Bielefeld, organizado por Jürgen Kocka en el año académico 1986-1987, así como de los numerosos coloquios celebrados en la misma universidad por el círculo de trabajo sobre historia social contemporánea, se ha sometido a debate también la investigación acerca de la autoconsideración de las profesiones burguesas de formación académica y su definición como «burguesía cultivada» (*Bildungsbürgertum*). Actualmente, predomina la opinión de que quizás

²² CALL, L. (ed.), *Vom alten zum neuen Bürgertum. Die mitteleuropäische Stadt im Umbruch 1780-1820*, Munich, 1991; íd. (ed.), *Stadt und Bürgertum im 19. Jahrhundert*, Munich, 1990; íd., *Von der ständischen zur bürgerlichen Gesellschaft*, Munich, 1993.

²³ HAHN, H. W., *Altständisches Bürgertum zwischen Beharrung und Wandel. Wetzlar 1689-1870*, Munich, 1991; WALCKER, M., *German Home Towns. Community, State, and General Estate 1648-1871*, Ithaca, 1971.

²⁴ CALL, *Vom alten zum neuen...*, op. cit.

es más operativo en la comparación internacional usar ese término de acuerdo con la categoría que le concedían los contemporáneos, es decir, con la acepción de «estamento cultivado», lo que tendría una dimensión más real y razonable, mientras que, por el contrario, utilizar ese concepto en una perspectiva de análisis de clase social sería poco adecuado en razón de su extrema heterogeneidad interna²⁵. Las grandes diferencias que podían revestir la formación académica, la posición ocupada respecto al poder o las lógicas profesiones internas que prevalecían en el caso de los funcionarios del Estado, médicos, profesores y juristas aconsejan la precaución ante categorizaciones unitarias apresuradas, y reclaman más bien un análisis detallado de cada una de las profesiones antes que una visión de conjunto sintética.

En la situación actual faltan las grandes «batallas» que han sacudido a la historia social en tiempos anteriores. Entre la historia social y la historia política se ha forjado, por un lado, una división de tareas y, por otro lado, también una fructífera cooperación. Dado que los estudios de historia social de la RFA siempre han incluido y discutido fenómenos pertenecientes al ámbito de lo político dentro de su campo de investigación, es posible afirmar que hoy en día el foso entre la historia social y la historia política no es tan profundo como, por ejemplo, en Francia. Igualmente, los enfoques procedentes de la historia de la vida cotidiana, que en sus versiones más simplistas han sido objetivo predilecto de la crítica de los partidarios de la historia social, son crecientemente integrados dentro de las síntesis y análisis elaborados por esta última. Realmente, más que una concentración en algunos temas y problemas, tiene lugar más bien una diversificación en los instrumentos y métodos de la historia social. Pero esta situación también refleja el hecho de que la investigación en historia social dentro de la historiografía de la RFA se ha convertido en «típicamente alemana» - algo que realmente ya era en los años sesenta y setenta de este siglo.

Traducción: Xosé M. Núñez Seixas.

²⁵ Vid. sobre todo KOCKA, J. (ed.), *BiLdungsbürgertum im 19. Jahrhundert*, vol. 4: *Politischer Einfluß und geseLLschaftliche F'ormation*, Stuttgart, 1989; vid. también KOSSELLECK, R., *Bildungsbürgertum im 19. Jahrhundert*, vol. 2: *BiLdungsgüter und BiLdungswissen*, Stuttgart, 1990; ENGELHARDT, O., «Bildungsbürgertum», en *Begriffs- und Dogmengeschichte eines Etikells*, Stuttgart, 1986.

El fascismo europeo: entre el «neo» y la memoria

António Costa Pinto

En enero de 1994, una comunicación al Congreso de la Asociación Americana de Historia se titulaba, significativamente, «Definiendo el fascismo tras el comunismo»¹. El autor de la comunicación estimaba que el fenómeno fascista es indisoluble del comunismo. Al estar el segundo en vías de extinción, este historiador norteamericano nos invita a olvidar los viejos referentes analíticos, particularmente los marxistas y «antifascistas» de los años de la Guerra Fría, y volver a partir, con celo erudito, de un nuevo punto de partida. Un *zero-based theorizing* que debería comenzar por abandonar la búsqueda de un «fascismo genérico» y por una nueva investigación comparativa de los dos fenómenos.

Ni la primera ni la segunda hipótesis son nuevas. Ciertamente, ya habían sido utilizadas con frecuencia desde los años cincuenta. Creo incluso que si algo ha caracterizado la investigación histórica sobre el tema del fascismo en los últimos años ha sido, justamente, una gran desconfianza en los modelos analíticos globalizantes, por un lado, y una gran y despreocupada diversidad metodológica, por el otro. Donde difiero probablemente del autor citado, como se verá a continuación, es en la agenda propuesta para la investigación de la «posguerra fría», si bien la historia paralela del fascismo y del comu-

¹ PAINTER .JR., Borden W., «Defining Fascism After Communism», American Historical Association, 108th Annual Meeting, 6-9 de enero de 1994.

nismo no deja de prometer desarrollarse rápidamente, a medida que los archivos de Moscú y del Este vayan siendo abiertos a los historiadores.

En 1994, la producción sobre el tema del fascismo no sufrió ninguna revisión interpretativa global que merezca ser destacada. Monografías sobre movimientos de alcance nacional o local, biografías de dirigentes y trabajos de historia oral siguieron constituyendo la tónica dominante². Esta breve reseña pasará, pues, por la «memoria» del fascismo histórico y de la «colaboración», que dominó particularmente en la historiografía francesa; por las incursiones más recientes en la definición de un concepto de «fascismo genérico», y, finalmente, por el problema de las continuidades y rupturas entre fascismo histórico y neofascismo, aspecto éste que continuó siendo preponderante, por lo menos en Italia, en la reflexión académica sobre la cuestión.

1. La traición de la memoria

En la perspectiva de la historiografía sobre Vichy y la colaboración, 1994 fue sin duda el año de Mitterrand. La polémica desencadenada por el libro de Pierre Péan es bien conocida, e incluso el «caso Mitterrand» no era del todo desconocido para la comunidad historiográfica o para la propia derecha francesa, que lo recordaba regularmente³.

Robert O. Paxton, autor de un estudio pionero sobre la Francia de Vichy, ya había afirmado que «la historia personal de François Mitterrand durante la guerra hizo de él un francés típico y representativo» de la actitud de muchos de sus conciudadanos durante el pri-

² Stanley G. Payne anuncia una obra interpretativa para 1995 que será publicada simultáneamente en los Estados Unidos y en España (Wisconsin University Press y Planeta). Stein U. Larsen, coordinador de la obra colectiva *Who were the Fascists?* (Norwegian University Press, Bergen, 1980), anuncia finalmente para 1995 una obra colectiva que deberá constituir el trabajo más exhaustivo sobre el legado del fascismo y las actitudes ante él en la sociedad europea en la posguerra (LARSEN, S. V., *Modern Europe after Fascism*, SSM-Columbia University Press, en prensa).

³ PÉAN, Pierre, *Une jeunesse fram;aise. François Mitterrand 1937-1947*, Fayard, París, 1994. Para una versión más periodística, vid. FAUX, Ernmanuel; LEGRAND, Thomas, y PÉREZ, Gilles, *La Main Droite de Dieu. Enquête sur François Mitterrand et l'Éxtreme Droite*, Scuil, París, 1994.

mer Pétainismo 4. La única novedad reseñable fueron las declaraciones de Mitterrand al autor del libro y la colaboración que aquél prestó a sus investigaciones 5. La polémica, mientras tanto, contribuyó a destacar, más que cualquier innovación o interpretación sobre la naturaleza del régimen de Vichy, el problema de las actitudes ante el pasado o la «política de la memoria» del Estado francés y de sus élites.

Henry Rousso, historiador francés conocido sobre todo por sus trabajos sobre el legado de Vichy, volvió sobre el tema (en colaboración con el periodista Eric Conan) con una obra que de algún modo completa y actualiza: *Le síndrome de Vichy* 6. Realmente, como se destaca en su prefacio, se trata de un libro más bien de ensayo, en el que se pretende una «reflexión a dos voces y una toma de posición intelectual comprometida sobre cuestiones candentes, que nos infunden respeto como periodista, historiador y ciudadanos» 7.

La obra de Rousso y Conan representa un saludable ejercicio antiteológico, evitando el anacronismo que supondría abordar Vichy únicamente desde la óptica del antisemitismo, «una tentación judeocéntrica» que pretende releer toda la historia de la ocupación desde esta perspectiva 8. Por otro lado, la «moda de Vichy» y la amplitud de su cobertura mediática y política pueden deformar la naturaleza del régimen y el propio trabajo de los historiadores.

En esas polémicas sobre la memoria, los archivos también han sido, evidentemente, objeto de debate. Sonia Combe, acusada inmediatamente de irresponsabilidad y de mala fe, lanzó un ataque contra la política archivística sobre Vichy y contra varios historiadores «oficiales» en su obra *Archives interdites* 9. Según Combes, factores

4 PAXTON, Robert O... *Vichy France. Old Guard and New Order*, Columbia University Press, Nueva York. 1972; *vid.* también la entrevista con el autor en *L'Express*, 16 de julio de 1992.

5 *Vid.* «Vichy et le cas Mitterrand. Un entretien avec Henry Rousso», en *L'Histoire*, núm. 181, octubre 1994, pp. 76-79; COVA, Anne, «François Mitterrand, um passado que não passa», en *História*, año XVII (nueva serie), núm. 3, diciembre 1994, pp. 32-42.

6 CONAN, Eric, y ROUSSO, Henry, *Vichy, un passé qui ne passe pas*, Fayard, París, 1994; ROUSSO, Henry, *Le Syndrome de Vichy, de 1944 à nos jours*, 2.ª ed., Le Seuil, París, 1992.

7 CONAN, Eric., y Rousso, Henry, *Vichy, un passé*, pp. 30-31.

8 CONAN, Eric., y Rousso, Henry, *Vichy, un passé*, p. 269.

9 COMBE, Sonia, *Archives interdites. Les peurs françaises face à l'histoire contemporaine*, Alban Michel, París, 1994.

como la prohibición y/o monopolio de consulta por universitarios y «mito de la resistencia» se alimentan mutuamente. Alianza negada por la mayoría de los historiadores e instituciones situadas en su punto de mira, quienes destacaron el difícil equilibrio entre libertad de investigación y derecho al respeto por la vida privada, tema que nos desviaría ciertamente del propósito de este artículo ¹⁰.

Muchas de las obras promotoras del debate habían sido en el fondo biografías, caso de la ya citada de Péan sobre Mitterrand, o de la de Pascal Froment sobre esa figura paradigmática que fue René Bousquet, el amigo de Mitterrand y alto funcionario de Vichy, comprometido en las deportaciones de judíos franceses ¹¹. Esperemos que esta proliferación de estudios sobre trayectorias individuales permita una mejor comprensión de los factores de continuidad y ruptura en los recorridos vitales de los actores políticos e ideológicos de la «época del fascismo», aspecto en el que fueron pioneros los conocidos trabajos de Zeev Sternhell y Philippe Burrin ¹².

2. La modernidad de las dictaduras

En el campo de las obras generales e interpretativas constituyó una novedad la obra de Paul Brooker, *Twentieth Century Dictatorships. The Ideological One-Party States* ¹³. Este politólogo parte de la literatura clásica sobre los regímenes dictatoriales de partido único, y sus presupuestos interpretativos se desmarcan poco de los usuales en la ciencia política norteamericana de los años sesenta ¹⁴. En este sentido, el análisis de las relaciones triangulares entre ideología, partido y Estado, conjugado con un estudio diacrónico de las mutacio-

¹⁰ Vid. como eco de la polémica WEIL, Nicolas, «Histoire d'archives», en *Le Monde des livres*, 23 de diciembre de 1994, p. V.

¹¹ FROMENT, Pascal, *René Bousquet*, Stock, París, 1994.

¹² STERNHELL, Zeev, *Ni Droite ni Gauche. L'idéologie fasciste en France*, Seuil, París, 1983; BURRIN, Philippe, *La dérive fasciste. Doriot, Déat, Bergery, 1933-1945*, Seuil, París, 1986.

¹³ BROOKER, Paul, *Twentieth-Century Dictatorships. The Ideological One-Party States*, Macmillan, Londres, 1994. BROOKER es autor también del libro *The Faces of Fraternalism: Nazi Germany, Fascist Italy, and Imperial Japan*, Oxford University Press, Oxford, 1991.

¹⁴ Por ejemplo, HUNTINGTON, Samuel P., y MOORE, Clement H. (eds.), *Authoritarian Politics in Modern Society*, Nueva York, 1970.

nes tipológicas de las dictaduras, da lugar a una síntesis interesante.

Aplicando una teoría (por lo demás poco explícita) de la modernización a la ideología, Brooker parte de un postulado simple: las dictaduras modernizadoras han dominado el siglo XX. En una perspectiva científica, parece hasta extraño que la democracia haya vencido a finales del siglo, pues «no solamente las dictaduras ideológicas y de partido representaron una forma nueva de régimen político, sino que también mostraron más creatividad y variedad que la democracia» 15.

La tipología del autor es también sencilla. Se trata de dividir a las dictaduras de partido único entre las militares con partido y las de «partido-Estado». En las primeras, el jefe es un militar o una junta militar, y en las segundas el liderazgo es asegurado por una figura del partido o por el partido del régimen. En sus estudios de caso, su objeto central es la dinámica interna existente entre estas instituciones de las dictaduras.

Según Brooker, la gran ventaja comparativa de las dictaduras ideológicas modernizadoras, fascistas y socialistas, militares o civiles de derecha, en relación a la democracia fue su carácter pionero en el uso de la ideología y de los partidos y, particularmente, el papel «multifuncional» de ambos. El papel social de la ideología, ayudando a construir una imagen de «solidaridad social»; la función ideológica del partido; el control político del partido sobre el Gobierno y el Estado; la máquina organizativa disciplinada y jerarquizada, «dieron a las nuevas dictaduras que aparecieron en los años veinte una modernidad destacable, y el tipo de ventajas de que aquéllas necesitaban» para convertirse en un desafío a las nacientes democracias. En verdad, afirma el autor, «las justificaciones ideológicas de un régimen puramente político como la democracia tienen menos capacidad de innovación que las ideologías que cubren también aspectos sociales y económicos» 16.

Es evidente que estos presupuestos interpretativos plantean la obvia cuestión de por qué tantas dictaduras acabaron por caer a finales del siglo XX. Descontando factores como las crisis económicas (no analizados en la obra), Brooker se concentra en uno: la tendencia general de estos regímenes a degenerar en dictaduras personales, «lo que conllevó la pérdida de sus ventajas en términos de modernidad

15 BROOKER, *Twentieth*, p. 4.

16 BROOKER, *Twentieth*, pp. 6-9.

política y creatividad (...)>>. Su fresco de las dictaduras del siglo XX prueba e ilustra a las claras cómo casi todas las dictaduras «organizativas» -fuesen de partido o de institución, como las militares- se transformaron irreversiblemente en dictaduras personales.

El «anticuado elemento personalista» actuó como contrapeso negativo a la estructura de las dictaduras y disminuyó severamente su contacto con la realidad. Para Brooker, la primera manifestación de ese fenómeno se reveló ante todo en el ejemplo autodestructivo de las dictaduras de Hitler y Mussolini, destruidas por la guerra. Pero la durabilidad de regímenes como los de Franco o las Dictaduras socialistas están ahí para demostrar que «en tiempo de paz» su destrucción rápida difícilmente habría sido posible.

Este estudio comparativo de Paul Brooker, aunque bastante útil, utiliza un concepto de modernización del que muchos historiadores discreparían. El anteriormente citado Robert O. Paxton abordó rápidamente el tema de la relación entre fascismo y modernización en una «lección Marc Bloch», pero se concentró sobre todo en el viejo problema del «fascismo genérico» 17.

3. Fascismo y «comunidad nacional»

Al destacar la difícil relación de la Historia con el fascismo, Robert O. Paxton apunta cuatro problemas: el de la memoria de la izquierda («fueron necesarias dos generaciones hasta que la izquierda se convenció de que el fascismo es, sobre todo, un verdadero movimiento de masas, y no la hábil maniobra de una derecha reaccionaria o de un capitalismo desesperado»); la ambigua relación entre doctrina y acción fascista; el problema del mimetismo, pues numerosos regímenes que no eran fascistas imitaron algunos elementos de los fascismos, y, por último, su banalización.

Paxton propone una «definición funcional» que me parece particularmente importante para el análisis de las obras siguientes: «El fascismo es un sistema de autoridad y de encuadramiento que promete reforzar la unidad, la energía y la pureza de una comunidad mo-

17 PAXTON, Robert O., «Les fascismes. Étude comparée», conferencia Marc Bloch, París, 13 de junio de 1994, de próxima publicación en *Vingtième Siècle. Revue d'Histoire*, núm. 45, enero-marzo 1995.

derna, es decir, ya consciente de sí misma ante otras comunidades, y ya capaz de expresar una opinión pública»¹⁸.

En un período en el que el terna de las continuidades y rupturas entre los fascismos históricos y los rebrotes neofascistas y ultranacionalistas continuó atrayendo la atención de una parte de las ciencias sociales alemana e italiana, parece particularmente importante destacar las obras que se concentraron en las relaciones entre fascismo y nacionalismo, o en las mutaciones ideológicas del fenómeno. En este campo, una obra que, aunque publicada en 1991, solamente alcanzó una mayor audiencia con su segunda edición en 1994, fue la de Roger Griffin, *The Nature of Fascism (La naturaleza del fascismo)*¹⁹.

El interés de la obra de Griffin es múltiple. Representa un notorio esfuerzo por redefinir un tipo ideal de fascismo; se concentra en la ideología y en la variedad de movimientos de ese signo, e integra los movimientos y la dinámica ideológica del fascismo del período posterior a 1945.

La característica más importante de este libro es justamente su énfasis en la dimensión ideológica del fascismo, considerada por muchos historiadores como una de las más débiles. De hecho, la polémica, muchas veces repetida, sobre si el fascismo podría ser elevado al estatuto de ideología es antigua. Muchos han sido los historiadores que consideraron que el fascismo representó poco más que un conglomerado de elementos dispersos y contradictorios. Algunos, por lo demás, subrayaron incluso el carácter exclusivamente «pragmático» del fenómeno. Es curioso, en esta perspectiva, observar cómo en la conferencia citada anteriormente, Robert Paxton reconoce que fue un error el «reducir el papel de las ideas en el fascismo a un simple funcionalismo»²⁰. En la línea de Zeev Sternhell, Mosse o de Stanley G. Payne, Griffin se toma más en serio la ideología del fascismo, destacando dos de sus componentes: el nacionalismo y el mito de un nuevo comienzo o renacimiento en coyunturas de crisis y «decadencia».

La definición específica de Griffin es corta: «El fascismo es un género de ideología política cuyo cuerpo mítico en sus varias mutaciones es una forma palingenética de ultranacionalismo populista»²¹. Las explicaciones complementarias a esta definición son más complejas.

18 PAXTON, Robert O., «Les fascismes...».

19 GRIFFIN, Roger, *The Nature of Fascism*, Routledge, Londres, 1994.

20 PAXTON, Robert O., «Les fascismes...».

21 GRIFFIN, *The Nature...*, p. 26.

La noción de «regeneración» o «nuevo comienzo» que habría de suceder a un período de crisis no caracteriza obviamente por sí sola al fascismo, ya que otras muchas ideologías, por no hablar de religiones, también la utilizaron con anterioridad. Griffin subraya por su parte el carácter secular y «orientado hacia el futuro» de la variante fascista. En cuanto a la componente «populista ultranacionalista», el primer concepto es utilizado para definir, como término genérico, una fuerza política «que, aunque dirigida por un pequeño grupo elitista de cuadros o autoproclamadas “vanguardias”, en la práctica y en principio dependen del “poder del pueblo” como base para su legitimidad»²².

El desarrollo de la argumentación de Roger Griffin capta bien aquello que él mismo define como la «intrínseca inviabilidad del fascismo, sea como movimiento o como régimen», es decir, «la necesidad de prolongar indefinidamente la fase palingenética de la transformación revolucionaria se combina con la necesidad de rutinizar y prolongar indefinidamente su fuerza de apelación carismática de forma que destruye en última instancia la viabilidad del fascismo como panacea para un nuevo tipo de sociedad»²³. Para este autor, por tanto, el fascismo está condenado a ser una fuerza política efímera en cuanto base de un régimen.

La obra de Roger Griffin merecería un análisis más detallado, pues estamos en presencia de un estudio de enorme erudición y creatividad analítica, pero lo importante aquí es destacar el modo en el que los interrogantes de la investigación más reciente tienden a demostrar una preocupación creciente por el binomio fascismo-nacionalismo, por un lado, y por las diversas formas de ideología y movimientos fascistas, por otro lado; todos estos aspectos, por lo demás, parten de una definición restrictiva del fascismo en términos de régimen político. En este caso, sin diluir el concepto de fascismo en todos los regímenes dictatoriales de derecha del siglo XX.

4. El neofascismo: una realidad fluida

La ola de transiciones políticas en el Este de Europa y la unificación alemana, con la utilización ocasional de panoplias de simbología fascista por movimientos neonazis y ultranacionalistas, ha pro-

²² GRIFFIN, *The Nature*, pp. 36-37.

²³ GRIFFIN, *The Nature*, p. 43.

vocado una proliferación de estudios sobre la extrema derecha contemporánea. La utilización del concepto de neofascismo se volvió también más compleja, dada la extrema fluidez y diversificación de los elementos políticos que pretende analizar ²⁴. Por otro lado, la captación de las mutaciones exige la utilización de propuestas analíticas más dinámicas, lo que no siempre ha sido el caso, particularmente para casos como el italiano. Se incrementa además el factor escala, pues micro-organizaciones neofascistas siempre pulularon en Europa desde 1945, pero su estudio puede implicar también el dar importancia a lo que no la tiene. Como ha escrito recientemente Stanley G. Payne, «la gran cuestión (...) es saber si el fenómeno estudiado es una extraña curiosidad o una importante nueva amenaza» ²⁵.

Regresando a Roger Griffin, conviene destacar desde luego la extrema «complejidad organizativa» y la «heterogeneidad ideológica» de la extrema derecha más reciente. El esfuerzo tipológico de este autor es útil, pero ha de ser complementado.

El Movimiento Social Italiano (MSI), en vías de cambio de nombre y de programa, constituyó una singularidad del escenario político italiano. Fue el único movimiento con éxito en el clima de la posguerra que se basó en el fascismo y su herencia. Griffin lo clasificó como «fascismo nostálgico», caracterización seguramente correcta para las dos primeras décadas de la posguerra, pero más dudosa a partir de los años sesenta, cuando la constelación política comenzó a diversificarse entre integristas católicos, tradicionalistas, nostálgicos y fascistas, unidos (y, a veces, desunidos) dentro del mismo partido ²⁶.

No fue por acaso que el número especial de una revista italiana sobre el tema se tituló significativamente *Destre* (derechas), para marcar una pluralidad muchas veces ignorada mecánicamente por las ciencias sociales ²⁷. Más que un conglomerado de artículos dis-

²⁴ Vid. como ejemplo de estudios recientes, los de CHELES, Luciano, *et al.* (ed.), *Neo-Fascism in f.:urope*, Longman, Londres, 1991; MERKL, Peter H., Y WEINBERGER, L. (eds.), *Encounters with the Contemporary Radical Right*, Boulder, Co., Westview Press, 1993.

²⁵ PAYNE, Stanley G., «Historie Fascism and Neofascism», en *European History Quarterly*, vol. 23, 1993, p. 74. Sobre el caso español, *vid.* el dossier «L'extrema dreita espanyola», en *L'Avenç. Revista d'història*, núm. 186, noviembre 1994, pp. 17-51.

²⁶ CRIFFIN, Roger, *The Nature...*, p. 163.

²⁷ Vid. el número monográfico de *Democrazia e Diritto*, núm. 1, enero-marzo 1994.

persos, este volumen representa una tentativa de reflexionar sobre las mutaciones de la derecha, desde el fascismo hasta la evolución más reciente de la cultura política en Italia. La elección de las teorías sobre el fascismo histórico recayó sobre aquellos historiadores cuya producción es más operativa para el análisis de esta mutación, casos de Renzo De Felice, Gregor, Mosse o Zeev Sternhell, todos ellos con estudios críticos sobre sus tesis.

El objeto central es, por lo demás, el estudio de esa mutación del MSI y del complejo cultural asociado con él. La historia y el análisis de su evolución prueban la difícil utilización del referente del fascismo histórico en sentido estricto para comprender su evolución. Piero Ignazi, que con Franco Ferraresi y Roberto Chiarini fue uno de los pocos estudiosos dedicados a la historia de la extrema derecha italiana, subraya que sería reductivo imaginar un retorno del «escuadrismo», pues «la larga permanencia dentro de la democracia, la continua presencia en el parlamento y en millares de asambleas locales» creó un clima favorable a la recepción de los principios democráticos ²⁸.

Con esta observación/pronóstico sobre la «integración» progresiva de la derecha no-democrática italiana regresamos al tema de la crisis. De hecho, más que cualquier reflexión formal sobre las líneas de continuidad y ruptura entre el fascismo histórico y las nuevas expresiones de la derecha radical, el elemento vinculante entre ambos tiene que incluir el factor crisis. Como destaca Pasquale Serra en la introducción al número monográfico citado, «una problemática fascista sólo puede emerger en un terreno contiguo a la crisis, y a la cultura de la crisis» ²⁹. Sobre este aspecto, la experiencia del fascismo histórico puede ser importante para el estudio de los nuevos movimientos contemporáneos, particularmente los más próximos a la asociación entre «crisis» y «nación». Y de poco más.

Traducción: Xosé M. Núñez Seixas.

²⁸ *Democrazia...*, p. 118.

²⁹ *Democrazia...*, p. 21.

Críticas

HOBBSBAWM, Eme: *Age of Extremes. The short Twentieh Century, 1914-1991*, Michael Joseph, Londres, 1994.

Como era de esperar, el colapso del socialismo y el hundimiento de la Unión Soviética diez años antes de que acabara el siglo –y el milenio--, ha suscitado numerosas reflexiones sobre el fin, si no de la historia, aunque t.ambién, al menos de una época. El carácter de los acontecimientos **que** han sucedido bajo nuestros ojos no podía dejar de animar a ensayistas e historiadores de amplia mirada a levantar los primeros balances sobre el sentido de nuestro siglo. Hobsbawm pertenece a esa especie: su obra anterior, con sus edades de la revolución, del capital y del imperio le situaba en una privilegiada posición para levantar el epitafio de esta última edad todavía sin nombre. Este libro tiene, pues, algo de culminación, de subida a la cumbre desde la que se otean los grandes horizontes y, al mismo tiempo, de recuento autobiográfico, de balance de las esperanzas y frustraciones de alguien que ha vivido hasta 10 hondo el tiempo que ahora le toca interpretar.

La duda radicaba únicamente en el sustantivo que elegiría para coronar su obra, pues si la revolución, el capital y los imperios marcaron con hechos materiales, físicos, unas épocas, ahora, en un mundo policéntrico, no era tan fácil elegir una sola palabra para definir toda esta compleja edad. De ahí quizá que haya optado por un título que no implica una referencia a un hecho central, sino que enuncia

un juicio de valor. Este corto siglo XX, que comienza con la guerra total y termina con el fin del socialismo, es, para Hobsbawm, una edad de extremos, un siglo extremoso. En la guerra, en la revolución, en el abismo económico al que descendió en su primera mitad, como en las revoluciones sociales y culturales de la segunda, la humanidad ha atravesado situaciones extremas, situaciones límites.

Ya se comprende que bajo el título y la temática elegidos, Hobsbawm busca sobre todo el sentido de los hechos más que su relato o descripción minuciosa. Los hechos que se ponen ante los ojos del lector están elegidos para reforzar argumentos, para revelar sentidos, significados. Todo el discurso es explícitamente interpretativo: sus preguntas se refieren al porqué de esos acontecimientos y persiguen luego sus derivaciones. Hobsbawm no se propone narrar, no pretende informar o, más bien, sólo quiere hacerlo en la medida en que recordar un hecho, que de todas formas da por sabido, sea necesario para comprender una época. Un libro construido, pues, de forma expresa como sucesivos ensayos sobre temas monográficos y con el propósito de encontrar un sentido a este momento presente de la historia a que hemos llegado cuando el siglo declina.

Esta opción interpretativa, además de determinar la estructura de la obra, constituye su fuerza, su poder de sugerir, de plantear cuestiones abiertas, y a la vez abre al lector todos los flancos posibles para la duda, la discusión o la abierta discrepancia. Hobsbawm nos invita a entrar en el siglo a través de lo que llama *The Age of Catastroph*, en la que considera, en la senda abierta por otros autores, como un todo, como una unidad, las dos guerras mundiales bajo la común denominación de Guerra de los Treinta y Un años. Esta misma opción por la consideración unitaria de los grandes fenómenos inaugurales le lleva a dedicar el siguiente capítulo a la «revolución mundial», considerando como parte del mismo proceso la revolución rusa de 1917 y las revoluciones del Este de Europa y de China en los años cuarenta.

Pero si las dos guerras fueron en realidad una, entonces la naturaleza de ambas debía ser la misma, aun si ampliados sus escenarios e incrementados los estados que en ellas intervinieron. Hobsbawm, sin embargo, ve la Gran Guerra bajo el prisma de una confrontación entre un imperio emergente, Alemania, y un imperio declinante, Gran Bretaña, mientras que la segunda estaría definida por el contenido ideológico y no por consideraciones geoestratégicas: es la guerra de la alianza entre capitalismo y comunismo contra el fascismo, que apa-

rece como enemigo común. Si esto es así no habría una guerra de los treinta años, sino dos guerras que exigirían, para su cabal comprensión, haber introducido entre una y otra como factor explicativo la aparición y el auge del fascismo.

La guerra es la gran partera de la revolución mundial, que acontece en dos oleadas sucesivas: la primera, con el triunfo bolchevique; la segunda, con la extensión de la revolución socialista hasta abarcar a un tercio de la humanidad. El tratamiento de la guerra como unidad en dos tiempos determina la visión de la revolución como un solo fenómeno en dos fases, lo que aplaza el análisis del socialismo en un solo país como determinante de la segunda fase. Pero si el fracaso de la revolución mundial en los años veinte condujo a la transformación del movimiento comunista en una iglesia con centro en Moscú, su avance después de la segunda no sería tanto un triunfo de la revolución como del ascenso de la Unión Soviética a potencia mundial. En todo caso, el tratamiento del comunismo como una nueva especie de orden monástica, con objeto de resaltar su fuerza interior relega a un tratamiento posterior los procesos de Moscú y la hecatombe que para muchos de esos creyentes tuvo el éxito de su propia Iglesia. Del mismo modo que el análisis del fascismo se pospone al de la Guerra de los Treinta y Un años, el análisis del stalinismo, inscrustado en la segunda parte de la obra, no explica el triunfo de la segunda fase de revolución mundial, de la que resulta, por así decir, ajeno.

La segunda parte del libro se dedica a lo que Hobsbawm llama Edad de Oro, que comienza también, de todos modos, con una guerra, sólo que esta vez fría. Ya se entiende que si la primera mitad del siglo se sitúa bajo el signo de la guerra total, que es como la puerta que permite el acceso a todos los demás, la segunda se sitúa simétricamente bajo el signo de la guerra fría y la confrontación entre las dos grandes potencias que emergen tras la guerra. Confrontación que no es preciso tomar demasiado al pie de la letra, pues si hay algo claro en esa guerra fría es la voluntad de los dos grandes de no pasar a mayores y de organizar el sistema mundial bajo el supuesto de que, de todas formas, sería preciso echar las bases para la distensión y la colaboración.

Esta es la Edad de Oro que Hobsbawm añora. Pues, por una parte, es el gran momento del capitalismo, que emerge de la guerra tan transformado que es difícil reconocerlo: mezcla de liberalismo y socialdemocracia con un sustancial préstamo tomado de la Unión So-

viética, pionera de la planificación; por otra, es el período de los planes quinquenales, del gran crecimiento de la Unión Soviética que se presenta, aun si su socialismo es de la clase de los regímenes brutales y despiadados, como alternativa global del capitalismo. El problema es que esa dorada Edad de Oro (Golden Age golden) dura sólo veinticinco excepcionales años. A partir de 1973, en efecto, es de nuevo la crisis del capitalismo y el anquilosamiento del socialismo: décadas de crisis, movimientos revolucionarios en el Tercer Mundo, auge de las guerrillas y de la violencia, quiebra del pacto liberal/socialdemócrata y, para complicarlo todo, unas iniciativas de las élites en el poder en la Unión Soviética que acaban por desmontar un sistema que funcionaba, mejor o peor, pero con la «aceptación» de las masas para poner en su lugar un vacío, la nada. El capítulo sobre «El fin del socialismo» es la nostálgica y sorprendida reflexión de alguien que ha sentido como una tragedia el hecho de que la revolución de Octubre haya devenido, por un fatal destino situado más allá de la voluntad humana, un régimen brutal, pero que, a pesar de todo, mantiene su convicción de que sólo en el socialismo es posible encontrar un camino para solucionar los graves problemas de desigualdad y miseria a los que se enfrenta la humanidad. Hobsbawm carga toda la responsabilidad por el hundimiento de los regímenes socialistas y el fin de la Unión Soviética sobre una élite política que se lanzó a un programa de reformas sin saber qué era preciso colocar en el lugar de lo reformado.

Es así, con esa incertidumbre sobre lo que nos espera, como se cierra este recorrido por la Edad de los Extremos, por nuestro corto siglo XX. El mundo carece, por primera vez desde hace doscientos años, de una estructura o sistema internacional; el único estado al que se puede reconocer la categoría de gran potencia es Estados Unidos. En tal escenario, la inseguridad será la regla, incluso para los países que se creen fuera de las zonas de conflicto. El fracaso del socialismo y la crisis del liberalismo, añadidos al crecimiento demográfico y a la crisis ecológica no contribuyen a despejar el horizonte. El panorama es más bien sombrío y Hobsbawm se guarda de formular pronósticos o enunciar caminos de salvación. Forma parte del clima moral de la época que, una vez llegado a la cima, tras un largo, fecundo y sugerente recorrido, la conclusión de Hobsbawm consista en afirmar que es necesario un cambio, en reconocer que no sabe hacia dón-

de hay que cambiar y en avisar que, de todas formas, si la sociedad no cambia, lo que nos espera es la más completa oscuridad.

Santos Juliá

BERMEJO, J. C.: *Entre historia y filosofía*, Akal editor, Madrid, 1994, 251 pp. BURKE, PETER (ed.): *Formas de hacer historia*, Alianza Editorial, Madrid, 1994, 313 pp. AAVV: *A propósito del fin de la historia*, 1. Alfons el Magnánim, Valencia, 1994, pp.

Historia y filosofía, de José Carlos Bermejo, comprende un conjunto de estudios que van desde ensayos sobre los límites del conocimiento humano, qué sea un filósofo, y el mito y la filosofía, a trabajos sobre la construcción del objeto historiográfico y la crisis de la idea de Historia Universal, pasando por las dimensiones significativas del pasado histórico o los historiadores y el futuro. El conjunto de la obra -no sólo el libro a que ahora nos referimos- de Bermejo, insólita en nuestro panorama bibliográfico ¹, exigiría un detenido comentario, por su dimensión, ya muy considerable, y, sobre todo, por su voluntad de rigor, de sistema, por la excelente información en que se basa, en fin, por su alta calidad ². *Historia y filosofía* constituye una excelente introducción a la reflexión en el más amplio sentido acerca de la Historia y del oficio de historiador, ofreciendo un marco de análisis muy completo. Comentaremos, pues, algunos temas significativos de *Historia y filosofía* para encuadrar algunas obras recientes.

Señala Bermejo la dificultad de establecer un balance que determine en qué direcciones, más o menos aproximadas, marcha la Historia; siquiera intenta destacar las corrientes dominantes y esbozar dentro de ellas sus rasgos básicos. Tal pretensión resulta, creemos, mucho más lograda desde las concepciones de la Historia y de la His-

¹ Y no sólo en el nuestro. La teorización sobre la Historia, en un sentido riguroso, viene realizándose, casi exclusivamente, por filósofos. Otra cosa son los «estados de la cuestión» o la Historia de la Historiografía.

² Otros libros de BERMEJO. *Introducción a la sociología del mito griego* (1979); *Mito y parentesco en la Grecia Arcaica* (1980); *Mitología y Mitos en la España Prerromana, I y II* (1982, 1986); *Psicoanálisis del conocimiento Histórico* (1983); *El Final de la historia* (1987); *Replanteamiento de la Historia* (1989); *Fundamentación lógica de la Historia* (1991).

toriografía -tampoco, ciertamente, se pretende una descripción exhaustiva- que desde la concreta producción historiográfica, de la que da precisa noticia *Formas de hacer Historia*, editada por Peter Burke ³, centrada en la que se ha venido denominando «Nueva historia», opuesta a la Historia tradicional, cuyos rasgos básicos fija el propio Burke en la «obertura» de la obra ⁴ con sus nuevos temas, por su originalidad o por el renovado enfoque, tratados por conocidos especialistas: los grupos humanos «sin historia» (Sharpe), las mujeres (Jean Scott), ultramar (Wesseling), la microhistoria (Giovanni Levi), la oralidad (Gwin Prins), la lectura (Robert Darnton), las imágenes (Ivan Gaskell), el pensamiento político (Richard Tuck), el cuerpo (Roy Porter) y el retorno del acontecimiento y de la narración (Peter Burke). La «Nueva historia» se asocia frecuentemente a los fundadores, en 1929, de la revista *Annales*, Lucien Febvre y Marc Bloch, a quienes ha dedicado José Antonio Ereño Altuna un bien informado artículo -«Marc Bloch visto por Lucien Febvre»- ⁵ con el que se precisan las aportaciones y las diferencias entre los dos grandes historiadores y también, ¹⁰ que es sumamente importante, se señala un camino: urge que la historiografía española se abra al exterior y que, de la misma forma que hay hispanistas, contemos con especialistas en otras historiografías. La «Nueva historia» en su dimensión conceptual ⁶ o, en algunos de sus aspectos concretos ⁷, la incidencia de la posmodernidad en los estudios históricos ⁸ son los temas de *New History, Nouvelle Histoire (Hacia una nueva Historia)* ⁹, conjunto de

³ Madrid, 1993. Título original, *NeU! Perspectives on Historical Writing*, Polity Press, 1991.

⁴ Páginas 11-37.

⁵ *Letras de Deusto*, vol. 23, 61 (noviembre-diciembre 1993), pp. 31-35.

⁶ ANDRÉS-GALLEGO, «La Nueva Historia como reto»; OLÁBARRI, «La Nueva Historia, una estructura de larga duración»; GHEMEK, BRONISLAW, «Entre lo individual y lo colectivo. ¿Jistoria social o historia moral?»; CAHONELL, CHAHLES-OLIVEH, «Antropología, etnología e historia: la tercera generación en Francia».

⁷ SIVAN, EMMANUEL, «(La historia de la cultura, la superación de lo cuantitativo»); DE LLEHA, LUIS, «De las generaciones a las tendencias: una propuesta de historia cultural neo-orteguiana»; COVA, ALBEHTO, «Nuevas orientaciones de los estudios italianos sobre historia del movimiento católico»; GUEHHA, FRANÇOIS-XAVIER, «El renacer de la historia política: razones y propuestas».

⁸ HEXTEH, «La implosión de la desconstrucción»; RÜSEN, JÖRN, «La historia entre la modernidad y la posmodernidad»; MOHALES MOYA, «Posmodernismo e historia»; DE GAHAY Y YEPES, «La objetividad, vicjo y nuevo problema».

⁹ Madrid, 1993.

trabajos coordinados por José Andrés-Gallego, quien en la introducción presenta el fondo antropológico común a las distintas corrientes que confluyen en la «Nueva historia» 10.

El estudio de los *medios expresivos* del historiador, la consideración del relato y de los análisis retóricos en las obras históricas, una de las preocupaciones claves de la actual teoría de la Historia, encuentra en Bermejo una fundamentación filosófica 11. Burke, por su parte, subraya el interés que en orden a la construcción de una nueva «narrativa histórica» ofrecen las aportaciones de la antropología —la «thick descripción» de Clifford Geertz— y la conveniencia de utilizar nuevas formas narrativas: la micronarración, los relatos que se desplazan atrás y adelante entre mundos públicos y privados, o la presentación de los mismos acontecimientos desde distintas perspectivas, para lo que sería interesante tener en cuenta los recursos empleados en obras de ficción, literarias o cinematográficas, tal como hace Jonathan Spence, el historiador de China, cuando utiliza el lenguaje del «montaje» 12.

El impacto de la posmodernidad, junto con el crecimiento de la producción historiográfica y la inevitable especialización, fragmentando la Historiografía, haciendo quebrar los clásicos modelos socio-históricos con los que se venía pensando la realidad social global 13, lleva a preguntarse tanto por la posibilidad de la síntesis histórica como por la propia idea de Historia Universal.

Burke, considerando inevitable la proliferación de subdisciplinas, reflejo de la creciente división del trabajo en las sociedades industriales —o posindustriales—, subraya los signos estimulantes de acercamiento interdisciplinar en el ámbito historiográfico. Así, los historiadores de la «cultura popular» tratan de analizar y describir las cambiantes relaciones entre lo alto y lo bajo; los historiadores de la mujer extienden su interés a las relaciones de los sexos en general; la oposición tradicional entre acontecimientos y estructuras cede ante la preocupación por las interrelaciones y la experimentación de formas narrativas de análisis o formas analíticas de narración, y, quizás lo más importante, la vieja oposición entre historiadores políticos o no

10 Páginas 13-25.

11 «La Historia entre la razón y la retórica», *op. cit.*, pp. 91-123.

12 «Historia de los acontecimientos y renacimiento de la narración», *op. cit.*, pp. 287-305.

13 MORALES MOYA, «Posmodernismo e historia», *op. cit.*, pp. 139-153.

políticos tiende a desaparecer; en definitiva, «todavía estarnos lejos de la "historia total" preconizada por Braudel. De hecho, no sería realista creer que este objetivo pueda ser alcanzado alguna vez, pero se han dado algunos pasos más hacia él» 14.

Tomando como punto de partida el famoso artículo, después libro, de Francis Fukuyama 15, Bermejo analiza la idea de Historia Universal y su presente crisis. Las conclusiones -digamos, de pasada, que después de leer tantas ineptias sobre Fukuyama y su tesis reconforta la pulcritud intelectual con que el profesor de la Universidad de Santiago afronta el tema-, tras un preciso recorrido histórico, se orientan ambiciosamente a fijar las bases de una nueva ontología y una nueva dinámica de la Historia Universal. Tales bases serían: la apertura de la Historia Universal hacia culturas diferentes de la europea u occidental, la apertura de la historia humana hacia la historia de la naturaleza y la apertura del discurso histórico hacia la alteridad, de modo que abandone el principio de exclusión. Nueva ontología y nueva dinámica de la Historia Universal que deben ir unidas, concluye Bermejo, «a una nueva axiología en la que la Historia no se limite a reproducir o exaltar los valores de una sociedad determinada, sino en la que se trabaje a partir de una nueva perspectiva ética, de una perspectiva enraizada en los valores morales de validez universal. Una perspectiva en la que se considere que el bien y el mal están por igual presentes en el devenir histórico y en la que el bien no debe ser considerado lo natural en el Hombre y en la Historia, sino como un logro, como una conquista frágil y nunca o casi nunca acumulativa» 16. En esta perspectiva renovadora del concepto de Historia Universal tiene el mayor interés, al recoger las nuevas corrientes encaminadas a superar las fronteras tradicionales, los puntos de vista localistas y las parcialidades nacionales, el artículo «Historia de Ultramar» de Henk Wesselking 17.

En 1991 la revista *HistOIY Today* celebró el cuadragésimo aniversario de su aparición con un debate en el que veinte historiadores de reconocido renombre aportaron su punto de vista sobre las tesis de Fukuyama. La controversia se recoge en el libro *A propósito del*

14 BJRKE, «Obertura: la nueva historia, su pasado y su futuro», *op. cit.*, p.37.

15 *El fin de la Historia y el último hombre*, Barcelona, 1992 (Nueva York, 1992).

16 «Historia Universal: crisis de una idea», *op. cit.*, p. 250.

17 En BJRKE (ed.), *op. cit.*, pp. 89-118.

fin de la Historia 18. Las posiciones oscilaron entre la recia afirmación de la validez del marxismo «como instrumento de reconocimiento» de la enmarañada realidad de la Historia (Christopher Hill, Kiernan, Harvey, Kaye y Marshall), hasta el más radical rechazo: «(...) hablar del fin del marxismo como verdad coherente y verosímil, como sistema que funciona y como fe religiosa (...) está hoy plenamente justificado» (Roberts). Otros, como Hugh Brogan, señalan, frente a Marx, la validez actual-«Tocqueville revisitado»- del pensamiento de Alexis de Tocqueville o la integración de los principios marxistas en la historiografía moderna: «resulta difícil distinguir lo que es "marxista" de lo que no lo es». Tal es la tesis de Tony Judt con la que se cierra el libro: «En resumidas cuentas, el efecto de la "muerte del marxismo" ha sido sumir lo que fue la historiografía marxista en el cuerpo de la erudición histórica, de manera que sigue resultando identificable cuando se resiste a reconocer la realidad de su propia desaparición y reproduce, sin pudor alguno, los clichés de un pasado olvidado. En este sentido no es más que una historia que resulta inservible. Por decirlo a la manera de Tolstoi, la conclusión a la que podría llegarse es que, por lo visto hasta ahora, todas las buenas historias se parecen entre sí, pero las malas lo son cada una a su manera» 19.

Antonio Morales Moya

MANN, MICHAEL: *The Sources of Social Power*. Volumen II, *The Rise of classes and nation-states, 1760-1914*, Cambridge University Press, Cambridge--Nueva York-Melbourne, 1993, X + 826 pp.

Esta segunda entrega de la prevista trilogía de Michael Mann se ocupa de lo que él llama el «largo siglo XIX». La primera, publicada en 1986 en la misma editorial (trad. cast. Alianza Ed., Madrid, 1991) Y subtitulada *A History of Power from the Beginning to A. D. 1760*, ofrecía ya las bases conceptuales y el modelo teórico de toda la serie. El autor anuncia una tercera parte para el siglo XX a partir de la Gran Guerra.

¹⁸ Valencia, 1991. Título original, *Alter the End Of history*, Londres, 1992.

¹⁹ "Crónicas de una muerte anunciada», *ibid.*, p. 200.

Estamos ante un científico social que tiene algunas cualidades poco comunes. Frente a tanta jaculatoria sobre las bondades de la interdisciplinariedad que casi nunca se lleva luego a la práctica, él la cultiva de verdad en la medida en que se permite su condición de sociólogo. Ya en el Prefacio de su primer volumen decía algo con lo que luego procura siempre ser consecuente: «La teoría sociológica no puede desarrollarse sin un conocimiento de la historia. Casi todas las cuestiones clave de la sociología se refieren a procesos que ocurren a largo del tiempo (...). Pero el estudio de la historia también quedaría empobrecido sin la sociología (...). La teoría sociológica también puede disciplinar a los historiadores en su selección de datos (...). El prestar una atención demasiado erudita a los datos produce ceguera; el escuchar excesivamente los ritmos de la teoría y de la historia universal produce sordera» (pp. 9-10).

Por otra parte, consciente de que las dos características básicas de toda realidad humana, pasada o presente, son su unicidad compleja y su variabilidad espacio-temporal, orienta todas sus energías teóricas a la puesta a punto de un arsenal conceptual y unos modelos analíticos concordantes con ellas. De ahí su rechazo a la consideración incompleta o inconexa de todos los procesos y factores relevantes y a sus frutos teóricos (que llama teorías «monocausales» o «dicotómicas», según los casos), así como a los enfoques «sistémicos», por los que entiende aquellos que descomponen el objeto de estudio en compartimentos estancos («niveles», «subsistemas», «dimensiones»), entre los que sólo se concibe una relación externa, a la manera del «choque de bolas de billar». Por último, es uno de los autores en que la lucha contra los propios prejuicios, ideológicos o de otro tipo, aparece más consciente y continua. Ello le permite criticar las diferentes escuelas con la suficiente ecuanimidad para extraer de ellas, especialmente de la weberiana y la marxista, pero también de otras, los elementos que considera aprovechables y desechar el resto, pero sin caer en un eclecticismo desnortado, pues la selección se hace siempre en función de su propia percepción de la realidad y de su estrategia de investigación.

Esta tiene un objetivo central: establecer las relaciones entre las cuatro fuentes de poder social que en su opinión existen (ideológica, económica, militar y política) y averiguar si algunas tienen primacía sobre las demás en la estructuración de la sociedad. Para ello utiliza los mismos conceptos básicos e hipótesis de trabajo que en el estudio anterior. Mencionaremos brevemente los más importantes.

Los conceptos de poder (social): poder distributivo y poder colectivo (tornados de Parsons); poder extensivo y poder intensivo; poder autoritativo (que no autoritario, como traducen algunos, pues Mann también utiliza este último término, *authoritarian*, en el mismo sentido que nosotros y en distinto que su *authoritative*), es decir, el que tiene autoridad para ser obedecido conscientemente, en contraposición al poder difuso, que funciona sin autoridad institucionalizada y es obedecido inconsciente o espontáneamente. Desde el punto de vista de su origen y su ámbito de existencia distingue los cuatro poderes que constituyen el núcleo de su modelo IEMP: ideológico, económico, militar y político. Según dice, los concibe al modo weberiano como tipos ideales que no existen en estado puro, sino entremezclados en las organizaciones reales del poder (pp. 6-10). Esta salvedad puede neutralizar en parte los aspectos más discutibles de esta conceptualización de las dimensiones del poder, especialmente el que, como él mismo reconoce, parece menos aceptable: la separación del poder militar y el político.

El concepto de sociedad es clave en su construcción, pues en ella todo es «social». Y en esto es tajante:

«Es un supuesto básico de mi obra que las sociedades no son sistemas. No hay ninguna estructura que determine en última instancia la existencia humana, al menos ninguna que sea discernible por ninguno de los actores sociales o los observadores sociológicos situados en su seno. Lo que llamamos sociedades son sólo agregados laxos de redes de poder diversas que se solapan y entrecruzan» (p. 506).

y dentro de esas redes destacan las correspondientes a las cuatro fuentes de poder social mencionadas, que son las que conjuntamente «determinan fundamentalmente la estructura de las sociedades» (p. 1) Y generan dinámicas y fronteras socioespaciales diferentes, cuyas interrelaciones producen consecuencias imprevistas para los actores (p. 9).

La conceptualización de las agrupaciones y estratificaciones sociales es, junto con la parte dedicada al Estado, de lo más interesante en su modelo. Su distinción entre «clase», «segmento» y «sector» demuestra después una gran operatividad en el análisis histórico. Su definición de clase social como grupo social de base económica diferenciada, pero no necesariamente homogénea, dotado de capacidad organizativa y con sentido de la propia identidad, que se genera por la

acción conjunta de las cuatro redes de poder, toma elementos de Marx y Weber, pero supera a ambos en un sentido que hubiese complacido a Thompson. Aunque considera que las clases son históricamente ubicuas, al menos de modo latente, afirma que sólo llegan a ser un actor de primera magnitud en la época contemporánea, y aun en ella tienen que compartir protagonismo con los segmentos (agrupaciones pluriclasistas verticales) y con los sectores (grupos socioprofesionales homogéneos).

El concepto de Estado. La crítica, a veces brillante, de las principales teorías conduce a su propia definición de Estado como conjunto diferenciado de instituciones y personas dotado de centralidad, territorialidad, autoridad, medios coactivos y diversas funciones (p. 55), Y con dosis variables de poder «despótico» y poder infraestructura!. Sin embargo, el resultado teórico no es totalmente convincente en algunos aspectos, especialmente en su considerar al Estado a la vez como actor y como lugar de confrontación/dominación de los grupos sociales. Aunque muy sugerente en su definición y sus aplicaciones, el modelo de «cristalización polimorfa» (pp. 75-88) con el que pretende describir y analizar coherentemente las complejas interacciones, determinaciones e incluso disfunciones del Estado moderno nos deja con la sensación de que al menos es conveniente volver a estudiarlo con atención más de una vez antes de suscribir todos sus extremos. En todo caso, sus seis «cristalizaciones» (capitalista, ideológico-moral, representativa, nacional, militarista y patriarcal) ofrecen un mapa que, como ocurre con el de las cuatro redes, parece *prima Jaeie* muy discutible.

Los conceptos ausentes o semiausentes. Resulta sorprendente que, dándole la relevancia que le da, y con acierto, al poder ideológico, no aborde la cuestión teórica –por cierto, no pequeña– del concepto de ideología ni los problemas que plantea su análisis. Quizá porque ésta es una carencia muy extendida entre los científicos sociales de hoy y no había a quien acudir. Pero esta disculpa no vale para el otro déficit clamoroso del libro: el referido a la nación. Para Mann, los tres grandes «actores» colectivos del período que estudia son las clases, los Estados y las naciones(-Estado). A veces subsume confusamente éstas en aquéllos y en otras ocasiones las diferencia netamente. Ello es consecuencia de que, al contrario de lo que hace con las clases y el Estado, no dispone de un concepto analítico de nación ni parece creerlo necesario. Ello no le impide establecer una tipología

de las naciones y de los nacionalismos (pp. 731-732), claramente deficiente respecto de su diversidad real y de lo que se resienten sus reconstrucciones de procesos históricos en los que esta cuestión es central (Alemania, Austria-Hungría, Rusia).

Con sus virtudes y sus defectos, la aplicación de este modelo al tramo 1760-1914 da unos resultados de gran interés. Mann emplea el método comparado con cinco casos mayores (Reino Unido, Francia, Estados Unidos, Austria y Prusia-Alemania), aunque también integra datos de otros países. Concibe el devenir del conjunto y de cada una de las partes como un proceso no sistémico y no dialéctico entre instituciones históricamente dadas y fuerzas emergentes intersticiales (no institucionalizadas) (p. 21). y desarrolla el largo cuerpo central del libro combinando la aproximación diacrónica con la estructural. Un primer grupo de tres capítulos analiza la ruptura con el Ancien Régime en sus manifestaciones mayores: la revolución industrial británica, la revolución norteamericana y la francesa. El resultado principal es la emergencia de los dos actores nuevos, las clases y las naciones, que explica básicamente mediante la discutible y bastante unilateral teoría del «enjaulamiento» (la gente transforma cualitativamente su propia sociedad bajo la presión de no tener ningún sitio a donde escapar), ya utilizada en el primer volumen para explicar los orígenes del Estado antiguo (pp. 251-252). Un segundo grupo de tres capítulos trata, sin grandes novedades, las vías divergentes de Prusia y Austria y su pugna por Alemania. Un tercer grupo de cuatro capítulos, probablemente los mejores y más innovadores, se ocupa del desarrollo del Estado, con especial atención al poder militar, la burocratización y la expansión de sus funciones y su interpenetración con la «sociedad civil». Los cinco capítulos siguientes abordan la cuestión de las clases y la «lucha de clases» en sus vertientes obrera (excesivamente centrada en el caso británico), de clase media y campesina. Las conclusiones teóricas y su aplicación a la búsqueda de las causas de la Gran Guerra cierran la obra.

No podemos resumir siquiera todas esas conclusiones. Mencionemos sólo las que el propio autor considera más importantes: mientras que en el siglo XVIII las dos fuentes de poder preponderantes eran la económica y la militar, en el siglo XIX acaban predominando la económica y la política. Por su parte, la ideológica, aun siendo importante, experimenta un continuo declive. Esto se traduce en un crecimiento espectacular del poder económico colectivo y, dentro de él,

del poder difuso del capitalismo, por un lado, así como en la expansión, después de su primera fase de construcción, del Estado, que en su propio crecimiento acaba entretejiéndose más con la sociedad y, por tanto, pierde coherencia y coordinación hasta el punto de que sus políticas dan lugar a consecuencias no queridas, y aquí ve Mann una de las claves de la Gran Guerra.

Justo G. Beramendi

STERNHELL, Z.; SZNAJDEH, M., y ASIIERI, M.: *El nacimiento de la ideología fascista*, Siglo XXI, Madrid, 1994, 418 pp.

Que del autor de *La Droite révolutionnaire* y *Ni droit, ni gauche*, se publique una obra en España es una noticia de primer orden, y que esa edición salga en el mismo año que la versión inglesa es casi de infarto. Y ello es así porque si algo caracteriza la política de nuestras editoriales acerca del tema del fascismo es su capacidad de suministrar con cuentagotas las escasas traducciones con que nos honran. Con cuentagotas y en medio de inmensos océanos. Piénsese si no en la celebradísima e imprescindible obra de Mosse, *The nationalization of the Masses*, cuyo vigésimo aniversario no parece haber movido la piedad de ninguna editorial española.

Pero centrémonos en lo positivo del evento, dado que el papel de Sternhell en la renovación de los estudios sobre el fascismo no es inferior a otros como el anteriormente citado. Con la ventaja añadida, si se quiere, de que las tesis del autor israelí han levantado auténticas polvaredas de debate en la historiografía occidental, muy especialmente en Francia. Y esta última circunstancia no es ciertamente de extrañar: cuando la historiografía francesa había mantenido, de la mano casi siempre de Remond y su magisterio, la tesis del carácter exógeno, puramente imitativo, débil y casi marginal del fascismo francés de los años treinta, Sternhell vino a afirmar, nada menos, que la ideología fascista surgió realmente en Francia, que 10 hacía antes de la Gran Guerra y que, además, había conseguido en los años treinta una capacidad de impregnación de la sociedad francesa que iba mucho más allá de los grupúsculos específicamente identificados con el fascismo. Vichy, en suma, sería todo menos un «accidente militar» y sí en cambio el resultado de una obra de demolición de la democracia que se había venido realizando durante décadas.

Pero lo que nos interesa aquí no es tanto el debate francés de las tesis de Sternhell cuanto su aportación global al tema del fascismo. y aquí radica precisamente la novedad y el interés de *El nacimiento...* Es decir, en el hecho de que el historiador israelí, con sus dos colaboradores, se enfrenta al problema global de los orígenes de la ideología fascista para reafirmarse en sus tesis, por supuesto, pero para confrontarlas también con la evolución de la «ideología fascista» en aquel país -Italia- que vio el surgimiento del primer movimiento y régimen que portaron tal denominación.

Las tesis fundamentales del libro están perfectamente expuestas en la introducción -que es algo más que tal- y pueden resumirse con cierta facilidad. En primer lugar, el fascismo se presenta como una revuelta cultural contra la Ilustración y la Revolución francesa, que se fragua en torno al cambio de siglo en el marco de los problemas planteados por la sociedad de masas y los procesos de nacionalización de las mismas. Tal fenómeno cultural habría precedido al político, el cual se habría plasmado por la conjunción de la previa revuelta cultural con las condiciones creadas por la Primera Guerra Mundial. A partir de ahí se incidirá en la importancia de la ideología en el fascismo, ya que, a diferencia de lo que han sostenido amplios sectores de la historiografía, el fascismo no sólo tendría una ideología, sino que ésta habría precedido e informado su acción política.

Tres afirmaciones son importantes en este contexto. Primera, que el fascismo debe ser considerado como «parte integral de la cultura europea»; segunda, que su cuna está en Francia, y tercera, que el nazismo, por mor de su determinismo biológico, no puede encuadrarse en la categoría de fascismo. De estas afirmaciones, la primera parece, hasta cierto punto, incuestionable; la segunda se da por resuelta en anteriores obras, y la tercera, por supuesto discutible, no es mejor desarrollada a lo largo del trabajo.

Pero, ¿en qué consiste esa ideología fascista? Básicamente en la conjunción, en la síntesis, de un nuevo nacionalismo tribal hecho de darwinismo social y «¡menudo también!» de determinismo biológico, y de una revisión idealista, antimaterialista, antipositivista y antirracionalista del marxismo. Esta última protagonizada por unos sindicalistas revolucionarios, «sorelianos», que, desengañados por el escaso potencial revolucionario del proletariado, habrían descubierto el mucho mayor de la nación, de modo que habrían terminado por sustituir la clase por la nación, el mito de la huelga general por el de la

guerra revolucionaria. Los nacionalistas, a su vez, rebelándose contra la aristocracia y la burguesía, contra las injusticias sociales, habrían propiciado la imagen de un nuevo nacionalismo de la unidad y la unanimidad con una clara voluntad de integrar el proletariado. Juntos, unos y otros, habrían formado «una máquina de guerra sin precedentes contra el orden burgués y la democracia liberal», a la que, finalmente, hacia 1910, se habría añadido el elemento futurista con toda su carga de revuelta cultural, de vanguardia y de capacidad de estetización de la política.

En la introducción está prácticamente contenido el libro, cuyos capítulos se estructuran de modo prácticamente simétrico: primero Sorel y después el «revisiónismo revolucionario» en Francia; seguidamente el sindicalismo revolucionario en Italia, su evolución hacia el sindicalismo nacional, y, finalmente, Mussolini y su evolución del socialismo al fascismo. El epílogo de Sternhell viene a sintetizar-reafirmar las tesis ya expuestas, se aventura por algunos de los recorridos de la cultura europea de entreguerras --en torno al vanguardismo y el voticismo, fundamentalmente- y proyecta, en cierto modo, hacia el conjunto de la intelectualidad europea su viejo debate *francés*.

Es imposible dar cuenta en sólo unas líneas de la riqueza de los análisis que se verifican --a veces con cierta reiteración- a lo largo del texto. Dos aspectos, en cualquier caso, parece oportuno destacar. Por una parte, que los autores son lo suficientemente claros en la afirmación de que la revisión del marxismo que conduce al fascismo vacía al primero de todos sus contenidos esenciales para rellenar el recipiente con otros materiales que nada tienen que ver con él. Por otra, la importancia que se atribuye *alliberismo* de los revisionistas. Es decir, al hecho de que éstos dejaran de cuestionar la propiedad privada cuando todavía eran socialistas, revolucionarios y *proletarios*. Esto ayudará a explicar, ciertamente, la evolución hacia el fascismo de algunos de ellos, pero debería servir, de paso, para prevenirnos respecto de lecturas demasiado mecanicistas de las relaciones entre fascismo y capitalismo.

No menos imposible que el seguimiento pormenorizado del trabajo resulta aquí una valoración crítica del mismo. Nos limitaremos, por tanto, a apuntar algunas consideraciones. En primer lugar una objeción metodológica, aquella que apunta a un modo de afrontar la historia de las ideas según la cual éstas operan al margen de la evo-

lución de los grupos sociales y políticos y de la propia dinámica de la sociedad; sólo desde esta perspectiva puede entenderse la historia de una ideología que se fragua antes y al margen del movimiento político de masas, que se conformó en un momento histórico determinado para acceder seguidamente al poder.

También desde un punto de vista metodológico habría que recordar que la técnica de análisis parece consistir a veces en una acumulación por descomposición. Esto es, acumulación de textos escogidos de autores cuyas posiciones de conjunto son a veces obviadas. De aquí se derivarían algunas objeciones más concretas, tales como que la ideología fascista pre-1914 parece más una *constructum* de Sternhell, hecho a partir de retales previamente seleccionados, que algo efectivamente conformado, o el hecho de que acabemos por encontrar fascistas que nunca se consideraron tales o contribuciones fascistas de quienes terminaron en el antifascismo. Incluso hay momentos en los que la propia síntesis se desdibuja como tal. El nacionalismo tribal, por ejemplo, poco analizado, diferenciado y matizado –se toman demasiado al pie de la letra sus pretensiones antiburguesas y antiaristocráticas–, termina por ocupar un papel absolutamente marginal y del todo superfluo en la evolución de los sindicalistas revolucionarios o Mussolini mismo hacia el fascismo.

Las críticas, como decíamos, podrían multiplicarse, pero no más que los reconocimientos. Tal vez si los autores fueran más claros en su diferenciación entre marco cultural, ideología y fenómeno político –y hay que reconocer que en algún capítulo algo de eso se intuye– su contribución sería más clara e inequívoca. Al fin y al cabo, las afirmaciones de que el fascismo no se entiende prescindiendo de la crisis intelectual de fin de siglo, de que forma parte inequívoca de la cultura europea, de que su cuerpo doctrinal no es en modo alguno irrelevante y de que su capacidad de impregnación, de fascinación, va mucho más allá de sus propios seguidores, tienen en sí mismas un inmenso potencial interpretativo.

Bastaría, tal vez, con no confundir la parte --el fascismo-- con el todo –las múltiples respuestas que se dieron a lo que fue, en última instancia, una crisis general del sistema capitalista y la democracia liberal– o Bueno es que se rompa el viejo reduccionismo *clásico* de cierto marxismo, pero habrá que tener cuidado con sustituirlo con un nuevo reduccionismo *ideologista*. Los enfoques teleológicos, en efecto, no son algo privativo del paradigma *materialista*.

En cualquier caso, el libro de Sternhell habría de servirnos para introducirnos en una dinámica de debates e investigación que, lamentablemente, nos sigue siendo en gran parte ajena. Algunas de sus obras anteriores constituyeron una fuerte sacudida a la buena conciencia francesa, esperemos que ésta nos sirva, pensando ahora en España, para reabrir problemas que hemos aparcado y plantearnos otros nuevos; para sacudir también nuestra buena conciencia y recuperar la sana costumbre del debate abierto –por feroz que sea–, pero siempre preferible a los fluctuantes consensos y descalificaciones de pasillo.

Ismael Saz

BULLOCK, ALAN: *Hitler y Stalin: vidas paralelas*, Plaza y Janés, Barcelona, 1994, 2 vols.

Que se usen las expresiones hitlerismo y estalinismo no es sólo un recurso literario. Hitler y Stalin –como Franco en España– encarnaron y personalizaron sus respectivos regímenes. Por eso el factor Hitler y el factor Stalin tienen el mismo o superior rango de explicación del nacionalsocialismo y del totalitarismo soviético (respectivamente) que el que puedan tener los análisis sociales, políticos, económicos o ideológicos de tales sistemas. En algún momento a principios de los sesenta, aunque ya se había publicado *Hitler: A Study in Tyranny* (1952), precisamente de Alan Bullock, se llegó a decir que la tarea más importante de la historiografía alemana era, justamente, escribir la biografía de Hitler (que es lo que hicieron, en los años sesenta y setenta, Joachim Fest y Werner Maser, autores de las que siguen siendo, probablemente, mejores biografías de Hitler en lengua alemana). Stalin era, igualmente, una incitación ineludible, aunque sólo fuese porque, como escribió André Gorz en su día, es posible que, dado el contexto en que se produjo la revolución soviética de 1917, un Stalin fuera inevitable, pero no necesariamente *aquel* Stalin. La tentación, por otra parte, de escribir una biografía paralela de ambos dirigentes era demasiado fuerte: Hitler y Stalin son la encarnación política y moral del mal en el siglo XX.

Alan Bullock era, y no sólo porque escribiera su estudio sobre Hitler mencionado más arriba, sino por su excepcional talante de historiador, el candidato idóneo para hacerla. *Hitler y Stalin* es un estu-

dio detallado y exhaustivo que sigue paso a paso sus vidas (y la historia política de Alemania y de la Unión Soviética), desde sus orígenes oscuros y anodinos -Hitler y Stalin eran ambos de origen modesto y, como dice Bullock, nadie que los hubiera conocido cuando tenían veinte o treinta años habría sospechado que jugarían un papel determinante en la historia- hasta su enfrentamiento en la II Guerra Mundial. El libro de Bullock es narrativa convencional, con comentarios de sentido común. Quiero decir que no pierde el tiempo con especulaciones psicoanalíticas sobre las personalidades de Hitler y Stalin. Ni por un momento usa la palabra «monstruos», porque le parece que el verdadero horror fue que ambos fueron humanos, de vidas privadas, además, anodinas y aburridas, y entiende que la clave para entenderles es que los dos estuvieron absolutamente convencidos de su misión histórica (lo que sin duda constituía, y Bullock lo dice, una forma de paranoia, de obsesiva absorción en sí mismos y en su destino).

Bullock subraya lo que Hitler y Stalin pudieron tener en común: orígenes mediocres y desconocidos, escasa formación cultural, biografías solitarias y durante mucho tiempo fracasadas, resentimiento personal y social, obvia incapacidad para las relaciones normales, insensibilidad, despersonalización. Hitler emerge del libro, sin embargo, como una personalidad que bordeaba siempre el reino de lo irracional' como un poseído, un arrebatado (aunque extraordinariamente astuto), un maestro en la manipulación de las reacciones psicológicas y emocionales de las masas, el paradigma, por tanto, de aquella mezcla de nacionalismo fanático, fantasías racistas pangermánicas y antisemitismo patológico que fue el nacionalsocialismo alemán; Stalin, como un hombre de partido disciplinado y eficaz, rudo, taciturno, astuto, tenaz, desconfiado, sobrio, poco comunicativo, que operaba en la sombra y que pronto comprendió que la clave del poder en el régimen soviético estaba en el control del aparato del partido, que usó con implacabilidad estremecedora para aniquilar a todos quienes pudieran cuestionar su autoridad.

Si hubiera que elegir diría que a Bullock le estremece más Stalin que Hitler, precisamente porque entiende que el proyecto político de Stalin -**la** conversión de la Unión Soviética en un gigante industrial y militar, la transformación revolucionaria de la sociedad rusa- era un proyecto más racional, verosímil y legítimo que el pangermanismo racial y de conquista de Hitler; Bullock, así, entiende que el

Holocausto fue un crimen contra la humanidad más abominable, por sus connotaciones genocidas, que las purgas y la represión estalinista. Pero enfatiza que la represión de Stalin causó el doble de muertes que la dictadura nazi (o aún más: Stalin mismo estimó que la colectivización supuso, entre 1927 y 1937, la liquidación o deportación de unos diez millones de personas; otros siete millones murieron, en los mismos años, por hambre; seis millones más perecieron en las purgas de 1934-1941; otros seis millones, en las de 1944-1946, y otro millón entre 1947 y 1953). Lo que a Bullock le horroriza, con razón, es que las atrocidades de Stalin fueron consecuencia no de la locura, sino de una «lógica que era coherente política y psicológicamente» con los objetivos de la Unión Soviética (régimen, conviene añadir, que al apoyarse en una ideología proletaria gozó, además, de amplia legitimidad moral, lo que no fue jamás el caso de los nazis; legitimidad que le granjeó el apoyo político y espiritual, no ya de los comunistas, sino de un importante número de intelectuales y políticos de izquierda de todo el mundo). Más aún, Bullock, en cuyo libro el enfrentamiento entre las tiranías nazi y soviética va paulatinamente apareciendo como una necesidad histórica grandiosa e inevitable —no obstante el pacto nazi-soviético de no agresión de 1939—, subraya que la derrota en la Guerra Mundial liberó a Alemania de la dictadura, y que, por el contrario, la victoria hizo que el estalinismo, aun muerto Stalin en 1953, condicionase la vida rusa casi por otros cuarenta años.

Bullock ha escrito un libro magistral, admirable, sobre un tema —cómo Hitler y Stalin negaron al poder en Alemania y en Rusia— imponente y capital, uno de esos temas esenciales de la historia sobre los que los historiadores españoles ni podemos (¿ni sabemos?) escribir. Metodológicamente se define, sencillamente, como «un historiador narrativo», como un biógrafo tradicional. Está, pues, en buena compañía. El gran historiador italiano Arnaldo Momigliano (1908-1987) escribió en el prólogo a su obra *Génesis y desarrollo de la biografía en Grecia* (1971) que cuando él era joven, allá por los años veinte, «los estudiosos escribían historia y los caballeros escribían biografías». Luego, el énfasis que la historiografía empezó a dar al papel de los factores económicos y sociales, a las fuerzas impersonales, a las mentalidades colectivas, a la demografía, a la geografía —en definitiva, a los fenómenos de larga duración—, pareció restar interés al análisis del papel que los individuos y, por tanto, sus bio-

grafías, pudieran tener en la evolución histórica. Fue un error. Por lo menos, dos realidades evidentes y hasta indiscutibles no pueden ser ignoradas: *primero*, que, en palabras del sociólogo francés Raymond Boudon, «todo fenómeno social es el resultado de un conjunto de acciones individuales»; *segundo*, que incluso la acción histórica de grupos, clases, muchedumbres, masas, élites, requiere algún nivel de organización articulada a través de decisiones y actos individuales.

O como decía con gracia y lucidez Taylor (historiador, como Bullock, de Oxford): los historiadores ven a menudo grandes hechos sociales donde sólo hay el error de un político. En nuestro caso es evidente –y así se desprende del libro de Bullock– que circunstancias azarosas y factores fortuitos, incluidos errores individuales clamorosos, esto es, circunstancias y factores evitables, favorecieron el ascenso tanto de Hitler como de Stalin al poder. Bullock parece creer, además, que las circunstancias que hicieron a Hitler y Stalin fueron inusuales y, por ello, irrepetibles. Es posible que exagere, pero, porque su *Hitler y Stalin* muestra que las cosas pudieron haber sido, en ambos casos, diferentes, su lectura debiera ser obligada y permanente.

Juan P. Fusi Aizpurúa

WINKLER, HEINRICII-AUGUST: *Weimar 1918-1933. Die Geschichte der ersten deutschen Demokratie*, Verlag C. H. Beck, Munich, 1993, 709 pp.

Todos los que, frente a las tentaciones posmodernistas tan en boga, seguimos defendiendo el imprescindible valor de la Historia como el único laboratorio a nuestra disposición capaz de facilitarnos la orientación en los tiempos presentes y en el futuro, encontramos en la sociedad alemana actual un fuerte argumento en favor de nuestra tesis. Habrá que comprobar si el actual debate sobre el colaboracionismo latente de los franceses bajo la ocupación nazi, desencadenado por las recientes revelaciones acerca del pasado del presidente Mitterrand, perdura y contribuye al enriquecimiento de nuestro nivel de conocimientos históricos; pero, dejando de lado este caso, no creo que en los últimos tiempos exista un país en Europa más preocupado, obsesionado a veces, por su Historia que Alemania. Lejos de haber llegado a su fin, la Historia se muestra omnipresente en la sociedad alemana, y cualquier pretexto parece válido para provocar

agrios debates no sólo académicos (cuya virulencia deja entrever heridas aún no del todo cicatrizadas), como nuevamente ha ocurrido en las polémicas surgidas en torno a la conmemoración del atentado contra Hitler del 20 de julio de 1944. Al igual que había sido el caso durante la ya famosa «disputa de los historiadores» (*I-historikerstreit*) —el debate acerca del carácter del holocausto y del régimen nacionalsocialista durante la segunda mitad de los años ochenta—, también ahora las librerías están repletas de publicaciones de variopinta calidad sobre la resistencia (o mejor dicho, sobre la ausencia de la misma) de los alemanes frente a la barbarie nazi. Pero, independientemente de estas ocasiones más puntuales, las editoriales se han percatado de que en un país que desde 1980-1990 se encuentra en fase de reubicación en el mapa político, económico y cultural, la Historia vende, y vende bien. Buena muestra de ello es la oferta editorial y el éxito de la prestigiosa casa Beck de Munich, que ha conseguido acaparar, aparte de otros títulos de gran valor historiográfico, la publicación de dos de las obras que como pocas han marcado la historiografía alemana de los últimos años y seguirán haciéndolo durante las próximas décadas: la trilogía del recientemente fallecido Thomas Nipperdey sobre la Historia de Alemania en el siglo XIX, cuyo primer tomo ya ha conocido su sexta reedición ¹, así como la no menos monumental obra sobre la sociedad alemana entre 1700 y 1945 del contrincante historiográfico de Nipperdey y, junto con Jürgen Kocka, cabeza visible de la «Escuela de Bielefeld», Hans-Ulrich Wehler ².

Con Heinrich-August Winkler, la editorial Beck ha conseguido apuntarse otro tanto al «fichar» un verdadero «peso pesado» entre los historiadores alemanes. Este catedrático, que tras su larga estancia en la Universidad de Freiburg (1972-1991) se ha trasladado a Berlín para ejercer en la Universidad Alexander von Humboldt, es conocido como uno de los máximos expertos en la historia de la Repú-

¹ NIPPERDEY, *Deutsche Geschichte 1800-1866, Bürgerwelt und starker Staat*, Beck, Munich, 1993 (6.); íd., *Deutsche Geschichte 1866-1918*, tomo I: *Arbeitswelt und Bürgergeist*, Beck, Munich, 1993 (3.); tomo II: *Machtstaat vor der Demokratie*, Beck, Munich, 1993 (2.).

² WEHLER, *Deutsche Gesellschaftsgeschichte*, tomo I: *Vom Feudalismus des Alten Reiches bis zur Defensiven Modernisierung der Reformära 1700-1815*, Beck, Munich, 1939 (2.); tomo II: *Von der Reformära bis zur industriellen und politischen «Deutschen Doppelrevolution» 1815-1845/49*, Beck, Munich, 1939 (2.). La editorial lleva varios años anunciando la publicación de los últimos dos tomos de esta obra, lo que no obstante todavía no ha tenido lugar.

blica de Weimar. Consiguió acreditarse como tal sobre todo con su análisis casi enciclopédico, y minuciosamente expuesto en nada menos que 2.700 páginas, del movimiento obrero alemán de orientación socialista durante la República de Weimar³, para consolidar su prestigio con publicaciones posteriores acerca de temas semejantes. El nuevo libro que ahora reseñamos, presentado a finales de 1993, es la culminación de una larga y fructífera labor investigadora, no tanto en lo referente a nuevas tesis y enfoques -que también aporta-, sino por ser un intento de superar sus anteriores investigaciones sectoriales con el afán de ofrecer una visión más global del conjunto de la primera República alemana.

Sin embargo, el mismo autor advierte que su objetivo no ha sido el de escribir una «historia total» de Weimar, sino que su objeto de análisis preferente lo constituye la política. Con su defensa del relato histórico que prima los acontecimientos frente a las estructuras se aleja aún más del círculo de cultivadores de la Historia social que es la «Escuela de Bielefeld», que habitualmente solía ser también la «denominación de origen» del propio Winkler.

La lectura del libro revela, empero, que este alejamiento es solamente relativo. Por un lado, todos los acontecimientos que se narran no son más que piezas de un gran puzzle en el que el autor nos presenta las respuestas a la gran cuestión que guía su libro: «¿Cómo fue posible 1933?» A pesar de la enorme cantidad de literatura primaria y secundaria manejada con maestría por Winkler, a lo largo de más de 700 páginas el lector nunca pierde la orientación y al final se demuestra de modo patente lo que el autor ya anunciaba en la introducción (p. 12): la posibilidad de hacer aparecer visibles -al menos parcialmente- las estructuras mediante el relato de acontecimientos. Un único ejemplo en este sentido: para demostrar la veracidad de la tesis del enorme poder de las élites preindustriales en la Alemania de Weimar (p. 607), ¿cómo no recurrir al minucioso análisis de las intrigas organizadas por los *Junker* y sus representantes alrededor del senil presidente Hindenburg a finales de 1932 y principios de 1933?

³ WINKLER, *Von der Revolution zur Stabilisierung Arbeiter, und Arbeiterbewegung in der Weimarer Republik 1918 bis 1924*, Berlín, 1985 (2.); id., *Der Schcin der Normalität. Arbeiter und Arbeiterbewegung in der Weimarer Republik 1924 bis 1930*, Berlín, 1985; id., *Der Weg in die Katastrophe. Arbeiter und Arbeiterbewegung in der Weimarer Republik 1930 bis 1933*, Berlín, 1990 (2.) (los tres tomos editados por Verlag I. H. W. Dietz Nachf.).

Si Hindenburg finalmente se decidió a vencer sus recelos contra el «cabo bohemio» y encargó a Hitler la formación de nuevo gobierno, lo hizo contra el parecer de la mayoría de los grandes industriales y empujado por los aristócratas terratenientes de Prusia Oriental, que se sentían amenazados por la comisión parlamentaria que investigaba los supuestos fraudes cometidos en la concesión de subvenciones públicas a grandes fincas rurales en el Este. Hindenburg rechazaba de esta forma el plan del último canciller, el general Von Schleicher, consistente en establecer una «dictadura militar social» que supuestamente iba a contar con un cierto beneplácito de los sindicatos, todo ello con el fin de salvar la República ante el embate de los extremismos políticos, relanzar la economía y elevar el nivel de vida de los trabajadores. Schleicher no era persona de fiar, ya que no había hecho nada para frenar estas investigaciones, que salpicaban hasta al mismo Hindenburg por las supuestas irregularidades fiscales en la donación de la finca «Cut Neudeck» a su familia. En este contexto, Winkler no deja lugar a dudas de que, pese a todas las críticas, sigue fiel a la tesis acuñada ante todo por Wehler y Kocka de la «vía particular alemana» (*deutscher Sonderweg*) a la modernización, ya que afirma que «en ninguna otra sociedad altamente industrializada había conservado tanto poder político una élite preindustrial como lo hicieron los *Junker* en la Alemania de la República de Weimar» (p. 607), siendo Alemania «el único país altamente industrializado que en el transcurso de la crisis económica mundial abandonó su democracia y la sustituyó por una dictadura de derecha» (p. 609).

¿Fue 1933, por tanto, la consecuencia del inevitable y fatal transcurso de la Historia, una suerte de «autoabandono de la democracia», tal y como durante muchos años han afirmado los historiadores de tendencia conservadora? 4. Para Winkler no fue un «autoabandono», sino una entrega de la democracia a sus sepultureros por parte de esas viejas élites, las que -tal y como demuestra de modo minucioso- tuvieron mucha mayor responsabilidad que los socialdemócratas o los sindicatos en el fracaso de la última «gran coalición» a finales de marzo de 1930. Para el autor, fue a partir de ese momento que quedó definitivamente roto el compromiso de clase entre los sectores moderados de la clase obrera y la burguesía, una alianza que

4 Un ejemplo prototípico en este sentido es el libro editado por ERDMANN y SCHIILZE (eds.), *Weimar. Selbstpreisgabe einer Demokratie*, Düsseldorf, 1980.

para Winkler constituía la espina dorsal del sistema de Weimar. A partir de entonces, y pese a que hubo algunos últimos coletazos de este compromiso de clase, como en la primavera de 1932 —cuando Hindenburg consiguió su reelección frente a la candidatura de Hitler gracias al apoyo prestado por los católicos del Zentrum y los socialdemócratas—, los enemigos de la democracia tuvieron el camino despejado, facilitado por la recesión económica, el masivo desempleo, las polémicas sobre las reparaciones, el fatal radicalismo antisistema de los comunistas y la debilidad del sistema político.

Todos los buenos libros tienen también sus deficiencias, que aquí por falta de espacio sólo brevemente podremos mencionar. Las incursiones en el mundo social, económico y cultural son muy puntuales y dejan aún muchas cuestiones sin resolver. La burguesía industrial aparece retratada como bastante más demócrata de lo que realmente fue. De hecho, como ha escrito Hans Mommsen en otro lugar⁵, el famoso compromiso de clase tan evocado por Winkler fue muy unilateral, ya que la gran industria tuvo muy claro desde el principio que, una vez pagadas las reparaciones de guerra y superada la inflación, no habría motivo para mantener vigente el compromiso político-social firmado en 1919. Por otro lado, los grandes protagonistas de enero de 1933, los nacionalsocialistas, reciben un trato bastante marginal a lo largo de 700 páginas. En muy contadas ocasiones se nos dice algo sobre su partido y su movimiento, su estrategia política o sus campañas electorales. La socialdemocracia mayoritaria, en cambio, recibe la atención preferente del autor, quien, por otro lado, no esconde su abierta simpatía por el MSPD frente a su escisión por la izquierda, el USPD (hasta la reunificación a finales de 1922), y sobre todo frente a los comunistas del KPD. En cuanto al estilo, hubiera sido preferible romper el fluido y ameno relato de los acontecimientos con pequeñas concesiones formales a los «estructuralistas» en forma de tablas o cuadros sobre cifras de desempleo, inflación, resultados electorales, etc., con el fin de hacer más visible y asequible la información ofrecida en el texto de modo un tanto disperso. También se echa de menos una lista bibliográfica, así como un índice onomástico y temático.

⁵ MOMMSEN, «Das Scheitern einer Republik. Heinrich August Winklers Geschichte der ersten deutschen Demokratie von Weimar», *Die Zeit*, 8 de octubre de 1993.

A pesar de estas deficiencias, el último libro de Winkler ofrece una excelente historia política de la primera democracia alemana, que merecería -quizás en versión algo abreviada- una pronta traducción al castellano.

Ludger Mees

CHOMSKY, NOAM: *Repensado Camelot. John F. Kennedy, la Guerra del Vietnam y la cultura política de Estados Unidos*, Ediciones Libertarias-Prodhufi, S. A., Madrid, 1994, 251 pp.

Vivimos en un mundo donde la historia es cada vez más asunto de los medios de comunicación que de los historiadores. Inmersos en una cultura de masas dominada por los medios audiovisuales, los historiadores se encuentran constreñidos a ámbitos académicos e intelectuales muy reducidos, sin apenas influencia social. Entre tanto, el cine y la televisión contribuyen a acercar la historia a los individuos, pero, en demasiadas ocasiones, sin el rigor y la fidelidad requeridas. El destacado papel legitimador que el discurso histórico sigue desempeñando ha hecho que sea objeto de atención y manipulación -ahora a través de imágenes- por los grandes intereses mediáticos. Asistimos así a reinterpretaciones de la historia parciales, cuando no manifiestamente falsas. El espíritu del *Western*, que consiguió convertir en víctimas a los verdugos y a los indios en criminales, ha calado en el mundo del cine y la televisión. En algo parecido puede convertirse el mito de John F. Kennedy, sobre todo a partir de la película del mismo nombre dirigida por ùliver Stone. De gran difusión en el mundo, el film sugiere y avala una interpretación del fenómeno Kennedy y de su asesinato que pueden suplantar al análisis riguroso de la realidad histórica.

En sectores muy importantes de la izquierda americana y de los demócratas europeos ha existido siempre la creencia de que JFK sucumbió asesinado por una gran conspiración. El motivo fundamental habría que buscarlo en sus ideas reformistas, en su pretensión de acabar con la CIA, con el complejo militar-industrial e incluso con la Guerra Fría. Su actitud ante la crisis de los misiles y su oposición a la guerra del Vietnam habrían sido manifestaciones de este talante progresista. La creencia se ha visto reforzada últimamente con la publicación de varios libros sobre el papel del presidente demócrata en

la guerra del sudeste asiático y ha adquirido dimensiones populares tras la proyección por toda Europa y América del mencionado film. El motivo fundamental de la obra de Chomsky es analizar lo que subyace en esta versión interesada y demostrar la falsedad de esta imagen irreal de Kennedy. Uno de los puntos centrales de esa visión mítica, quizá el más decisivo, es el de que Kennedy tenía intención de retirarse de Vietnam y de que por ello fue asesinado.

Chomsky, lejos de impresionarse con la idea de una gran conspiración, se pregunta si realmente «existe algún motivo para creer que JFK propuso retirar las fuerzas de Estados Unidos de Vietnam». Su respuesta es negativa. Para ello se basa en un análisis atento de los propios acontecimientos y de las declaraciones públicas efectuadas por el entonces presidente y sus asesores, en un estudio de las memorias y comentarios publicados en los últimos tiempos por dichos asesores y, sobre todo, en un análisis detallado del denominado «historial interno», compuesto de informes del Consejo de Seguridad Nacional, de los *Pentagon Papers* y de otros documentos gubernamentales que han podido ser consultados recientemente. Aunque las pruebas que presenta Chomsky no son, desde el punto de vista documental, contundentes, y aunque las citas a pie de página -desafortunadamente colocadas al final de la edición española- son difíciles de seguir y rastrear, la posición negativa que defiende resulta convincente al respecto de las auténticas intenciones de Kennedy, exactamente las contrarias de las que la *leyenda* sugiere. Más bien la imagen que transmite es la de un gobernante en plena sintonía con el complejo militar-industrial y los servicios de información. Aunque firmó el tratado de limitación de pruebas atómicas, fomentó en todo lo posible los avances tecnológicos en armamento nuclear. En este sentido impulsó la carrera armamentística cuando la Unión Soviética intentó compensar la debilidad soviética con un nuevo salto adelante. La intransigencia de Kennedy estuvo a punto de crear un incidente nuclear y quizá la guerra. Por otro lado, su política fiscal beneficiaba abrumadoramente a los más ricos, según un análisis realizado por el *National Tax Journal* citado por Chomsky, así como el proyecto de ley de la renta, que sería aprobado tras su asesinato y que preveía una disminución regresiva de la presión fiscal tanto sobre las empresas como sobre las grandes fortunas. Lo mismo podría decirse de otros capítulos de su política social. En política exterior siguió apostando por una solución agresiva tras el fracaso de Bahía Co-

chinos y dejó una herencia de incalculables consecuencias: el cambio de la doctrina dominante en los ejércitos latinoamericanos hacia la teoría de la «seguridad interna».

Chomsky mantiene que la guerra del Vietnam no es sino un episodio más de la pugna histórica del Norte por el control y la explotación de los recursos del Sur. Para él, las guerras de Indochina proporcionan una ilustración de lo que ha sido una práctica general. Tras la Segunda Guerra Mundial el mapa estratégico quedó redefinido, ocupando el Tercer Mundo un papel subsidiario y dependiente del que le iba a ser muy difícil escapar. Como reserva estratégica y condición del desarrollo para los Estados Unidos y sus aliados, debía proporcionar mano de obra y recursos naturales, mercados y oportunidades de inversión. En este contexto, que implicaba la sumisión absoluta de los países pobres a los dictados y a la voluntad política de los ricos, se consideraba que la principal amenaza para el nuevo orden provenía de los regímenes radicales y nacionalistas, más por lo segundo que por lo primero. El «ultranacionalismo» de un país pobre, mantiene Chomsky, era inaceptable independientemente de su color político, porque cuestionaba seriamente su posición dependiente y podía convertirse fácilmente en un ejemplo a imitar por otros países oprimidos. Desde esta perspectiva, sugiere el autor, la propia Guerra Fría puede entenderse como una fase de la confrontación entre el Norte y el Sur. Lo que hizo inaceptable a Ho Chi Minh para los Estados Unidos no fue tanto su vocación comunista o su «dependencia» de los dictados de Moscú como su «ultranacionalismo». Estados Unidos finalmente perdió la guerra, pero se aseguró que el virus nacionalista no se extendiera por la zona.

Kennedy siguió desde el comienzo al pie de la letra esta doctrina, elaborada, en 10 que se refiere al sudeste asiático, por Eisenhower: el peligro comunista constituía una amenaza directa sobre Japón y sobre los propios Estados Unidos. Era la teoría del famoso «efecto dominó». Fue Kennedy quien en 1961-1962 pasó de las acciones de contrainsurgencia a las operaciones militares abiertas, incrementando sensiblemente la presencia norteamericana. Fue él quien autorizó el empleo de medios químicos defoliantes para destruir los cultivos del Viet Cong y Zollas de la jungla que le podían servir de refugio, y quien dio su visto bueno al empleo masivo de napalm. No obstante, cuando se produjo el asesinato, la intervención norteamericana era aún limitada. Este hecho ha dado pie a que los intelectuales favora-

bles a Kennedy y grupos de la izquierda sugieran que en realidad estaba llevando a cabo un plan de retirada que quedó interrumpido con su muerte y que Johnson paralizó, aumentando la escalada de la guerra. Pero Chomsky demuestra que la única retirada que contemplaba el presidente era la que se produciría tras la victoria. Su posición decidida en este aspecto le llevó incluso a derrocar al gobierno sudvietnamita y sustituirlo por una dictadura militar sumisa al principio de victoria incondicional. Al presidente se debieron, en definitiva, los planes que finalmente condujeron a la escalada militar norteamericana en el conflicto.

El libro de Chomsky consigue su principal objetivo: desmontar el mito de un presidente reformador y radical asesinado por la CIA y el complejo militar-industrial, devolviéndonos la imagen real de un político comprometido claramente con el sistema, especialmente con su cara más bélica y anticomunista. Lástima que la edición española sea francamente desafortunada. La traducción es horrible, plagada de palabras y construcciones gramaticales inexistentes que hacen difícil y tediosa su lectura. A ello ha contribuido sin duda el enrevesado estilo literario del propio autor. Lo mismo podría decirse de la edición en sí, en la que el Índice onomástico está incompleto y en la que no existe un glosario de términos y de siglas que resulta fundamental para la comprensión de un texto plagado de ellos. Pero al margen de los aspectos formales, debe destacarse dos objeciones más de fondo. La primera se refiere a la inexistencia de un análisis crítico de las fuentes utilizadas y del distinto valor de cada una de ellas; esta laguna arroja dudas sobre la objetividad de algunas apreciaciones del autor y hace pensar en un ensayo más militante que académico. Y la segunda, aunque secundaria, no carece de importancia: al invalidar la tesis de la conspiración, Chomsky deja sin una explicación alternativa la autoría del magnicidio. Al final del libro sigue pendiente la pregunta de quién mató a Kennedy. No obstante, la obra resulta interesante y de obligada lectura si se quiere entender la política exterior norteamericana de aquellos años y las razones de su implicación en la guerra del Vietnam.

Manuel González de Molina

MAICOLM, NOEL: *Bosnia. A Short History*, Macmillan, Londres, 1994. GIENNY, MIHIA: *The Fall of Yugoslavia*, Penguin Books, Harmondsworth, Middlesex, 1992. Y otros.

El impacto informativo y emocional causado en Occidente por las guerras de secesión yugoslavas ha sido de tal magnitud que en poco más de dos años se ha publicado una abundante bibliografía sobre la marcha de los conflictos y sus supuestos orígenes cercanos y lejanos. Con todo, dado que en buena parte esos trabajos son fruto del oportunismo o de actitudes apriorísticas, su calidad es muy desigual. La inmensa mayoría de los trabajos en castellano carecen de una mínima base documental original. Lo cual les convierte en compendios de especulaciones o arrebatadas defensas de uno u otro bando en lucha. Algunos incluso aparecieron en las librerías para que tal reportero o editorial tuviera «su» libro sobre las guerras de la ex-Yugoslavia. Se salvan un tanto de esta clasificación el reportaje de Alfonso Rojo, *HoLocausto en Los Balcanes* (Barcelona, 1992), y el trabajo más académico de Carlos Taibo y José Carlos Lechado, *Los conflictos yugoslavos* (Madrid, 1994, 2.^a ed.), en especial por los datos que aporta. Con todo, del primero son perfectamente prescindibles los argumentos historicistas, y del segundo, el tono aleccionador del último capítulo. También debe señalarse la traducción de un estudio muy documentado realizado en 1992 por un grupo de sociólogos yugoslavos sobre el origen de la guerra en Bosnia: «Bosnia y Herzegovina: entre la guerra y la paz», compilación realizada por Dusan Janjic y Zdravko Grebo, fue incluido dentro de la obra *Ex-Yugoslavia: de la guerra a la paz*, editado por la Generalitat Valenciana en 1992.

Comparativamente, las obras en inglés o francés poseen por lo general una calidad muy superior a la aportada por el común de los autores españoles. Para los orígenes de la guerra en Eslovenia y Croacia es de destacar la obra de Paul Garde, *Jlie et mort de La Yougoslavie* (París, 1992), aunque debe perdonársele al autor el enorme patinazo final: Garde creyó imposible la guerra en Bosnia. Toma el relevo en el análisis sobre los orígenes y desarrollo de ese conflicto el documentado trabajo de Noel Malcolm, *Bosnia. A Short History* (Londres, 1994). La obra es particularmente recomendable en la medida en que las monografías en inglés o francés sobre la historia de Bosnia eran, hasta el inicio de la guerra en esa república, francamente escasas. Pero, sobre todo, es un trabajo serio y riguroso que se basa

en un volumen muy notable de bibliografía y fuentes en las lenguas occidentales más importantes, así como en serbo-croata y ruso. Entre los títulos citados figuran verdaderas rarezas junto a los estudios más serios y autorizados sobre aspectos muy concretos de la historia o la etnología de Bosnia-Herzegovina, como, por ejemplo, todos los libros de Fine, máxima autoridad en o referente al medioevo y la Iglesia bosnia.

A partir de aquí, Malcolm construye un libro ordenado en fases cronológicas y fácil de leer a pesar de su erudición. En conjunto es un trabajo necesario no sólo para los lectores interesados en el actual conflicto. El autor detalla aspectos de la organización sociopolítica del Imperio otomano (un tema fundamental poco atendido en Occidente) o de las características étnicas de los distintos pueblos de la actual república, que hacen del libro una fuente de información útil para cualquier estudioso de la historia de los Balcanes en general. Sólo los dos últimos capítulos, dedicados al período 1989-1993, no están a la altura del resto del libro. El autor ha querido llegar hasta fechas demasiado recientes y esas últimas páginas se resienten tanto de las fuentes de información utilizadas como del tono apologetico. y no es que el gobierno de Sarajevo no se merezca todas las simpatías, pero el conflicto puede aún dar muchas vueltas y, como mínimo, esta primera edición del libro no puede ofrecer un relato cerrado y global de la guerra y sus resultados. Afortunadamente, las nueve décimas partes de la obra no envejecerán con tanta rapidez.

Como contraste, Mark Almond confunde su postura de intelectual comprometido con la utilización de un estilo exaltado en su *Europe's Backward War* (Londres, 1994), aunque la obra es útil como compendio de las fases y acontecimientos acaecidos en las guerras de la ex-Yugoslavia. El apesadumbrado análisis de dos intelectuales yugoslavistas también debe ser tenido en cuenta. El primero es Mihailo Crnobrnja, cuyo libro *Le drame yougoslave* (Rennes, 1992) también ha sido traducido al inglés: aporta algunos matices interesantes, pero no da una imagen de conjunto muy renovadora. Mucho más técnico es el trabajo de Laslo Sekelj, *Yugoslavia: The Process of Disintegration* (Nueva York, 1993). Por último, contra los gastados análisis al uso basados en discursos remotistas (referidos al origen de las pugnas nacionalistas en los Balcanes) merece ser muy tenida en cuenta la obra de Milica Zarkovic Bookman, *Economic Decline and Nationalism in the Balkans* (Londres, 1994).

Como reportaje sobre la contienda en Croacia y las primeras semanas de los enfrentamientos en Bosnia permanece insuperado el libro de Misha Glenny, *The Fall Of Yugoslavia* (Harmodsworth, Middlesex, 1992). Se trata de una obra relativamente reducida (182 páginas) escrita en un estilo fluido. Glenny no se pierde en disquisiciones históricas, sociológicas o filosóficas, ni pretende impresionar con recursos sensibleros: va al grano. Explica lo que tiene que decir de forma directa. En otras palabras, ejerce de periodista, que es su profesión. Es, sin embargo, un testigo informado, frío y observador que conoce muy bien el terreno que pisa y que habla serbo-croata con soltura. Por otra parte, sólo nos relata sus peripecias cuando son imprescindibles para entender aspectos esenciales del relato. Por tanto, el libro es cualquier cosa menos una exaltación de las aventuras del reportero Misha Glenny.

A partir de aquí, *The Fall Of Yugoslavia* no es, aunque pueda parecerlo a primera vista, una obra para lectores apresurados o con prejuicios. El autor no evita los datos incómodos o las preguntas que no cuadran en los esquemas maniqueos. Por ejemplo: ¿por qué durante la guerra en Croacia los serbios y croatas de algunos pueblos se mataron entre sí sañudamente, mientras en otras poblaciones, casi en la línea del frente, ambas comunidades convivieron en paz y sin incidentes? La respuesta de Glenny es brillante y completamente satisfactoria, desmontando de paso los artificios historicistas habituales entre una legión de autores que pretenden buscar explicaciones en odios ancestrales. En definitiva, se trata de un título característico del sólido reportaje anglosajón, que desde hace algo más de un siglo ha venido aportando obras de obligada referencia para los historiadores.

Aunque en su momento Glenny aportó datos que luego fueron repetidos habitualmente en la prensa, marcando un hito en la información sobre las guerras de la ex-Yugoslavia, vale la pena consultar también otros trabajos complementarios. El de Xavier Gautier, *L'Europe à l'épreuve des Balkans* (París, 1992), cubre los primeros meses de la contienda; pero un reportaje de excepción sobre la guerra de Bosnia es el de Ed Vulliamy, *Seasons in Hell. Understanding Bosnia's War* (Londres, 1994), similar en calidad al de la misma Glenny.

De entre los testimonios de los mediadores destaca el de Henry Wynaendits, *L'engrenage. Chroniques yougoslaves* (París, 1994). El autor, antiguo embajador holandés en París, fue designado como representante en Yugoslavia de la presidencia de la CEE. El general Mo-

rillon, uno de los comandantes más célebres de los cascos azules en Bosnia, publicó su propio libro de memorias: *Croire et osero Chronique de Sarajevo* (París, 1993). Se trata de una obra concisa en la que el autor no ahorra críticas a ninguno de los bandos en lucha. A otro nivel, el periodista Marc Charruel redacta las memorias de un mercenario francés, Gaston Bresson, enrolado en las filas croatas: *Putain de guerre* (Mónaco, 1993).

Por último, cabe también dedicarle un pequeño espacio a la propaganda de guerra. Los serbios fundaron a tal efecto la editorial L'Age d'Homme, que ha publicado más de media docena de títulos. Por parte croata ha tenido gran éxito la obra de Mirko Grmek, Marc Gjidara y Neven Simac titulada *Le nettoyage ethnique* (París, 1993). En uno y otro caso se utiliza una base erudita para demostrar los pecados históricos del adversario. Para terminar, un análisis de calidad sobre el papel de los medios de comunicación en relación con las guerras de la ex-Yugoslavia se encuentra en Marco Guidi, *La sconfitta dei media* (Bologna, 1993). Por contraste, carece de interés la obra recopilada por Pedro Orive Riva, *DeL Golfo Pérsico a Los Balcanes (dos guerras en La era «multimedia»)* (Madrid, 1994), que, al menos en lo que se refiere a las contiendas yugoslavas, es una mera recopilación de los tópicos aparecidos en la prensa escrita española.

Francisco Veiga

DI NOLFO, ENNIO: *Storia deLLe reLazioni internazionaLi 1918-1992*, Laterza, Roma-Bari, 1994, 1.431 pp.

Como el título indica, nos encontramos ante una gran obra de síntesis que reconstruye la historia de las relaciones internacionales desde el fin de la Primera Guerra Mundial hasta prácticamente nuestros días (1992), y cuyo modelo interpretativo se sitúa en el enfoque de historia de las relaciones internacionales, entendida no como historia diplomática o historia de los tratados y acuerdos internacionales, ni siquiera como sociología de las relaciones internacionales. El punto de partida explícito de Ennio di Nolfo es la asunción de un enfoque ecléctico que intente desvelar las interrelaciones entre situaciones (políticas, económicas, etc.) y acciones internacionales, si bien en aras de un propósito de síntesis escoja seguir el devenir y el cambio de las relaciones políticas internacionales como hilo conductor de la reali-

dad internacional en su conjunto. El autor subraya, sin embargo, la relevancia de otros factores: en particular, los aspectos económicos y militares, el papel de la opinión pública y de los medios de comunicación de masas, así como los problemas del orden político internacional.

Por lo que se refiere a la estructura interna de la obra, es de destacar que el autor, tratando de superar la parcialidad de las reconstrucciones históricas recluidas dentro de las fronteras estatales, rechaza una narración evenemencial y cronológica, y opta por una división en bloques temáticos y se plantea el problema de la individualización de un perfil histórico unitario del sistema internacional que partiendo de la Primera Guerra Mundial llegase hasta el derrumbe del sistema soviético. Proyecto ambicioso y, al mismo tiempo, exigencia especialmente imperiosa tras la caída del muro de Berlín. Di Nolfo responde al reto con este libro, que tiene en principio formato de manual universitario, pero en el que a esa función añade una inusual combinación de relativa divulgación y síntesis científica; podemos encontrar en él los aportes y tendencias más recientes de la historiografía de las relaciones internacionales, en particular de la italiana y anglosajona.

La obra reseñada presenta, además, otros dos aciertos destacables: por un lado, la de comprender también dentro de una amplia perspectiva los acontecimientos históricos más recientes, recurriendo en este caso a hipótesis interpretativas (en la medida en que lo permiten el estado actual de la investigación y las fuentes disponibles); por otro, la de colmar un vacío especialmente notorio dentro de la historiografía italiana y europea de los últimos veinte años. En la tarea de llevar a cabo esa labor de síntesis y de innovación, el autor ha sometido a un nuevo examen algunas aportaciones precedentes de su propia y vasta producción historiográfica. El resultado es una obra densa y compleja, una visión global que vincula la historia internacional -de la Paz de Versalles en adelante- con los problemas del presente.

Desde el punto de vista de la periodización, el inicio escogido (1918, aunque en realidad se retrotrae a 1917) coincide con el comienzo de tres procesos que, según el autor, han supuesto un cambio radical en la vida internacional (pp. XV-XVI): la irrupción de las masas en la vida internacional; el surgimiento desde 1917 de dos nuevas potencias que prefigurarán el orden internacional, que se conso-

lida después de 1947 (es decir, los Estados Unidos y la Rusia revolucionaria), y en tercer lugar, el impacto que el progreso tecnológico ha tenido sobre las relaciones internacionales: si para que estallase la Primera Guerra Mundial tras el magnicidio de Sarajevo se precisaron varias semanas, la Segunda Guerra Mundial comenzó pocos días después de la invasión de Polonia por Hitler, y durante la Guerra Fría, las hipótesis de conflicto entre los dos bloques reducían a minutos los posibles plazos de reacción frente a una agresión; además de ello, también el modo de elaborar la política exterior y el proceso de toma de decisiones cambia cualitativamente: mayor influencia de la opinión pública y de los medios de comunicación de masas, creciente papel de los «diplomáticos-economistas» y progresiva internacionalización de la economía, que provocan también que la diplomacia secreta y ceremoniosa vaya perdiendo mucho de su papel omnímodo en otros tiempos; de ahí la «evidencia del proceso de aceleración y de interdependencia de la vida internacional» que señala Di Nolfo. Se trata en todo caso de procesos en transformación que se van acentuando progresivamente, sobre todo tras 1945, y que asumen tintes diversos a continuación a través del surgimiento de la Guerra Fría, de la formación de los bloques y de la consolidación del proceso de descolonización, pero que han caracterizado todo el arco temporal examinado, cuyo término es situado por el autor en la Guerra del Golfo (1991).

Di Nolfo examina a vista de pájaro todos los acontecimientos internacionales notorios del período considerado. Sin rehuir plantear problemas y debates científicos o terminológicos (baste recordar solamente su perspectiva del imperialismo o del subimperialismo como categoría interpretativa). Di Nolfo aborda en una división cronológica de seis partes las diversas épocas: el período de entreguerras, la Segunda Guerra Mundial (centrándose en este caso más en las relaciones políticas que en el curso del conflicto bélico), la Guerra Fría, el sistema bipolar en los años desde la «coexistencia competitiva» a la distensión (hasta fines de los años sesenta), los límites de la distensión, el resurgir de la bipolaridad y la crisis del bloque soviético (años setenta y ochenta); finalmente, un último capítulo acerca de las tendencias actuales de reordenación del sistema internacional.

Pese a la complejidad y diversidad de los temas tratados, es posible identificar dos hilos conductores a partir de los cuales Di Nolfo recompone el mosaico de las relaciones internacionales de nuestro si-

glo. El primero es el relieve de la importancia estratégica de las relaciones euroamericanas dentro del ámbito de las relaciones más generales de interdependencia mundial de nuestros días. El segundo deriva del papel global asumido progresivamente por los Estados Unidos y por Rusia: un papel que hunde sus raíces en épocas anteriores, pero que el declive del eurocentrismo y después la Guerra Fría han puesto más en evidencia, y que solamente ha modificado radicalmente el derrumbe del Imperio soviético. Hay, sin embargo, otros puntos de interés temático que aparecen a lo largo del libro y que han contribuido con su evolución a caracterizar y a veces a dominar las relaciones internacionales contemporáneas: sin ser exhaustivos, el autor abarca problemas como el desarrollo y desenlace de la «cuestión alemana»; la «nuclearización de la diplomacia» durante el período correspondiente a la Guerra Fría; las interrelaciones entre el sistema económico internacional y los problemas de seguridad (piénsese, por ejemplo, en las fuentes de energía y sus consecuencias geopolíticas); asimismo, el autor supera un tanto el enfoque eurocéntrico o «americano-céntrico» al considerar también la evolución de las relaciones internacionales en áreas como América Latina o el Extremo Oriente. Finalmente, es de señalar que en el libro se concluye con una parte dedicada a «Consideraciones finales» tituladas de modo expresivo «¿Hacia un nuevo orden internacional?», en el que el autor avanza una interpretación de las consecuencias que para el equilibrio internacional ha revestido tanto la nueva «soledad internacional» de los Estados Unidos y el fin del Pacto de Varsovia, como las consecuencias de la Guerra del Golfo y la nueva distribución de los papeles internacionales; el autor señala acertadamente que la reacción contra Irak es explicable también en función del momento en que se produjo: «dejar pasar un gesto así sin respuesta, en un momento de crisis del bipolarismo, habría equivalido a dar vía libre a los subimperialismos regionales, poniendo en movimiento una cadena de reacciones imprevisiblemente larga» (p. 1392); al mismo tiempo, la guerra de Yugoslavia es el «ejemplo más clamoroso de las consecuencias de la caída de referentes internacionales seguros» (p. 1396), si bien, a mi juicio, el autor evita avanzar una interpretación más elaborada del impacto que el resurgir del nacionalismo en Europa Centro-oriental está teniendo sobre la reformulación actual del sistema de relaciones internacionales.

El volumen de Di Nolfo se presenta como una contribución ambiciosa, metódica y actualizada por parte de la historiografía italiana

a la historia de las relaciones internacionales, que sería deseable que tuviese prontamente una traducción castellana. Será de esperar que sirva de estímulo para nuevos estudios historiográficos, que maticen o completen las aportaciones ya de por sí interesantes del autor. Se echa en falta, quizá, una mayor abundancia de cuadros sinópticos y de mapas que resuman el conjunto de cuestiones tratadas en algunas partes, algo que sin duda habría agradecido el público estudiante al que en principio se dirige este libro.

Xosé M. Núñez Seixas

COSTA PINTO, ANTONIO: *Os camisas azuis. Ideologia, elites e movimentos fascistas em Portugal, 1914-1945*, Editorial Estampa, Lisboa, 1994, 342 pp.

Afirmar que la historiografía española vive de espaldas a la portuguesa no es ninguna novedad, pero aún sigue siendo necesario resaltarlo a la vista de la escasa intercomunicación todavía hoy existente. Máxime cuando las semejanzas en el desarrollo histórico de España y Portugal son lo suficientemente notables como para justificar una atención mutua, sin recelos ni prejuicios previos.

Uno de los temas quizás más apasionantes de la Historia portuguesa del siglo XX es el de los orígenes y desarrollo de una forma propia de pensamiento autoritario, que a finales de los años veinte acaba desembocando en una forma de fascismo autóctono y sirve a su vez de componente ideológico sustancial del Régimen autoritario más longevo de la Europa contemporánea (el salazarismo). Aunque ya contábamos con notables aportaciones anteriores sobre este tema (baste recordar, por ejemplo, las diversas obras de Braga da Cruz), la historiografía portuguesa carecía aún de una obra interpretativa de conjunto, bien fundamentada empíricamente y que además se encuadrara en una amplia perspectiva comparativa del fenómeno del fascismo en el período de entreguerras. Sin duda, este vacío es colmado en buena parte por el profesor del ISCTE de Lisboa Antonio Costa Pinto, autor ya de varios trabajos anteriores sobre diversos aspectos del salazarismo, del fascismo portugués en perspectiva comparada y de historiografía e interpretación del fascismo y la derecha

autoritaria ¹ Y que en este libro presenta su tesis doctoral, defendida por el Instituto Universitario Europeo de Florencia en 1992.

El libro que reseñamos es modélico, a mi parecer, por varias razones. En primer lugar porque, aunque el centro de atención sea el movimiento nacionalsindicalista liderado por Rolão Preto, el «Valois portugués», el estudio de Costa Pinto enmarca el surgimiento de esta forma de fascismo portugués radical -tanto, que llegó a ser proscrito por el Régimen de Salazar en 1934- en el contexto político-social del Portugal del primer tercio de siglo: el autor trata en una amplia perspectiva los orígenes del fascismo portugués, dentro de la coyuntura agitada de quiebra del liberalismo portugués tras la experiencia de la I República y la posterior dictadura militar de Sidónio Pais. Las raíces político-ideológicas del fascismo portugués se hallan en el integralismo lusitano de la posguerra (nacionalismo autoritario, monarquismo, corporativismo), el impacto de la I Guerra Mundial -en la que Portugal participó al lado de la Entente-, la influencia de los modelos exteriores (del pensamiento maurrasiano, de las teorías del Cercle Proudhon y de Sorel, el sindicalismo orgánico y los estímulos provenientes de Italia tanto del *nacionalismo* italiano de la época como de la evolución de los sindicalistas revolucionarios). De la confluencia de estos factores nacen diferentes corrientes y organizaciones, si bien ya desde el principio, a través del seguimiento de la biografía intelectual de Rolão Preto, se pueden apreciar los puntos discordantes entre el integralismo «tradicional» y católico, y el fascismo más «revolucionario» y totalitario de Preto. El integralismo portugués -que quizás merecía una atención más minuciosa por parte del autor, sobre todo en 10 que se refería a la conformación de su proyecto nacionalista autoritario-, con todo, fue el regazo común del pensamiento y de los sectores antiliberales portugueses, que a partir de 1992 se ramificarán en diversos grupos y tendencias (el *Nacionalismo lusitano*, la *Cruzada Nacional Nuno Alljares Pereira*, etc.), y contribuirán al golpe de Estado del 28 de mayo de 1926, que da lugar a un régimen de dictadura militar que tendrá continuación en el salazarismo. Pero el espectro político conservador y autoritario, para Costa Pinto, se hallaba en este momento dividido en tres grandes opciones: el liberalismo conservador (los republicanos conservadores),

¹ Vid. COSTA PINTO, () *Salazarismo e ufascismo europeu. Problemas de interpretação nas ciências sociais*, Estampa, Lisboa, 1992.

el conservadurismo autoritario (que integraba a los católicos, monárquicos y republicanos autoritarios, corporativista y partidarios de un régimen autoritario que acabase con el sistema de partidos de la I República) y la derecha radical, en creciente fascistización y que proponía una ruptura radical con el sistema liberal, así como la construcción de un Estado nacionalista basado en el corporativismo integral (pp. 76-77). Este último sector intentará reorganizarse para dominar la dictadura militar mediante la creación de milicias y ligas políticas, fruto de lo cual surgieron la *União Nacional*, las Milicias Lusitanas y, desde 1928., la Liga Nacional 28 de Maio. Según Costa Pinto, la nueva dinámica creada por la Dictadura Militar de Carmona es la que contribuye al nacimiento definitivo del fascismo portugués, contando con un número significativo de jóvenes oficiales del ejército, milicias de derecha radical más o menos dispersas, y la movilización de algunos sectores de la pequeña burguesía. En este contexto, Rolao Preto vio llegada la hora de dar una nueva forma al disperso fascismo luso, lo que llevará a cabo en 1932, a partir del grupo *Revolução* (muy próximo de las JONS de Ledesma Ramos), con el nombre de Nacional Sindicalismo (NS), movimiento que alcanzará una notable implantación social y actividad política, y que, para el autor, supone «el proceso de fascistización de un sector significativo del Integralismo lusitano, que, durante algún tiempo, consiguió movilizar y dirigir un segmento importante de la derecha radical portuguesa» (p. 99).

El NS representó una versión fascista ya muy cercana del modelo mussoliniano, que postulaba la construcción de un régimen de Dictadura corporativista y la movilización de las clases populares (sobre todo del proletariado), y que entró en una dinámica de expansión que amenazó incluso en algún momento el ascenso de Oliveira Salazar, quien se hace con las riendas efectivas del poder del Régimen autoritario desde 1933. Será el enfrentamiento con Salazar y con el régimen autoritario el que desencadene una crisis interna dentro del NS desde 1934, originando una escisión pro-salazarista (partidaria de la colaboración con la organización política oficial del Régimen, la Uniao Nacional, UN), así como la radicalización del NS, que entra en una fase de conspiración y clandestinidad entre 1934 y 1936, que se torna en progresiva decadencia e inactividad durante el período 1936-1945.

Costa Pinto lleva a cabo una adecuada disección del NS: sus trazos ideológicos, sus relaciones con el «fascismo internacional» (por

ejemplo, sus conexiones con los famosos *Comitati d'Azione per la Universalità di Roma*, tema éste, por lo demás, estudiado en detalle por el investigador holandés Simon Kuin), su visión de otros fascismos coetáneos, resaltando su proximidad sobre todo del modelo italiano y, asimismo, del fascismo español coetáneo. La perspectiva comparativa del autor le permite llegar así a una adecuada caracterización del NS dentro del panorama de la investigación internacional sobre el fascismo, lo que es doblemente significativo.

Pero una segunda virtud del estudio de Costa Pinto es, precisamente, no conformarse con atender a la evolución política, sino también el reconstruir la procedencia social de la militancia de base y de las élites dirigentes del NS, agrupándolos y desglosándolos por ocupaciones profesionales, orígenes regionales y grupos de edad, consiguiendo así una espléndida visión contrastada con la estructura social correspondiente del partido gubernamental, la UN, que se complementa a su vez con un análisis porcentual de los orígenes políticos anteriores de los integrantes de las élites dirigentes locales del partido de Salazar y del nacionalsindicalismo (parte II, pp. 153-220). El NS reclutaba sus adherentes sobre todo entre las clases medias (empleados, pequeños comerciantes), el estudiantado y los pequeños propietarios, y en menor medida la clase obrera (un 15 por 100 de los afiliados), si bien en este caso con notorias desigualdades regionales (escasa penetración en los mayores centros industriales, es decir, Lisboa, Setúbal y Oporto, y por contra mayor penetración en zonas de pequeña industria tradicional, por ejemplo, Braga o Bragança). En el caso de la UN, Costa Pinto demuestra estadísticamente el alto porcentaje de elementos de los antiguos partidos republicanos que se afiliaron al nuevo partido gubernamental, así como que la afiliación de la UN presentaba geográficamente una mayor penetración en los distritos rurales del Centro y Norte, y una menor implantación relativa que el NS en las zonas litorales y urbanas; asimismo, en lo que se refiere a los orígenes sociales de la militancia, la UN presentaba un porcentaje mucho mayor de propietarios y patronos entre sus filas, mientras su incidencia entre el estudiantado y la pequeña burguesía era menor que el NS (*vid.* el cuadro resumen de la p. 212). Costa Pinto concluye acertadamente que, al contrario que en España o Italia, el partido único portugués (la UN) no desempeñaba tantas funciones en el sistema político, con funciones de movilización y propaganda, selección de élites, etc.; en Portugal, la derecha que contribuyó a la

quiebra del liberalismo en 1926 disponía de una expresión partidaria reducida, los partidos no pasaban de grupos de notables o de intelectuales, por lo que la cultura política de la derecha se expresaba en dos formaciones pre-partidarias, el Ejército y la Iglesia, que tenían gran desconfianza en la «masificación» de la política: esto se reflejó en la UN. El NS, por el contrario, reflejaba hasta cierto punto su vocación de transformarse en un partido de masas; la respuesta de Salazar ante ese desafío no pasó por buscar la unificación con el partido fascista, sino que consistió más bien en la exclusión de los nacionalsindicalistas de la posibilidad de incorporarse a la élite política (p. 220).

El autor ha conseguido la elaboración de un cuadro interpretativo global rico y matizado, combinado con la precisión y minuciosidad en el tratamiento de las fuentes y la amenidad de exposición: por todo ello, *Os camisas azuis* tiene ingredientes para convertirse en un clásico de la literatura histórica sobre el fascismo europeo, a lo que contribuirá sin duda la próxima aparición de las versiones inglesa e italiana de este estudio. Quizás tampoco estaría de más que la historiografía española tomase buena nota, de vez en cuando, de las lecciones de una joven generación de la historiografía contemporánea lusa que es capaz de romper eficazmente con las rémoras aislacionistas del pasado e insertarse sin complejos en el ámbito y los debates historiográficos internacionales.

Xosé M. Núñez Seixas

RUBINSTEIN, W. D.: *Capitalisme, Culture and Decline in Britain, 1750-1990*, Routledge, Londres, 1994, 182 pp.

A juzgar por su título, es fácil pensar que este libro aporta nuevos argumentos e interpretaciones al debate sobre una curiosa paradoja histórica basada en la pregunta de ¿cómo siendo Inglaterra la primera nación industrial del mundo y el modelo para las demás, inicia su decadencia económica tan tempranamente? De eso se trata y de mucho más. Entra en el debate, lo sitúa, lo analiza, lo limita y, prácticamente, lo niega. Estamos, por tanto, ante una de esas obras refrescantes, cuando se plantean desde el rigor y son capaces de hacerse oír, escritas conscientemente contra el tópico. Entendiendo por tal la explicación parcial, pero comúnmente admitida, lo que piensa

la opinión pública medianamente informada y, sobre todo, la vieja interpretación que sigue siendo asumida décadas después de haber sido formulada.

El debate sobre la decadencia económica británica es en realidad uno de esos debates historiográficos que nudean y condicionan el conjunto de la producción historiográfica; de modo similar al debate español sobre la *revolución burguesa* o al alemán en torno al *Sonderweg*. Se trata además de un debate trascendente, de los que repercuten en importantes sectores de la opinión pública, obligando a tomar posición y contribuyendo a interpretar al presente. Atiende, en última instancia, a los problemas centrales de aquello que algunos han dado en llamar la historia nacional, británica en este caso. Por eso el libro de Rubinstein, centrado en la definición de la cultura nacional a través de sus élites, resulta en cierto modo un ensayo sobre las peculiaridades de los británicos frente a otros pueblos europeos. De ahí que en el segundo capítulo repase diversos tópicos sobre la cultura nacional británica de un modo que resulta especialmente saludable para nosotros, tan perseguidos siempre por nuestras imágenes negativas, así como darificador para la actual coyuntura europea en que los tópicos nacionales tradicionales parecen tener más fuerza que nunca, dada la evolución de los acontecimientos en Europa.

Aunque los problemas británicos ya no son, por suerte, los del mundo, las aportaciones del libro sobrepasan daramente la dimensión isleña. La contribución que induce sobre el modelo inglés de desarrollo económico contemporáneo supone, por ejemplo, romper totalmente con la idea teleológica de las fases económicas de crecimiento que tanto nos gustan porque siempre nos sirvieron para despejar incertidumbres en el análisis histórico. Rubinstein pulveriza esta noción cuando defiende, a partir de las investigaciones de la historia económica de los últimos veinte años, que la economía británica no fue nunca fundamentalmente industrial. Por contra, la considera, incluso en el período central de la revolución industrial, siempre esencialmente comercial, financiera y de servicios. Y en ello, asegura, residieron comparativamente sus ventajas. La revolución industrial entre 1800 y 1860 interrumpió, pero no modificó, esta tendencia secular (del siglo XVI hasta el presente) de una economía que pasó muy precozmente de una base agraria a otra comercial antes de mediados del setecientos, antes, por tanto, del intervalo industrial. Después de 1870, cuando las oportunidades de negocio lo determinan, la élite

Criticas

vuelve a sus orígenes comerciales y financieros. En relación con este argumento critica, de paso, lo que denomina *fetichismo de la manufactura* en un sentido similar a Berg, demostrando que nunca, ni cuando Inglaterra fue el *Taller del mundo*, su fuerza laboral obtuvo mayoritariamente sus ingresos de las manufacturas, ni antes, ni después. Extiende su crítica a ese *fetichismo industrial*, según el cual los únicos negocios legítimos son los industriales, aunque la orientación de la economía conduce a los servicios, el comercio y las finanzas.

Llegados a este punto, tal vez sea conveniente recordar la naturaleza y el origen del debate sobre la *Decadencia* para clarificar las aportaciones del autor. Precisamente el trabajo de Rubinstein tiene un gran interés historiográfico al caracterizar históricamente el pensamiento y la vulgarización sobre la Decadencia, condicionado por el presente más que fundamentado en el pasado, explicando cómo es fruto de una coyuntura mental más que de una realidad económica e histórica. En la segunda posguerra se origina en Gran Bretaña una poderosa corriente crítica, acrecentada en los sesenta y desbordada en los setenta, sobre el negativo rumbo que torna la economía británica. La autoflagelación sobre los males de la economía británica llegó a hacerse obsesiva antes de la era Thatcher, basada en la comparación con los rivales de las cifras propias de producción manufacturera y exportación. Cuando a principios de los sesenta la evidencia factual de la decadencia económica parecía irrefutable aparece una explicación, conocida como *crítica cultural*, la más atendida y asumida por la opinión pública en los últimos treinta años. Situando los hechos económicos en un contexto cultural y social, sus defensores deducen los perversos efectos económicos que tuvo la cultura dominante de las élites británicas en el desarrollo del capitalismo británico, al condicionar sustancialmente la calidad y aspiraciones de sus empresarios, y al carácter de esta cultura dominante atribuyen la responsabilidad última de la decadencia económica británica durante el siglo XX.

La coyuntura en que se genera la explicación de esa crítica cultural, entre fines de los cincuenta y principios de los sesenta, permite comprender la naturaleza de sus propuestas, en la línea de los *angry young men* y del *Suicide of a Nation?* de Koertler. A saber, después del *asunto de Suez*, iniciado el camino descolonizador que conduce a la pérdida irremediable del Imperio, en la era Sputnik y perdida la carrera del espacio, atendiendo y condicionados por el *sorpasso* yan-

ki, después del gobierno *tory* y etoniano de Macmillan. En este contexto tres historiadores relacionan los males de la economía con factores culturales y de clase, popularizando la idea de un *establishment* desesperanzadamente premoderno y antiintelectual de una clase dirigente, cuyos valores eran antiindustriales y antiurbanos. Las causas de la decadencia se situarían desde 1870 en la cualificación y los valores de un empresario que asume la cultura antiindustrial de la élite terrateniente tradicional, dentro de un proceso de absorción de las clases medias por las élites tradicionales. Los tres autores criticados por Rubinstein dan argumentos que resultan muy atractivos para políticos o periodistas, y que son asumidos por una opinión pública que tiende a observarse en el espejo de los Estados Unidos, hasta acomplejarse frente al nuevo imperio y sus valores.

Rubinstein niega las dos proposiciones en que se basa la *crítica cultural*. 1) Que siendo una economía industrial, Gran Bretaña padezca una decadencia económica desde 1870. Algunos de sus argumentos ya han sido comentados, otros se presentan a lo largo del libro; los datos e indicadores estadísticos que desmienten la decadencia se agrupan profusamente en el primer capítulo. La crítica cultural ofrece, por tanto, a su juicio, explicaciones sobre algo que no ocurrió. 2) Que la cultura británica sea desde fines del XIX hostil a los negocios y antiindustrial. A negarlo dedica los otros tres capítulos. En el segundo, para demostrar que la alta cultura británica es la menos anticapitalista de Europa e incluso del mundo, establece una comparación entre la élite intelectual británica y las de Alemania, Estados Unidos y Japón. Por último, además de otras pruebas, en relación con la tradición científica, la cultura popular y la relativa tolerancia religiosa (escaso antisemitismo), también se empeña en demostrar la ausencia de una fuerte tradición política anticapitalista, al revés que en otros países del continente.

En el tercer capítulo analiza en detalle la relación entre la élite económica y social con las ocho *Public Schools* más prestigiosas y los *colleges* de Oxbridge, a través del origen socioprofesional de los padres de los alumnos. Su conclusión es clara: desmiente el argumento que establece una relación entre la supuesta mala formación de los hijos de la burguesía industrial en estas instituciones elitistas y su conversión en *gentlemen* que huyen de la vida productiva y rechazan los valores del capitalismo. En el capítulo cuarto, y último, analiza la relación entre las élites y la economía británica, intentando demostrar

que sus actuaciones responden a la racionalidad económica y sus valores son genuinamente propios del capitalismo: positivismo, racionalidad y moderación. A su juicio, las clases medias (en el sentido anglosajón del término) fueron mucho más poderosas en Gran Bretaña que en ningún otro Estado europeo y su ennoblecimiento resultó muy raro antes del siglo XX; para entonces tuvo ya un carácter diferente al del ennoblecimiento de hombres de negocios e industriales que se produjo en muchas monarquías europeas durante el XIX.

Siguiendo recientes y consolidadas tendencias de la sociología histórica, que también han sido adoptadas por algunos historiadores de la economía, recurre a la historia comparada para explicar las condiciones históricas, ideológicas, institucionales, políticas, sociales e intelectuales en que se producen las decisiones y los procesos económicos. Para preguntarse por las diferencias entre unos y otros contextos nacionales, así como por los diferentes itinerarios históricos transitados y los distintos resultados históricos a que han dado lugar en el siglo XX.

A la vista de sus contenidos, no resulta extraña la enorme repercusión del libro más allá de los medios académicos. Su concepción y su desarrollo expositivo parecen diseñados para impactar en la opinión pública, y todo indica que lo ha conseguido; a tal fin, tanto las hipótesis como las conclusiones se exponen repetidamente para reforzar y clarificar sus demoledoras críticas y sus propuestas interpretativas. Claro que ello condiciona su estilo y, en parte, sus argumentos, de un modo parecido al de los tres autores que critica. Es quizás el peaje a pagar por hacerse comprensible.

El aspecto más cuestionable de su aportación está seguramente en relación con su hipótesis central. Su empeño en demostrar la racionalidad absoluta de las decisiones económicas de la élite británica es quizás excesivo, casi de manual. La racionalidad económica del *homo economicus* que el autor pretende atribuirle a este grupo, y cree encontrar en sus valores y actitudes, sólo existe en la teoría; es, quizás, excesivamente ideológica. La aplicación de las teorías de la racionalidad limitada elaboradas, entre otros, por Elster seguramente harían más creíbles y duraderas sus conclusiones, a costa, claro está, de despegarse del centro del debate en que se enmarca el libro y relativizar la aparente rotundidad que otorga a sus conclusiones.

TOHELLE, GABRIEL: *El desarrollo de la España contemporánea. Historia económica de los siglos XIX y XX*, Alianza, Madrid, 1994, 429 pp.

La última obra de Gabriel Tortella, *El desarrollo de la España contemporánea. Historia económica de los siglos XIX y XX*, nace, como explica él mismo, con una doble vocación. Por un lado, pretende ser un manual (para «introducir al estudiante en los problemas básicos de la Historia económica de la España contemporánea»). Por otro, quiere ser un motivo para la reflexión de los profesionales y estudiosos de la historia española más reciente, porque el autor entiende que existe una evidente circularidad en las ciencias sociales, y que una de las funciones de la Historia económica es contribuir a que se comprenda mejor la historia política presente y pasada. Se trata, por tanto, de una obra de doble lectura y función: la del manual, novedoso en tanto que abarca toda la historia contemporánea, para la que no contábamos con estudios de largo plazo referidos al siglo XX, y la del libro de tesis, con el que se pretende contribuir a formular una «teoría general del desarrollo económico y social» de España, finalidad ésta en la que Tortella es fiel a sí mismo, pues concibe la Historia económica como una disciplina, que utilizando el método del historiador y el instrumental analítico del economista ha de explicar el *desarrollo* en la larga duración, como señalaba en su *Introducción a la Economía para historiadores* (1986).

Estamos, por tanto, ante una obra madura en muchos aspectos, unos debidos a la biografía intelectual del autor, y otros asociados al notable avance experimentado por la Historia económica española en el último cuarto de siglo.

Este progreso de la disciplina se articula al menos sobre tres perfiles u objetos de atención dominantes: el estudio del crecimiento económico español contemporáneo, el estudio del comportamiento desigual de las economías regionales en esta evolución de largo plazo y el más incipiente estudio sistemático de nuestra historia empresarial.

Gabriel Tortella, uno de los artífices de este dinamismo aludido, es también uno de sus principales beneficiarios, y la obra que comentamos es la prueba palpable de ello, una deuda que resalta cuando afirma que el libro pretende ser un «estado de la cuestión» científica en un momento dado, aunque advierte contra las posibles carencias,

debidas a la aparición frecuente de nuevos trabajos, signo de la buena salud de la Historia económica española.

Efectivamente, aquellas tres vertientes aludidas (aunque con menor atención a las pautas regionales) están presentes en *El desarrollo de la España contemporánea*, y en su propio título se explicita la opción del autor por una explicación integrada de la modernización social, política y económica en estos dos últimos siglos. Frente al crecimiento económico, entendido al modo que lo hacía Kuznets, como el aumento sostenido de la renta real per cápita acompañado del cambio estructural, que no desatiende, Tortella, sin hacer de esto una cuestión de debate, opta por el concepto del *desarrollo*, del que, como sabemos, el crecimiento no es más que un aspecto. Y esta opción, que entronca con su trayectoria intelectual, queda reflejada en la introducción de algunas variables cualitativas, más allá de los agregados macroeconómicos, propios del estudio más estricto del crecimiento: el capital humano y el factor empresarial, entre ellas.

y de esta opción surge, entiendo, una de las peculiaridades de este libro, del que creo oportuno resaltar al menos tres de sus tesis centrales.

Una de ellas es que la historia económica de la España contemporánea se divide entre un siglo XIX de crecimiento lento y atraso con respecto a la norma europea, y un siglo XX de crecimiento rápido y recuperación del terreno perdido con respecto a Europa. En esto experimentaríamos una evolución paralela a la de Italia y Portugal, siguiendo un «patrón latino» de modernización, patrón que algunos autores, y no sin razones, discuten (como Molinas, Prados o Comín), cuyos rasgos comunes serían el desarreglo fiscal, unos *entornos geográficos* similares (clima, orografía y edafología) y unas características *culturales* con indicadores (educación y tasas de alfabetización) muy por debajo de los de los países europeos más desarrollados.

En este déficit instructivo, y teniendo en cuenta los efectos económicos de la educación en el medio plazo, reside, a juicio de Tortella, uno de los factores explicativos de nuestro atraso, y uno de los círculos viciosos que recorren nuestra historia contemporánea, donde las carencias de la oferta, debidas a una práctica elitista de la educación y a un gasto público escaso, se alimenta con la baja demanda: «Por un lado, la pobreza limita las posibilidades de inversión en educación, y a su vez la falta de educación dificulta el crecimiento económico y perpetúa la pobreza. Por otro lado, hay también un problema circular de *demanda educativa*.»

Otra de sus *hipótesis* es que la modernización social y política, aunque con interrelaciones complejas y tortuosas, corre paralela a la modernización económica. Así, si el siglo XIX es el de la frustración política, ya que predomina el disenso, la confrontación civil y el sistema liberal no se impone sólidamente, o se establece con graves deficiencias, corrompido, ello es el reflejo —y también una de las causas— de una estructura económica básicamente estancada, anclada en el predominio del sector agrario y polarizada socialmente. Por otra parte, en el XX la consolidación del sistema democrático va ligada al cambio estructural, al desarrollo económico y a la convergencia hacia las economías europeas más desarrolladas.

Que Gabriel Tortella resalte esta correlación, sin duda nada lineal, entre transformación económica y transformación social y política me parece subrayable por tres razones.

Una de ellas es que el factor político fue visto ya por los contemporáneos como una de las causas del subdesarrollo español. Así lo entendía, por ejemplo, Emilio Rúa (1918), que en un excelente trabajo sobre las *Causas del atraso industrial español* atribuía una influencia negativa a la conflictividad social y política del XIX. Esta inestabilidad, según él, había retardado notablemente el progreso económico de España.

Otra de las razones es que los estudios centrados en el crecimiento olvidan en más ocasiones de las deseables los factores políticos e institucionales. Y una tercera es que entre ambos tipos de factores (los económicos y los sociopolíticos) existe una causación circular, que contribuye a explicar algunos de los «círculos viciosos de la pobreza» y del atraso, como los denominó Gunnar Myrdal (1944, 1962); una causación que los sociólogos del desarrollo, como el teórico de la democracia Robert A. Dahl, han contribuido a desvelar, poniendo en relación la distribución desigual de la renta y del poder y el grado de modernización política. Porque, como señala Dahl (1992), las «desigualdades extremas en la distribución de distintivos fundamentales como son los ingresos, las riquezas, el *status*, la instrucción (...) equivalen a desigualdades extremas en las fuentes del poder político», y dan lugar a regímenes hegemónicos cerrados (dictaduras u oligarquías), lo que suele suceder en economías atrasadas, con un gran componente agrario. En cambio, cuando un país se industrializa tienden a repartirse muchas de las fuentes del poder político —alfabetización, educación, conocimientos técnicos, cualificaciones den-

tro de los organismos, etc.-, que en las sociedades campesinas tradicionales son monopolio de élites muy reducidas. Con ello, si bien no se eliminan las desigualdades se reducen muchas de ellas, lo que parece confirmarse en nuestra experiencia histórica contemporánea.

Traigo esto a colación porque en la obra de Gabriel Tortella se echa de menos un capítulo dedicado a la distribución del ingreso, que contribuiría, sin duda, a comprender mejor alguna de las circularidades de nuestro atraso relativo y a perfilar una Historia económica del desarrollo en nuestro país. En cualquier caso, la omisión no es reprochable al autor: estamos ante una de las carencias actuales de los estudios históricos en España, motivada, en parte, por la pobreza de las estadísticas sobre este tema, como señaló Jordi Maluquer (1989).

La tercera de las tesis centrales del libro que deseo resaltar es la de la propensión histórica de los agentes económicos y sociales hacia la protección del Estado, y la de éste a adoptar medidas interventoras, en buena medida como respuesta a las demandas de los grupos de presión y, con ellas, el propiciar las prácticas del monopolio o del oligopolio, que perjudican a la mayoría de los ciudadanos en beneficio de unos pocos. Lleva razón Tortella cuando afirma que el Estado español ha sido históricamente favorecedor de las situaciones de monopolio, y que muy relacionado con las mismas se encuentra su «persistente proteccionismo arancelario», que a diferencia del adoptado en otros países, como Italia, no fue selectivo, sino integral. Con ello se generaron elevados costes sociales e ineficiencias en el sistema productivo, con reducción de la competencia y de la productividad económica, que aún hoy estamos pagando, tanto en términos estrictamente económicos como en términos de cultura social, poco permeable a asumir un funcionamiento sin trabas de la economía de mercado. Esta es una de las lacras heredadas del franquismo, durante el cual la protección, la intervención y la monopolización se acentúan. Pero estas prácticas no son nuevas. Los monopolios y los obstáculos a la libertad económica tienen larga vigencia, al igual que el proteccionismo comercial, cuyos efectos negativos ha criticado Tortella tradicionalmente, al señalar el descenso del nivel de bienestar, como resultado de un menor consumo y la transferencia de renta de los consumidores a unos productores ineficientes.

En definitiva, en España, al igual que en los países subdesarrollados, aunque aquí con larga persistencia histórica, observamos cómo determinados factores no estrictamente económicos condicionaron el

funcionamiento de la economía, lo que está relacionado con los fuertes desequilibrios sociales, agudizados por las deficiencias —o simplemente la inexistencia— de las libertades políticas. Creo, por ello, que Tortella acierta al subrayar este factor como una de las *regularidades* de la economía y de la sociedad española contemporáneas.

Como también lo hace al desear «estimular el debate» sobre las razones por las cuales el empresariado español fue un «factor escaso», hecho éste admitido con unanimidad. Otra cosa distinta es que las causas a las que él alude para explicar dicha escasez sean las más idóneas. Que haya poca oferta empresarial en el siglo XIX español, y que ésta tenga que ser suplida por la iniciativa extranjera, parece lo más normal, pues el atraso económico va asociado a una escasa dotación en capital físico, monetario, en tecnología y en capital humano («el propio atraso es un obstáculo al desarrollo económico y una barrera a la iniciativa empresarial»). Es posible que las «actitudes empresariales» ayuden a explicar la debilidad y la incapacidad de los empresarios españoles, y que incluso éstas tengan hondas raíces culturales (el «viejo prejuicio aristocrático», la «tradicional desconfianza católica hacia el capitalismo», «la pasividad intelectual», «la larga tradición mercantilista», o «los bajos niveles educativos»). No obstante, un enfoque excesivamente culturalista, a fuerza de subrayar casi lo eterno, pudiera asumir implícitamente un riesgo: el de la *satanización* de esa debilidad empresarial. Sin descartar esa variables, parece oportuno, no obstante, centrar los factores explicativos en las causas de tipo económico, como han señalado Angel Carda Sanz y Carles Sudrià en el seminario de la UIMP (1994) sobre *Empresas y empresarios en la historia de España*, dirigido por Francisco Comín y Pablo Martín Aceña. La oferta empresarial está relacionada con la formación y distribución del capital, tanto humano como patrimonial, con los riesgos a asumir, con los obstáculos a la competencia, como la falta de transparencia y las prácticas monopolísticas, con las oportunidades alternativas de empleo de los recursos, y también con el contexto y la tradición empresarial y asimismo con la propia demanda de empresarios, a través de la demanda de bienes y servicios, en definitiva, con las tasas de beneficio esperadas.

Estamos ante un tema, en todo caso, por el que empezamos a caminar, en el que Tortella aporta una vez más la oportunidad de ideas centrales, en torno a las que habrá que discurrir y, con ello, la inquietud intelectual que provoca el avance científico.

y aquí reside uno de los méritos, y no de los menores, del libro que comentamos. Porque, en *El desarrollo de la España contemporánea* se resumen esas dos constantes de la brillante trayectoria profesional del autor: el afán de divulgar y el deseo de fomentar el debate y la investigación científica.

Por eso estamos ante una obra madura, porque de la primera de dichas constantes derivan el didactismo, la elegancia expositiva y el plan del manual, que combina el método cronológico con el temático, temas con un tratamiento medido, que se realiza allí donde el autor ha investigado con más asiduidad (la historia bancaria y financiera, el capital humano y su formación, etc.). De la segunda de aquellas constantes nace la síntesis apretada de algunos de los debates más intensos de la Historia económica española en los últimos años: los ferrocarriles y la «oportunidad perdida» para la siderurgia, el beneficio —o el perjuicio— de la inversión extranjera, la política comercial (proteccionista y librecambista) y el crecimiento económico, etc. Y, con ella, la posición del autor, más matizada allí donde existen más unanimidades, más beligerante, lógicamente, donde aquéllas son menores. En uno y otro caso, no obstante, en el lugar adecuado para estimular la inquietud y la discusión intelectual.

En definitiva, estamos ante una obra que se convierte en una referencia obligada y, sin duda, en uno de los hitos de la producción historiográfica española más reciente.

Rafael Vallejo

CARCÍA PÉREZ, J.: *Las desamortizaciones eclesiástica y civil en la provincia de Cáceres, 1836-1870*, 1, El Brocense, Cáceres, 1994, 268 pp. SÁNCJIEZ C6MEZ, M. A.: *La desamortización de Cantabria durante el siglo XIX (1800-1889)*, Ayuntamiento de Torrelavega, 1994, 364 pp. VILLAHES, RAMÓN: *Desamortización e régimen de propiedad*, Ediciones A Nosa Terra, Vigo, 1994, 246 pp. VALLEJO POUSADA, RAFAEL: *A desamortización de Mendizábal na provincia de Pontevedra, 1836-1844*, Diputación Provincial, Pontevedra, 1994, 168 pp.

A pesar de que las monografías sobre la desamortización en España se pueden contar por cientos, siguen apareciendo nuevos títulos que vienen a completar el panorama del proceso. En estas páginas

damos noticia de cuatro nuevos estudios que ilustran bastante bien la variedad de consecuencia de la desamortización en las diferentes zonas del país. Si bien los «modelos» aquí reflejados no son todos los posibles, las disparidades son tan grandes que dejan evidente que las mismas leyes desamortizadoras produjeron efectos muy diferentes en función de la previa estructura de la propiedad y los grupos sociales con interés y capacidad de compra en cada una de las regiones.

El trabajo sobre la desamortización de Mendizábal y la primera parte de la de Madoz, en la provincia de Cáceres, que fue una tesis doctoral en 1982, se publica con retraso ahora, parcialmente actualizada. Las bases documentales han sido numerosas y diversas (protocolos, expedientes y estados demostrativos de ventas de fincas, boletines, censos de población, padrones, amillaramientos, listas de mayores contribuyentes, etc.) y se han utilizado coordinada e inteligentemente. En el período Mendizábal-Espartero se desamortizaron casi 90.000 hectáreas y otras 650.000 en los primeros años de la de Madoz. En el conjunto de los años estudiados (1836-1870) se movilizaron más de 740.000 hectáreas (lo que supone el 37 por 100 del espacio útil provincial), que alcanzaron un valor en el mercado de más de 410 millones de reales.

Las propiedades del clero regular tienen las mismas características que ya hemos observado en otras partes: «mientras algunas instituciones disponen de grandes patrimonios (...) otros aparecen como pequeños propietarios en el término en que se localizan y se encuentran sumidos en la más estricta pobreza». Igualmente ocurre con el clero secular. Algunos, muy pocos (cabildos especialmente), se pueden considerar terratenientes, mientras que el resto tiene pocas propiedades en el marco de cada término donde radican las respectivas instituciones.

En cuanto a los compradores ya es significativo el dato de que el número de éstos es semejante al de la provincia de Valladolid donde, por otra parte, se desamortizaron en el mismo período unas 110.000 hectáreas, es decir, casi siete veces menos que en Cáceres. En esta provincia durante la etapa 1836-1854 las tierras pasaron a manos de unos pocos latifundistas que adquieren más del 90 por 100 de la superficie desamortizada. Se trata de 73 compradores, entre los que destacan, por su importancia, los madrileños, que se hacen con el 65 por 100 de las hectáreas vendidas en esta etapa. En contrapartida, el resto de los relativamente numerosos medianos y pequeños propietarios

compra muy pocas tierras. En el período de Mendizábal-Espartero (a diferencia de lo que ocurrió en el de Madoz) los mayores beneficiarios fueron los foráneos, entre los que destaca la burguesía madrileña. Los miembros de la nobleza que compran son pocos, aunque, considerados cada uno de los catorce nobles localizados (cinco de ellos de Madrid), adquieren una medida superior a las cuatrocientas hectáreas y dos de ellos superan las dos mil. En el período de Madoz aumentó el número de compradores locales, pero, en todo caso, siguió la tónica de los años precedentes. Entre 1836 y 1870 hubo 455 compradores que adquirieron cada uno de ellos más de doscientas cincuenta hectáreas que suman la impresionante superficie de casi 613.000 hectáreas. En resumen: se produce una intensa concentración de la tierra (aumento del latifundismo) en poder de un reducido número de grandes beneficiarios.

El libro de Miguel Angel Sánchez ahora editado, sobre la desamortización en Cantabria, tuvo su origen en su tesis doctoral, defendida en 1989, al que se ha añadido un sustancial capítulo sobre la desamortización de Godoy. De esta manera constituye una de las pocas investigaciones que analizan lo ocurrido en una provincia en las principales etapas del proceso desamortizador: Godoy, Trienio Liberal, Mendizábal-Espartero y Madoz.

El estudio a fondo de tan larga cronología es posible debido a que en la antigua provincia de Santander, hoy Cantabria, la desamortización no afectó a muchas propiedades ni benefició a demasiados compradores, por lo que el esfuerzo del investigador para el análisis de unas y otros no es comparable al estudio de lo que ocurrió en otras provincias. El contraste con el caso de Cáceres, que acabamos de ver, es abrumador.

Efectivamente, todo lo vendido no superó las cuatro mil hectáreas que, sumado a los edificios y censos, apenas alcanzó en las subastas un valor de cuarenta y dos millones de reales.

Los eclesiásticos tenían escasas propiedades, por no ser Cantabria zona de repoblación y recibir sus instituciones pocas donaciones de la corona y los particulares. La creación tardía, en 1752, del obispado de Santander es otra causa que explica esta escasez. Los municipios, sin embargo, poseían una considerable extensión de montes, pero en su inmensa mayoría fueron exceptuados de la desamortización, lo que permitió que se llegara al siglo XX con una importantísima masa forestal y una extensión de montes públicos que hacen de

Cantabria una de las mayores reservas forestales, animales y cinegéticas de España. Una consecuencia en cierta manera relacionada con la desamortización, o más bien con su ausencia, que bien merecería un estudio específico.

Volviendo a las propiedades que se pusieron en venta, un dato que hay que tener en cuenta es que las tres cuartas partes de las tierras (casi tres mil hectáreas) se concentraron en la zona de mayor interés comercial en el siglo XIX, la franja central de la provincia, entre Reinosa y Santander, que abarca un tercio de la misma.

Los compradores, por su número (algo más de dos mil), son muchos para las pocas hectáreas que se vendieron, pero pocos compradores son los que se hicieron con bienes desamortizados en otras provincias. La relativa «concentración» de las compras fue mayor en los períodos de Godoy, Trienio y Mendizábal-Espartero, mientras que en el de Madoz las fincas fueron adquiridas de manera diseminada. En todo caso, los treinta y cinco mayores compradores, salvo uno de ellos que supera las cien hectáreas, adquieren entre setenta y once hectáreas. El resto hasta cerca de dos mil compra menos de once hectáreas, con predominio de minifundios que se miden por áreas.

Los dos trabajos restantes se refieren a la desamortización de Mendizábal en sendas provincias gallegas. Pontevedra y Lugo. Sin la contundencia del caso extremeño, el panorama es más amplio y complejo que en Cantabria.

El libro relativo a Lugo (por cierto con una sencilla pero preciosa edición) se suma a esa moda de titular los libros sin precisar de qué se trata: *Desamortización e Réxime de Propiedade*, en realidad son aproximadamente veinticinco páginas sobre la transformación del régimen de propiedad en España durante el siglo XIX, otras veinticinco sobre el mismo aspecto en Galicia y las restantes casi doscientas son una interesante monografía que nos da a conocer la desamortización de los bienes de los regulares en Lugo en el período de Mendizábal. En cualquier caso, dicho título encaja bien en el plan de trabajo del autor, Ramón Villares, pues su investigación sobre la propiedad territorial en Galicia, especialmente en Lugo, durante los últimos cuatro siglos es bien conocida por los especialistas.

Aunque luego analiza más a fondo lo referente a la desamortización de bienes de los religiosos, Villares nos ilustra con una serie de datos generales de la desamortización en la provincia, recogidos de procedencia diversa. En conjunto los bienes alcanzaron, entre 1820

y 1900, un valor nominal aproximado de ciento cuatro millones de reales, lo que estima que supuso un valor real de algo menos de la mitad.

Las fuentes fundamentales utilizadas, el *Boletín Oficial de la Provincia* y los Expedientes de subastas y los Libros de Redenciones, se completan con otras muchas que permiten un conocimiento aquilataado de la desamortización de los bienes de regulares entre 1836 y 1854.

Como bien señala el autor, la peculiaridad de la desamortización en tierras de foro permite hacer pocas comparaciones con otras regiones peninsulares. La mayoría de las ventas y redenciones fueron de rentas forales. No conocemos (la documentación no aporta este dato) qué porcentaje de la extensión de Galicia y concretamente de Lugo se vio afectada por la desamortización de rentas forales. Tan sólo sabemos que las ventas de tierra o edificios en dominio pleno, procedentes del clero regular durante los años 1836-1854 en esta última provincia, apenas suponen el 10 por 100 del valor total de lo subastado. La extensión de 10 vendido en estos años sumada a la de lo vendido en el Trienio alcanza unas dos mil hectáreas (el 0,2 de la provincia lucense).

Está claro que la trascendencia de la desamortización en esta provincia, como en el resto de las gallegas y Asturias, estriba en las redenciones y ventas de rentas forales. Entre 1837 y 1851 se subastaron efectivamente 43.341 rentas forales que alcanzaron una baja cotización (116 por 100) en relación al precio de salida, que era el del mercado. Los pagos fueron hechos en títulos de la Deuda. El autor insiste en la idea de la depreciación de los títulos de la Deuda (hasta un 75 u 80 por 100) con los que se pagaron, por todo su valor, la mayoría de los bienes desamortizados del clero regular en el Trienio y en el período de Mendizábal. Como ya tuvimos oportunidad de comentar, con motivo de la primera fase de redacción de este trabajo en 1987, cuando se hacen correcciones en cuanto el valor por el que se aceptan los títulos de la Deuda (es decir, para los bienes procedentes del clero secular y para todos los bienes en el período de Madoz) el Estado hizo un doble negocio: primero recibió el préstamo del que el título no es sino un recibo- por todo su valor y después aceptó sólo lo que representaba ese título en el mercado. Sin embargo, en el Trienio y en el período de Mendizábal, para los bienes de los religiosos, aceptó los títulos por todo su valor. En realidad, los

grandes perdedores fueron los primeros tenedores de los títulos si los revendieron en el mercado y no compraron con ellos este tipo de bienes desamortizados.

Villares hace un estudio detenido y profundo sobre los muchos de los nuevos propietarios. La redención de rentas fue relativamente escasa y en ella participaron algo más de seiscientas personas. Los rendimientos fueron mayoritariamente, en número superior a cuatrocientos, campesinos que consolidaron el dominio y se convirtieron en pequeños propietarios agrarios.

Los compradores mediante subasta del «dominio directo» (a través de la renta foral), que es lo que se desamortiza, fueron otros novecientos compradores individuales de los que doscientos cincuenta eran de ciudades o pueblos grandes que pagaron el 67 por 100 del valor de lo subastado. Otros seiscientos cincuenta compradores individuales, más otros setenta colectivos, son personas que habitaban en pueblos pequeños, entre los que predominan los campesinos que se hicieron con rentas forales equivalentes al 33 por 100 del valor de los remates.

Las conclusiones de Rafael Vallejo, en su estudio sobre la desamortización de los bienes del clero regular en la provincia de Pontevedra entre 1836 y 1844, no son muy distintas de las del trabajo anteriormente reseñado.

La mayor parte de los bienes desamortizados fueron rentas forales, mientras que las propiedades plenas, por su valor, significaban las rentas forales, la mayoría, más del 91 por 100, fue subastada y muy pocas redimidas.

Las redenciones en esta etapa, a diferencia del período de Madoz, estudiado por Aurora Artiaga, tuvieron muy poca importancia, aún menos que en la provincia de Lugo, y los campesinos apenas son una cuarta parte de los redimidos.

Las ventas de rentas forales, que se vendieron por un valor cercano a los 38 millones de reales, alcanzaron escasa cotización (110 por 100). La mayoría fueron compradas por personas que vivían en ciudadanos o pueblos importantes y sólo una pequeña cantidad por los campesinos. Aun entre esta última categoría son muy pocos los que adquieren la renta foral de las tierras que trabajan.

La desamortización en la etapa de Mendizábal modificó poco la estructura de la propiedad. En Cantabria, el clero tenía muy pocos bienes y poco podía significar la transferencia de esa propiedad. En

todo caso, el considerable número de compradores nos orienta a una mayor distribución de la propiedad, como ocurrió en la zona castellana al norte del Tajo. En Lugo y Pontevedra los nuevos titulares del «dominio directo», con muy poca frecuencia coincidieron con quienes labraban la tierra de los antiguos monasterios y conventos, los poseedores del «dominio útil». Los nuevos propietarios tuvieron un papel semejante a los antiguos monasterios y conventos. El foro pervivió y con él una de sus consecuencias: el minifundio. En Cáceres, la desamortización en este período potenció el latifundismo secular.

La conclusión más llamativa es que en la desamortización de Mendizábal aparentemente poco cambió en cuanto a la estructura de la propiedad, si bien cambiaron los titulares y el régimen jurídico de la propiedad. En todo caso, estas nuevas monografías, y prácticamente todas las anteriores, no han entrado a estudiar las consecuencias sociales a medio y largo plazo. Por una parte, cabría hacer el análisis de los grandes compradores nacionales. La bibliografía que tenemos ya, permite hacer un estudio comparado del conjunto nacional, cuando se lleva a cabo un estudio provincial. Conocemos algunas cosas de por sí muy reveladoras. No hay compradores nacionales (ni casi en su propia provincia) entre la burguesía española más sólida de esos años: la barcelonesa. Casi todos los compradores nacionales eran de Madrid. Un rastreo por la bibliografía de la desamortización y otros trabajos, creo yo, hubiera resaltado bastantes cosas interesantes. Por otra parte, además de los compradores, que podemos considerar de las clases medias urbanas o rurales (el segundo grupo a estudiar), muchos de ellos miembros de una relativamente débil burguesía de los negocios, nos encontramos con otros muchos (siempre superiores en número) pequeños compradores, labradores o campesinos medios, que adquieren cada uno de ellos pocas propiedades, bien sean tierras o propiedades forales. Es cierto que si se suman todas y se comparan con las que adquiere el grupo de los «no campesinos», en muchas partes de España al menos, son inferiores en extensión. Pero, en todo caso, significaron muchísimo para su propia economía. Analizados uno a uno (o una muestra significativa) veríamos que sus vidas y las de sus familias cambiaron significativamente. Se puede estudiar una transformación mayor si se acumulan los cambios patrimoniales desde finales del siglo XVIII a principios del siglo XX, como consecuencia de la desamortización.

Nos encontramos pequeños labradores que pasaron a labradores acomodados. La compra acumulada – a través de varias generaciones – de tierras en la desamortización fue una causa decisiva de ello en algunas regiones. Aun otros, que ya eran labradores acomodados, pasaron a lo que podemos denominar burguesía agraria.

Mi hipótesis es que, en el siglo XIX, en algunas zonas aumenta el porcentaje de labradores autónomos y, en todas, muchos de los labradores se enriquecen y se convierten en un grupo social más fuerte. En la Meseta Norte se percibe el fenómeno con más claridad que en otros territorios de España. Un número, indeterminado todavía, de antiguos labradores arrendatarios y pequeños propietarios, que a principios de siglo se podría situar en las clases bajas, gracias al proceso desamortizador pasa a formar parte de las clases medias y unos pocos de la burguesía de los negocios.

La situación se modificará muy lentamente, de tal manera que, durante los primeros setenta años del siglo XIX, las cosas no cambiarán excesivamente en las formas de explotación de la tierra, aunque casi todos, a través de la compra en la desamortización, ampliarán la extensión cultivada en propiedad. En realidad, la integración del mercado, a escala nacional e internacional, unido a otros factores, hará que de ese núcleo surjan paulatinamente empresarios agrícolas con caracteres que nos permiten incluirlos con más nitidez en la «burguesía agraria», pero para ello debemos esperar al último tercio del siglo XIX y al siglo XX.

Lo esencial en todo este proceso, de verificarse, es la acumulación patrimonial de varias generaciones tanto de un relativamente pequeño agricultor como de la explotación de una o varias grandes fincas. Son fenómenos a largo plazo. Y por ello, la desamortización, conviene estudiarla en un plazo cronológico más amplio, al menos algunos ejemplos... Unas familias, determinados pueblos.

Germán Rueda

AAVV: *Antiguo Régimen y liberalismo. Homenaje a Miguel Artola*. Volumen 1, *Visiones generales*, Ediciones de la UAM-Alianza Editorial, Madrid, 1994, 195 pp.

Nos encontramos con la primera de las tres entregas que glosarán el Congreso-Homenaje al profesor don Miguel Artola, celebrado en la

Universidad Autónoma de Madrid, con los primeros calores de la primavera de 1993. Se utilizó una de sus obras más clásicas (*Antiguo Régimen y Revolución Liberal*, 1978) para reflexionar sobre el cambio, las transformaciones y las continuidades entre esos dos momentos centrales de la historia española contemporánea.

El magisterio del homenajeado se percibe desde las primeras páginas; él mismo se vale de unas breves palabras preliminares para recordarnos que no hemos sido capaces de utilizar con provecho las posibilidades de la informática, que la historiografía sigue siendo un trabajo personal y la organización de equipos de investigación una asignatura pendiente. El resultado de estas incapacidades ha sido la pérdida del público que un día tuvimos. Artola sugiere, en algo así como su «testamento político», una alternativa que haga posible que la experiencia ofrezca posibilidades y caminos que los jóvenes puedan recorrer.

La estructura de este primer volumen dedicado a las ponencias deja vislumbrar algunos de esos caminos:

Interdisciplinaridad. Del cambio económico se encargan dos historiadores de la economía y un economista (Carcía Sanz, Fernández de Pinero y Tedde de Lorca), de las transformaciones sociales otro historiador de la economía y un sociólogo (Bernal y Pérez Díaz), del poder político y del eclesiástico dos historiadores del derecho y un historiador de la Edad Contemporánea (Clavero, Tomás y Valiente y Carcía de Cortázar).

Papel del historiador (en el sentido académico del término). Se encarga el balance global del cambio revolucionario a un historiador de la Edad Contemporánea (Ruiz Torres). Otros científicos sociales e historiadores desmenuzan aspectos parciales de la realidad histórica pretérita, pero le corresponde al historiador clásico trazar la síntesis integradora que permita aprehender las dimensiones del cambio histórico.

Superación de las majestuosas divisiones en edades de la historia a la hora de trazar los marcos cronológicos de la investigación. Haber sido, antaño, Catedrático de Historia Moderna y Contemporánea le facilitó las cosas a Artola. En su obra siempre se tiene en cuenta el antes y el después de la conquista del poder por la burguesía en una visión *dellongue durée*. Las épocas de transición, las más ricas, exigen esa perspectiva.

Vivimos tiempos de iconoclasia. Las viejas escuelas historiográficas que dominaron el siglo XX: Annales y Marxismo están debilitadas y un cierto eclecticismo teórico se impone (Carcía Sanz), ello permite que se convierta en menos herética la afirmación de Artola (1978) de que las relaciones de producción capitalistas eran las que mayormente regían en el mundo rural del A. R. en buena parte del territorio hispano.

Pero los presupuestos teóricos son imprescindibles si no queremos volver al positivismo decimonónico (que no está muy claro que hayamos abandonado plenamente buena parte de los historiadores). Recurrir a los científicos sociales, más duchos en los constructos teóricos, no es signo de debilidad, sino de fortaleza y mayoría de edad de la ciencia histórica. Tedde utiliza los conceptos teóricos de la historia económico-institucional de costes de entrada (por ejemplo, la preparación técnica necesaria para el acceso a la información) y de transacci(n) (gastos derivados de la negociación y redacción de los contratos, complejidad del sistema monetario...) para entender mejor cómo la revolución liberal no permitió un suficiente grado de modernización de la economía española del ochocientos. Pérez-Díaz recurre al concepto de pueblo corporativo o comunal del A. R. para entender mejor los rechazos o aceptaciones de la concentración parcelaria o del cooperativismo en los campos castellanos de los años sesenta.

Presupuestos teóricos sí, pero también caminos que indagar. Tomás y Valiente nos propone algunos en relación con la construcción del Estado Liberal: concepto de Nación, representación política, derechos y garantías, valor racional-normativo de las Constituciones, poder judicial (algo en lo que también insistió Artola en su intervención en el Congreso), potestad reglamentaria, jurisdicción contencioso-administrativa, Consejo de Estado... menú suculento que nos permitirá saber mejor qué hizo la hurguesía revolucionaria con el poder entre 1810 y 1870.

Volver a andar viejos caminos, lejos de ser un ejercicio de nostalgia, es requisito de cada nueva generación de historiadores. Bernal recupera las sendas del debate inmovilismo vs. cambio social en la crisis del A. R., apostando por el nulo calado de las medidas carolinas e ilustradas en las transformaciones sociales de la España contemporánea que fueron, más bien, consecuencia de una solución pactada entre oligarquías. Clavero vuelve a romper una lanza por el ordena-

miento jurídico «jurisdiccionalista» (basado en un tracto de cultura y no en leyes arbitrarias emanadas del poder) del A. R. contra la historiografía contemporánea que, nacida para legitimar la monocracia constitucional, acostumbra a presentar a la diarquía jurisdiccional de los tiempos modernos como un tiempo sin derecho, pero con un estado. Carda de Cortázar profundiza en la configuración del mitema de nación, en este caso desde la aportación de la Iglesia católica, primero enfrentándose a él en tiempos de la burguesía revolucionaria, después incrustándose para monopolizarlo a través del nacionalcatolicismo canovista. Incluso la Iglesia participa en la creación de los nacionalismos periféricos catalán y vasco.

El trabajo de Fernández de Pinedo nos recuerda que la historia se hace utilizando fuentes, unas mejores y otras más imprecisas, con imaginación para superar sus carencias sin que ello merme la perspectiva crítica con que debemos enfrentarnos a ellas. Así el recurso a las balanzas comerciales -con los coeficientes correctivos del contrabando de Prados- le permite coincidir, para la primera mitad del XIX, con Fontana e Torras al sostener que el principal mercado de los productos manufacturados españoles fue el consumo interno propiciado, entre otras cosas, por las exportaciones de aguardientes, vinos y harinas hacia América notablemente recuperado a mediados de la centuria.

Cierra el primer volumen de este homenaje el comentario de Ruiz Torres en torno al carácter de la transformación del Antiguo al Nuevo Régimen, para él la nueva sociedad no surgió con la revolución liberal, pero sus orígenes históricos tampoco se conciben sin ella. Se sitúa, pues, entre los defensores de la revolución liberal como una revolución burguesa, y, por tanto, con fuerte contenido social (Artola, Clavero...) y aquellos que limitan la revolución liberal a su vertiente política y le niegan contenido social (Jover, Alvarez Junco...). Recomienda, en fin, una perspectiva de *longue durée* para aquilatar el paso del régimen aristocrático-estamental del A. R. al burgués-aristocrático del XIX Y al burgués-democrático presente. Y, por último, mas no en preterida posición, echar un vistazo a lo ocurrido en Europa para evitar descubrir nuevos mediterráneos o singularidades provIncianas.

SAHASA SÁNCHEZ, E., y SERRANO MARTÍN, E. (eds.): *Señorío y feudalismo en la Península Ibérica*, 4 tomos, Institución Fernando el Católico, Zaragoza, 1993. ABADÍA IRACHE, ALEJANDHO: *Señorío y crédito en Aragón en el siglo XVI*, Institución Fernando el Católico, Zaragoza, 1993. ATIENZA, ANGELA: *Propiedad y señorío en Aragón. El clero regular entre la expansión y la crisis (1700-1835)*, Institución Fernando el Católico, Zaragoza, 1993. PEIRÓ ARROYO, ANTONIO: *El señorío de Zaragoza (1199-1837)*, Institución Fernando el Católico, Zaragoza, 1993.

El año 1993 cumplía la veterana Institución Fernando el Católico, patrocinada por la Diputación de Zaragoza, medio siglo de existencia. Entre otros fastos, exposiciones, ediciones (en esos años se han editado alrededor de mil quinientos títulos), queremos destacar para los lectores de esta Revista las Actas de un importante encuentro sobre *Señorío y feudalismo*, celebrado algunos años antes, justamente en 1989, otro aniversario importante, ocasión para una amplia reflexión histórica: el de la Revolución Francesa. Casi 2.500 páginas, a las que se unen casi otro millar de los tres libros que también damos noticia, aprovechando la ocasión. Todo un acontecimiento, que desborda con mucho lo local y alcanza a las más vivas cuestiones de un debate que, afortunadamente, sigue abierto. Procuraremos, en un espacio razonable, dar cuenta del contenido y significado de esta monumental obra.

Digamos, en principio, que además de la referencia conmemorativa, toda una declaración de intenciones, hubo un gran cuidado en convocar y reunir un plantel excepcional, donde acaso falten algunos nombres de estudiosos del tema en España, pero no sobra absolutamente ninguno de los que encabezan las grandes ponencias, además de acudir otros tan importantes a veces, con magníficas comunicaciones. Es otro acierto haber abordado en todo el largo plazo el fenómeno del señorío (del siglo XII al XIX).

Contaba el tema con una importante renovación, tanto en el ámbito de la Europa del Sur, escenario importante y menos estudiado que la del Norte (encuentros de Toulouse, 1968, y de Roma, 1978), cuanto en su propio terreno, el encuentro de Santiago, 1988, sobre *Señores y Campesinos en la Península Ibérica*, aunque mucho más limitado temática, cuantitativa y cronológicamente (apenas abarcaba los siglos XVIII y XIX). Renovación que en el último cuarto de siglo

se ha manifestado de modo muy destacado en Galicia (Villares, Saavedra, etc.) y, sobre todo, el País Valenciano (Sebastiá, Piqueras, Ruiz Torres y un amplio grupo). A ellos puede unirse ahora Aragón que, como es natural, llevó la parte del león en comunicaciones que revelan un tiempo largo de investigación. Así 10 demuestran la capacidad organizativa y científica de los editores, Sarasa y Serrano, las ponencias y comunicaciones de Gregorio Colás, Corral, Carlos Laliena, Gómez Zorraquino, Margarita Ortega, Redondo, Lafoz, etc., y los tres libros más abajo reseñados de Abadía, Atienza y Peiró.

Como era de rigor, y por suerte cada vez más y mejor planteado, se abordan en profundidad las *cuestiones terminológicas, de método, historiográficas*. Paulino Iradiel, que replantea, cuando los marxismos del Este europeo y no sólo allí, se resquebrajan, las ventajas y problemas de la concepción socioeconómica, que adopta. Ventaja de contemplar el fenómeno en largo plazo, y como una relación económica y social; carencia de estudios de correlaciones, y sobre la producción, división del trabajo, progreso técnico y comportamientos demográficos del campesinado, y excesiva obsesión por el objeto señorial. Por su parte, Gregorio Colás, quizá el más veterano estudioso del señorío en Aragón, hace precisas y ricas consideraciones historiográficas sobre la época «tardo feudal», retomando el enfoque de Garda Ormechea, si bien defiende 10 jurisdiccional como rasgo principal del señorío, e insta a interpretar mejor los conflictos, analizando el complejo comportamiento de los concejos ante los señores, y recurriendo más a las teorías sociológicas sobre el campesinado y el conflicto social.

A seguido se aborda el gran tema esencial en este asunto: *la propiedad de la tierra*, que es abordado con rigor por Angela Atienza y Eliseo Serrano, a la vez que se analizan casos regionales. De una dicotomía -no excluyente, sino funcional- que diferencia Castilla, Extremadura y Andalucía, en que predomina la propiedad plena, de Galicia, Asturias y la Corona de Aragón, que se basan fundamentalmente en cesiones a largo plazo (foros y censos enfiteúuticos), formas de mayor potencial conflictivo.

Un panorama sobre *Señoríos y campesinado* es abordado desde tres perspectivas: la relación entre sociedad rural y producción agrícola (Brumont, que analiza la evolución del capital fijo y de la estructura del ingreso), una comparación entre la sociedad gallega y el resto de España (Pegerto Saavedra, que defiende la peculiaridad de

la primera, donde resultan a la vez fortalecidos señores y campesinos, sin que otras clases se interpongan) y un análisis del caso castellano (Carlos Estepa, que ratifica con documentación apabullante cómo los señores van prefiriendo afianzar sus derechos señoriales por encima de la mera renta agraria).

El estudio de *la renta señorial*, en todas sus modalidades, y su correlato, la comercialización del excedente, corre a cargo de Bartolomé Yun, que estudia la situación en la Castilla de los siglos XV a XVIII. Para explicar la creciente deuda señorial desde fines del XVI, que no se entiende desde una perspectiva meramente económica, «racional» capitalista, la crisis de la renta en el XVII y el auge posterior, etc.

La conflictividad antiseñorial, sólo conocida a fondo en las últimas décadas, reúne otro trío de especialistas: Ignacio Atienza y Julio Valdeón, que estudian el caso castellano, matizando el primero el supuesto «pacifismo» y enmarcando en el contexto europeo los conflictos, y buscando el segundo el rastro de un movimiento más amplio o difundido, un tipo de rebelión que, en el mejor de los casos, prendía la mecha en las ciudades, un ámbito bien diferente. Por su parte, Manuel Ardit hace 10 propio con el caso valenciano, ubicando en su contexto el importante papel de su frecuente y dura conflictividad.

En fin, *la disolución del régimen señorial*, un largo proceso de transición, es analizada por Antonio Miguel Bernal que, tomando el modelo francés como referente, concluye que el español «fue en principio demasiado largo y, a la postre, cuando se dio por cerrado, resultó inacabado con secuelas que se prolongaron algo más de un siglo». Y ello, a causa del tipo de actuación con los bienes de la Iglesia y las secuelas operativas de haber sido, en fin, una solución pactada la que trata de resolver el problema del fin del señorío en España.

Todas las sesiones, ponencias de gran formato y muy cuidada documentación, añaden interesantes comunicaciones (a veces tanto o más que aquéllas), que descienden a casos concretos, donde la teoría se enfrenta a las fuentes y los hechos. Hay, además de las oficialmente vinculadas (cuyo número no nos permite sino aludirlas, y advertir del mérito de algunas como las de Reyna Pastor, Cuy Lemeunier, Carrabou, Tello y Vicedo, etc.), un aluvión de comunicaciones «libres» que son editadas con generosidad en los volúmenes III y IV. De éstas son destacables las de Isabel Alfonso sobre los cistercienses, Salas y Jarque sobre la evolución demográfica de los señoríos aragone-

ses, Carcía Moneris (sobre aspectos políticos en la evolución del señorío en el País Valenciano), etc.

Añadamos que, respondiendo al título del encuentro y actas, se cuidó de incorporar perspectivas portuguesas, lo que enriquece especialmente este acervo, que nunca tuvo sentido de espaldas al vecino país, bien para establecer paralelismos y semejanzas, bien para hacer estudios de historia comparada. Los trabajos de Sousa, Monteiro, Braga da Costa, aportan ese complemento, y dejan ganas de seguir estudiando esos hechos en ese escenario.

Los otros tres libros que, consecuentemente, incluimos en esta reseña, vienen a ser una magnífica propina en que los problemas planteados (los propios autores contribuyeron de forma eficaz en las jornadas) genéricamente encuentran amplia explicación con una rica y hasta hace poco desconocida documentación aragonesa. Los dos primeros son dos tesis doctorales, que aportan una riquísima información bibliográfica y documental, lo que también ocurre en el tercero.

En línea con los citados planteamientos de Yun, Alejandro Abadía analiza *la deuda señorial aragonesa* (en especial las siete grandes casas que son los ducados de Híjar y Villahermosa y los condados de Aranda, Sástago, Fuentes, Morata y Ricla) y sus esfuerzos por eludir las limitaciones de la vinculación, lo que aboca a la venta de rentas o el recurso al censo crediticio. Ello lleva a estudiar las posibles vías de evolución del sistema señorial, asunto que es contemplado en cuatro casos monográficos -tres señoríos laicos y uno eclesiástico- de muy diferentes circunstancias.

Angela Atienza estudia el comportamiento económico de unos singulares señores, cual es *el clero regular, monástico y conventual* (casi 5.000 frailes y más de 2.000 monjas), en el siglo XVIII y XIX hasta la exclaustación y desamortización de los años treinta. Una cuidada descripción de los vasallos y sus relaciones refiere los bienes, rentas y derechos de las instituciones. Finalmente, se aborda la realidad de las frecuentes crisis del señorío en su recta final, «que se desenvolvió en forma de contestación, resistencia y, en ocasiones, violencia». Los resultados, finalmente documentados en los casos de la diócesis de Huesca y Zaragoza, llevan a la conclusión de que no hay un comportamiento unísono en la Iglesia, sino los de cada convento u orden, a lo sumo, como unas «empresas» económicas, si bien sean semejantes. Que actúan, en general, con miras semejantes a las de cualquier terrateniente con buenos conocimientos económicos, y que, contra lo

tan predicado, para ello la caridad no suponía ni una gran preocupación ni un gran gasto.

Finalmente, y desde luego no en último lugar, Antonio Peiró presenta un estudio en profundidad de una casi total novedad: el caso de una gran ciudad, *Zaragoza, como cabeza de un importante señorío*. No importa que este señor sea colectivo -ya estamos acostumbrados a verlo en los monasterios- o que sus rentas fueran menores de 10 habitual en otros casos de señorío.

La larga duración de este peculiar señorío fundamentalmente jurisdiccional -casi seis siglos y medio-; la amplitud de la jurisdicción, sobre 23 municipios entre los que algunos grandes y alejados como Alagón, Fuentes de Ebro o Zuera; la relación relativamente pacífica de ese dominio, salvo a fines del XVI y parte del XVII, en que se rebelan dos villas -Longares y Pertusa-, que suceden a conflictos externos, son todos ellos rasgos diferenciales que, sin embargo, no hacen sino realzar la singularidad de un caso hasta ahora poco contemplado en general, y casi nada en Aragón, donde también hubo otros en el Norte de Aragón, especialmente en los casos de Huesca, Jaca o Barbastro y varias villas.

El y Fernández Clemente

TUSELL, I.: *Antonio Maura. Una biografía política*, Alianza, Madrid, 1994, 283 pp.

Reflexionando a finales de los años sesenta sobre cuáles podían ser las directrices académicas de la historia política contemporánea de cara al futuro, Tulliard empezaba reconociendo la «mala fama» de que gozaba. Transcurrida apenas una década, Rémond, en cambio, ponía de relieve lo mucho que se había avanzado. La investigación de ese ámbito en el que se interrelacionan la ideología, el poder y la economía, había logrado -en sus propias palabras- «imponerse de nuevo», experimentando «una revolución completa».

De esta renovación, presente también en la historiografía política anglosajona e italiana de los dos últimos decenios, me interesa resaltar, en el contexto de este comentario, dos rasgos. El primero es la revalorización de la historia narrativa y de su género por excelencia: la biografía. El segundo consiste en el esfuerzo de conceptualización. La incorporación de nuevos supuestos procedentes de la teoría polí-

tica al estudio de las sociedades occidentales tras la consolidación del Estado Liberal, ha posibilitado abordar cómo se produce la transformación del liberalismo en democracia. El estudio de este proceso de alcance colectivo y de amplia proyección sociopolítica, el cual implica a gobernantes y gobernados y se materializa en la esfera de las instituciones y los comportamientos, se ha realizado imbricando en el análisis de largo plazo, acontecimientos, liderazgos diferenciados ideológica y sociológicamente, rupturas y continuidades.

La trayectoria de la historia política contemporánea en España no ha sido muy distinta, dando lugar también a una reformulación de temas y enfoques. Dos hechos son, a mi juicio, representativos de ello. En primer lugar, se ha acrecentado el interés por el siglo XX y los decenios finales del XIX. En el avance de nuestros conocimientos sobre este extenso período, que abarca desde la Monarquía constitucional de Alfonso XII hasta la Monarquía democrática de Juan Carlos I, siguen perviviendo desequilibrios reseñables en perjuicio de la historia reciente. Pero, al tiempo que se cubren éstos, parece importante seguir profundizando en la detección del conjunto de posibles causas explicativas del lento y convulso proceso de consolidación de la democracia en España. El segundo rasgo que denota la vitalidad de la historiografía contemporánea actual es el progreso de la investigación en el complejo, y en ocasiones diferenciado regionalmente, análisis del entramado de relaciones personales y políticas en el que se sustentó el sistema político de la Restauración. Unas relaciones estudiadas no sólo de abajo arriba, sino también horizontalmente en tanto en cuanto contribuyeron a articular a las élites de los dos partidos dinásticos, preservando sus intereses y los de sus respectivas clientelas y garantizando su permanencia en el poder.

El sugestivo trabajo del profesor Tusell, objeto de esta reseña, es una contribución relevante que se inscribe en esta doble dirección y es una excelente muestra de que la historia política no está desprestigiada, sino que muestra una reseñable vitalidad. De hecho, la lectura de *Antonio Maura. Una biografía política* suministra importantes claves para comprender la imposibilidad de lograr el establecimiento de un sistema democrático durante los años cruciales del reinado de Alfonso XIII, en los que la derecha de adscripción liberal-conservadora y personificada en el liderazgo regeneracionista de Maura, tuvo la responsabilidad de gobernar.

El estudio biográfico del dirigente conservador, realizado por Tusell, es un magnífico ejemplo de las posibilidades que brinda la his-

toria narrativa cuando no se persigue destacar del personaje lo anecdótico, ni se le aísla del contexto en el que tiene lugar su actividad.

Como es conocido, no es ésta la primera biografía sobre el político mallorquín. Sin embargo, la escrita por el profesor Tusell no constituye una aportación marginal a nuestros conocimientos sobre uno de los políticos más relevantes del primer tercio del siglo XX. Por el contrario, aporta una visión novedosa, y, por tanto, diferente, sobre Antonio Maura; sobre su personalidad, la evolución de su pensamiento y la política de su tiempo. De su lectura se obtiene una nítida visión de cuál fue su percepción de los problemas sociopolíticos del reinado de Alfonso XII y Alfonso XIII como diputado y sobre todo como jefe de gobierno, cómo gobernó y cuál fue el resultado de su gestión al frente del poder ejecutivo.

Estos logros del libro se deben a una multiplicidad de razones, de las que quisiera subrayar tres, en mi opinión, especialmente importantes. La primera es, sin duda, la riqueza de las fuentes sobre las que se ha desarrollado la investigación. El haber utilizado los fondos documentales inéditos del Archivo de la familia Maura, del Archivo de Palacio, del de Natalio Rivas y del Ministerio de la Gobernación dotan a la narración de un contenido más rico que el incorporado hasta el momento a las biografías del líder conservador.

A ello se suma el mérito del autor al articular las algo menos de doscientas ochenta páginas, estructuradas en nueve capítulos de extensión equilibrada y un breve epílogo, en torno a tres ejes centrales confiriéndole unidad al volumen. Por una parte, la trayectoria vital (1853-1925) e ideológica (del gamacismo al maurismo, pasando por haber dotado de contenido al proyecto de la derecha conservadora tras la desaparición de Cánovas) de Maura. Una trayectoria imbricada hasta tal punto en beneficio del Maura gobernante y figura central de la vida política del reinado de Alfonso XIII, tanto por lo que realizó como por lo que no hizo para impulsar la democratización, que, a medida que se avanza en la lectura de los capítulos tercero al noveno, se va obteniendo simultáneamente una visión comparativa de la situación sociopolítica de España entre las décadas finales del siglo XIX y el segundo decenio del siglo actual.

Este segundo eje del libro puede sintetizarse en dos fenómenos fundamentales. Por un lado, la evolución del genuino parlamentarismo decimonónico fraudulento, pero estable, hacia la inestabilidad y la crisis definitiva. Por otro lado, la extensión del conflicto como uno

de los cauces de expresión colectiva de las demandas de mejora de las clases medias y los trabajadores, fruto de la transformación progresiva de la estructura social ligada al avance de la modernización económica. Dos hechos definitorios de la Monarquía constitucional del «rey soldado» a los que no fue ajeno el dirigente conservador. Y ello porque se dotó de un programa de gobierno y se mostró decidido a ejecutarlo. Además confirió un estilo definido e irrepetible a su actuación al frente del ejecutivo y del partido conservador.

Una forma de gobernar y de relacionarse con los miembros de la élite política, inseparable del último, y quizá más sugestivo, eje que recorre el libro: el minucioso retrato de la personalidad de Maura. De él emerge el profesional de la política, caracterizado, entre otros, por los siguientes rasgos definitorios: la vehemencia, la arrogancia, el individualismo, la falta de tacto y de espíritu conciliador, la coherencia y el profundo convencimiento de que sus convicciones eran las acertadas. Unos rasgos que se fueron perfilando y moldeando a lo largo de la dilatada vida política del estadista y de sus sucesivas actuaciones gubernamentales. Y ni la élite ni la inmensa mayoría de la sociedad fueron, como pone de relieve Tusell, indiferentes al balance de su gestión. El análisis de este último punto es, en mi opinión, la tercera razón principal de la importancia del trabajo. Porque éste contiene una valoración explícita del resultado de la intervención directa o indirecta de Maura en la política española de aquellos años. De esta forma, cada uno de los capítulos incluye un juicio ponderado en términos de aciertos, errores y omisiones para cada período del reinado de Alfonso XIII. Una etapa durante la cual esta influyente figura de la derecha católica -aunque no fuera un clerical militante a juicio del autor- y defensora de preservar los valores adscriptivos de equilibrio, orden y autoridad propios de la sociedad conservadora, nunca quedó al margen del restringido círculo de la élite parlamentaria y palaciega y de su amplia capacidad de influencia.

Es teniendo en cuenta estas valoraciones recogidas en los sucesivos capítulos, por lo que, quizá, resulta sorprendente parte de la valoración final del epílogo. En él el autor explicita dos conclusiones generales no del todo coincidentes, en mi opinión, con parte de la sólida argumentación desarrollada en las páginas precedentes. La primera consiste en definir a Maura como «demócrata» (p. 274). Y la segunda, defender que no tuvo ninguna responsabilidad en la crisis del parlamentarismo liberal (p. 253) y, en consecuencia, atribuir la

inviabilidad final del sistema político de la Restauración exclusivamente a Primo de Rivera (p. 276).

En relación con la primera de ellas, y partiendo del principal logro definitorio de la democracia en la acepción de Linz --la institucionalización de la transparencia electoral, en lugar de que el fraude fuera del sistema mismo--, cabe preguntarse en qué medida puede ser corroborada, teniendo en cuenta el comportamiento de Maura en los distintos comicios generales en que intervino antes y después de la adopción de la ley de reforma electoral formulada por él.

El balance del profesor Tusell del proceso electoral de 1903 es claro. El «lenguaje regeneracionista» del entonces Ministro de la Gobernación se combinó con las «viejas corruptelas» para que se cumplieran las previsiones del «encasillado» (pp. 64 Y 65). Y no es menos contundente la opinión que le merece la ausencia de autenticidad en el desarrollo de las Elecciones a Diputados de 1907 durante el gobierno largo del dirigente conservador: las valora como «un retroceso respecto a las de 1903» (p. 87). Y no parece obvio, en mi opinión al menos, que, como defiende el autor (p. 86), el Presidente del Gobierno pueda quedar al margen de la responsabilidad por el uso de la coacción y el fraude empleados por primera vez en perjuicio de los candidatos del partido liberal, aun cuando fuera el Ministro de la Gobernación (La Cierva) el directo ejecutor de las mismas.

Por último, la actuación de ambos gobernantes a raíz de la convocatoria de 1919 es enjuiciada también por Tusell en términos muy críticos. En su opinión, en estas elecciones no existe «ninguna diferencia fundamental con respecto a las del resto de la Restauración» (p. 2(2)). Y, en efecto, así fue por lo que se refiere a los procedimientos no democráticos auspiciados o tolerados por el ejecutivo. El proceso se desarrolló con la mayoría de los derechos constitucionales suspendidos, en un clima de fuerte crispación y enfrentamiento entre las diferentes facciones de los dos partidos del turno, y empleándose a fondo la presión gubernamental (p. 2(3)). Y a pesar de este balance y de las posibilidades discriminatorias positivas que brindaba a los candidatos de ambas formaciones la utilización combinada del artículo 29 y del 24.2 --el autor sólo alude al primero de ellos--, los grupos conservadores no obtuvieron la mayoría absoluta (p. 2(4)).

Por lo que hace referencia a la evolución de esta situación de quiebra y de desprestigio generalizado de la Monarquía parlamentaria y sus representantes tradicionales hasta desembocar en el régimen au-

toritario de Primo de Rivera, la desarrolla Tusell en las páginas finales del capítulo séptimo y a lo largo de los dos siguientes. Y son muy numerosas las pruebas aportadas para corroborar que en el desenlace no constitucional del régimen no participó de forma directa el anciano estadista. Pero no es menos cierto que, tras el fracaso del Gobierno Nacional de 1921, acabó recomendando «aceptar una experiencia temporal de irremediable dictadura militar, sin origen en el Rey, con la esperanza -como escribe el autor- de que al final se produjera ese milagro de la movilización política» (p. 252). Y también lo es que cuando tuvo conocimiento del golpe de Estado «que daba por descontado», lo acogió «con la benevolencia de quien deseaba que triunfara» (p. 255).

La ausencia de vinculación directa de Maura con el golpe de Estado de Primo de Rivera no facilita, sin embargo, la defensa de que el dirigente conservador y máximo representante del gobierno en diversas ocasiones no tuvo ninguna responsabilidad en la crisis del parlamentarismo liberal (p. 253). Y ello, al menos, por dos razones importantes sugeridas por la propia lectura de *Antonio Maura. Una Biografía política*. Primero, porque las medidas anticorrupción contenidas en la ley de reforma electoral de 1907 no erradicaron, como he señalado en los párrafos anteriores, el falseamiento reiterado del principio de un hombre un voto. Al mismo tiempo la práctica electoral de los sucesivos gabinetes liberales y conservadores fue de clara ingerencia partidista. Y además Maura y La Cierva para intentar conseguir el cumplimiento de las previsiones de un encasillado endogámico, potenciaron el aumento de la competencia política entre las dos formaciones gobernantes y de la rivalidad personal entre los integrantes de ambas élites.

Segundo, el Maura dirigente y gobernante careció de política social. No se interesó por los problemas de la clase media y los trabajadores en crecimiento y concienciación progresivos desde finales del siglo XIX. Y frente al acelerado aumento de las demandas de estos nuevos colectivos, que calificó políticamente de «ola democrática» e identificó con el conflicto permanente y la violencia callejera, su única respuesta fue la contención mediante el uso de la fuerza.

Esta doble limitación parece escasamente compatible, a mi juicio, con una sociedad como la de su tiempo en proceso de cambio socioeconómico, aunque éste fuera más modesto que el del resto de los países europeos industrializados, y enfrentada en diferentes coyuntu-

ras a numerosas dificultades internas y externas. En estas condiciones no era fácil, a mi juicio, la pervivencia sin graves fracturas de funcionamiento y de sus liderazgos del parlamentarismo liberal de la Restauración.

En este contexto parece pertinente plantear hasta qué punto puede excluirse la trayectoria de uno de los personajes públicos más relevantes de la derecha gobernante del siglo XX, a la hora de considerar las causas de ese proceso de quiebra, que postergó la consolidación de un sistema democrático en España. De esa sociedad transparente, participativa y tolerante que Maura intuyó caracterizándola como: «la sociedad entera pesando y ejerciendo su acción política» (p. 194).

Los interrogantes que acabo de plantear no matizan el innegable interés del libro del profesor Tusell. Constituye sin ninguna duda una sólida aportación tanto al conocimiento de la trayectoria de uno de los dirigentes conservadores más influyentes del siglo XX, como al debate sobre las causas de la lenta consolidación de la democracia en España. Un sistema político, en cuya consecución el liberalismo regenerador de Antonio Maura parece haber sido, al menos, insuficiente.

Teresa Carnero Arbat

NASH, MARY, YTAVERA, SUSANNA: *Experiencias desiguales: conflictos sociales y respuestas colectivas (siglo XIX)*, Síntesis, Madrid, 1994, 175 pp.

A la universidad las dos grandes tareas que le caben son la investigación y la enseñanza. Hasta tal punto es así que ambas facetas se hallan reconocidas incluso en los complementos de sueldo. Pero la razón no está en la nómina, sino en la función misma de la universidad: los profesores universitarios, porque investigan, enseñan; por eso se agrupan en áreas y departamentos especializados que posan un pie en la trama de proyectos y líneas de investigación y el otro en el magisterio que deben ofrecer a los usuarios. Por supuesto, el magisterio será de calidad en la medida en que la investigación también lo sea.

Una reciente colección de historia ha sido concebida para atender una docencia de calidad: la «Historia Universal» de la editorial Sí-

tesis, cuya serie «Historia Contemporánea» coordina Elena Hernández Sandoica. Sabido es que las aulas, cuando se vence la resistencia al silencio, devienen hervideros de preguntas que obligan a discurrir y averiguar respuestas (no siempre posibles de satisfacer). La colección se propone auxiliar esta tarea. Para ello organiza la materia histórica seleccionando los principales problemas que afronta la historiografía reciente, problematiza su estudio y, en fin, familiariza a los estudiantes con «el taller del historiador», mediante la exposición analítica de temas y una selección de textos, documentos y bibliografía. Tal es la estructura del libro de Mary Nash y Susanna Tavera que referenciamos aquí.

El estudiante universitario — a quien preferentemente va dirigido el libro— seguramente conseguirá una reflexión estimulante sobre la materia histórica que se estudia, y probablemente se familiarizará con la pluralidad del conocimiento histórico, con las estrategias de análisis de los investigadores y con documentos y autores de la época tratada, a veces considerados inaccesibles (y, por tanto, sacralizados por la ignorancia). Bastará, sobre esto último, que aduzca algunos argumentos. El lector del libro de Mary Nash y Susanna Tavera accederá, por ejemplo, a la *Declaración de Derechos de la Mujer y la Ciudadana* (1791) de Olimpia de Gouges, o a la *Declaración de Seneca Falls* (1848), documentos coetáneos, respectivamente, a la *Declaración Universal de los Derechos del Hombre y del Ciudadano* y al *Manifiesto Comunista*. Se invita, pues, al lector a que recurra por sí mismo a las fuentes, y además se le sugiere que advierta --en este caso concreto-- por qué los documentos feministas señalados han sido relegados a la «amnesia histórica»... Vemos, pues, que textos clave de movimientos sociales aún no suficientemente difundidos, como los citados' se ponen al alcance del estudiante. Si insisto en los textos que aporta el libro de Nash y Tavera es porque quiero subrayar el uso práctico que de tales documentos se puede hacer en las aulas.

Pero el libro que nos concierne sólo mínimamente está integrado por materiales (textos y bibliografía). Esencialmente es un análisis de problemas históricos, presentados pensando en los usuarios de la colección. La historia social del XIX es el tema del libro de Mary Nash y Susanna Tavera. Su compromiso con la docencia y su apuesta por contribuir a que los estudiantes de historia sean lectores críticos, constituyen el propósito. Por lo demás (salta a la vista), las autoras escriben historia no sólo para que los estudiantes salven el expediente,

sino esencialmente para que estudien su disciplina como ciudadanos y ciudadanas que buscan en ella un conocimiento útil para entender nuestro mundo e indagar en las experiencias sociales y políticas. Esto no es otra cosa que el propósito que expresó, hace más de doscientos años, Voltaire. Pero, ahora, a la luz del *fin de siècle*.

El libro de Mary Nash y Susanna Tavera trata de los «conflictos sociales» y las «respuestas colectivas» en el siglo XIX. Es, de hecho, una síntesis sobre la naturaleza de y experiencias históricas de los movimientos sociales que, a lo largo del pasado siglo, pugnaron por superar la desigualdad derivada del liberalismo burgués y la industrialización. Se organiza en siete capítulos que abordan, principalmente, las condiciones de vida, la conflictividad social inglesa, los orígenes de feminismo, el 48, la experiencia obrera española y el feminismo de final de siglo. El tema del libro, pues, es la conquista de la democracia. Los movimientos sociales protagonizados por los trabajadores y las mujeres son los caballos de batalla. Junto a ellos, y relacionados con ellos, las autoras tratan otras experiencias: higienismo, pacifismo y reformismo sexual, usualmente no contempladas en los manuales clásicos de las movilizaciones sociales.

Los movimientos sociales se captan desde las experiencias colectivas, en cuyo crisol se funden tanto las realidades socioeconómicas como las percepciones ideológicas, las mentalidades colectivas y la acción social. La experiencia social, concebida a la manera de Thompson, es la gran protagonista del libro. Trabajadores y feministas se mueven porque desarrollan experiencias colectivas. La experiencia forma a la clase obrera, promueve el movimiento obrero, articula el feminismo de fines del XVIII y primeras décadas del XIX, y la llamada «primera ola» del feminismo, o movimiento de reivindicación del último cuarto de siglo, así como las restantes experiencias sociales analizadas. «La experiencia ha sido históricamente decisiva a la hora de formular cualquier tipo de reivindicación social» (p. 10).

La novedad, y la principal utilidad del trabajo (a mi modo de ver), estriba en que se integra el complejo histórico propuesto. Nash y Tavera conjuntan, en la globalidad del proceso social del XIX, una orquesta de instrumentos tan variados como los luditas, las revueltas de campesinos del capitán Swing, los *compagnonnards*, los socialistas utópicos, la revolución democrática y social del 48, Louis Blanc y los «talleres sociales», el feminismo de Gquges, Wollstonecraft, Seneca Falls o las «Vesuvianas», el discurso de Elizabeth Cady Stan-

ton, el de las sufragistas..., incluyéndose las experiencias españolas: Concepción Arenal, Pablo Iglesias, el anarquismo andaluz o el penalista y reformista social Bernaldo de Quirós... Añádase la dimensión de lo privado y los cambios de mentalidad colectiva: por ejemplo, «la revisión de los valores culturales en torno a la sexualidad y la procreación [y] la difusión de nuevas técnicas anticonceptivas» (p. 135), o el militarismo creciente y el balbuciente pacifismo, o el pietismo burgués y control sanitario contra la prostitución.

Conjuntar, digo, experiencias sociales tan distintas ha debido ser todo un reto para las autoras, del que han salido pisando fuerte. El secreto del libro no es otro que, por un lado, abarcar los diversos aspectos de la realidad histórica tratada y, por otro, seleccionar aquellos que han considerado relevantes las autoras para dar cuenta de la dinámica social. La selección, a mi modo de ver, ha tenido en cuenta tres criterios: El primero es integrar en la globalidad histórica del XIX la pluralidad de experiencias sociales analizadas. La integración se hace a fondo. No se crea que las mujeres están en «sus» capítulos y los trabajadores en los «suyOS». Las mujeres trabajadoras -valga como ejemplo- aparecen -como no podía ser de otro modo-- en la conflictividad social, desde los movimientos luditas hasta las «mujeres proletarias saint-simonistas». Y viceversa: al tratar el pensamiento socialista, se glosan obras como *Las mujeres y el socialismo* de Babel o las intervenciones de Clara Zetkin en el Congreso fundacional de la Segunda Internacional. El segundo criterio ha sido contrastar o comparar los procesos particulares (por ejemplo, los luditas con las revueltas del capitán Swing; el primer feminismo con la llamada «primera ola» del feminismo que fue posterior...). El tercer criterio, en fin, ha sido dar cuenta de los principales núcleos de debate historiográfico. En efecto: los conceptos *clase social* (concebida a pie de obra de Thompson, aunque sin contrastarla con la crítica de Perry Anderson), *género* y *acción social colectiva* («serie de recursos puestos en común por diversos grupos sociales para la consecución de un objetivo determinado» que engloban modalidades revolucionarias, iniciativas reformistas, «rebeldías» y «protestas» -p. 40-) atraviesan el libro de principio a fin, y se van desgranando al hilo de las experiencias sociales que son su objeto. Así pues, el libro es deudor de Thompson, Rudé, Sewell, Scott y Tilly... por no alargar la lista. Marxismo británico y sociología histórica.

Sacaré provecho quien lea el trabajo y lo use en clase. Incluso, tal vez, con ventaja, pues podrá suplir los «huecos» del libro de Nash

y Tavera, que esencialmente son el cartismo, el movimiento abolicionista de la esclavitud y la Comuna de París. El brillante capítulo dedicado a la revolución del 48 queda, en cierto modo, huérfano, al no poder compararse con el cartismo ni con la Comuna. Paradójicamente, el capítulo dedicado a la «organización y política obrera en España, 1868-1890», queda (al menos es la impresión que saco) excesivamente institucionalista y pegado a la coyuntura política. Nuestros obreros y campesinos se presentan, en cierto modo, deslumbrados por «las ideas», faltando una más apurada contextualización de «las experiencias». Tal vez una mayor penetración en la realidad social de Sexenio hubiese arrojado otro enfoque. En fin, en este pequeño rosario de objeciones, una más: se profundiza poco (véanse pp. 113-114) en las causas por las que las mujeres no accedieron antes a los derechos políticos y sociales. Pero en las críticas de libros pasa como en las tesis: si uno no objeta las sugerencias y dudas que el trabajo le plantea, parece que no se ha leído el libro. Y, ciertamente, no es el caso.

Marc Baldó

LIDA, CLARA E. (comp.): *Una inmigración privilegiada. Comerciantes, empresarios y profesionales españoles en México en los siglos XIX y XX*, Alianza Editorial, Madrid, 1994, 237 pp.

No es ésta la primera vez que Clara E. Lida, además de su propia investigación, nos ofrece una compilación de trabajos acerca del fenómeno inmigratorio español en México. Desde la publicación en 1981 de *Tres aspectos de la presencia española en México durante el Porfiriato* hasta ahora, el tema ha venido siendo objeto de atención de la historiadora mexicana en diferentes oportunidades y nos consta que tampoco será la última. No es tampoco la primera ocasión en que se subraya el carácter atípico de esta inmigración en relación a las recibidas por otros países americanos. Y por atípico se deben entender, entre otras, diferencias cronológicas y cuantitativas. Mientras que en los países que fueran grandes receptores de inmigrantes los principales flujos de españoles se concentran entre 1870 y 1930, durante el período conocido como masivo, en México, que ni siquiera en esas fechas recibió contingentes similares, esta cronología se modifica en un extremo por no haber perdido, salvo momentos

puntuales y a pesar de su modestia numérica, la continuidad desde el período colonial. En el otro extremo del límite cronológico no puede obviarse la abrumadora presencia del exilio político que fuera consecuencia de la Guerra Civil española. Por todo ello, quizás sean los aspectos cualitativos, subrayados ya por Lida en otro trabajo, publicado en 1991 por *El Colegio de México*, en el que sugerían modelos de análisis sumamente interesantes, los que mejor definen la presencia española en México. Sin perder de vista este importante aspecto que planea sobre todo el libro, acerca del cual Lida vuelve a insistir en un prólogo que es verdadera síntesis del mismo, haciendo que el fenómeno inmigratorio español reciba merecidamente el calificativo de *privilegiado*, existen otros que conviene resaltar. Corno en toda obra colectiva, en la que se diversifican los enfoques y los objetivos concretos de investigación de cada autor, se podría advertir una falta de sistematización que en este caso no resulta llamativa por varias razones. En primer lugar porque los autores comparten, además del tema, rigor, profundidad y claridad expositiva. En segunda instancia cabe destacar que, a pesar de la diversidad, se permite al lector un seguimiento continuo del fenómeno español en México, ya que el conjunto de trabajos cubre la práctica totalidad del período independiente. En tercer lugar porque tal extensión cronológica y la reiterada variedad de enfoques proporcionan la oportunidad de conocer una amplia gama de fuentes documentales, así como una extensa bibliografía, que no sólo nos acercan al tema concreto de la inmigración española, sino también a la historia contemporánea de México.

Una de las grandes novedades, aportada precisamente por Lida en colaboración con Pacheco Zamudio, estriba en ofrecer, desde las cifras procedentes de diversos tipos de registros, una aproximación del perfil de la inmigración española durante el período 1821-1939. La especial referencia al siglo XX proviene de la cala efectuada en el *Registro Nacional de Extranjeros*, creado en 1926, de la que se extraen las principales conclusiones relativas a dicho perfil. El trabajo, acompañado de cuadros y gráficos, constituye un interesante aporte de conjunto que servirá de imprescindible punto de partida para futuras investigaciones que contrasten, refutando o corroborando estas conclusiones desde análisis más detallados que posiblemente se permiten gracias a la enorme riqueza de esta fuente.

Tras esta contribución, la más abarcadora desde el punto de vista cronológico, en la de Souto Mantecón, que examina la presencia

de los comerciantes españoles en Veracruz desde el decreto de libre comercio y los primeros años de la independencia, se subraya con especial particularidad la situación de privilegio, económico y político, hasta el punto de haberse visto menos afectados que los españoles de otros estados por los decretos de expulsión de 1827 y 1829. Por su parte, Pi-Suñer Llorens parte en su análisis de 1840, fecha en la que se inicia en México la representación diplomática española, lo que conlleva el mérito de abordar una difícil etapa marcada por la indefinición del colectivo español de antiguos residentes. La consulta de fuentes diplomáticas españolas por un lado y notariales mexicanas por otro sustentan el retrato que Pi-Suñer realiza de los españoles en ese momento de transición. La actividad de nuevos inmigrantes, comercial, crediticia y fabril, favorecida por la coyuntura del período 1855-1867, es rescatada, utilizando fuentes mexicanas y norteamericanas, por Cerutti, con el rigor al que ya nos tiene acostumbrados (*Burguesía e industria en América Latina y Europa meridional*, Madrid, 1989) en un profundo análisis regional que tiene como telón de fondo la Guerra de Secesión y como escenario geográfico la frontera norte del país. También desde la perspectiva regional, la contribución de Blázquez se refiere a un período que coincide con buena parte del Porfiriato. Acude a los protocolos notariales y a los registros parroquiales, así como a fuentes censales, para aproximarse a la cuantificación, detectar procedencias, redes familiares y participación económica de los españoles del área veracruzana. Todo ello le permite establecer un paralelismo, perfectamente trabado, entre el ascenso económico y social de estos españoles y su influencia, a pesar de tratarse de un pequeño grupo, en el crecimiento de esa región.

El trabajo de Ludlow pone de relieve las estrategias llevadas a cabo por ciertos españoles para favorecer la concentración de capitales, ampliamente representados en la agricultura, comercio, industria y banca, permitiéndoles una integración plena en lo económico y en lo social hasta las vísperas de la Revolución. En este punto, sus apreciaciones coinciden con las de Illades, cuya contribución, sumamente interesante, analiza en detalle la situación de los propietarios españoles durante el período revolucionario y los que a su juicio fueron los principales factores que determinaron la violencia contra los residentes españoles durante el conflicto armado. La distensión de las relaciones diplomáticas dio pie a que en 1925 se constituyera la *Comisión Mixta Hispano-Mexicana de Reclamaciones*, cuyos expedientes constituyen la base de investigación de Illades.

Gamboa Ojeda realiza un trabajo monográfico acerca de los españoles en Puebla en torno a 1930, partiendo de una muestra de las «tarjetas de identificación de extranjeros» del Archivo General de la Nación. Tomando como referencia la nacionalidad declarada por los titulares de las mismas, elabora en primer lugar un perfil de los nacidos en España, cuyos resultados aparecen contrastados con los del grupo criollo de nacionalidad española. La complementariedad observada entre ambos le permite un análisis de la diversificación de modelos familiares imperantes entre los españoles de Puebla que bien pudiera servir de modelo para otros casos.

Finalmente, Pla cierra el volumen con un tema, el del exilio español de 1939, de obligada e inevitable referencia en el caso mexicano, y que no es la primera vez que esta autora aborda (*Los niños de Morelia. Un estudio sobre los primeros españoles refugiados en México*, 1985). La fuente utilizada por Pla, procedente de un informe del *Comité Técnico de Ayuda a los Republicanos Españoles*, contiene numerosa información acerca de los pasajeros llegados a México en los primeros barcos que transportaron refugiados. Su primer mérito estriba en ofrecer un contraste con la corriente que permaneció en Francia. Pero todavía resulta más interesante, aun cuando en esta contribución se vuelve a subrayar el carácter privilegiado del exilio, la llamada de atención que la autora realiza sobre la necesidad de que, a causa precisamente de la heterogeneidad de quienes lo compusieron, revelada por la propia fuente, y profundizando en ella, el fenómeno sea abordado desde otras perspectivas que contribuyan completar el parcial conocimiento que tenemos de este fenómeno.

Con la exposición de las características del exilio se cierra el análisis del fenómeno inmigratorio expuesto en el libro. Es de esperar que este cierre no sea definitivo precisamente por la cantidad de sugerencias que esta nueva aportación ofrece a futuras investigaciones. Algunas de ellas deberían ser recogidas por aquellos investigadores españoles a quienes también preocupa el tema, pues si algo se echa en falta en esta obra, aunque se enuncia, quizás porque no tiene el mismo interés para los mexicanos y también porque la modestia numérica del grupo español no invita a realizar fragmentaciones, es el análisis detallado desde las procedencias regionales que tuvieron mayor representación. Salvando algunas contribuciones puntuales sobre el caso canario (González Loscertales, 1976), el asturiano (García Acosta, 1979), el vasco (Icazuriaga, 1979) y el catalán (Martí Soler,

1989), en este sentido queda aún bastante por hacer. Sin embargo, también suponemos que a la luz de obras como la comentada, investigaciones que están actualmente en curso, que sepamos, en Cantabria y en Galicia, contribuirán a que este vacío sea menor. Por algo se empieza.

Pilar Cagiao Vila

MEDINA PEÑA, LUIS: *Hacia el Nuevo Estado. México, 1920-1993*, Prólogo de Luis González, Fondo de Cultura Económica (México, 1994), 338 pp. ARRIOLA, CARLOS: *Ensayos sobre el PAN*, Miguel Angel POITÚA Grupo Editorial (México, 1994), 349 pp. ARRIOLA, CARLOS (comp.): *Testimonios sobre el TLC*, Miguel Angel Porrúa Grupo Editorial, Diana (México, 1994), 294 pp.

Resulta una obviedad afirmar que México está cambiando rápidamente. El problema es valorar si estas transformaciones son positivas o negativas. Algunos analistas no dudan en subrayar que, debido a sus tratados comerciales con Estados Unidos y Canadá (TLC), Colombia y Venezuela (Grupo de los Tres) y Chile, se ha abierto una época de crecimiento económico en México y ampliado la competitividad de sus productos en los mercados internacionales. Esta indudable expansión económica de los últimos años, unida a su nueva situación en los mercados internacionales, hacen de México un enclave estratégico sumamente atrayente para los inversores extranjeros, ya que a la potencialidad de sus mercados internos se suma ahora la posibilidad de reexportar mercancías y capitales a las nuevas plazas abiertas por los acuerdos comerciales.

Otros pensadores dibujan un cuadro más sombrío. Para ello se apoyan en el deterioro de la distribución del ingreso, el clima de violencia social generado en los últimos años, o las tensiones producidas en el sistema político como resultado del proceso de apertura impulsado por Salinas. El estallido del movimiento del Ejército Zapatista de Liberación Nacional en Chiapas, el asesinato del candidato a la presidencia por el Partido Revolucionario Institucional, Luis Donaldo Colosio, los secuestros de importantes empresarios y banqueros, los atentados, las dimisiones y declaraciones de Manuel Camacho, y las recientes devaluaciones del peso mexicano son algunos ejemplos de estas tensiones, bien conocidas debido a la divulgación realizada

por los medios de comunicación. Las dudas que sobre el resultado de las elecciones generales del 21 de agosto (en particular sobre los estados de Chiapas y Tabasco) han realizado algunos miembros del PRD y el EZLN no hacen sino complicar esta situación, al caldear el ambiente político interno, aunque todo parece indicar que el clima ha comenzado a calmarse a partir de enero de 1995.

No es fácil realizar una valoración equilibrada de los cambios que están sucediendo en ese país por la cantidad de variables que están en juego y la necesidad de contar con la suficiente objetividad para no dejarse llevar por una u otra corriente ideológica. Sin embargo, comprobamos que los trabajos de Luis Medina y Carlos Arriola resuelven magistralmente estos difíciles retos.

Luis Medina, reconocido analista político e historiador del México del siglo XX (son ya clásicas sus contribuciones sobre la vida política de los períodos presidenciales de Manuel Avila Camacho y Miguel Alemán, publicadas por El Colegio de México), nos ofrece ahora un libro concebido con inteligencia, al mismo tiempo que claro y conciso, en el que demuestra la premura de encontrar para México una nueva modalidad de Estado, que trate de superar los esquemas inoperantes de los proyectos liberal de fines del siglo XIX o postrevolucionario del siglo XX. Los rápidos cambios sociales de los últimos años -dice el autor- han puesto en evidencia la necesidad de modificar las instituciones existentes, la cultura política y la dinámica de los partidos políticos (hasta ahora operativas), para lograr una mayor participación no sólo económica, sino también política de los ciudadanos. También subraya la necesidad de transformar las formas tradicionales de organización, tales como el corporativismo, pero no cae en la tentación de defender la tesis neoliberal de la ineficacia del Estado, sino que sostiene que el denominado tercer Estado mexicano -construido bago la éjida de la tesis del «liberalismo social»- deberá ser reducido -lo cual no significa que sea marginal, sino más eficaz (p. 295), ya que no compete a las ciegas fuerzas del mercado resolver todo en una sociedad-, descentralizado y abierto a las tendencias mundiales de la globalización económica, a fin de conseguir la tan ansiada competitividad y productividad en los mercados internacionales.

Carlos Arriola, investigador de El Colegio de México, autor de numerosos trabajos sobre el comportamiento de los empresarios mexicanos y asesor del secretario de Comercio y Fomento Industrial, es

quizás uno de los profesionales que con más garantías pueden realizar una evaluación precisa del Tratado de Libre Comercio. De entre la abundante literatura existente sobre el tema, este libro sobresale con luz propia por proporcionar una visión seria, accesible y multidisciplinar a todos aquellos interesados en conocer con precisión la génesis del tratado, la preparación de las negociaciones, su desarrollo y conclusión. Todos los autores seleccionados (intelectuales, empresarios y políticos) para redactar los distintos capítulos son de primera línea y comparten la idea de querer para México un desarrollo económico sostenido.

En la primera sección se analizan los prolegómenos de la negociación, los cambios en la estructura internacional, la apertura comercial y el Tratado. La segunda sección estudia los trabajos preparativos de la negociación y las labores del Consejo Asesor y la Coordinadora de Organismos Empresariales para el Comercio Exterior. En la tercera parte, de la mano de figuras prestigiosas como Carlos Fuentes o Leopoldo Zea, se incursiona en el polémico tema de las consecuencias que la firma del TLC pueda tener en el nacionalismo, la religión, la cultura o la ecología de México. En la cuarta sección se detallan los aspectos jurídicos del Tratado. Por último, en la quinta parte se incluyen importantes reflexiones sobre el TLC realizadas por Octavio Paz, Víctor Flores Olea, Luis Aguilar, Néstor de Buen y Rafael Segovia. Es, en suma, un volumen que brinda al lector la posibilidad de conocer los retos del nuevo escenario del TLC de la mano de los mejores especialistas.

El texto de Carlos Arriola sobre el Partido de Acción Nacional no es sólo una biografía del partido conservador, sino un inteligente análisis del conjunto del sistema político mexicano. La actualidad del estudio es innegable: apareció semanas antes de que Diego Fernández de Cevallos, candidato a la presidencia por el PAN, catapultara al estrellato a su formación política en el debate televisado que tuvo lugar a mediados de mayo entre los candidatos presidenciales de los partidos políticos más importantes (Cevallos por el PAN, Ernesto Zedillo por el PRI y Cuauhtémoc Cárdenas por el PRD). Cualquiera que lea esta obra, comprenderá que no es válido seguir manteniendo la imagen de un México de partido único (PRI) postulada por algunos pensadores. Arriola demuestra que el PAN ha ayudado a expandir la cultura democrática en México con su ininterrumpida participación desde 1939, año de su fundación, en los procesos electorales (a pesar de

Criticas

sus escasos resultados durante los primeros veinte años) y por medio de su continua lucha en pro de los ciudadanos conscientes y activos.

En suma, Luis Medina y Carlos Arriola ofrecen una excelente, ponderada y concisa panorámica de la situación social, política y económica de México, que ayuda al lector a alejarse de la imagen maniquea en blanco y negro postulada por los autores que desconocen la complejidad de México.

Pedro Pérez Herrero

Noticias

SAMUEL, RAPIHAEL: *Theatres o/Memory*. Vol. 1: *Past and Present in Contemporary Culture*, Verso, Londres, 1994, 479 pp.

Este es el primer volumen de una trilogía que promete ser, por lo que aquí se ofrece y por lo que se anuncia, el legado de Raphael Samuel, el compendio de todas las preocupaciones, obsesiones y objetos de investigación que han acompañado a este prolífico autor en los últimos veinte años. Con un título muy apropiado para su larga batalla contra los mitos forjados alrededor de la historia profesional, Samuel aclara muy pronto los argumentos y propuestas que dan cierta unidad a la trilogía y a estas casi quinientas primeras páginas. El resto, muy propio en él, se escurre por un mundo al que los historiadores españoles nunca hemos accedido, repleto de erudición y referencias a cosas tan dispares como la resurrección de estilos artísticos, el descubrimiento de la pasión por las viejas fotografías, que se extendió por Gran Bretaña desde los años cincuenta de nuestro siglo, o la historia del teatro y del cine. No es, por consiguiente, el Samuel más conocido entre nosotros, al que, por lo poco que se le ha traducido, siempre se le asocia con *History Workshop* y la historia social, pero es el Samuel más auténtico, capaz de fascinar y desconcertar a la vez, porque lo que dice y cómo lo dice no resulta nada común en la heterogénea fauna que constituimos los historiadores.

La historia, en manos de historiadores profesionales, nos recuerda Samuel, se convierte en una forma de conocimiento jerárquico, res-

tringido, que idolatra la investigación basada en los archivos y acaba encerrada en pequeños círculos de practicantes e iniciados. La publicación convierte al novato en autoridad, los rivales académicos se enzarzan en combates más bien propios de gladiadores, y esas tendencias autárquicas se reflejan en una percepción absolutamente tribal de quién es o no auténtico historiador. Los biógrafos son sospechosos de dar más importancia a la literatura que a la historia. Los anticuarios' con toda la carga peyorativa del término, resultan una especie diferente. Se descalifica a los historiadores locales, como ciudadanos de segunda clase, por su falta de perspectiva. Y a la historia oral se le acusa de practicar un ingenuo empirismo en el que se supone que los hechos hablan por sí mismos.

Frente a esas negaciones, Samuel reivindica múltiples formas de conocimiento «no oficial» alejadas de las explicaciones convencionales de la historiografía. Ahí se dan la mano la memoria popular – «la antítesis de la historia escrita»- y la tradición oral, y aportan sus «manos invisibles» los musicólogos, los paleógrafos, los bibliotecarios, los coleccionistas y muchos más «subempleados» de Clío, sin los cuales las empresas históricas se irían a pique. Una noción más democrática y plural de la profesión, en definitiva, que hace también suyas fuentes como las fotografías y las ilustraciones muy despreciadas por los historiadores -incluidos los defensores de la «historia desde abajo»-, quienes en todo caso se interesan por su contenido real y no por su valor pictórico.

Nada tiene de extraño, por lo tanto, que el punto de partida –y de llegada- de *Theatres Of Memory* conciba a la historia no como la «prerrogativa» del historiador, sino como una forma social de conocimiento, «el trabajo de mil diferentes manos». La historia para Samuel es una «forma orgánica de conocimiento», con fuentes promiscuas que dependen y giran en torno a la experiencia de la «vida real» pero también de la memoria y el mito, la fantasía y el deseo. La memoria, lejos de ser un mero receptáculo pasivo, un «sistema de almacenamiento», aparece como una fuerza activa y dinámica, relacionada dialécticamente con el pensamiento histórico. Y eso significa, ni más ni menos, que la memoria está históricamente condicionada, cambia de color y forma de acuerdo con las presiones de cada momento y resulta alterada de generación en generación. La memoria y la historia, separadas desde el romanticismo en campos opuestos –la primera sería subjetiva, primitiva e instintiva; la segunda, objetiva y

producto del análisis y de la reflexión-, acaban unidas por Samuel por el «inherente revisionismo» y «camaleonismo» que rodea a ambas. Y la memoria popular, un tema que siempre ha apasionado a este autor, puede incluso echar abajo lugares demasiado comunes a la historia social consagrada a los fenómenos colectivos y la vida cotidiana de la «gente común»: esa gente estaba -y parece estar todavía- hambrienta de historias de la vida privada de los individuos más importantes, sin importarles demasiado la verdad o falsedad de los relatos.

En suma, que la historia ha sido siempre una forma híbrida de conocimiento, una forma de comunicación donde se combinan el pasado y el presente, el mito y la memoria, la información escrita y la tradición oral. La concepción inmaculada del conocimiento -con su rechazo a «favorecer cualquier tráfico entre lo imaginario y lo real»— es, en la práctica, imposible de sostener. Los primeros historiadores fueron inventores y algo de eso reclama Samuel para una historia que encuentra su expresión no sólo en la crónica, sino también en las baladas y canciones, la leyenda y los proverbios, en los enigmas y misterios.

En un momento de «balcanización» de la historia como objeto de estudio, de multiplicación de subdisciplinas y nuevas especializaciones, y de expansión de la cultura histórica -dentro y fuera de la academia-, sería absurdo, concluye Samuel, que los historiadores intentáramos volver a la historia con «H» mayúscula -a la gran narrativa- o refugiarnos en la soledad de las bibliotecas. Evitar eso y construir una versión más democrática del pasado -más receptiva también con las minorías estigmatizadas- es lo que, en otras cosas, nos propone el autor de esta trilogía en su primera entrega. «Una obra abierta», como él mismo la define, «para ser leída por diferentes lectores, de diferentes formas y utilizada para diferentes propósitos». Tan abierta que escapa a cualquier clasificación. Hasta el título elegido para el epílogo «Hybrids», hace justicia a esa indefinición.

Julián Casanova

ICCERS, GEORG G.: *Geschichtswissenschaft im 20. Jahrhundert. Ein kritischer Überblick im internationalen Zusammenhang*, Vandenhoeck & Ruprecht, Göttingen, 1993, 130 pp. SCHULZE, WINFRIED (ed.), *Sozialgeschichte, Alltagsgeschichte, Mikro-Historie: eine Diskussion*, Vandenhoeck & Ruprecht, Göttingen, 1994, 82 pp.

El historiador germano-americano Georg G. Iggers, profesor de la State University of New York en Buffalo, es sin lugar a dudas una referencia básica en el panorama internacional de la Historia de la Historiografía. Con *The German Conception of History. The National Tradition of Historical Thought from Herder to the Present*, publicado por primera vez en 1968 (Wesleyan University Press, Middletown), y sobre todo con *New Directions in European Historiography* (Wesleyan University Press, Middletown, 1975-1994), Iggers ha contribuido a difundir en el ámbito universitario norteamericano las más importantes innovaciones teóricas y metodológicas aportadas por los historiadores europeos desde el final de la Segunda Guerra Mundial. No tanto la escuela francesa de los *Annales*, dotada por sí misma de suficientes posibilidades —y propia voluntad— de influencia exterior, ni tampoco la historiografía marxista británica, sino, sobre todo, los trabajos de los historiadores alemanes (en la RFA y, hasta 1990, también en la RDA) ¹ han constituido el principal centro de interés de sus publicaciones. El volumen aquí reseñado aspira, con marcada vocación de síntesis, a trazar las líneas fundamentales de la evolución de la disciplina, con especial énfasis en las transformaciones que ésta ha experimentado en las dos últimas décadas.

En una primera parte (pp. 16-50) Iggers resume de forma apretada, pero suficientemente clara, el desarrollo de la ciencia histórica hasta aproximadamente 1960. Para ello parte de la cristalización del historicismo alemán como *paradigma*, tanto en el pensamiento como en la práctica histórica, basado en el supuesto de la individualidad de los fenómenos históricos y caracterizado, adicionalmente, por su fijación temática al Estado y por su funcionalidad respecto a la legitimación intelectual de una unidad estatal-nacional de factura burguesa. En su análisis, Iggers no olvida las condiciones materiales que

¹ ICCERS, C. C., *Ein anderer historischer Bild. Beispiele ostdeutscher Sozialgeschichte*, Fischer, Frankfurt am Main, 1991.

también conforman la actividad historiográfica. La institucionalización y profesionalización de las Ciencias Históricas, tanto en Alemania como en Francia, se completan paralelamente al conflicto *nacional* entablado entre ambos países, con 1848 y 1870-1871 como fechas clave. La «crisis del Historicismo clásico» (pp. 26 Yss.), situada cronológicamente en torno al cambio de siglo, se manifiesta de modos diversos en Francia, en los Estados Unidos y en Alemania. En los dos primeros países, impulsos tanto individuales como colectivos (la *Revue de Synthèse* de Henri Berr y -unos quince años después- los primeros trabajos de Hauser y Febvre en Francia; el movimiento de la «New History» de Beard, Turner y Robinson en los Estados Unidos) abrieron la Historia a nuevos temas y métodos e implicaron una cierta «democratización» disciplinar. En Alemania, por el contrario, el desenlace del llamado *Lamprechtsstreit* (1893-1906) habría supuesto el aislamiento, el comienzo de una «vía particular» de la historiografía germana, relativamente al margen de la discusión internacional. La tentativa de Karl Lamprecht de integrar los aspectos socioeconómicos y culturales, y todavía más su aspiración a formular leyes del desarrollo histórico, toparon con la reacción del gremio historiográfico, que cerró filas en torno al dogma rankeano, con consecuencias prácticamente irreversibles hasta 1960.

La segunda parte del libro (pp. 51-96) comienza examinando el reto opuesto al paradigma historicista en los años sesenta y setenta por parte de la llamada «ciencia social histórica» (*historische Sozialwissenschaft*) o, en la formación programática de Hans-Ulrich Wehler, por la «historia de la sociedad» (*Gesellschaftsgeschichte*). Si bien Iggers insiste en el significado de la experiencia del nacionalsocialismo como revulsivo para la nueva generación de historiadores implicados en el cambio, así como a la importancia de la «teoría crítica» (Horkheimer, Adorno y, especialmente, Habermas) para la articulación de la nueva corriente, ésta queda fundamentalmente inscrita en el marco de la propia disciplina. El desarrollo de la investigación histórica alemana desde 1960 y su definitiva inserción en el *mainstream* científico internacional habrían sido sólo en parte el producto de sucesivas controversias entre historiadores. Frente a esta asunción, eminentemente «conflictiva», de la labor historiográfica, Iggers subraya la importancia de las prestaciones científicas efectivas: el descubrimiento de nuevas vetas documentales, la aplicación de métodos originales (enfoques cuantitativos, recurso a la comparación), la am-

pliación del repertorio temático o la aproximación interdisciplinar a ciencias sociales afines. Se acepte o no el primado de estos logros objetivos, o valores más o menos tangibles, a la hora de juzgar una tradición historiográfica ya no tan joven es muy cierto que el carácter a menudo tumultuario de la discusión académica alemana se positivaba en una incidencia social -fundamentalmente en términos de presencia en los medios de comunicación de masas- netamente superior a la conocida en otros países. No sorprende, por tanto, que la primera contestación sería a la historia social crítica surgida en los sesenta, esto es, la «radicalización» implícita en la «historia de la vida cotidiana» (*Alltagsgeschichte*) o «historia desde abajo», haya precipitado desde 1983-1984 escaramuzas historiográficas al menos tan violentas como las vividas veinticinco años antes.

La tendencia a escribir la historia de la sociedad a modo de *success story* de la modernidad (Peukert) impulsa reactivamente, desde comienzos de los años ochenta, una nueva línea historiográfica. La discusión desencadenada en torno a la historia de la vida cotidiana se corresponde con un contexto de crisis, de percepción de los límites y de las paradojas de una -en parte justificadamente operativa, hasta entonces- «religión del progreso». Las «patologías de la sociedad» se convierten en problema historiográfico, e investigadores de las más variadas procedencias comienzan a ocuparse, con evidente simpatía, de los frenos y las resistencias opuestos al desarrollo social desde la «cotidianidad». Al margen de la patente marginalidad académica de algunos de sus representantes o del peligro, repetidamente invocado por sus críticos, de embarcarse en un «trip antiteórico» teñido de *Kulturpessimismus*, este nuevo movimiento historiográfico ofreció, en sus versiones más sensatas, un interés correctivo a la desatención de determinados aspectos por parte de los historiadores de la sociedad. La «cultura» venía a reivindicar un espacio propio en el discurso histórico. La recepción masiva -y, por tanto, problemática- de Thompson, el intento de aplicar métodos procedentes de la antropología cultural (en vez de análisis, *thick description*, en la estela de Clifford Geertz), el redescubrimiento de Norbert Elias, la recuperación de un Max Weber sin aditivos tecnocráticos o antimarxistas; se trata, en suma, de fenómenos intelectuales que han venido a dinamizar, más allá de cualquier contradicción en su desenvolvimiento práctico, la discusión historiográfica alemana. El redescubrimiento del género de la biografía histórica, la importación entusiasta de

los planteamientos «microhistóricos» de Carlo Ginzburg o Natalie Zemon Davis, así como la lenta pero imparable difusión de la Historia de la Mujer y de las relaciones entre los sexos, han venido a enriquecer, pero también a complicar aún más el paisaje historiográfico.

El volumen *Sozialgeschichte, Alltagsgeschichte, Mikro-Historie: eine Diskussion*, recopilado por Winfried Schulze, catedrático de Historia Moderna en la Universidad de Munich, viene a poner un punto y aparte en la polémica. Schulze moderó el 26 de septiembre de 1992 una mesa redonda que, en el marco del XXXIX Congreso de los Historiadores Alemanes celebrado en Hannover, intentó recapitular casi una década de no siempre fructífero diálogo. Las contribuciones de entonces (Ute Daniel, Wolfgang Hardtwig, Jürgen Kocka, Hans Medick y Alf Lüdtke) han sido ampliadas y reunidas para la edición, mientras que la «Introducción» de Schulze, además de recordar las coordenadas de la discusión, plantea nuevas cuestiones a la luz de un nuevo contexto político e ideológico (*perestroika*, reunificación alemana). Aunque el carácter no siempre sistemático de las intervenciones dificulta una consideración individual de las mismas, sí cabe destacar brevemente algunos de los puntos de vista expuestos. Jürgen Kocka, uno de los más duros críticos de la Historia de la vida cotidiana, reivindica una vez más «el poder de las estructuras» (p. 35) Y pone en duda la virtualidad de una microhistoria unilateralmente interesada en sentimientos y experiencias. Hans Medick y Alf Lüdtke, dos representantes de la nueva corriente, se esfuerzan en delimitar frente a la crítica el objeto de su interés. Medick insiste en la necesidad de una interpretación no reduccionista de los enfoques microhistóricos. Citando al italiano Giovanni Levi, Medick recuerda que «microstoria ne veut pas dire regarder des petites choses, mais regarder petit» (p. 40), mientras que Lüdtke amplía el alcance de lo «cotidiano», más allá de la experiencia individual, a la praxis social colectiva. Wolfgang Hardtwig, a la vez que reclama una mayor exactitud en la definición del concepto de «cultura», central para la discusión, se congratula de la «pluralización» de las perspectivas abiertas por el debate. Ute Daniel, historiadora en la Universidad de Siegen, critica en su intervención la «fetichización de la metodología» (p. 58) Y reflexiona sobre la necesidad de replantearse globalmente (un «giro hermenéutico») el sentido del propio trabajo como historiador o historiadora, sopesando la relevancia actual de la disciplina a la vista de su función social o de las necesidades de formación u orientación que la historia puede y debe satisfacer.

Frente a fórmulas de retórica más o menos brillante acerca del «fin de la historia» (Fukuyama y otros), la pluralidad de intereses, enfoques y métodos puesta de manifiesto por la discusión de los últimos años confirma plenamente la opinión de Iggers (p. 99): «Con cierta justificación puede constatarse que la Historia de ninguna manera ha perdido su importancia, sino que, a través de la multiplicación de las perspectivas, ha ganado en significados.»

Antonio Sáez Arance

PEIRÚ MARTÍN, IGNACIO: *Los guardianes de la flistoria. La historiografía académica de la Restauración*, Institución Fernando el Católico, Zaragoza, 1994.

Cualquier especialista en la materia sabe que la historia intelectual constituye un ámbito movedizo y disperso donde los haya. Campo de frecuente aplicación de modelos antihistóricos en otras tradiciones, en el caso español su problemática reclama, sin embargo, demandas mucho menos ambiciosas: la incorporación de perspectivas globales y un mínimo espíritu interdisciplinar o perspectiva comparada son todavía carencias notables. Este excelente libro de Ignacio Peiró puede permitirse reivindicar todas estas características juntas a eso porque aborda un terreno tan abierto como el de la historia de la historiografía —y al tiempo tan olvidado por los historiadores españoles—, o quizá por inscribirse en una veterana línea de investigación de la Universidad de Zaragoza a la que ya ha aportado otros estudios. *Los guardianes de la Historia* nos plantea el problema de cómo se ha organizado la historiografía española del siglo pasado, la historiografía entendida como pasión literaria y actividad pública y patriótica, la emanada de las directrices, contactos, prestigio y ramificaciones de la Academia de la Historia. No es la primera monografía dedicada a la historiografía del XIX publicada en nuestro país, pero sí la primera que permite formular interrogantes de gran alcance, edificada sobre un verdadero modelo de investigación sobre la historia de la historiografía española contemporánea, capaz de conectarse con los temas del nacimiento de la *profesión histórica* universitaria en los aldeaños del siglo pasado, o el de su reorganización y esclerosis a lo largo del franquismo.

Los guardianes de la flistoria -iniciando con esa referencia a los funerales de Cánovas, símbolo de la crisis de un régimen y de una

forma de **cultura**—, con su singular destreza para rememorar el imaginario del historiador decimonónico y esclarecer sus fuentes de prestigio político y **cultural**, supera todo lo publicado acerca de la Historia y los historiadores españoles de la pasada centuria. Lejos de copiar miméticamente modelos de lo que han sido otras historiografías o caer en una falsa contraposición entre actividad científica y discurso político, o entre política y erudición, profundiza en las peculiaridades del caso **español**, en la «vía española de la profesionalización historiográfica». El libro incluye una sugerente introducción de Juan José Carreras donde, entre otras cosas, se establece un paralelismo entre la historiografía orleanista y la **canovista**, ambas empeñadas en situar la monarquía liberal en la *longue durée*; paralelismo que no va más allá, pues mientras la Monarquía de Julio supuso el triunfo de una historiografía que subordinaba la erudición al ideal de una ciencia capaz de desvelar «las leyes que gobiernan el mundo moral» —**La historia filosófica**—, la Restauración española hizo de la Academia de la Historia y de una erudición mucho más exigente la piedra de toque de la cultura histórica. Una historiografía oficial que dejó preparado el terreno al ulterior profesionalismo de nuestro siglo mucho más que la historia filosófica de raíz **progresista**, recluida en un ámbito universitario **que**, en los años de Cánovas, como escribe Ignacio Peiró, «era un sector subordinado al mundo de las academias».

La lectura de *Los guardianes de la Historia* sin duda proporcionará una imagen insospechada de la historiografía española de hace cien años. Sus líneas maestras nos muestran algo que otros especialistas en historia de la historiografía ya habían planteado en sus respectivos estudios: que el carácter internacional de la disciplina histórica es la punta del iceberg de un trasfondo de complejas tradiciones culturales nacionales. Así, el libro asienta unas conclusiones de largo alcance que en síntesis pueden ser éstas:

La primera la constituye el carácter central de la Academia de la Historia en el siglo pasado. El «paraguas académico», como le llama Palmira Vélez en una reciente tesis doctoral sobre la historiografía americanista española, llegó a su máxima expresión en la última década del siglo erigiéndose en centro estructurador de instituciones, maneras de entender la historia, punto de referencia inexcusable de eruditos de Madrid y provincia, y de contactos con el extranjero. Es un hecho que el profesionalismo universitario de nuestro siglo se ha

fundido con el viejo academicismo cuando menos hasta los años cincuenta.

La segunda tesis, el dato de que un uso relativamente metódico de la erudición suministró una primera noción de «método histórico»; noción esencial en el mundo de los archiveros, aunque aceptada antes por razones «pragmáticas» que «epistemológicas». La historiografía académica restauracionista no fue la *école méthodique* -su asociación a la *República de las Letras* la volvía en cierto modo incompatible con el concepto de escuela-, pero terminó identificándose con la idea de la historia como ciencia y marginando la creencia de que ésta formase parte de las bellas artes.

La tercera, el hecho de que la historiografía académica disponía de mecanismos de *avance* científico; mecanismos de contacto con la historiografía europea, aunque eso sí, ajenos a los modernos conceptos de seminario y congreso científicos. Una historiografía «conservadora», pero en absoluto «inmovilista», como nos recuerda expresamente Ignacio Peiró, donde la temática Prehistórica, aun con grandes prejuicios ideológicos, recibió una calurosa acogida nada menos que a la convocatoria del mismo director de la corporación, el propio Cánovas.

y finalmente, una historiografía edificada no únicamente sobre un concepto de historia nacional, sino también sobre la importancia concedida a la historia y al erudito locales. El sistema de correspondencias de la Academia y la red del Cuerpo de Archiveros durante la Restauración ayudaron a tejer una historiografía local cuyo esquema y usos básicos han llegado hasta los años de la crisis del franquismo. Sólo en Cataluña la «escuela» de Vicens fue capaz de introducir la historia económica y social desde los años cincuenta, acabando con lo que quedaba de la historiografía de comienzos de siglo.

Gonzalo Pasamar Alzuria

CÜNNÜR, WALKER: *Ethnonationalism. The Quest for Understanding*, Princeton University Press, Princeton (NJ), 1994, XIV + 234 pp.

Este último libro de Connor, autor más conocido entre nosotros por su obra *The National Question in Marxist-Leninist Theory and Strategy* (Princeton, 1984), es en realidad una recopilación de nueve artículos, publicados en diferentes revistas entre 1967 y 1993, que

se reproducen acompañados de sendas presentaciones y algunas notas de actualización a pie de página, agrupados temáticamente en tres partes y precedidos por una breve introducción general. Aunque no ofrece ningún material estrictamente nuevo para los especialistas, esta publicación es útil para el conjunto de historiadores y politólogos porque permite un acceso cómodo a las ideas de uno de los estudiosos de los nacionalismos que ha formulado en los últimos lustros tesis dignas de atención en este campo. La obligada brevedad de esta noticia fuerza la omisión de muchos aspectos de interés, pero procuraré exponer lo más esencial.

La finalidad central de esta serie de trabajos es contribuir a la mejora del instrumental teórico destinado a analizar y entender los nacionalismos. Connor, consciente de la existencia de un «ancho foso entre teoría y realidad», enumera doce causas (pp. 39-57) en las que, a mi juicio, mezcla problemas de método en los que todos podemos estar de acuerdo (confusiones terminológico-conceptuales, prejuicios de los investigadores, extrapolaciones analógicas abusivas a partir de casos particulares, sobrevaloración apriorística de ciertos factores, e ignorancia o minusvaloración no justificada de otros) con otras que en realidad no son sino consecuencia de que no todos coinciden con sus personales conclusiones teóricas y, sobre todo, con su idea de que no hay más nacionalismo que el etnonacionalismo, entendido como «lealtad al grupo étnico» (p. 40), o bien como «identificación con y lealtad a» la nación, que define como «un grupo de personas que se creen ancestralmente relacionadas» (p. XI), conceptos éstos que, en mi opinión, resultan tipológicamente reduccionistas y, como tales, no beneficiosos para el progreso del método. Además, esto le lleva a exagerar la importancia del componente emotivo, no racional, del «vínculo nacional» y a concluir que el nacionalismo «puede ser analizado, pero no explicado racionalmente» (p. 204), lo que en el fondo es parcialmente contradictorio con todo su quehacer.

A pesar de todo ello, creo que en sus planteamientos hay otros muchos aspectos positivos que hacen muy aconsejable el conocimiento de su obra: la afirmación del carácter eminentemente intersubjetivo de la nación y el consiguiente rechazo de todo objetivismo viejo o nuevo; la consideración del nacionalismo como fenómeno contemporáneo, intrínsecamente vinculado a las libertades modernas y a las reacciones contra éstas; la crítica tanto de las teorías de la modernización y el *nation-building*, que lo centran todo en la tríada industrializa-

ción-comunicación de masas-Estado e ignoran los demás factores relevantes, como de las interpretaciones exclusivamente economicistas al modo de la *theory of relative economic deprivation*, y todo ello aplicando el sano principio metódico de contrastarlas con la observación empírica para ver si concuerdan o no con su diversidad. Lástima que no sea consecuente hasta el final y no aplique sistemáticamente el mismo principio a sus propios conceptos e interpretaciones.

Justo G. Beramendi

HARDTWIG, WOLFGANG: *Nationalismus und Bürgerkultur in Deutschland 1500-1914*, Vandenhoeck und Ruprecht, Göttingen, 1994, 328 pp.

Wolfgang Hardtwig, en la actualidad profesor en la Universidad Alexander von Humboldt de Berlín, es uno de los mayores expertos en la historia del nacionalismo alemán del siglo XIX, aunque su obra permanece todavía prácticamente desconocida entre nosotros. Historiador de las ideas políticas, de su dimensión social y, particularmente, de su dimensión cultural, Hardtwig ofrece en este volumen una recopilación de varios artículos escritos entre 1984 y 1993, que tienen todos ellos como eje la historia del nacionalismo alemán y de la sociedad y cultura germanas, con la excepción del artículo quizá más interesante y polémico de esta recopilación, el titulado «De conciencia de élites a movimiento de masas. Primeras formas de nacionalismo en Alemania 1500-1840» (pp. 34-54), que es de nueva elaboración. Realmente, en ese artículo encontramos algunas de las ideas claves y, ciertamente, polémicas del autor: según él, el nacionalismo no es un fenómeno específicamente ligado a la Edad Contemporánea, como suponen la mayoría de los especialistas sobre el tema, sino que en Alemania ya se podían encontrar desde el período de transición entre los siglos XV y XVI; por tanto, mitos nacionales, estereotipos, delimitaciones de colectivos humanos frente al exterior y, sobre todo, ambiciones de poder vinculadas a la exaltación de valores comunes basados en la cultura por encima de las divisiones estamentales, así como la formulación de una conexión entre una nueva forma de Estado y esa concepción de la comunidad política, serían elementos ya presentes en una cierta élite de intelectuales con puntuales resonancias sociales más amplias. Para Hardtwig, por tanto, los orígenes cul-

turales del nacionalismo se remontan mucho más allá de la que consideran «frontera temporal idealtípica» de 1789 ó 1806 (p. 36), y adquirieron ya una cierta dimensión y relevancia a lo largo de la Edad Moderna gracias a la apertura gradual de las estructuras feudales, la creciente importancia de la burguesía y la formación de una élite social cualitativamente importante (aunque numéricamente reducida): los humanistas, cuya labor será continuada de modo más esporádico durante los siglos XVII y primera mitad del XVIII. Así, por ejemplo, expone y analiza la correspondencia y obras de algunos círculos humanistas del XVI (como la Societas Danubiana), en las que encuentra alusiones y conceptos relativos a la «nación alemana» y una preocupación sobre todo por la construcción de un idioma y una cultura común a todo el «pueblo alemán». Durante el siglo XVII este tipo de círculos humanistas se amplía a formas de sociabilidad de élites impregnadas, según Hardtwig, de nacionalismo cultural, como las *Deutsche Gesellschaften* (sociedades alemanas), coordinadas por Johann C. Gottsched y que desde Leipzig (1697) se extendieron a diversas ciudades -sobre todo, ciudades universitarias- alemanas durante la primera mitad del siglo XVIII. Por tanto, este «primer nacionalismo organizado» alemán era capaz ya de desarrollar formas asociativas modernas (voluntarias y no estamentales o religiosas), evolucionaba de modo continuo, aunque contando sólo con una minoría de adherentes, y en cierto modo era todavía «prepolítico» (no reclamaba una nueva forma de legitimidad política), centrándose ante todo en los aspectos culturales (o étnico-culturales): a nadie se le ocurría aún pensar en un futuro Estado nacional alemán unificado. Ese primer nacionalismo se expandiría desde los años sesenta del siglo XVIII, y todavía se podría rastrear su pervivencia hasta 1840 (p. 45), cuando el nacionalismo alemán se convirtió realmente, según su percepción, en un movimiento de masas.

Ese esquema de partida impregna realmente buena parte del resto de los artículos, en los que Hardtwig pasa revista a distintos aspectos de la Historia de las ideas políticas y de Historia social del nacionalismo: así, la figura del pensador y humanista del siglo XVI Ulrich von Hutten, vinculado a la Reforma protestante y en cuya obra, según Hardtwig, se hallan ya algunas formulaciones de una suerte de prenatalismo alemán, una conciencia pre-nacional, en cuanto ese autor habría formulado una concepción de la nación que superaría el tradicional *Landespatritismus*, entendido como vinculación a la

tierra que se habita (amor al *Heimat*) y al señor del que se depende, y habría formulado ya una nueva forma de solidaridad colectiva capaz de superar la división estamental, romper con el universalismo cristiano y apelar a la movilización de amplios sectores sociales (p. 25). Igualmente, el autor se plantea de modo sugerente el carácter «alemán» de la Ilustración germana (*Aufklärung*), la evolución de ese «primer nacionalismo» a través de las propuestas de los principales autores de la *Aufklärung* y las razones por las que el nacionalismo alemán, orientado sobre todo a la identificación de cultura con idioma y caracterizado por su reacción conservadora frente a los «excesos» de la Revolución francesa, pudo actuar como elemento de encuentro y cohesión entre un sector cultivado e intelectual de la emergente burguesía (*Bildungsbürgertum*) y un sector reformista del estamento noble.

En el resto de los capítulos, Hardtwig se preocupa sobre todo del impacto organizativo y social del nacionalismo alemán sobre el estudiantado, a lo que dedica dos contribuciones sobre los comienzos del movimiento de estudiantes nacionalistas (el *deutsche Burschenschaft*) y las funciones integradoras del nacionalismo para los deseos de participación política de amplias capas de la burguesía en el poder del Estado, legitimación de la crítica hacia la sociedad estamental, así como para los primeros asomos expansionistas frente a otros pueblos europeos. Asimismo, en tres contribuciones finales Hardtwig se ocupa de aspectos más concretos de la expansión de la conciencia nacional alemana en la segunda mitad del siglo XIX: la relación entre burguesía, simbología estatal y nacional en la época del Imperio alemán, la cuestión de la capitalidad de Berlín y la participación de la principal ciudad de Alemania en la revolución de 1848-1849; la ambivalente relación entre la «topografía política» y el nacionalismo alemán durante el período guillermino, centrado en un exhaustivo estudio de la cuestión en la ciudad de Munich, y, finalmente, un aspecto poco conocido de la integración de simbología y nacionalismo cultural: la interrelación entre nacionalismo liberal alemán y producción artística a través del *Deutscher Werkbund*, organización de artistas y empresarios del arte existente entre 1907 y 1914, como intento de transformar un grupo artístico de carácter vanguardista en un eficaz elaborador de una especie de «estilo alemán» que contribuyese, a su vez, al cosmopolitanismo implícito en la vanguardia.

Bastantes elementos del análisis de Hardtwig son, cuando menos, susceptibles de discusión, sobre todo dos: en primer lugar, su aplica-

ción un tanto precipitada del término «nacionalismo» a discursos político-ideológicos que, aunque presenten y prefiguren alguna de las características del nacionalismo moderno, no por ello son en sí «primeras formas» plenas de nacionalismo, sino, en todo caso, manifestaciones calificables de *proto* o *prenacionalistas*; el papel de la Reforma Protestante, por ejemplo, como galvanizador de algunos elementos prenacionalistas en Europa Central ya ha sido, por lo demás, señalado por otros autores, y recientemente en una perspectiva global por Michael Mann. En segundo lugar, el enfoque preferentemente político-cultural del autor, tomando como centro de su análisis élites o movimientos sociopolíticos sectoriales (como los estudiantes o los artistas), sobredimensiona, a mi parecer, sus conclusiones, ya que no combina adecuadamente esa «conciencia de élites» con el conjunto de la evolución de las formas de identidad colectiva más expandidas entre la sociedad alemana. No obstante, el libro reseñado constituye, sin duda, un paso más en la reciente revisión historiográfica del nacionalismo germano, que ha conocido un gran empuje desde la reunificación alemana de 1990, y que ha dado hasta ahora frutos notables (por ejemplo, el libro de síntesis de Otto Dann en 1993, o las diversas aportaciones del grupo de investigación sobre el nacionalismo dirigido en la Universidad de Bielefeld por Hans-Ullrich Wehler) dentro de una tradición historiográfica de estudio del tema no por relativamente desconocida menos importante.

Xosé M. Núñez Seixas

SPADOLINI, GIOVANNI (ed.): *Nazione e nazionalità in Italia. Dall'alba del secolo ai nostri giorni*, Laterza, Roma-Bari, 1994, 270 pp.

Este primer volumen de los *Quaderni della Giunta Centrale per gli studi storici* italiana recoge las actas de un interesante y autorizado congreso celebrado en Trieste entre el 15 y el 18 de septiembre de 1993. Es significativo que el anfitrión de esta iniciativa haya sido la Universidad de Trieste, ciudad que por su particular ubicación geográfica y por su tradición histórica resume el sentido auténtico y profundo de la identidad nacional italiana, como recuerda de modo justo Oscar Luigi Scalfaro en su alocución inaugural. Debe señalarse, sin embargo, la extrema actualidad del tema escogido no solamente porque la cuestión nacional -uno de los grandes problemas de la

Edad Contemporánea- ha retornado al primer plano en Europa después del fin de la Guerra Fría, sino también porque con aquella se relacionan procesos y fermentos de los acontecimientos futuros todavía inciertos que afectan al debate cultural e historiográfico no menos que a las vicisitudes políticas. Un debate abierto y vivaz que se desarrolla en diversos niveles y que ya está produciendo resultados impensables hasta hace pocos años: de la revalorización de la idea gaullista de la Europa de las patrias a la puesta en cuestión de las entidades estatales constituidas en la época de la Paz de Versalles; resultados que tal vez aparecen en contradicción entre sí.

También en el pasado los intelectuales y, en particular, los historiadores italianos analizaron la idea de Nación y su concreción en el plano histórico (baste recordar a autores como Chabod, Salvatorelli, Valsecchi, etc.), estudiando en concreto el caso italiano desde dos ángulos analíticos principales: uno tendente a individualizar los orígenes próximos y lejanos del sentimiento nacional italiano, y otro dirigido a evaluar el proceso de unidad nacional de Italia en el contexto más amplio de la Europa de las nacionalidades del siglo XIX. Las investigaciones de este tipo que se concentraron en el siglo XIX, por el contrario, resultaron ser en apariencia menores, o quizás es mejor decir que asumieron direcciones y características diversas: piénsese, por ejemplo, en los análisis sobre el nacionalismo y sobre el nacionalfascismo, en los filones sobre la emigración transnacional italiana y en los relativos a la «cuestión meridional», o bien en los estudios sobre las relaciones entre el Estado y la Iglesia, y finalmente, en los estudios de relaciones internacionales o del proceso de integración europea. Por un cierto período se atenuó, sin embargo, el interés por la cuestión nacional como tal; excepción hecha del debate surgido tras la caída del fascismo y, en consecuencia, del advenimiento de la República, una discusión que alcanzó proporciones notables, quizá también porque llegaba en un momento histórico singular y se vinculaba con opeiones fundamentales para el pueblo italiano, y que inauguró un período prolífico de estudios, pero que en breve tiempo vio pasar a un segundo plano el interés por el tema de la nacionalidad.

Este, la escasa consideración de la cuestión nacional por parte de la historiografía italiana de la segunda mitad del siglo XX, es un tema que ha sido tratado muy variadamente en las contribuciones del congreso de Trieste. Iniciativa esta última que ha resultado ser en ningún modo monocorde, sino que en ella han intervenido varias voces,

todas ellas cualificadas y nítidas, y cuya recogida en un volumen contribuye a colmar un vacío, necesidad de lo que se era aún más consciente en un momento como éste, en el que -como señala Giovanni Spadolini en su lograda y ajustada *Prolusione* de apertura del congreso- «existen riesgos de balcanización de Europa a los que Italia no es extraña», y que es necesario retomar con fuerza la distinción entre «nación y nacionalidad», por un lado, y «competición de los nacionalismos», por otro.

Spadolini es también el editor de este volumen (suya es la *Prefazione*, que representa prácticamente su última contribución como historiador. Tras su reciente desaparición el gran historiador florentino ha sido recordado también como político y periodista. Ambas dimensiones, la cultura y la política, se entrecruzaron a menudo en su vida, aun conservando connotaciones distintas que se refieren propiamente a los dos aspectos principales de la cuestión nacional que le eran especialmente gratos: literatura y política. Spadolini retrotraía el ligamen entre ambas dimensiones en Mazzini, remontándose más hasta Dante, pero para él seguía siendo el binomio básico para analizar la cuestión nacional italiana del siglo xx. No por casualidad su labor historiográfica está vinculada a «una cierta idea de Italia», «al conjunto de los valores de libertad y de cultura que caracterizaron el primer y el segundo Risorgimento italiano» (el proceso de unidad nacional en el siglo XIX y la resistencia antifascista del siglo xx), y que constituyen el «núcleo fundador» de la Italia republicana.

Las contribuciones publicadas en este libro toman como punto de partida temático y cronológico aquel en el que se detuvieron los participantes en un congreso precedente e igualmente interesante celebrado en Florencia (las actas se encuentran en VVAA, *La cultura italiana tra '800 e '900 e le origini del nazionalismo*, Olschki, Florencia, 1981), del que el congreso de Trieste parece ser casi la continuación ideal. Pero con un cambio de acentos que no sólo es lingüístico (no se mira más al nacionalismo, sino a la nación), sino que refleja un abanico diferente de problemas y una perspectiva histórica diferente.

Las contribuciones del congreso de Trieste publicadas en el presente libro son (en orden de presentación) las siguientes: Arduino AgneBi («La idea de nación a comienzos y en momentos de crisis del siglo XX»), Renzo De Felice («Democracia y Estado nacional»), Luigi Lotti («La edad giolittiana»), Emilio Gentile («La nación del fascismo. En los orígenes del declive del Estado nacional»), Ernesto Galli della Logia («La muerte de la Patria. La crisis de la idea de nación

tras la Segunda Guerra Mundial»), Carlo Ghisalberti («Nación y Constitución»), Pietro Pastorelli («El principio de las nacionalidades en la política exterior italiana»), Giuseppe Talamo («Leopardi: nación cultural y nación política»), Gian Enrico Rusconi («La identidad nacional y el desafío separatista») y Claudio Magris («Nacionalismos y micronacionalismos»).

Es imposible en este lugar dar cuenta de cada una de las contribuciones, que cada autor ha caracterizado con su competencia científica, autoridad y personalidad. Ciertamente, dado que el tema propuesto era muy vasto y poliédrico, el libro no pretende agotar todos los enfoques posibles. Se podría destacar que algunas temáticas adicionales podrían haber sido incluidas, por ejemplo la «Italia fuera de Italia», es decir, la emigración, un fenómeno de larga duración que tanto ha incidido en la mentalidad colectiva y en el tejido social nacional, así como en la imagen de Italia en el extranjero. Pero ya como es este volumen se presenta rico de análisis y reflexiones, un auténtico punto de referencia para este tipo de estudios.

Marco Mugnaini

PHYTHIAN-ADAMS, *et al.*: *Perspectives on English Local History* (European Local and Regional Comparative History Series, 1), Joseba Aguirreazkuenaga (ed.), Servicio Editorial Universidad del País Vasco, Bilbao, 1993, 109 pp. BOCCHI, F., *et al.*: *Storia locale e microstoria: due visioni in confronto* (European Local and Regional Comparative History Series, 2), Joseba Aguirreazkuenaga y Mikel Urquijo (eds.), Servicio Editorial Universidad del País Vasco, Bilbao, 1993, 115 pp. BAUMANN, M., *et al.*: *Historias regionales-historia nacional: la Confederación Helvética* (European Local and Regional Comparative History Series, 3), Joseba Aguirreazkuenaga y Mikel Urquijo (eds.), Servicio Editorial Universidad del País Vasco, Bilbao, 1994, 104 pp. MESTRE, J., *et al.*: *Perspectivas de la historia local en Catalunya* (European Local and Regional Comparative History Series, 4), Joseba Aguirreazkuenaga y Mikel Urquijo (eds.), Servicio Editorial Universidad del País Vasco, Bilbao, 1994, 132 pp.

Estos cuatro números de la European Local and Comparative History Series corresponden a las primeras convocatorias del Seminario

Internacional sobre Historiografía Local Europea, que dirige Joseba Agirreazkuenaga y que tuvieron lugar en Bilbao entre 1991 y 1993. La continuidad de estas publicaciones está asegurada, por cuanto se ha celebrado recientemente el seminario relativo a la historia local de Galicia y Portugal que será recogido en el volumen quinto de la colección.

El objetivo de la serie se centra en acercar la historia local europea al País Vasco a través de una selección de la producción historiográfica de distintas comunidades. Las publicaciones que ahora comentamos, dedicadas a Inglaterra, Italia, Suiza y Cataluña, muestran, a pesar de su diversidad, una estructura con algunos puntos coincidentes. En los diferentes números se incluyen artículos introductorios de la respectiva historiografía con otros que se presentan como ejemplos de la misma y aun otros que reflexionan sobre un buen número de aspectos relativos a la historia local. La presencia de esta estructura común no impide que cada volumen, tomado aisladamente, padezca de cierta heterogeneidad. En efecto, la disparidad de objetivos y enfoques de cada una de las ponencias recogidas otorga al conjunto un carácter inconexo que no desaparece a pesar de que pertenecen todas ellas a un mismo ámbito geográfico.

No obstante, y si tomamos el contenido de los distintos volúmenes como un todo único, se aprecian espacios de diálogo entre los diversos autores que alcanzan a las cuestiones más relevantes que interesan a la historia local, y que resaltan el interés de la colección como vía de acercamiento a su historiografía. De entre estos espacios, el más importante, a nuestro juicio, es aquel que reivindica un papel preponderante para la historia local en el conjunto de la historia. Pero no es el único, el propio balance de los logros de las distintas historiografías y la reflexión sobre la importancia adquirida en la actualidad por la historia local y su consiguiente entrada en los círculos académicos son otros tantos centros de interés.

Tanto Tiller como Solé comienzan sus respectivos artículos recordando la decisiva vinculación entre la historia local y la labor de los historiadores *amateurs*, algo que hizo afirmar a Nuria de Sales que «la historia local era en realidad una noción sociológica referida a las peculiaridades del autor, no al marco geográfico de la obra». En la actualidad, la atención creciente de los historiadores profesionales

-entre ellos muchos jóvenes licenciados- a esta disciplina ha producido un desplazamiento de los historiadores aficionados, mientras fomenta la colaboración entre unos y otros. El mismo Tiller finalizaba su contribución exponiendo algunos de los resultados de un estudio en el que dirigía el trabajo de un grupo de investigadores no dependientes de las instituciones académicas.

El auge de la historia local, fácilmente constatable en estudios como el de Mestre, es el tema principal del análisis realizado por Samuel. En su opinión, la importancia adquirida por esa historia en Inglaterra debe ser explicada vinculándola al sentimiento de pérdida de la comunidad provocado por la industrialización y los cambios asociados a la misma. Una explicación semejante nos ofrece Hey del extraordinario desarrollo de la historia de la familia, también en Inglaterra. La atención creciente de los historiadores profesionales hacia la historia local ha de ponerse, por el contrario, en relación a claves distintas.

Phythian-Adams contribuye a desvelar algunas de ellas en su defensa de las ventajas para el conocimiento histórico que pueden derivarse de la adopción de la perspectiva local: la mayor de las cuales sería la de un freno a explicaciones excesivamente fundadas en la división de la sociedad en clases. Pero no son éstas las únicas ventajas que se aducen. Gavalda realiza un interesante alegato en favor de la utilidad de la historia local para la enseñanza de la historia en EGB y BUP.

Con todo, lo más relevante de los diferentes volúmenes es que al reflexionar sobre la historia local y la microhistoria lo hacen sobre la totalidad de la práctica historiográfica. El ejemplo más elocuente de ello se encuentra en el artículo de Levi. Su intento de teorización de la microhistoria hace que la presente como un intento de preservar el conocimiento histórico frente a los efectos disgregantes de la orientación posmoderna de la cultura actual. Aunque todos los trabajos que comentamos comparten ese objetivo de proteger el conocimiento histórico, las operaciones críticas a que someten la historia puede contribuir a desestructurarla; es lo que ocurre cuando se aboga por repositionar la relación entre los conocimientos históricos particulares y generales.

En efecto, la nueva afirmación de lo particular no sólo puede cuestionar la pervivencia de historias estatales -algo que ya ha suscitado un importante debate-, sino que puede poner en peligro la mis-

ma posibilidad de las generalizaciones históricas. Y ello a pesar del esfuerzo de muchos de los autores que ahora analizamos por insertar los conocimientos adquiridos desde perspectivas reducidas de análisis en marcos más amplios. La confianza en la superioridad de las perspectivas analíticas reducidas se apoya en la creencia de que la observación limitada a lo local revelará aspectos de lo social hasta entonces inaprensibles que, no obstante su origen, podrán ser elevados a un rango más general. Ecos de una confianza semejante podemos encontrarlos, entre otros lugares, en el artículo de Guzzi.

Esa confianza en las virtudes de la historia local y la microhistoria tiene hasta la actualidad una fundamentación más práctica que teórica, aunque se beneficia de la orientación posmoderna de la cultura actual. En concreto, se apoya en la pérdida de legitimidad de las perspectivas globales de análisis y la consecuente afirmación de las pequeñas narrativas, que se presentan como ausentes del virus ideológico que contamina a los metarrelatos. El acceso al conocimiento de lo social no es una cuestión determinada por la escala de análisis, sino por la calidad de las operaciones críticas a que son sometidas las evidencias documentales de que se disponga. La insistencia en lo particular no ofrece, por tanto, garantías de un conocimiento histórico despojado de las adherencias ideológicas debidas a los diferentes sistemas de pensamiento. La historia local y la microhistoria pueden ser un intento fructífero de superar las debilidades de una historia excesivamente centrada en las estructuras y donde la clase jugaba un papel central, pero ello a condición de que no sucumban al espejismo empirista de la transparencia de lo social.

José Javier Díaz Freire

KAELBLE, HARTMUT; KOCKA, JÜRGEN, YZWAHR, HAHTMUT (eds.): *80-jahresgeschichte der DDR*, Klett-Cotta, Stuttgart, 1994, 601 pp.

En la investigación histórica sobre la República Democrática Alemana (RDA) tuvo prioridad hasta tiempos recientes el análisis del ejercicio del poder por parte de instancias políticas como la policía secreta (el «Staatsicherheitsdiens», o *Stasi*) y el partido estatal SED (*Sozialistische Einheitspartei Deutschlands*, Partido Socialista Unificado Alemán). La gran aportación de este volumen de veinticuatro artículos es sin duda el ofrecer una visión de las diferencias sociales

internas, las peculiaridades específicas de determinados sectores y los conflictos sociales de la ROA, y con ello situar a la propia sociedad de la antigua Alemania oriental como objetivo y centro específico de la investigación histórica.

Así, por ejemplo, el artículo de Hartmut Zimmermann, que toma el caso de los «cuadros» políticos (*Kader*) que desempeñaban funciones de dirección política en todos los ámbitos sociales, muestra las fracturas y conflictos realmente existentes tras una fachada monolítica. De acuerdo con su propia autoimagen, el SED era un partido de cuadros, lo que se aseguraba mediante una serie de controles internos permanentes, determinados privilegios, un código moral específico y una jerga político-partidaria particular. Sin embargo, los cuadros también debían, de modo creciente, concentrarse en el ámbito social de sus ocupaciones profesionales específicas para llevar a cabo sus fines oficiosos, con lo cual ganaban también un espacio de actuación acotado y propio. Pero las crecientes contradicciones entre su propio trabajo en problemas concretos y la línea oficial del partido no eran tan fáciles de resolver, lo que les llevó a una especie de división en sus funciones. Esta falta de capacidad integradora de, por un lado, la percepción personal de la realidad y, por otro lado, su autoconcepción social constituye sin duda una peculiaridad de la sociedad de la ROA en su conjunto.

Igualmente, una exuberante red de dependencias personales y locales ofrecía también algunos espacios libres del control del partido, como señala Ralph Jessen en el caso de los profesores. Esta situación era consecuencia de una planificación de cuadros sin objetivos a largo plazo, lo que provocó que se reclutasen sobre todo entre especialistas de la propia universidad, pero también llevó a un autoaislamiento consciente respecto al Oeste y a la falta endémica de recursos. Contrariamente a lo que suponen varias leyendas, realmente la militancia en el partido se convirtió desde fines de los años sesenta en el criterio de cooptación profesional más decisivo. También existieron límites a la penetración del partido entre las antiguas élites de la burguesía cultivada, como muestra Christoph Klessmann. La lucha emprendida en los años cincuenta, por ejemplo, contra la dura endogamia de los médicos irremediadamente estancados en el Nacionalsocialismo tuvo que ser abandonada al poco tiempo a causa del alto número de fugitivos. En el caso de los pastores protestantes (evangelistas), incluso se constató un aumento en la transmisión he-

reditaria del oficio. Así, se podía rehuir la discriminación de los cristianos en la formación estatal si se frecuentaban los centros de formación dependientes de la propia Iglesia, que se consolidaron como focos de una suerte de «subcultura teológica».

A la clase obrera, glorificada verbalmente como clase dominante, pero que no obstante era responsable del fuertemente reprimido levantamiento del 17 de junio de 1953 para la traumática experiencia de la dirección del partido, se dedican dos importantes contribuciones. Peter Hübner muestra cómo la economía planificada, con su crónica debilidad de inversiones, conservó los persistentes modos de organización del trabajo y la estructura ocupacional consiguiente, lo que contribuía, aún más que la presión política, a conducir al estancamiento. Una política social paternalista y la falta de representación política adecuada hizo retroceder a los trabajadores hacia la articulación de sus intereses en el ámbito de la relación de trabajo inmediata. Con ello se bloqueó la rápida disolución de los tradicionales sistemas de valores y relaciones de solidaridad del medio obrero que estaba teniendo lugar contemporáneamente en la RFA, y se selló igualmente la enajenación política del medio obrero respecto al Estado. Para la solución de los conflictos laborales dentro de las empresas fueron ciertamente importantes las llamadas «brigadas de producción» (Jörg Roesler). Estas agrupaban por término medio unos quince colaboradores de una rama de producción, y eran lideradas por unos «brigadistas» algo mejor remunerados que el resto. En las discusiones y en las actividades culturales y de tiempo libre que tenían lugar tras las tardes festivas, y que cada vez más fueron solamente una realidad sobre el papel, se articulaban los contactos sociales en el lugar de trabajo. Ante todo trataba el «brigadista» con la empresa los salarios, con lo que podía así encauzar los conflictos, pero para ello debía hacer con frecuencia concesiones.

Menos pormenorizado es, por desgracia, el conocimiento que se tiene sobre las consecuencias de la elevada tasa de población activa femenina (90 por 100), que convertía a la RDA en la sociedad más «feminizada» de Europa. Sin embargo, es de reconocer que esta situación, a pesar del total apoyo del Estado en lo referente al cuidado de los niños, sólo tardíamente se reflejó en una toma de conciencia de su valor profesional por parte de la mujer, debido a la aún persistente dedicación al trabajo del hogar y la cualificación empresarial (como muestran los artículos de Ina Merkel y Ute Gerhard).

El sociólogo Martin Kohli y el historiador Lutz Niethammer resaltan algunas continuidades estructurales fundamentales en la historia de la RDA. Sobre todo, la reducción de las inicialmente altas posibilidades de movilidad social para las siguientes generaciones. La represión o emigración de las élites dirigentes había dejado el camino libre para los nacidos a partir de 1920, los hijos de los trabajadores cualificados que habían militado en las Juventudes Hitlerianas. En los años cincuenta, un importante esfuerzo de formación llevado a cabo en las empresas y en las facultades de trabajadores y campesinos, en un rápido paso a instalaciones educativas, hizo posible que se les abriesen los resortes del poder por debajo de los sectores dirigentes que procedían del exilio soviético. Su ascenso social era tan rasante como ligado al Estado de la RDA; además, no era ni repetible ni transmisible como experiencia a las generaciones más jóvenes, que reaccionaron a una situación de expectativas vitales bloqueadas con una persistente retirada de lealtad hacia el Estado.

En conjunto, podemos concluir que se obtiene una revisión de la imagen, ya hace algún tiempo caduca, de una sociedad totalmente uniformizada. Del mismo modo, se muestra también que la obsesión reinante en la opinión pública con la sensación ofrecida por los informes de la Stasi no deben deformar la visión histórica.

Benjamin Ziemann

SCIMIDT-HARTMANN, EVA (ed.): *Formen des nationalen Bewußtseins im Lichte zeitgenössischer Nationalismustheorien*, Oldenbourg Verlag, Munich, 1994, 335 pp.

El volumen que reseñamos aquí (*Formas de la conciencia nacional a la luz de las teorías contemporáneas sobre el nacionalismo*) es otro ejemplo más del fructífero diálogo -aunque a menudo un tanto desigual- entre la historiografía alemana y europeo-oriental desde la posguerra: no en vano el libro editado por Schmidt-Hartmann se inscribe dentro de la serie de coloquios entre historiadores alemanes y de Europa del Este (sobre todo, aunque no exclusivamente, checos y eslovacos) organizados por el «Collegium Carolinum» de la capital bávara.

El objetivo de las contribuciones recogidas en este volumen es doble: por un lado, las dos primeras partes se dedican a la reflexión teó-

rica acerca de las principales teorías explicativas del nacionalismo, combinando tanto la innovación como la crítica a algunos de los modelos existentes. En esta sección abre el volumen una sugerente contribución del historiador británico John Breuilly titulada precisamente «Enfoques del nacionalismo», en la que básicamente repite los argumentos contenidos en su ya clásica obra *Nationalism and the State*, que conoció en 1993 una segunda edición revisada (y de la que hay también una traducción española): es decir, el nacionalismo sería, ante todo, una doctrina de legitimación del poder político del Estado, si bien no es tan reduccionista y admite que el nacionalismo es también, ante todo, «doctrina, política y sentimientos», a la vez que asocia el proceso de modernización al desarrollo del nacionalismo, adoptando éste varias funciones diferentes (coordinación, movilización, legitimidad). Breuilly completa su intervención con un intento de aplicación de su teoría al caso del Imperio Austro-húngaro. En definitiva, Breuilly no ofrece ninguna perspectiva renovadora sobre su propia y ya conocida teoría, aunque sí elabora una síntesis útil y didáctica. A continuación, el historiador checo Miroslav Hroch revisa un tanto su conocido esquema para la evolución de los movimientos nacionalistas (publicado en alemán en 1968 y en inglés en 1985), ya que intenta elaborar un ensayo de marco comparativo para la evolución no sólo de la dimensión social de los movimientos nacionalistas, sino de los factores políticos y culturales que también influyen en su desarrollo: Hroch descubre así (algo que en España, por cierto, se sabía hacía algún tiempo) que también es preciso prestar atención a los programas y estrategias políticas, sociales y culturales de los movimientos nacionalistas; el rol movilizador de los símbolos y de los mitos elaborados por los nacionalistas; los factores sociolingüísticos, etc. Hroch continúa así la labor de lenta revisión y ampliación de su conocido modelo analítico que ya comenzó en 1991 en el coloquio sobre «Tipos de movimientos nacionalistas en Europa en los siglos XIX y XX», celebrado en la Universidad de Bielefeld.

Las siguientes contribuciones tienen un alcance más limitado, pero no por ello son menos interesantes: así, Stritecky desarrolla la cuestión de las «Identidades, identificaciones, identificadores» desde una perspectiva casi socioantropológica; Schamschula aborda el tema de la construcción literario-publicística de los mitos y mitología del nacionalismo; Seibt analiza la visión que los historiadores de la Edad Media han tenido de las formas de «proto-nacionalismo», y en con-

secuencia aborda la difícil cuestión de si es posible hablar de nacionalismo antes de la Edad Contemporánea; Loewenstein, desde una perspectiva de psicología social, trata sobre la relación entre nacionalismo y psicología de masas. La sección se completa con otras contribuciones que tratan sobre las teorías del autor polaco, apenas conocido en Occidente, Józef Chlebowczyk (Kessler); las teorías de Otto Bauer y su verificación en sociedades multiculturales (Brenner); una amplia reflexión sobre las teorías del *Nation-building* y su verificación en el proceso de construcción de «naciones sintéticas» en Europa oriental (Lemberg), y finalmente, a mi juicio, la contribución más interesante y fundamentada de todas, un exhaustivo análisis acerca de la «aplicabilidad» práctica a la realidad histórica del conocido modelo de «comunicación social» elaborado por Karl W. Deutsch en 1953, modelo complejo y frecuentemente revisado por su propio autor con gran número de variables, y que, como demuestra Weiser, no fue apenas asimilado ni por la sociología ni por la historiografía más que en una forma meramente cualitativa, especialmente su concepción de la comunicación social y de los factores que en ella intervienen como «precondición social para la nacionalización de sociedades tradicionales» (p. 141). A pesar de los múltiples ataques y críticas que por parte de diferentes autores ha sufrido el modelo de Deutsch, varios de sus postulados quedan aún hoy en pie, según Weiser: que la movilidad social crea dentro de una sociedad agraria tradicional la necesidad de nuevas instancias de legitimidad y lealtad; que un cierto grado mínimo de movilización social constituye una necesaria precondición para la expansión del nacionalismo; que dentro de una sociedad étnicamente heterogénea no existe ningún equilibrio perfecto, sino que conviven diversos procesos de asimilación y separación entre los diferentes grupos étnicos, y que la dimensión cuantitativa presente en el modelo original de Deutsch ha supuesto y anticipado en su época, pese a no ser casi nunca puesta en práctica, un importante salto cualitativo en la comprensión del nacionalismo desde las ciencias sociales.

Por otro lado, las dos últimas partes del libro se concentran en el análisis comparado de casos concretos (en su totalidad pertenecientes al área centroeuropea), intentando aplicar a casos prácticos algunos de los modelos teóricos más extendidos: así, Kizwalter intenta una aplicación del modelo de Ernest Gellner al caso del nacionalismo polaco durante el siglo XIX; Vári reflexiona, en un interesante artículo,

sobre la formación de «estereotipos étnicos en la Hungría de la primera mitad del siglo XIX», a la luz de las tesis de John Breuilly; Osterrieder combina las tesis de Benedict Anderson con la investigación de los orígenes de la conciencia nacional entre los rusos, ucranianos y rutenos; Hopken, prescindiendo en este caso de marcos teóricos sofisticados, trata sobre los musulmanes de Bosnia entre 1878-1941; Koralka investiga la conocida diferenciación establecida por Hans Kohn entre nacionalismo «occidental» y «oriental», aplicándola al proceso de *Nation-building*, y Krajcovic reflexiona asimismo sobre el análisis de Eugen Lemberg acerca del surgimiento de Checoslovaquia y del nacionalismo checo, comparándolo con el «checoslovaquismo» como forma de conciencia nacional común entre checos y eslovacos. Se añaden finalmente tres contribuciones sobre diversos aspectos de los nacionalismos checo y eslovaco en la Historia: Novy sobre el concepto de nación en Masaryk; Bakoi sobre la relación entre nacionalismo y cultura en Eslovaquia en el período de entreguerras, y Pichler acerca del surgimiento del «nacionalismo lingüístico» en Eslovaquia y la progresiva politización de la diferencia idiomática respecto del idioma checo -**que**, como se sabe, es muy escasa, al igual que entre el ucraniano y ruso, por ejemplo, y por ello necesita ser elaborada y, en cierto modo, «inventada»; aunque en ciertos libros de periodistas mal informados se sigue aún hoy presentando la «etnicidad» en los pueblos de Europa oriental como algo «evidente» que no necesita más explicación.

El resultado es, pues, un mosaico de teoría y empiria sumamente aceptable, notablemente innovador y sumamente informativo para aquellos poco familiarizados con la problemática nacional en Europa centro-oriental. Las principales teorías contemporáneas sobre el origen y desarrollo del nacionalismo se hallan representadas y discutidas en diferente medida, si bien el volumen no puede escapar a su dimensión centroeuropea; autores -**al** margen de que sus teorías sean más o menos discutibles- como Walker Connor o Anthony Smith están prácticamente ausentes de este volumen, lo que no se debe tanto a su mayor o menor importancia respecto a otros especialistas como a su relativamente escasa difusión en el ámbito germánico. Por otro lado, el volumen deja ver claramente las diferencias cualitativas aún hoy apreciables, pese a los importantes avances registrados, entre la historiografía occidental y la oriental, y que se ponen de manifiesto sobre todo en la habilidad para manejar conceptos teóricos de forma

crítica –si bien no deja de haber muy importantes excepciones, como el propio Miroslav Hroch–; varias de las contribuciones del segundo bloque del libro, aunque nominalmente intenten aplicar un modelo teórico a un caso concreto, en la práctica se convierten en meros relatorios empíricos y casi positivistas sobre acontecimientos, ideas políticas, etc.

En definitiva, estamos, en mi opinión, ante un libro que reúne varios de los requisitos para convertirse en un clásico de la creciente literatura especializada internacional sobre el nacionalismo, aunque, por razones idiomáticas, su incidencia quedará probablemente reducida al ámbito germánico y centro-europeo.

Xosé M. Núñez Seixas

VAN DER LINDEN, M. (ed.): «The End of Labour History?», *International Review Of Social History*, vol. 38, Cambridge University Press, 1993, 173 pp.

No corren buenos tiempos para la historia del trabajo, tal y como sugiere el título de este volumen que tiene el objetivo de mostrar la relevancia que tiene para la historia del trabajo el incorporar algunos de los problemas y temas que caracterizan a la historia social en la actualidad. De este modo, se estudian aspectos como la historia del género, de la familia, de la vida cotidiana... A este respecto no se puede dejar de señalar que la mayoría de los trabajos incluidos en esta publicación muestran un esfuerzo voluntarioso por partir de la elaboración teórica, aspecto que siempre es de agradecer en el quehacer histórico. Y ello es particularmente necesario en la historia del trabajo, que ha estado demasiado marcada por el lastre de la rancia historia del movimiento obrero, caracterizada en numerosas ocasiones por un vulgar, brutal y apromblemático empirismo positivista. En este sentido, algunas ideas e hipótesis que aparecen en estas páginas sobre problemas tales como la segmentación de los mercados laborales vinculada a un análisis de escala geográfica, la interpretación de los mecanismos por los que se produjo la interiorización por parte de los trabajadores de valores procedentes de otros grupos o instancias sociales, la influencia de los cambios generacionales en la actitud hacia el trabajo... son elementos de interés que dan pie a la discusión. Pero, junto a estos logros –y otras muchas aportaciones que no se pueden

ni siquiera aludir aquí por falta de espacio—, la lectura de este volumen produce grandes dosis de insatisfacción. No se puede negar que las pretensiones de estas páginas sean bienintencionadas, pero muchos de sus resultados hacen pensar que, de seguir por caminos como los que aquí se emprenden, el fin de la historia del trabajo es algo más que una hipótesis retórica. Pretender focalizar la historia del trabajo en la vida privada, en el lenguaje de los símbolos, en los mecanismos de supervivencia de los trabajadores a través de las redes de solidaridad familiares, etc., sin que estos aspectos sean estudiados en un marco más amplio que asuma las transformaciones históricas del sindicalismo —y que busque la conexión de esas realidades con un contexto político—, no puede conducir a resultados esperanzadores. En tal sentido, no deja de ser significativo —y por qué no decirlo, también decepcionante— que cuando en estas páginas se alude a la política, ésta sea contemplada dentro de una concepción evanescente de la ubicuidad del poder en términos foucaultianos que impiden profundizar en una historia auténticamente política. Tampoco se puede dejar de advertir que en este volumen esté casi ausente una perspectiva que integre un análisis de clases sociales, de las solidaridades y de los conflictos provocados por ellas. Efectivamente, no estamos en una época propensa a revitalizar la historia del trabajo, como señala Van der Linden, pero parece muy pobre el ampararse en que el neoliberalismo o la desmovilización del mundo laboral actual nos fuerza a ello. En tal sentido, es inevitable que un enfoque historiográfico —como el que parece distinguir a esta publicación— que no quiera hacer de la historia una mera actividad de anticuarios parta de las inquietudes del presente, pero es indispensable que ello no desemboque en un presentismo que olvide, como en este caso, que la historia de los trabajadores, al menos en el siglo XIX y en la primera mitad del siglo XX, es incomprensible sin una perspectiva que contemple la pertenencia de aquéllos a una clase social que luchó por la transformación del capitalismo. El que actualmente parezca que el capitalismo se haya convertido en un sistema sin alternativa y que la existencia de la clase obrera en la supuesta sociedad posmoderna en que vivimos sea más que dudosa no autoriza a la historiografía social a contemplar la clase social como una categoría analítica superada que tenga que ser reemplazada por un confuso y segmentado magma centrado exclusivamente en el género, la etnicidad, la vida cotidiana o el lenguaje simbólico. Este es, sin duda, el principal error de esta

publicación. Con esta crítica no se trata de decir aquí que tras leer el volumen haya que añorar los viejos tiempos de la arcaica historia del movimiento obrero o de la autosatisfecha *New Labour History* de los años sesenta y setenta, y ello todavía mucho menos en España, donde muchos historiadores pretenden estar de vuelta cuando ni siquiera han emprendido el camino de ida. Al contrario, se trata de señalar que perspectivas como las que se muestran en este volumen deben incorporar análisis globales que en el campo de la historia social conducen a tener en cuenta los componentes de clase si no se quiere caer en un trabajo que siempre será estéril por muy sofisticado que sea.

Juan Gracia Cárcamo

AIZPURU, MIKEL, Y RIVERA, ANTONIO: *Manual de historia social del trabajo*, Siglo XXI, Madrid, 1994, 417 pp.

Sin duda estamos ante un libro de características notables; valioso por la vocación didáctica que impregna todas y cada una de sus páginas; por el planteamiento metodológico y conceptual al sintetizar lo mejor de las distintas corrientes historiográficas dedicadas al estudio de la historia social, y por los temas elegidos, que compendian los aspectos más interesantes de la historia de los trabajadores.

En efecto, el libro está dirigido, nominalmente, a los alumnos de la Diplomatura de Relaciones Laborales en la asignatura de Historia Social del Trabajo, pero a buen seguro puede satisfacer a otros estudiantes de facultades y escuelas universitarias, profesionales de toda índole preocupados por las cuestiones sociales y estudiosos del mundo contemporáneo. Para ello, el orden establecido en cada uno de los capítulos es sobre todo temático, con el sano propósito de que el lector piense por sí mismo, a la vista de los hechos y acontecimientos propuestos, sobre las causas y consecuencias, en definitiva, sobre la globalidad de los procesos históricos, sin estar sujetos en todo momento al corsé que imponen las fechas. Un ejemplo: los autores estudian la participación de las mujeres y los niños desde la perspectiva productiva y social, pero no dedicándoles un capítulo específico, que podría hacer pensar que jugaron papeles secundarios y no sólo en determinadas épocas, sino que están presentes en todo momento, como expresión de la necesidad de no compartimentar los sujetos his-

tóricos. La vocación didáctica también está presente al inicio de cada capítulo, introduciendo el tema para una mejor comprensión del mismo, además de proponer distintas lecturas de otros tantos autores que ofrecen visiones complementarias sobre las cuestiones tratadas.

La perspectiva metodológica y conceptual es abordada de manera explícita ya en las páginas iniciales. En ellas queda claro que los autores son herederos del revulsivo que supuso la aparición en los años sesenta de ciertos historiadores anglosajones (Thompson, Hill, Dobb, Hobsbawm, Anderson, etc.), a partir de los cuales se introducen nuevos temas y conceptos tales como la conciencia y cultura de clase, la no necesaria identificación de las organizaciones obreras con el conjunto de los trabajadores, la conflictividad real, etc. Mikel Aizpuru y Antonio Rivera tratan de superar en su libro aquella concepción de la historia del trabajo como trabajo organizado o militante, pero también el marco reduccionista de las relaciones laborales, en el que los sujetos protagonistas serían únicamente el Estado y las organizaciones. En este estado de cosas, la historia social del trabajo que proponen tendría los siguientes aportes: una historia social de los grupos y clases sociales (trabajadores y poseedores del capital); las relaciones que se establecen entre estos dos sujetos (en el proceso de fijación de la fuerza de trabajo y del capital); los aspectos técnicos y jurídicos del trabajo (organización, máquinas, legislación laboral, etc.), y la sociología del trabajo (interiorización y respuesta a los distintos procesos productivos).

Además del capítulo introductorio, el libro está dividido en seis partes. La primera está dedicada al trabajo en la historia, donde se abordan las distintas consideraciones morales y sociales desde la antigüedad hasta nuestros días, así como el concepto y modos de producción, en un rápido recorrido que introduce al lector en las grandes transformaciones operadas con la Revolución Industrial. La segunda parte se ocupa de los protagonistas del trabajo, en la que se analiza la pérdida de la independencia de los trabajadores y su progresiva proletarización, la introducción de nuevas costumbres como la disciplina, los horarios o los reglamentos de trabajo, así como las consecuencias sociales y materiales que estos cambios produjeron en sus condiciones de vida. El capítulo termina analizando las particularidades de los propietarios del capital. El inicio de las resistencias obreras, el sindicalismo y las relaciones laborales ocupan el tercer capítulo. En él se estudian las respuestas ante el liberalismo económico

y el capitalismo, pero desde el punto de vista de las propuestas alternativas de organización de la actividad laboral y de la sociedad. La cuarta parte aborda la legislación laboral y derecho del trabajo, dentro de la visión del reformismo social. La cuestión social en España ocupa una buena parte del libro, desde su génesis hasta el Estado franquista. Por último se ocupan del trabajo en la actualidad. En resumen, una magnífica oportunidad para un mejor conocimiento del pasado y presente de la historia social del trabajo.

Pedro A. Novo López

DEBRAY, R.: *Vida y muerte de la Imagen. Historia de la mirada en Occidente*, 1994.

Este ensayo de Debray interesa a los historiadores de todas las épocas y en especial a los de la etapa contemporánea. Podría parecer, en principio, que aborda asuntos muy alejados de las preocupaciones actuales del historiador, si tenemos en cuenta las orientaciones investigadoras en Historia Contemporánea, y tal vez su título y la ilustración de la portada nos haría pensar que es interesante, sobre todo, para el historiador del Arte.

Pero su lectura revela de inmediato, por un lado, la necesidad de ir poniendo fin a prácticas historiográficas muy superadas si quieren responder a lo que demanda del historiador la sociedad de nuestros días —en este sentido el autor describe con gran acierto las características de esta sociedad y sus manifestaciones culturales— y, por otro, la urgencia de enfrentar los nuevos fenómenos sociales que han transformado nuestra vida con decisión y rigor al mismo tiempo, si es que queremos alcanzar resultados gratificantes.

La Imagen es tal vez uno de los fenómenos más atractivos para el historiador, también una de las fuentes más fácilmente accesibles. Su presencia y su importancia nadie la niega, incluso en otras épocas históricas más alejadas que podrían contrastar con la verdadera *avalancha* de información visual que sufrimos hoy. No obstante, apenas ha merecido la atención y la dedicación historiográfica, y cuando ha sucedido esto ha existido más un interés meramente clasificatorio o **ilustrativo**, antes que un verdadero intento de profundización conceptual y metodológica en las posibilidades que encierra la Imagen para entender nuestro pasado y comprobar como éste se refleja en

nuestro tiempo (tarea constante del historiador en cada época histórica).

En este último sentido, el libro viene a ser una especie de guía imprescindible para conocer y familiarizarse con *Las formas de mirar* a lo largo de la historia, acompañando la descripción de las mismas con profundas y sugerentes reflexiones epistemológicas que algunas veces no superan el estilo de *ensayo* tan típico de la escuela francesa, pero que, en definitiva, resultan básicas para comprender cómo esas formas de mirar son en realidad formas de ver las cosas y, por tanto, también de interpretarlas.

Desde la concepción sagrada que supone el ídolo en la antigüedad, se pasa por la mirada laica o del arte que introduce el Renacimiento y se llega al entorno de lo mediático en la actualidad, son las *tres edades de La mirada* por las que atraviesa la humanidad, pero sin que esto signifique la superación progresiva de cada una de ellas, sino más bien la incorporación en la siguiente de los logros de la anterior. De esta forma, la mirada actual estaría conformada por modelos del ídolo y del arte, aunque todo sometido al imperio de lo mediático que determina la comunicación visual en nuestros días.

Cada forma de mirar es una manera de entender la sociedad y el mundo. No existe la imagen en sí misma, pues su estatuto y sus poderes varían continuamente de acuerdo, esencialmente, al *sopORTE* donde se instale la imagen -*otra* historia que está por hacer es la historia del soporte para la información, sea ésta textual o icónica-, que significan profundos cambios en las creencias colectivas (no es lo mismo el muro de la cueva que la TV satélite). La imagen ha dominado siempre al hombre, y de ser mágica o artística está pasando a ser económica, y ello acarrea un cambio fundamental en la manera de percibir el mundo.

Es en este último sentido donde el libro aporta las ideas más interesantes para el historiador y donde revela la necesidad de que éste afronte el conocimiento de la *Sociedad de la Imagen* introduciendo el contenido de memoria, el pasado que permanece en nuestro presente, algo imprescindible en una sociedad que camina hacia el olvido. La pintura, la fotografía y el cine pueden ser instrumentos valiosos para este propósito, que el autor ya no plantea desde sus preocupaciones, pero que son irrenunciables para un historiador, aunque

siempre con el horizonte de los *nuevos soportes para la información* que serán sin duda el medio donde se *escriba* la historia en el futuro.

Mario P. Díaz Barrado

DAVIES, R. W.; HARRISON, MARK, y WHEATCROFT, S. G. (eds.): *The Economic Transformation of the Soviet Union, 1913-1945*, Cambridge, Cambridge University Press, 1994.

La descomposición de las economías socialistas en el último cuatrienio ha ocasionado un rápido crecimiento de la bibliografía disponible sobre la Europa Oriental y la Unión Soviética. Y como siempre ocurre en las respuestas editoriales a los grandes acontecimientos sociales y políticos, gran parte de las novedades han sido libros oportunistas, poco reflexivos y muy guiados por lo más inmediato y superficial, por la «espuma de los hechos» y, lo que es peor, por los mudables estados de opinión de la comunidad intelectual de la antigua Unión Soviética. En el caso del libro que nos ocupa no se puede decir lo mismo. Sus autores son «soviétólogos» que han prolongado y enriquecido su trabajo de años, gracias a las nuevas posibilidades de acceso a los archivos y a la información impresa y gracias a la multiplicación de las memorias y testimonios personales, que trajeron consigo la política de *glasnost* (transparencia) de Gorbachov y ha ampliado en cierta medida el fin del monopolio del poder por parte del Partido Comunista.

El objeto del libro no es, por otra parte, el derrumbamiento del sistema económico socialista, sino la fase decisiva de su construcción entre el inicio de la Primera Guerra Mundial y la victoria soviética frente a la Alemania nazi. Una etapa que no sólo acabó definiendo la pauta de evolución posterior de la economía socialista, sino que se convirtió en referencia inexcusable del pensamiento y la política económica occidentales y, con mayor fuerza aún, de las concepciones del desarrollo prevalencientes en las antiguas colonias europeas del Tercer Mundo. La industrialización de un país atrasado que había sufrido la triple convulsión de la Gran Guerra, la revolución bolchevique y la Guerra Civil, adquirió ese carácter de contramodelo en los años treinta, cuando la crisis económica en el mundo capitalista coincidió con la consecución de ritmos aparentemente muy elevados de crecimiento bajo las directrices totalitarias del estalinismo.

The Economic Transformation of the Soviet Union hace del análisis cuantitativo del crecimiento económico en el período de entre-

guerras, su eje. Por ello, tras una didáctica introducción en la que se presentan los grandes debates historiográficos sobre el grado de desarrollo de la Rusia zarista, el comunismo de guerra, la NEP y el estalinismo, aborda sucesivamente la historia del sistema estadístico soviético y de la información por éste generada, y luego, la renta nacional, la población, la fuerza de trabajo, la agricultura, la industria, el transporte, la tecnología y el sector exterior y, para finalizar, contiene sendos capítulos sobre el impacto de las dos guerras mundiales. En cada uno de estos apartados, de diferente autoría, la presentación y discusión de las trayectorias cuantitativas posibles es, como hemos señalado, un elemento central y previo. Las diferencias conceptuales entre los estadísticos de Occidente y Oriente, el carácter «interno» del sistema estadístico (dirigido por organismos auxiliares de los propios centros planificadores), el uso político de las cifras económicas en un sistema autoritario -con grados de manipulación variables, pero siempre importantes- y las propias dimensiones de la producción sumergida, otorgan singular relevancia a este ejercicio clarificador. No se agota ahí la tarea de los diversos participantes en el libro, por cuanto que el comentario de las alternativas cuantitativas entraña repetidamente la presentación de las interpretaciones ofrecidas por la historiografía, con constantes referencias bibliográficas. El producto final es un estado de la cuestión imprescindible para acercarse a la historia soviética en su conjunto. Enfrentado a una sociedad sin el velo del mercado como mito de funcionamiento, el análisis historiográfico se presta poco al aislacionismo de las historias sectoriales, y revela el potencial de una aproximación abierta a todos los aspectos de la realidad como la que afectan los autores de este libro en todas y cada una de sus partes.

Juan Pan-Montojo

HOFFMANN, P.: *Tedeschi contro il nazismo. La resistenza in Germania*, Il Mulino, Bolonia, 1993, 187 pp.

Pocos aspectos de la historiografía sobre el nazismo han experimentado en los últimos años una renovación tan sustancial como los relativos a la oposición y a la resistencia, hasta el punto de que no sería exagerado afirmar que éste constituye uno de los terrenos privilegiados de la investigación acerca del régimen en su conjunto.

Estamos, en efecto, ante una notabilísima ampliación del campo de estudio que debe mucho a la historia local y de la vida cotidiana, el recurso a las fuentes orales y a las investigaciones sobre las mujeres y su relación con la política eugenésica. Una ampliación **que**, como notara Martín Broszat, ha convertido la investigación sobre la resistencia en un «estudio de historia social sobre la conducta política en Alemania». De todo esto parece emerger una nueva visión que tiende a señalar la inexistencia de claras y nítidas líneas de fractura en la compleja serie de actitudes que van de la colaboración a la renuencia y la **desobediencia**, del consenso al **disenso**, de la resistencia pasiva (*Resistenz*) a la activa (*Widerstand*). No en vano, un conocido especialista como Robert Gellately ha apuntado la necesidad de situar la oposición y la disidencia frente al «background od **compliance**, collaboration and accommodation».

En cierto modo, todo esto viene a describir el momento presente de un proceso que arranca en la República Federal de la posguerra como un intento de reconstruir la historia de la Resistencia a modo de demostración de que no se debía identificar a todos los alemanes con el nazismo. A **diferencia**, casi **simétrica**, de lo que acaecía en la RDA con la resistencia de los **comunistas**, esta primera fase de los estudios en la RFA se caracteriza por una cierta monumentalización de la resistencia de ciertos medios conservadores burgueses y militares en la que se enfatizaba su carácter ético-heroico y hasta cierto punto **mitificadora**, hace ya tiempo que algunos historiadores como Hans Mommsen y Klaus-Jürgen Müller opusieron la idea del surgimiento de esta resistencia de los conservadores como una respuesta de estos sectores a su progresiva **postergación**, cuando no humillación, por parte de aquellos aliados **-los nazis-** que habían contribuido a instalar en el poder.

Si planteamientos como los de Mommsen y Müller pueden situarse en los orígenes de la situación actual de los estudios a la que más arriba **aludíamos**, los de Peter Hoffmann, en el trabajo objeto de esta reseña, hay que ubicarlos en la fase **anterior**, es decir, en aquella que centraba la atención en los valores ético-heroicos de la resistencia de los conservadores. En **efecto**, Hoffmann puede considerarse, tanto por ésta como por otras obras **anteriores**, como un exponente clásico de los enfoques que defendieron en Alemania en los años cuarenta y cincuenta estudiosos como Gerhard Ritter o Hans Rothfels.

Conviene señalar desde el principio que la obra ahora traducida al italiano **-la edición inglesa es de 1988-** sólo responde parcial-

mente a su enunciado. Es decir, se trata más de un estudio de la resistencia de los conservadores y de los militares, de las conspiraciones y de los atentados contra Hitler, que de un estudio de conjunto de toda la resistencia. Nada habría que objetar a esta opción si así se delimitara explícitamente el campo de estudio. Pero cuando esto no se hace así, lo que aflora es una concepción sumamente restrictiva de la resistencia. Dedicar, por ejemplo, sólo cinco páginas a las actividades de comunistas y socialistas, y sólo cinco líneas a las «opiniones» de los primeros, dos páginas a las de los segundos y nueve a los círculos y «personalidades» de la «alta Resistencia», parece algo descompensado.

Es difícil, por otra parte, eludir la sensación de que la concepción aludida se traduce en un claro sesgo conservador. Parece justo y adecuado, ciertamente, que el autor insista en el hecho de que entre los opositores al régimen estuvieron representados todos los sectores sociales y profesionales, religiosos y políticos (p. 84). Pero sostener después que las diferencias entre socialistas y comunistas eran superiores que las que separaban a cualquiera de ellos de los nazis en 1933 parece algo exagerado (p. 98). Algo similar ocurre cuando se delimitan los respectivos extremos del abanico político de la resistencia, situando en uno de ellos a los que buscaban la restauración de la Constitución y las leyes, y en el otro a los que auspiciaban la dictadura del proletariado (p. 85). Nada habría que objetar -hasta 1935, al menos- a la caracterización del segundo de los extremos, pero la del primero, precisamente por constituir el cuerpo central del trabajo, requiere un comentario más amplio.

En efecto, si algo resalta de la, por lo demás clara y concisa, exposición de los programas más o menos constitucionales pergeñados por los hombres de la Resistencia -del círculo Kreisau a Goerdeler, de von Hassell a Popitz y de éste a Sttaufenberg-, es el rechazo casi absoluto a la república de Weimar, todas las desconfianzas posibles hacia la democracia parlamentaria y los partidos políticos, la búsqueda de soluciones corporativas, las apelaciones al cristianismo como base de la convivencia y el protagonismo, más o menos definitivo, que se concede al estamento militar.

Achacar todo esto, como hace el autor, a la presión de las circunstancias o al aislamiento de la Resistencia respecto de los sectores populares -lo que bien podría ser efecto más que causa- no puede entenderse sino como un intento de embellecimiento. Pero las impli-

caciones de tal embellecimiento van mucho más lejos. Pues lo que, en definitiva, se está velando es la dinámica global del proceso de instauración de la propia dictadura nazi, llevada a cabo con el apoyo de estos sectores, las contradicciones y antinomias de la inicial alianza contrarrevolucionaria, y el modo en que ésta empezó a resolverse en detrimento de las propias élites conservadoras. El lento y doloroso pasaje de la colaboración al relativo distanciamiento, de éste a la oposición y de aquí al tiranicidio, al 20 de julio de 1944 en suma, que el propio autor describe muy bien, sería probablemente más comprensible en estos términos.

No se trata, en cualquier caso, de restar todo mérito a la obra. En cierto modo, podría hablarse incluso de lo contrario. En efecto, la identificación del autor con los protagonistas fundamentales de su trabajo, el hecho de que la obra esté escrita, por así decirlo, «desde dentro», le confiere un valor especialmente relevante y clarificador.

En primer lugar, no es en ningún modo despreciable el contenido ético de la lucha emprendida por estos von cuyo papel en la historia de Alemania trasciende la criminalización de que frecuentemente han sido objeto. Y los motivos de su oposición, tal y como los expone el autor, deben tomarse en serio: «La arbitrariedad, la criminalidad, la opresión dictatorial, los excesos policiales, la persecución de jefes religiosos y de opositores políticos, la persecución de los así llamados no-arios (...) el haber desencadenado otra guerra sin preocuparse de las consecuencias: fueron éstas las motivaciones principales de la Resistencia. Para muchos la persecución de los hebreos fue entre los factores singulares el de mayor importancia» (p. 72).

En segundo lugar, la firmeza de estas convicciones contribuye a poner claramente de manifiesto –y a más de uno le vendrá bien recordarlo– que de todas formas, a pesar de la alianza de 1933 y a pesar de las notables coincidencias y connivencias, las diferencias entre unos y otros no eran en modo alguno despreciables. La ideología de muchos de estos protagonistas de la Resistencia podía ser ciertamente conservadora, aun cuando autoritaria y deudora de aquel mito de la «regeneración nacional» que habían ingenuamente esperado poder realizar con Hitler. Pero, tal vez por ello mismo, percibieron con claridad, y algunos reaccionaron en consecuencia, que la dictadura nazi estaba destruyendo las bases de la convivencia humana, el comportamiento cívico y la responsabilidad individual.

En tercer lugar, el énfasis del autor en la solidez de estas percepciones y comportamientos otorga gran poder de convicción a su 10-

tunda negación del carácter oportunista de la Resistencia. Esta no se inicia ciertamente con el principio de las derrotas de la Alemania de Hitler, sino cuando ésta es todavía victoriosa. A lo sumo podría reprochársele al autor cierta benevolencia hacia las pretensiones de sus investigados de que, por ejemplo, los aliados hubiesen tomado más en serio a una oposición que no estaba dispuesta a renunciar a algunas de las mejoras territoriales conseguidas por Hitler o que, simplemente, formulaba propuestas que podrían hacer peligrar la alianza con la Unión Soviética.

Por lo demás, el trabajo de Hoffmann proporciona en su brevedad una amena descripción de los avatares de esta parte de la Resistencia que él tiende, ciertamente, a embellecer. Pero que no por ello deja de ser ilustrativa de las dificultades, de las luchas, dudas e incertidumbres de un sector de las élites alemanas que, en gran parte por su propia naturaleza, ideología e intereses, vio sus dramas más íntimos e insoslayables evolucionar hacia la tragedia y la catástrofe.

Ismael Saz

STEINBACII, PETER: *Widerstand im Widerstreit. Der Widerstand gegen den Nationalsozialismus in der Erinnerung der Deutschen*, Paderborn, Munich, Viena, Zürich: Schöningh, 1994, 298 pp.

Fue también 1994 el año de la vuelta tras cincuenta años a importantes acontecimientos bélicos acontecidos en 1944. Los festejos con motivo del desembarco aliado en Normandía, las conmemoraciones en recuerdo del levantamiento polaco contra los nazis en Varsovia fueron de un alto significado político-simbólico. Para la cultura política tanto de la vieja como de la nueva República Federal Alemana, la fecha del 20 de julio de 1944 se presenta como un punto de referencia central y representativo del conjunto de la resistencia durante la época nacionalsocialista. La conmemoración del fallido atentado contra Hitler y del reprimido intento de derribar al régimen nazi, por parte de algunos altos mandos del Ejército, alrededor del coronel donde von Stauffenberg, fue acompañada por un sinnúmero de nuevas publicaciones o reediciones, y repetidamente además por duras controversias públicas sobre el juicio político-moral que merecería la resistencia de los comunistas alemanes. Reñida fue la valoración, por ejemplo, de Walter Ubricht y otros. Con ello, como opinaba en par-

ricular el hermano del cerebro del atentado contra Hitler, Stauffenberg, se explotaba la equiparación moral de los más tarde dirigentes máximos de la RDA con la resistencia de los militares de 1944. La criticada exposición permanente sobre «Resistencia contra el Nacionalsocialismo» en el museo de la resistencia alemana en Berlín, de la que respondió y que defendió su director científico, Peter Steinbach, ya fue inaugurada a comienzos de los años ochenta.

De Peter Steinbach, hoy en día el más cualificado investigador de la oposición al nazismo en Alemania, ha aparecido en este año, aparte de otros tres libros editados, una de las más interesantes publicaciones de los recientes tiempos, consistente en una recopilación de artículos aparecidos entre 1984 y 1993. Sin embargo, ésta no se ocupaba de la resistencia militar en relación con el 20 de julio de 1944. El volumen comprende más bien, junto a tres artículos introductorios sobre la problemática general de la resistencia y la historiografía política y sobre el Derecho, una serie de aspectos debatidos o poco conocidos, así como casos fronterizos de la historia de la resistencia. Entre esos aspectos se cuentan la oposición desde el exilio, la resistencia judía como forma de autoafirmación, el significado de personalidades singulares como los implicados en el atentado contra Hitler Georg Elser y Artur Mahraun, el gran maestro de la asociación «Orden de la Juventud alemana» [*Jungdeutsche Orden*].

Finalmente se someten a análisis las interpretaciones históricas de dos de las organizaciones más conocidas de la oposición, que desde hace décadas han sido proscritas por la historiografía de la RFA, la cual tendía a juzgarlas como meros instrumentos de la política de Moscú e injustamente las presentaba ante el público hasta hoy de modo mayoritario como «traidoras» al país: se trata de la llamada «Capilla Roja» [*Rote Kapelle*], que trataba de acelerar la caída del régimen mediante el reparto de pasquines, y más tarde mediante la recolecta sistemática y transmisión de información estratégica a los aliados, en especial a la Unión Soviética; y por otro lado el «Comité Nacional Alemania Libre» [*National Komitee freies Deutschland*] y la «Unión de Oficiales Alemanes» [*Bunddeutscher Offiziere*], que hacían propaganda a través de pasquines desde los campos soviéticos de prisioneros de guerra alemanes. El volumen se completa, finalmente, con una contribución que se centra en anteriores disputas alrededor de la Exposición sobre la Resistencia de Berlín.

Steinbach demuestra en sus aportaciones que no es ningún historiador retórico () repetitivo, sino que le es posible también llevar a

cabo diferenciaciones precisas mediante la selección y análisis de casos difíciles de la historia de la resistencia. Esto se orienta contra cualquier intento de encasillar por un lado a determinados sectores de la Resistencia como viveros ideológicos preferenciales (para la posguerra), y por otro lado las estrategias de exoneración moral colectiva en función de la constatación del dominio de la violencia y del respeto honorable por la decisión individual de orden moral que suponía comprometerse en la resistencia. En este aspecto Steinbach recurre de modo consecuente a un concepto de resistencia que se define ante todo en función del poder de definición y de la voluntad represora del Estado nacionalsocialista, situando con ello el «deseo de autoafirmación moral» en el punto central que se merece, es decir, independiente, ¹⁰ que jugaba un papel para los objetivos políticos o los motivos personales antes o después de las acciones de resistencia; de este modo surgen los «héroes no cantados», como, por ejemplo, el (gracias a Steven Spielberg) hoy redescubierto Oskar Schindler, quien, como confirmación involuntaria de su desconocimiento hasta hace bien poco, es identificado erróneamente por Steinbach en su artículo correspondiente a 1992 como atto Schindler (p. 231).

Este enfoque «integral», reelaborado continuamente por Steinbach en sus estudios, configura tanto los puntos fuertes como los aspectos más debatibles de su argumentación, sin embargo; tiene el mérito de romper con ello tanto las puntas tanto de la pulida separación entre resistencia «verdadera» y «falsa» o «democrático-liberal» y «totalitaria», como de la por largo tiempo obligada heroización de la resistencia como estrategia de justificación o de defensa de las faltas de la conducta social colectiva. Esto parece ser tanto más importante, cuando en el curso del problema de la reafirmación de la identidad política de la Alemania reunificada, se amenaza con caerse de nuevo en la valoración de la resistencia en relación con una nueva intelectualidad «nacional» en los moldes de pensamiento de los años cincuenta.

En conjunto, pues, una convincente, meditada, clara y legible visión de conjunto sobre la problemática de los debates histórico-políticos e historiográficos sobre la oposición al nacionalsocialismo, que seduce quizás por su unidad conceptual.

ORTIZ DE ORRUÑÜ, I. M., Y SAALBACH, M. (eds.): *Alemania (1806-1989): Del Sacro Imperio a la caída del muro*, Diputación de Alava/Servicio Editorial de la Universidad del País Vasco, Vitoria, 1994, 218 pp.

La Historia no se repite, aunque a veces así lo parezca. La lectura de algunos de los artículos reunidos en este libro colectivo sobre casi doscientos años de historia alemana por lo menos nos muestra nuevamente la imposibilidad de separar nítidamente Historia y presente, ya que incluso el rasgo característico de sociedades posrevolucionarias no es la novedad, sino esta extraña mezcla de lo nuevo y lo conocido, esa «contemporaneidad de lo no-contemporáneo» (M. Bloch). Actualmente, cuando se han cumplido cinco años de la caída del muro, los ahora (re)unificados alemanes han vuelto a discutir sobre las esencias de la *nación germana*, retomando una ya histórica polémica iniciada durante los años del ocaso del Sacro Imperio, como se puede comprobar con la lectura de los artículos de José M. Portillo y de Dieter Langewiesche. Portillo presenta un excelente resumen crítico de la fundación y desarrollo de la Confederación Germánica, mucho más que una «recupollación bibliográfica comentada» (como se anuncia en el texto de presentación del libro por sus editores). Guiado por el interés en la historia constitucional, Portillo no deja lugar a dudas —y ésta sería su tesis principal— de que «la clave básica de la Confederación venía constituida más por la necesidad de un sistema de seguridad interior que por la vocación de construcción nacional» (p. 25). El autor demuestra ser un gran conocedor de la bibliografía especializada, y quizás sólo se eche en falta una referencia a la *Deutsche Gesellschaftsgeschichte* de Wehler, en cuyo segundo tomo se dedican casi cincuenta páginas a la Confederación. Por otra parte, no estoy seguro de que el lector no especialista y desconocedor del idioma alemán pueda entender sin problemas todos y cada uno de los términos y conceptos que Portillo opta por reproducir en su versión original, como cuando, por ejemplo, menciona el *Erbvergleich* de Mecklenburgo de 1755.

No menos brillante es la exposición de Dieter Langewiesche acerca del tema «Imperio, nación y Estado en la Historia alemana reciente», que a pesar del amplio título se centra fundamentalmente en el «largo» siglo XIX que en Alemania no llega a su fin hasta la instauración de la República de Weimar. Para Langewiesche la historia del

nacionalismo alemán decimonónico arranca con el proyecto basado en la vieja idea del Imperio como una comunidad cultural panalemana, marcada por la diversidad federativa, que conllevaba «un grado considerable de democratización» (N. Elias), aunque ya apareciesen las primeras salpicaduras xenófobas (véanse las declaraciones de Jahn contra el supuesto «enemigo hereditario» de Alemania, Francia). Cuando en 1848-1849 quedó aplazada *sine die* la realización del programa nacional de la burguesía liberal, comenzó la «prusificación» de la Historia alemana. No obstante, Langewiesche defiende las posiciones de Sheehan contra -entre otros- Gordon Craig, al afirmar que la configuración del futuro Estado-nación alemán no estuvo del todo decidida hasta 1866. La solución de la «pequeña Alemania» no fue minuciosamente planificada y ejecutada militarmente en Königgratz por parte de las élites dirigentes prusianas, sino el resultado de un lento proceso de integración sociocultural, económica y política. El viraje conservador de la débil burguesía liberal y su agrupamiento en torno a Bismarck abonaron en el terreno en el que el nacionalismo iba a adquirir una faz cada vez más antidemocrática y autoritaria. La idea del Imperio se adaptó a su nueva función, que era la de la legitimación de las estructuras del poder del nuevo Estado mediante la cohesión e integración de sus habitantes amenazados por los supuestos enemigos interiores del Imperio, los *Reichsfeinde* representados por los católicos, los socialistas, los polacos o los judíos.

El tercer artículo del libro, el de Artrichter sobre la Historia alemana entre la I y la II Guerra Mundial, supone una ruptura con los anteriores en cuanto a estilo y contenido. En lugar de un trabajo analítico, académico y con un alto nivel de abstracción, se nos presenta un relato histórico organizado en torno a los acontecimientos --concretamente las fechas claves del 9 de noviembre de 1918, el 30 de enero de 1933 y el 1 de septiembre de 1939--, cuyo transcurrir se narra con un estilo más épico que científico («acto seguido», «dos horas después» ...). No por ello el texto deja de ser una buena síntesis de ese complejo período de la Historia alemana, a la que, sin embargo, sobre algo de personalización (fenómeno del nacionalsocialismo excesivamente interpretado a través de la persona de Hitler y su pensamiento político) y falta alguna referencia al contenido teórico (por ejemplo, el debate sobre la vía particular alemana, el *Sonderweg*). Una nota para el sufrido pero buen traductor: ¿no existe otro término para traducir lo que en el original -supongo- es *Gleichschaltung* que no sea la horrenda palabra «coordinación»?

Ugarte, por su parte, demuestra que un estilo más ligero no siempre tiene que estar reñido con el análisis y la reflexión abstractas. Inscribiéndose en la tradición de la historia comparativa, que con maestría ha sido ejercida por hombres como Weber, Hintze o actualmente por Linz, Ugarte compara los estratos conservadores de la República de Weimar con los de la II República española. A pesar de las grandes diferencias en cuanto a la evolución sobre todo económica de ambos países, constata sorprendentes similitudes: problemas parecidos («salida de un sistema de liberalismo decimonónico... hacia nuevas formas de institucionalización del poder aún no consolidadas: la república parlamentaria u otras como el fascismo o el comunismo», p. 82), recurso a expedientes de solución parecidos (ejército, autoritarismo, apoyo de masas, etc.). El breve pero muy sugerente artículo de Ugarte suscita numerosas reflexiones interesantes y abre una aún poco trabajada vía de investigación para el futuro.

Los demás artículos mantienen el buen nivel de este libro. Pfeiffer analiza la dependencia de la literatura respecto de su contexto político con el ejemplo de Holderlin, cuya obra ha conocido muy diferentes lecturas, desde la que realizó Herwegh en 1843 hasta la de Wolf Biermann. Por su parte, Regales presenta una lograda síntesis de la «Evolución política, social y económica de Alemania desde el final de la guerra a la unificación (1945-1990)», a la que sólo queremos hacer dos objeciones. Primera: se infravalora notablemente el margen de maniobra de las fuerzas políticas alemanas frente a los aliados durante la inmediata posguerra, tal y como quedó patente, por ejemplo, en las negociaciones del Consejo Parlamentario (*Parlamentarischer Rat*) que llevaron a la elaboración de la Ley Fundamental (y no, como se afirma, de la «Constitución»). La sorprendente actividad de los alemanes dejó boquiabiertos incluso a los altos mandos de las fuerzas de ocupación norteamericanas, provocando la famosa frase de un consejero del general Clay: *Every German has a constitution in his pocket* [cada alemán tiene una Constitución en su bolsillo]. La segunda objeción se refiere a las observaciones del autor sobre la «nación alemana» (p. 114) que resultan bastante confusas (¿qué quiere decir «tener madurez como nación»?). La «colonización» del Estado que constata Ruipérez en su artículo sobre la unificación de la Universidad alemana resulta cierta y en muchos aspectos criticable; pero ¿cómo recidar a los ex profesores si sus propios alumnos se niegan a seguir con ellos? Finalmente, Ortiz de Orruño

presenta un bien informado y ponderado balance de la unificación, basado no sólo en las informaciones de la prensa, sino también en la bibliografía más reciente publicada al respecto que incluye incluso ¡trabajos de 1994! La transcripción de los debates de una mesa redonda, así como unos amplios anexos con textos históricos, mapas, estadísticas y bibliografía básica completan este excelente libro, con el que sus editores han conseguido perforar ese muro cultural que todavía hoy en día separa a la Europa meridional de la septentrional y dificulta nuestro conocimiento mutuo.

Ludger Mees

ULRICH, BERND, Y ZIEMANN, BENJAMIN (eds.): *Frontalltag im Ersten Weltkrieg - Wahn und Wirklichkeit. Quellen und Dokumente*, Fischer Taschenbuch Verlag, Frankfurt, am Main, 1994, 231 pp.

La presente recopilación de documentos, concebida y estructurada para un público no exclusivamente académico, complementa convincentemente el conjunto de trabajos de investigación aparecidos el último verano con motivo del 80 aniversario del estallido de la Primera Guerra Mundial. Partícipes de la reciente revisión historiográfica respecto al comportamiento de la población en la retaguardia, Ulrich y Ziemann concentran su interés en el *frente* y su vivencia cotidiana por parte de los soldados alemanes. Un amplísimo repertorio de fuentes inéditas (correspondencia desde el frente, diarios de guerra, memorias y autobiografías, así como documentación militar, procedente en su mayoría de unidades bávaras y suabas) pone al descubierto una realidad bien ajena al heroísmo mistificado de curso oficial: la *desilusión*, la angustia y, con creciente intensidad, el ansia de una pronta paz impregnan la casi totalidad de los testimonios reunidos. Incluso en aquellos sectores sociales más permeables a la retórica militarista (la burguesía -básicamente protestante- vinculada a la administración o al mundo universitario), el entusiasmo inicial halló rápido freno en la pesadilla del fango francés, polaco o ruso. Los soldados que marchaban voluntarios al frente, previendo en la guerra una prueba de virilidad y valor, caían desde el principio, subordinados al dictado de la técnica, castrador de toda individualidad, y a las circunstancias de una confrontación bélica por primera vez plenamente *industrial*. Entre los reclutas procedentes del ámbito ru-

ralo del proletariado, la preocupación y el miedo habían predominado desde agosto de 1914 sobre cualquier forma de euforia patriótica. Las primeras experiencias en el frente no hicieron sino reforzar esta actitud, como pone de manifiesto una carta de un soldado de infantería en el tercer mes de guerra: «Quien siga estando a favor de la guerra, es que ya no es un ser humano» (p. 61).

Los compiladores dedican también un amplio espacio a las precariedades e injusticias en el seno de las diversas unidades, como el absurdo de una disciplina militar de aplicación absolutamente arbitraria, la censura o las flagrantes desigualdades de trato, mantenimiento y equipamiento entre oficiales y tropa. Pero también se documentan las estrategias arbitradas por los soldados para sustraerse a estas circunstancias: automutilaciones infligidas para conseguir un permiso, psicopatías simuladas o desertiones masivas (hasta un millón de hombres) en los últimos meses de la guerra. Tampoco faltan indicios de una mentalidad insospechadamente refractaria a la «moral militar», como muestran los impresionantes relatos sobre los «hermanamientos» en el frente con tropas francesas y británicas en las Navidades de 1914 y 1915 (pp. 153-159). Los campesinos bávaros o los trabajadores manuales de Munich o Stuttgart ponían con ello de manifiesto un sentido común, y desde luego también un civismo, superiores a los de las autoridades militares de Berlín.

Precisamente la enorme discrepancia existente entre las fuentes normativas, mucho más conocidas, y el tipo de textos recogidos en esta ocasión, patentiza la distancia marcada en el día a día de la guerra entre la «locura» del mando y la «realidad» percibida por los combatientes. Esta discrepancia, que viene a dar título al volumen, se torna tanto más relevante, considerando el modo en que la instrumentalización política de las experiencias del frente envenenó la vida de la República de Weimar y contribuyó a alimentar las expectativas del nacionalismo radical y, a la postre, el nacionalsocialismo. Sin embargo, y ésta es una de las conclusiones que cabe extraer de la lectura, la forja *a posteriori* de una «leyenda de la puñalada por la espalda» (*Dolchstoßlegende*), esto es, la ficción de un ejército alemán derrotado no por el enemigo exterior, sino por la traición de sus «enemigos en la patria» (liberales, socialistas, pacifistas, judíos...), no debe confundir respecto a la disposición de los recién licenciados. A comienzos de noviembre de 1918, la inmensa mayoría de los soldados desmovilizados constituían un potencial político que bien podría ha-

ber facilitado el nuevo régimen y apuntalado su estabilidad en los primeros años. Mas allá del deseo de paz y de la repulsa de los privilegios de que la monarquía había dotado a oficiales incompetentes y corruptos, los ex soldados carecían en general de convicciones ideológicas fijadas a largo plazo y, caso de tener alguna, no las inspiraba desde luego un espíritu autoritario-nacionalista, sino, en mucha mayor medida, pautas de comprensión enraizadas en su contexto social original, agrario o proletario. El que, dada la destrucción, en 1945, de los archivos militares prusianos, Ulrich y Ziemann operen básicamente con fuentes procedentes del Sur de Alemania (predominio católico, tradición antiprusiana), puede invitar a una relativización de los resultados. El acceso, ahora posible, a la documentación del contingente militar sajón, ubicado en Dresde, permitirá una compulsión de los mismos. Entretanto, sí llama la atención que la «militarización» de los sentimientos y las esperanzas desatada durante la crisis de la democracia de Weimar caló tanto más fuertemente en segmentos de la población social y generacionalmente ajenos a la experiencia *consistente* de los soldados en el frente.

El esfuerzo de recopilación y selección por parte de Ulrich y Ziemann se ha visto premiado con el fruto de una antología extraordinariamente instructiva. El enfoque metodológico esbozado en su «Introducción» (pp. 11-25), es de esperar que se plasme en las tesis doctorales que ambos ultiman sobre el tema. La inclusión del ejército en el ámbito de intereses de la Historia Social, así como la brillante integración de los aspectos psicosociológicos en su estructura, constituyen argumentos suficientes para desear que el ejemplo de libros como éste contribuya, también en nuestras latitudes, a la modernización, más aún: a la «civilización» de una Historia Militar ideológicamente lastrada y metodológicamente obsoleta.

Antonio Sáez Arance

BELÛT, ROBERT: *Lucien Rebatet. Un itinéraire fasciste*, Editions du Seuil, París, 1994, 485 pp.

Una de las lagunas más persistentes en la historiografía francesa de los últimos decenios es la que supone el estudio del período 1940-1944. Años cuya historia ha sido prácticamente acaparada por la memoria oficial en forma de discurso conmemorativo sobre el

«patriotismo más puro» encarnado por la resistencia, o sobre los males de todo tipo causados por el enemigo ocupante. Respecto al régimen de Vichy, considerado la más de las veces como un grave error, venía siendo interpretado preferentemente en términos de «sumisión al enemigo». Buena parte de la memoria histórica, en fin, se redujo al ámbito íntimo y afectivo de los que vivieron, sufrieron o protagonizaron aquella época.

Demasiados asuntos se obviaron o disfrazaron durante demasiado tiempo: el escandaloso, la abdicación de la Asamblea Nacional, la colaboración con el ocupante, incluso en el exterminio judío y, sobre todo, lo que Belot denomina la «guerra franco-francesa». Ha habido que esperar a los últimos años ochenta y primeros noventa para que, confluyendo con ruidosos casos judiciales -Barbie y Bousquet, entre otros-, algunos historiadores franceses se ocupen en rescatar *todo el pasado* y en iluminar zonas sombrías en las que antes no se penetraba, o por las que en todo caso se pasaba de puntillas buscando, eso sí, la presencia y la culpabilidad final del enemigo exterior.

Algunas obras han tratado en estos últimos años de romper ese más o menos tácito tabú que el espíritu oficial de conmemoración había impuesto; una de ellas es esta biografía de Lucien Rebatet.

Nacido en 1903, Rebatet fue, entre otras cosas, el autor de *Décombres* (Escombros), publicado en 1943, auténtico bestseller de la Francia ocupada, voluminoso manifiesto en favor de la colaboración y de la eliminación de la Francia «judeo-democrática». Belot recupera esta figura para reconstruir su vida, su itinerario intelectual, desde el ejercicio de la crítica de arte y de cine hasta su desembarco en el nacionalismo germanófilo de Action Française y su posterior delirio antisemita que lo conducirá, durante la ocupación, a ser un auténtico campeón del colaboracionismo; por último, la esencial continuidad de sus posturas y opiniones en la posguerra, hasta su muerte en 1972. La biografía de Lucien Rebatet es una continua indagación sobre el «fascismo a la francesa».

Objetivo primordial de Robert Belot es demostrar que el colaboracionismo de Rebatet no fue exclusivamente fruto de la coyuntura ni un simple paréntesis en sus posturas políticas; por el contrario, fue una decisión coherente, punto de llegada lógico de una maduración fascista que se realiza durante los años treinta. Ese acercamiento progresivo al fascismo provoca la ruptura con Maurras -**1a** «eterna flor del pasado» no tiene cabida en la revolución fascista- y se convierte

en nazificación a partir de 1937, año en que Célle publica sus *Ba-gatelles pour un massacre*, que Rebatet recibe desde la convicción de que el antisemitismo es la única vía de salvación para Francia y para Europa.

De ahí que, ya durante la ocupación, la decisión colaboracionista sea consecuente; Rebatet estigmatiza Vichy ya en 1940, en pleno pe-tainismo triunfante, repudiando su tradicionalismo y sobre todo su carácter de «régime attentiste». Sin embargo, el principal problema ideológico parece irresoluble: no es otro que la difícil conciliación entre «fascismo a la francesa» y colaboración con el ocupante. Una aporía ideológica que Rebatet resuelve malamente, asumiendo la irracionalidad demiúrgica y simplificadora del mito fascista (un hombre nuevo, posdemocrático), en combinación con las ideas del «neosocialista» Marcel Déat sobre la construcción de un socialismo ario capaz de federar Europa en una «voluntad política unificada».

En cualquier caso, la justificación colaboracionista exige una evidente «desnacionalización» del pensamiento de Rebatet, algo que le reprochará duramente Robert Brasillach, entre otros, y que en los últimos años de su vida —una vez esquivada una condena a muerte y superados varios años de prisión— impedirá que Rebatet se convierta en referencia inexcusable para la ultraderecha y el neofascismo franceses. De hecho en 1972 —año de su muerte— nace el fenómeno lepenista sin que en su panteón de padres ilustres figure el protagonista de este itinerario.

Lucien Rebatet. Un itinéraire fasciste, es una excelente biografía. La profundidad en el análisis, la claridad en la exposición de la trayectoria vital e intelectual, dejan escaso lugar a dramatizaciones novelísticas a las que últimamente se nos quiere acostumbrar; si acaso, en esta obra se percibe una preocupación en ocasiones excesiva por razonar en términos psicológicos. Pero rescatar del olvido la figura de Rebatet supone estudiar la colaboración no en razón de la presión o de los requerimientos del ocupante, sino como un fenómeno engendrado en la propia Francia de entreguerras, en la crisis de su democracia. La resistencia fue sin duda una heroica demostración de patriotismo y antifascismo, pero Vichy y el colaboracionismo fueron también productos franceses.

REBÉRIOUX, MADELEINE (dir.): *Fourmies et les premier mai*, Editions de l'Atelier/Editions Ouvreres, París, 1994, 460 pp.

El primero de mayo de 1891 se saldó en la pequeña ciudad de Fourmies, muy cercana a la frontera belga y con una importante industria textil, con nueve obreros muertos a manos del ejército francés. Hechos como que entre los muertos hubiese niños y mujeres -una de las cuales se disponía a entregar un ramo de flores a los soldados que se aprestaban a disparar-, o que éstos utilizaran por primera vez en la Francia metropolitana el Lebel-arma que hasta entonces sólo había sido empleada en contiendas coloniales-, contribuyeron a elevar el trágico suceso a la categoría de símbolo de manera inmediata. Símbolo no sólo para la clase obrera, sino para las más diversas fuerzas políticas francesas y al servicio de intereses claramente divergentes.

Este libro -que recopila las comunicaciones presentadas al coloquio *Fourmies 1891-1991*, organizado para conmemorar el centenario de los acontecimientos- trata explícitamente de recuperar para la memoria histórica unos hechos que el tiempo y los historiadores han convertido en simple cita puntual en los manuales al uso.

Al estudio y contextualización de los hechos se dedican las dos primeras partes del libro, con notable éxito en la mayoría de los trabajos a la hora de trascender la simple historia local: desde la vida cotidiana obrera hasta el crecimienito industrial de la ciudad; desde los reflejos en el ámbito local de las divisiones y confrontaciones políticas de la III República hasta el estudio de un movimiento sindical pujante, que acaba de redescubrir el internacionalismo, pero excesivamente fragmentado; desde la preparación de la jornada en Fourmies y en el resto de Francia por parte de unas fuerzas obreras sin unidad de acción y que se debaten entre la fiesta y la lucha hasta unas organizaciones patronales que diseñan respuestas que van de una temerosa tolerancia a una temeraria intransigencia.

Las repercusiones que los hechos de Fourmies tuvieron en su momento están también presentes en este libro, en forma de análisis realizados por la prensa republicana, conservadora, boulangista, radical, guesdista o libertaria, pasando por Jaurès, Lafargue o el subprefecto y cura de Fourmies, representante de aquel oportunista sindicalismo «mixto». Se nos muestra, en fin, el tratamiento que de los su-

cesos hicieron los poderes públicos, en forma de debate parlamentario y de proceso judicial.

El resto del libro quizás resulte excesivamente disperso. La tercera parte se dedica a las tensiones sociales en la Europa noroccidental de finales del ochocientos, y en ella se reúnen cuatro aportaciones sobre Bélgica, las regiones de Charleroi y Calais y la andadura política del Partido Socialista Republicano entre 1887 y 1889. La cuarta estudia alguno de los primero de mayo trágicos: Chicago 1885-1887, Varsovia 1905 y París 1919. Y, por último, la quinta se ocupa de la historia del primero de mayo en diversos países (Alemania, Suiza, Italia y Brasil), con un interesante trabajo sobre las Internacionales y la celebración obrera.

Fourmies et les premier mai reivindica explícitamente la historia obrera en sí misma. En su debe hay que anotar sobre todo la desigualdad de nivel y ambición entre los distintos trabajos que integran el volumen, y también entre las partes que lo conforman. Disimetrías que, en todo caso, son difícilmente reductibles cuando de publicar los resultados de un coloquio se trata.

Xesús Balboa

KIRK, NEVILLE: *Labour and Society in Britain and the USA*. Volumen 1: *Capitalism, Custom and Protest, 1780-1850*. Volumen 2: *Challenge and Accommodation, 1850-1939*, Scholar Press, Aldershot, 1994, 226 y 424 pp.

No son frecuentes los estudios de historia comparada de las organizaciones y luchas obreras. A lo más que suele llegarse es a la publicación de obras colectivas, cada uno de cuyos capítulos aborda por separado un país o un territorio, mientras se deja a la introducción del editor, o a la imaginación del lector, la tarea de establecer las semejanzas y diferencias entre los distintos casos, y la aún más ardua de buscar las causas de los paralelismos y contrastes. En ese panorama, la primera virtud del libro de Neville Kirk reside en su explícito enfoque comparativo: la obra no es sólo una brillante síntesis de la bibliografía más reciente sobre la evolución de los movimientos obreros en Gran Bretaña y los Estados Unidos desde fines del siglo XVIII hasta los albores de la Segunda Guerra Mundial, sino que incluye además análisis detallados de las semejanzas – a juicio del au-

tor, abundantes- y las diferencias -menos intensas de lo que habitualmente se ha supuesto-- entre los dos recorridos.

El planteamiento de Neville Kirk, que para muchos lectores puede suponer un segundo aliciente, corresponde a una línea historiográfica bien definida: la tradición del materialismo histórico que desde Marx hasta David Montgomery, pasando por hitos tan destacados como Thompson (a cuya memoria está dedicado el primer volumen), Williams o Hobsbawn, ha combinado el estudio de los aspectos materiales de la vida obrera con el análisis del desarrollo de la «experiencia», la conciencia y las pautas de comportamiento de esta clase. Lo cual determina un esquema bien conocido en la presentación de los datos y la definición de las causas; un esquema que, como el propio autor ya había puesto de manifiesto en un conocido artículo sobre el cartismo (publicado en castellano en la revista *Historia Social*), o en su libro sobre el reformismo de los obreros ingleses en la segunda mitad del siglo XIX, está en clara contradicción con las aportaciones recientes de los historiadores «postestructuralistas» (para utilizar su propia denominación). Aquí se encuentra probablemente el punto más débil de la obra que comentamos. La vinculación del autor a 10 que podríamos llamar la ortodoxia «thompsoniana» le lleva a despreciar otras aportaciones, en especial las de quienes han puesto en primer plano el examen del lenguaje y el discurso político a la hora de estudiar algunos movimientos radicales ingleses de la primera mitad del XIX. De la misma forma, su insistencia en las semejanzas entre Gran Bretaña y Estados Unidos le obliga a una crítica, quizá excesiva, de las afirmaciones habituales sobre el carácter «excepcional» de la trayectoria del movimiento obrero americano.

Una cierta dosis de dogmatismo, en suma, que no es obstáculo para que este libro sea a partir de ahora una obra de referencia casi ineludible para el estudio de las luchas obreras en los dos países y un destacado ejemplo de las virtudes de la historia comparada.

Manuel Pérez Ledesma

HALPEHN PEHEIHA, MIHIAM: *Das revoluções liberais ao estado novo*, Editorial Presença, Lisboa, 1994, 267 pp.

La historia contemporánea de Portugal, tan repleta de paralelismos con la española, también los tiene en su desarrollo historiográ-

fico. El *estado novo* salazarista, como aquí aconteciera durante la época franquista, orilló cuanto pudo la atención de las ciencias sociales hacia la historia reciente, privilegiando la historia de la época medieval y de los descubrimientos. Sólo hacia el final de la dictadura y, de modo especial, a partir de la revolución de abril del 74, se abrió un gran debate sobre la ubicación de Portugal en el mundo contemporáneo, superador de aquel implícito «sebastianismo historiográfico» que merodeó por las conciencias portuguesas desde, al menos, la crisis del Ultimatum. Debate, desde luego, más firme que el iniciado entre nosotros sobre la formación de la España contemporánea que, salvo quizás en el campo de la historia de la economía, se ha dado por cerrado de forma prematura. Sirva de ejemplo el de la revolución burguesa.

En esta renovadora visión del Portugal contemporáneo tiene un papel central la obra de Miriam Halpern Pereira, desarrollada de modo continuado y sin digresiones, desde principios de los años setenta, en que se publica su celebrado *Livre-Cámbio e desenvolvimento economico* (1971), hasta la más reciente edición de las *Obras de Mouzinho da Silveira* (1989), pasando por la dirección de la revista *Ler Historia*, activa desde 1983. La mayor parte de su obra es muy desigualmente conocida en España, aunque haya visto traducida una pequeña parte, en su *Política y economía* (Ariel, 1984). Por eso no está de más llamar la atención sobre este nuevo libro, recién aparecido en Portugal.

En realidad, se trata de una recopilación de trabajos realizados a lo largo de casi dos décadas, desde la preocupación por el consumo y niveles de vida, que data de 1973, hasta las más recientes reflexiones sobre la historiografía portuguesa o la política migratoria. Pero el asunto que retiene mayor atención de la autora es, sin duda, el desentrañar la naturaleza de la revolución liberal portuguesa, al que se dedica más de la mitad de la obra. Porque el problema que emerge, de forma intermitente, en todo el libro es el de formalizar un modelo interpretativo de la transición portuguesa del Antiguo Régimen a la sociedad capitalista.

En esta interpretación, ya ensayada con éxito en su primer libro de 1971, aparecen de forma reiterada dos aspectos sustantivos. El primero es la naturaleza agraria del desarrollo capitalista portugués contemporáneo, atribuido de modo especial a hegemonía alcanzada por la agricultura extensiva de Alentejo y la especializada viticultura de

la región del Duero. El segundo se refiere a la profundización de la condición periférica de Portugal en su inserción en la economía capitalista mundial, debida de forma directa a la política de libre cambio impuesta por los sucesivos tratados comerciales con Inglaterra. En consecuencia, el resultado de las revoluciones liberales es la destrucción, aunque no de forma plena, de la estructura del Antiguo Régimen, para, a continuación, penetrar Portugal en un esquema de desarrollo económico periférico y dependiente.

La novedad de este paradigma historiográfico está en que supera la visión acuñada por la intelectualidad republicana portuguesa (en especial, Antogio Sergio) del «decadentismo» portugués como corolario de su fracaso como imperio colonial y, por tanto, rastreado ya en el siglo XVII. Frente a esta interpretación, Mirian Halpern Pereira traslada el debate hacia el fracaso de la burguesía liberal industrialista en la primera mitad del siglo XIX, su claudicación frente a los grupos exportadores agrarios (y, *deinde*, frente a Inglaterra) y su incapacidad para llevar adelante una vía más nacionalista (en la que el proteccionismo arancelario sería una de las alternativas) de construcción del Portugal contemporáneo. Resulta evidente que de este libro, como del conjunto de la obra de la autora, se pueden extraer abundantes puntos de historia comparada con la evolución de la España del siglo XIX.

Estas tesis sobre la formación del Portugal reciente han sido objeto de réplicas y disensos, que tampoco se ocultan en las reflexiones historiográficas que se recogen en este libro. Son de especial relieve las que proceden tanto del ámbito de la historia de la economía (Jaime Reis) como, y ello tiene su lógica, de la escuela de Magalhaes Godinho (Justino). Pero el atractivo de este libro está, precisamente, en que se apuntalan con nuevos argumentos los pilares interpretativos echados a andar hace casi un cuarto de siglo. No está de más reconocer esta coherencia en tiempos como los presentes, de anarquismo metodológico y de pensamientos, más que débiles, sujetos al girar de los vientos.

Ramón ViLLares

BOURKE, JOANNA: *Working-Class Cultures in Britain 1890-1960. Gender, Class and Ethnicity*, Routledge, Londres, 1994, 275 pp.

Estamos ante un trabajo representativo de la más reciente historia social británica, que podemos definir como ambiciosa, compleja y ecléctica, preocupada por espacios, conflictos, grupos y roles poco atendidos por la historiografía tradicional. El estudio de las clases rompió hace tiempo con los ámbitos estrictamente organizativos o políticos para adentrarse en los privados y cotidianos. A dicha tendencia responde claramente este libro de Bourke, que se interroga sobre el hecho de que desde los años setenta gran parte de la clase trabajadora, nada menos que el 60 por 100 de los afiliados sindicales, deposite su confianza política en opciones diferentes del autoproclamado Partido del Trabajo. Su conclusión es clara, en negativo: no se explica por la pérdida de importancia de las viejas formas de trabajo industrial, tampoco por un simple cambio ideológico. Porque, al igual que a principios de siglo, la identificación de clase se mantiene con fuerza, pero sólo fuera de la escena política. La razón de esta vigencia hay que buscarla en que ahora, como antes, el ámbito de identificación de la clase no es político o ideológico, sino privado, localizado en el cuerpo, el hogar y el ámbito local.

Esta premisa remite, por tanto, la solución a otro ámbito explicativo. De lo que se ocupa la autora es de estudiar la construcción de la identidad subjetiva de la clase trabajadora británica que, una vez definida como clase *para sí* a finales del XIX, fue capaz de mantener a lo largo del presente siglo esa identificación, en medio de enormes mudanzas sociales, culturales y económicas.

La autora empieza por interrogarse sobre la definición del concepto de clase, como toda historia social que se precie, y lo resuelve delimitándolo de un modo complejo. Integra lo privado con lo político, lo femenino con lo masculino, y el consenso con el conflicto interno, la solidaridad de clase con la insolidaridad. Siguiendo el magisterio de Thompson, concibe la identidad de clase como social y cultural más que como institucional y política, de ahí el papel que otorga al género y a la etnicidad en su análisis. Su reflexión de partida se sustenta en la necesidad de ubicar a las mujeres y a las minorías étnicas en el seno de las clases subalternas. Sobre esta base adopta una posición ecléctica y poco dogmática que ofrece resultados de interés.

Su tratamiento de la clase no implica un esfuerzo de objetivación, propio de quienes definen la clase *en sí*, de acuerdo con indicadores económicos, características socioeconómicas o categorías socioprofesionales. Ni siquiera atiende a la conciencia en un sentido político, aunque sí lo hace en cuanto sentimiento (íntimo) de pertenencia; porque como intenta demostrar, la posición de la clase procede de la rutina diaria, presente y heredada, de la vida cotidiana.

La desaparición de la pobreza, primero, y el desarrollo después del Estado de Bienestar habrían conducido, a juicio de algunos autores, a un aburguesamiento de la clase obrera tradicional, volcada ahora en el consumismo y alejada de su posición de clase revolucionaria. La propia política laborista sería, por tanto, la principal culpable del deterioro de la cultura obrera de clase. Lo que Bourke demuestra es que la gente sigue pensando en términos convencionales de clase a pesar de los cambios del siglo y de la mejora generalizada de las condiciones de vida que experimentaron los trabajadores, las trabajadoras y sus familias. Eso es lo que la autora pretende explicar: por qué se mantiene esa identificación hasta el momento presente; cómo se desarrolló esta construcción histórica de clase basada en la experiencia y en los ámbitos privados, familiares y comunitarios, a través del cambio de siglo, dos grandes guerras, y en unas cambiantes condiciones económicas y sociales.

El libro se articula, con originalidad expositiva, en cinco capítulos que tratan los distintos ámbitos en que se genera la identidad de clase cultural y socialmente, y los espacios en que se desenvuelven los roles sociales. Desde los ámbitos más cotidianos y restringidos del individuo y la pareja a la nación como un espacio ideal. Cada capítulo, dedicado a uno de los aspectos que nuclea su estudio, posee unidad y coherencia, y constituye en sí mismo un ámbito de análisis histórico diferenciado: el cuerpo, el hogar, el mercado, la localidad y la nación.

En el primero analiza conductas y aprendizajes sexuales, relaciones matrimoniales; constata las diferencias corporales y de vestimenta entre las clases trabajadoras y las burguesas. Concluye argumentando la capacidad de adaptación a los cambios y a las nuevas teorías sexuales por parte de los trabajadores, que incorporan aquellos elementos más próximos a su cultura y comportamientos tradicionales. En el segundo se ocupa del papel de la mujer en el hogar, de la violencia y el empleo del tiempo libre hogareño, para observar que

el trabajo de casa de las mujeres dista de ser invisible, por el contrario' para las mujeres el trabajo doméstico bien hecho constituía la base más importante de su poder en el vecindario. Entre las clases trabajadoras, por último, el hombre violento, distante, que trata a la mujer exclusivamente como criada, constituye históricamente una excepción frente al amable y hogareño. En los siguientes capítulos atiende a los conflictos internos, en relación con el mercado primero, y a aquellos factores que contribuyen a disolver las clases más que a polarizarlas (guerra, desempleo, educación...), para concluir que son las mujeres las que en ese contexto de desidentificación mantienen más sensibilidad por conservar las diferencias de clase. Respecto del ámbito local, lo más destacado es su argumentación en el sentido de que la comunidad de la clase obrera constituye una construcción retrospectiva. Lo que denomina identidades de acción (colectiva) son para la autora menos evidentes de lo que suele afirmarse: incluso cuando se desarrollan continuamente en el mismo espacio no pueden sobreponerse a las dificultades inherentes a una sociedad crecientemente competitiva. Por último, la nación, como espacio ideal, es puramente ilusoria como ámbito de desarrollo de la clase trabajadora. En este ámbito atiende más a los elementos de conflicto que a los de cohesión, analizando a los diferentes grupos étnicos y culturales británicos en el seno de la clase obrera para concluir que la británica es una identidad ciertamente frágil. Sus conclusiones en este punto son ciertamente contradictorias con las del reciente libro de Rubinstein (que comentamos en este mismo número), quizás porque su sujeto de estudio es también diferente.

A pesar de la densidad de la obra, la autora se empeña en hacerse entender con una vocación didáctica que constituye uno de los valores del volumen, concebido en realidad como un libro de texto, en el que los objetivos didácticos se construyen sobre los resultados de las investigaciones propias o ajenas, echando mano de un importante aparato bibliográfico. Formalmente resulta un trabajo bien documentado e inteligentemente narrado, que aporta además gran número de tablas, textos y una bibliografía escogida y brevemente comentada en cada capítulo. En última instancia, el objetivo central del libro trasciende al título, al ocuparse de analizar el carácter de los cambios históricos del siglo XX, a partir de un observatorio privilegiado, cual es el objeto de estudio de la clase obrera británica, desde una aproximación compleja y multifactorial.

El riesgo de este tipo de trabajos siempre tiene que ver con la desfiguración del objeto de estudio y lo que se da en llamar el desmigajamiento de la historia. No estamos ante ese negativo modelo, aunque el recurso al caso, a la experiencia singular de la historia de vida que unas veces ilustra y enriquece la narración, hace resentirse en otras los argumentos de la autora, fundamentados, no obstante, en sólidas bases documentales.

Lourenzo Fernández Prieto

CAMBLE, ANDREW: *The Free Economy and the Strong State. The Politics of Thatcherism*, Macmillan, Londres, 1994.

El thatcherismo ha sido uno de los principales fenómenos políticos de los años ochenta. Más allá de la prolongada presencia de Margaret Thatcher al frente del gobierno británico, entre 1979 y 1990, con sus radicales efectos sobre la respuesta del Reino Unido a la crisis económica y con su entronización de un determinado estilo de entender la acción pública, el thatcherismo ha convertido los dispersos proyectos de la llamada «nueva derecha» en un conglomerado ideológico que ha servido y sirve de referencia obligada a cualquier proyecto político dentro y fuera de la sociedad británica. Se puede afirmar que el neoliberalismo ha sustituido como interlocutor intelectual omnipresente al marxismo en este fin de siglo, y por ello la experiencia de gobierno de los conservadores en el Reino Unido —su aplicación política más comprometida y prolongada— atrae un amplio interés, que a veces se ha tornado desde la misma orilla política y desde la contraria en auténtica fascinación. No es éste, salvo si el pecado subyace en la elección inicial del tema de investigación, el caso de Andrew Camble, politólogo británico, que en 1988 sacó a la luz una primera edición del libro que comentamos y que en 1994 lo ha revisado y ampliado de manera sustancial.

The Free Economy and the Strong State constituye en mi opinión una obra ejemplar de «historia reciente». Enmarca el proyecto de renovación del conservadurismo británico en la «crisis de hegemonía» del orden de posguerra: la quiebra de los elementos que habían sostenido el equilibrio de las relaciones internacionales desde 1945, las disfunciones del fordismo británico, la crisis económica de 1973, el agotamiento de un determinado modelo socialdemócrata, las contra-

dicciones entre el sistema político y las transformaciones sociales y económicas y la progresiva pérdida de eficacia de la política económica keynesiana. En dicho contexto reconstruye la genealogía y el auge del nuevo pensamiento económico liberal y su complicado matrimonio con el conservadurismo político, en especial con un conservadurismo tan poco propenso a la definición ideológica como el *tory*. Camble organiza su estudio, tras la amplia introducción, en cinco partes. En primer lugar un detallado seguimiento del ascenso de Margaret Thatcher al poder en el Partido Conservador y desde éste al gobierno (capítulo 3), en el que entra tanto en los elementos personales --no se puede olvidar que significativamente la «dama de hierro» ha prestado su nombre al nuevo conservadurismo británico-- como en los impersonales de su éxito. En segundo lugar la descripción de la acción política de los gabinetes presididos por Thatcher entre 1979 y 1990 (capítulo 4). De aquí salta a la interpretación del contenido ideológico del thatcherismo, los conflictos a que dio lugar dentro del conservadurismo y la explicación de sus logros, objetivos y límites en el marco de la tradición política *tory* (capítulo 5). Llega así al elemento teórico central de la obra, el concepto gramsciano de hegemonía y su polémico empleo para la caracterización del thatcherismo como proyecto político destinado a acabar con el «Estado socialdemócrata» --gestionado por laboristas y conservadores, con escasas diferencias prácticas, desde el fin de la Segunda Guerra Mundial-- y a establecer las condiciones objetivas para un prolongado liderazgo conservador (capítulos 6 y 7). Camble repasa y critica la abundante bibliografía sobre el fenómeno Thatcher, contraponiendo las visiones que se derivan del estudio de su ideología y del de su práctica en el poder, y del análisis de las líneas maestras de su acción en las dos primeras legislaturas de mayoría conservadora y en la de declive, entre 1987 y 1990, que se resolvió finalmente en la dimisión de la Primera Ministra. Un ejercicio muy completo, en el que se somete a disección la política económica, las relaciones internacionales, las reformas institucionales y los pronunciamientos y acciones concretas --separados, sin duda, por un profundo abismo-- sobre la «sociedad permisiva» y la restauración de las instituciones tradicionales, en particular de la familia. Camble contrapone inercias y transformaciones estructurales, continuidades y «revoluciones» conservadoras, voluntad y condiciones reales de la acción política, para evaluar el alcance, las consecuencias y los límites del thatcherismo. La ofensiva

antisindical, la política industrial, la política social, la política europea..., van siendo sumariamente examinadas en el marco de la búsqueda de la hegemonía conservadora, hasta recomponer un rompecabezas en la que el propio discurso de la líder y de su entorno, así como el de sus rivales laboristas, son otras piezas y no el principio ordenador. Una reflexión en la que la mirada histórica, la visión de largo plazo, predomina sobre las contingencias inmediatas de la vida política, y la integración de enfoques sustituye a la parcelación tan cara a algunos de los «nuevos historiadores», con el resultado de ofrecer una interpretación discutible pero sutil y abierta del «neoconservadurismo» y su potencial político en esta fase terminal del siglo XX.

Juan Pan-Montojo

BRADFÜRD JR., COLIN I. (ed.): *Redifining the State in Latin America*, Organization for Economic Co-Operation and Development, París, 1994, 273 pp.

Desde hace años, uno de los temas más debatidos entre políticos y científicos sociales ha sido el Estado, su formación, evolución y perspectivas. La configuración de los nuevos conjuntos comerciales (CEE, TLC, Merco Sur) más allá de las fronteras políticas, junto con la crisis económica por la que han pasado la mayoría de los países de América Latina, con mayor o menor intensidad en la década de 1980, ha fomentado el desequilibrio entre la espacialidad política y económica (mercados nacionales), y ello se ha traducido en la aceleración del resquebrajamiento interno de conceptos y actitudes considerados inmutables hasta la fecha, como es el caso del nacionalismo. Las tesis neoliberales de reducción de la dimensión del Estado han ayudado a acelerar algunos procesos, cuando no a inducirlos. Las crisis políticas y de identidad de la Europa del Este, la extensión de los fundamentalismos, el recrudecimiento de las tensiones étnicas, los problemas de la gobernabilidad y la vigorización de los enfrentamientos religiosos, no son sino algunas muestras de las resquebrajaduras del modelo de Estado-Nación manejado como una entidad inamovible en el tiempo y en el espacio por muchos de los científicos sociales y los políticos hasta hoy. Multiculturalismo, pluralidad y diversidad se están convirtiendo, en consecuencia, en los conceptos esenciales para entender las verdaderas dimensiones de la «crisis del Estado».

Este libro recoge los resultados obtenidos en las discusiones del Cuarto Foro Internacional sobre las perspectivas de América Latina celebrado en París en noviembre de 1993, bajo el auspicio del Banco Interamericano de Desarrollo y el Centro del Desarrollo de la OCDE. El propósito de dicho encuentro fue reunir a expertos del mundo académico, responsables políticos y líderes de opinión a fin de cambiar puntos de vista y debatir sobre la situación del Estado y sus perspectivas a corto, medio y largo plazo en América Latina.

En los textos de las ponencias se subraya de forma explícita que la crisis del Estado en América Latina es real tanto desde la perspectiva fiscal como funcional, por lo que se necesita un entendimiento desapasionado de las limitaciones heredadas del pasado para poder superar las constricciones que amenazan con cronificarse en el futuro. El regreso de la democracia a la región significa que la redefinición del Estado ha dejado de estar en las manos exclusivas de los grupos de élite para pasar a la sociedad en su conjunto. La forma en cómo estos cambios afectarán a la organización económica y a la gobernabilidad en América Latina en el nuevo escenario del fin de la Guerra Fría es el tema central de las contribuciones que se recogen en este volumen. Quizá una de las más importantes conclusiones a las que se llegó en la reunión con el consenso de todos los participantes fue la comprobación de que, si bien los viejos patrones de industrialización proteccionista han quedado obsoletos en el actual clima de globalización competitiva, también es verdad que las fuerzas del mercado no son suficientes para resolver los problemas económicos y sociales que enfrentan las sociedades latinoamericanas. En un mundo en el que durante la década perdida de 1980 el número de pobres ha crecido de forma tan alarmante, el Estado no puede desear su responsabilidad de reducir las crecientes tensiones sociales generadas por la desigual distribución en el ingreso.

Se trata sin duda de un libro importante no sólo por su contenido, sino por la representatividad de quienes realizan las afirmaciones.

Pedro Pérez Herrero

CARMAGNANI, MARCELLO: *Estado y mercado. La economía pública del liberalismo mexicano, 1850-1911*, El Colegio de México, Fideicomiso Historia de las Américas, Fondo de Cultura Económica, México, 1994, 439 pp. ZEBADÚA, EMILIO: *Banqueros y revolucionarios: la soberanía financiera de México, 1914-1929*, El Colegio de México, Fideicomiso Historia de las Américas, Fondo de Cultura Económica, México, 1994, 382 pp. CÁRDENAS, ENRIQUE: *La hacienda pública y la política económica, 1929-1958*, El Colegio de México, Fideicomiso Historia de las Américas, Fondo de Cultura Económica, México, 1994, 230 pp.

El papel que el gasto público tiene en el crecimiento económico es un tema recurrente en las discusiones académicas entre historiadores y economistas. Sobre América Latina se disponía hasta el momento de una vasta literatura dedicada a analizar -en general sin una sólida apoyatura empírica- las consecuencias de las políticas populistas. Para el caso mexicano no se contaba con un estudio sistemático que evaluara el papel que ha desempeñado la hacienda pública en el desarrollo económico del país desde mediados del siglo XIX hasta la actualidad, partiendo de planteamientos científicos sólidos.

El Fideicomiso Historia de las Américas de El Colegio de México, dirigido por Alicia Hernández Chávez, ha venido trabajando en los últimos meses en el estudio de cómo las distintas políticas fiscales han impulsado el crecimiento y la promoción social entre 1877 y 1994. Como resultado de estas investigaciones acaban de aparecer los tres primeros volúmenes de una colección de seis.

La lectura de estos textos permite plantear, en términos completamente nuevos para la historiografía mexicanista, la evolución de la relación entre el Estado y el mercado, y hasta qué punto esta relación significó un aumento de los servicios públicos y una promoción del crecimiento económico. Elaborados sobre la base de una reconstrucción pormenorizada de las fuentes fiscales, ofrecen al lector la suficiente información para explicar de forma convincente de qué modo nacieron las finanzas mexicanas modernas en el curso de la segunda mitad del siglo XIX y de cómo se luchó para que el gasto público sirviera de promoción económica y social.

El magnífico trabajo de Marcello Carmagnani pone de manifiesto cómo el nacimiento y desarrollo de las políticas de presupuesto impulsadas por los planteamientos liberales de la segunda mitad del si-

glo XIX permitieron conjugar la acción financiera y política del Congreso y del gobierno para ofrecer una serie de bienes o servicios públicos a toda la comunidad nacional. El nuevo vínculo que se establece entre presupuesto y oferta de bienes públicos constituye el elemento central del análisis.

Emilio Zebadúa estudia de qué modo la organización de los gastos y los ingresos de los regímenes revolucionarios (Carranza y posteriormente la dinastía sonorenses), las negociaciones de la deuda, la creación del Banco de México, junto con la nueva coyuntura internacional (Gran Depresión), la política exterior de las grandes potencias (especialmente la de Estados Unidos) y la política interna de México ayudaron a definir la soberanía del país.

Enrique Cárdenas analiza el desarrollo de la economía mexicana desde el crac de Wall Street de octubre de 1929 hasta el inicio del período del denominado desarrollo estabilizador a fines de la década de los cincuenta, con especial referencia al papel que desempeñaron las finanzas públicas. El autor demuestra que la política fiscal de Cárdenas no fue tan expansionista como sostiene la historiografía tradicional, sino que se benefició de la tendencia creciente del ciclo económico. Paralelamente, también sostiene que las finanzas públicas no se caracterizaron en ese período por un déficit elevado, como muchos historiadores mantienen. De forma contundente prueba que incluso hubo años de superávit fiscal, por lo que no puede sostenerse que el gasto público fuera el causante del proceso inflacionario. En consecuencia, propone que fueron los ciclos macroeconómicos externos los que causaron la mayor parte de las fluctuaciones de los precios internos.

Si el objetivo final de la ciencia de las finanzas públicas es promover el mejor uso de los recursos fiscales para responder a más servicios públicos, la información que contienen los textos de la presente colección demuestran que en el caso mexicano (con la excepción del período 1970 a 1982, coincidente con los gobiernos de Luis Echeverría y José López Portillo) la acción de los responsables de la hacienda pública ha sido satisfactoria.

Se puede concluir que se trata de una colección bien concebida y excelentemente trabajada por sus distintos autores, que debe conocer no sólo el interesado en las cuestiones mexicanas, sino todo aquel que se pregunte por las relaciones entre Estado, mercado y ciudadanía.

Pedro Pérez Verrero

ANNINO, ANTONIO; CASTRO LEIVA, LUIS, YGUERRA, FRANÇOIS-XAVIER (eds.): *De los Imperios a las Naciones: Iberoamérica*, IberCaja, Zaragoza, 1994, 620 pp.

En 1988, Leandro Prados publicaba *De Imperio a Nación*, un excelente trabajo que estudiaba el proceso de crecimiento económico español entre 1780 y 1930. Y prestaba especial atención a las consecuencias que la pérdida del Imperio supuso para la economía española. Hoy se publica *De los Imperios a las Naciones*, uno de los últimos productos de los fastos del 92, que nos propone una mirada distinta sobre el tránsito provocado por la desaparición de los Imperios ibéricos. Distinta por la perspectiva asumida, las colonias y no la metrópoli, y distinta por el enfoque utilizado, Historia Política e Historia de las Ideas, en vez de Historia Económica. La inclusión de Brasil, tratado por José Murilo de Carvalho y Richard Graham, le otorga al libro una perspectiva integral poco frecuente en entregas de esta naturaleza.

El objetivo central de los veinticinco artículos agrupados en las 620 apretadas páginas que integran el libro es el estudio de la Nación y de los ciudadanos, en un loable intento de recuperar la Historia Política en América Latina desde unas perspectivas renovadoras. Se trata de un propósito necesario y útil, dado el atraso, en términos comparativos, que atraviesa la Historia Política latinoamericana, que sin embargo comienza a conocer en los últimos años algunos avances espectaculares, entre los cuales hay que incluir algunos de los artículos de los veinticuatro autores que colaboran en este libro. Sin embargo, el carácter colectivo del mismo hace que sus resultados sean bastante desiguales, que se incluyan trabajos muy disímiles o que se intente cubrir un período cronológico demasiado extenso (se comienza prácticamente con el descubrimiento), lo que en resumen termina aportando bastante poco al conocimiento del problema tratado.

Una de las cuestiones centrales del libro es la desintegración de los Imperios ibéricos a principios del siglo XIX, un fenómeno acelerado por la crisis de sus respectivas monarquías y el surgimiento de nuevos sujetos sociales en un contexto de mutación histórica acelerada. Algunas de las preguntas clave son: ¿cuál es el nuevo sujeto en el que recae la soberanía?, ¿cómo se transmite la legitimidad a los nuevos gobiernos?, ¿por qué surgieron determinadas naciones y no otras

en un determinado marco de desintegración regional? y ¿cómo se conformaron las nuevas identidades colectivas?

Entre los principales aportes de la obra hay que señalar las cuestiones vinculadas con la construcción de la Nación y la formación de un pensamiento constitucional y pacifista; los problemas de soberanía y la ciudadanía (la invención del individuo en palabras de Luis Castro); el desarrollo de una «ideología nacional» o de un «imaginario colectivo», campo éste en el que se presta especial atención al papel jugado por la educación y la historiografía, o el surgimiento de nuevos grupos sociales y la «ampliación de la Nación».

Carlos D. Malamud

ROCK, DAVID (ed.): *Latin America in the 1940's. War and Postwar Transitions*, University of California Press, Berkeley, 1994, 302 pp.

La década de 1940 supuso para América Latina un período en el cual se consolidaron y fraguaron algunos de los cambios inicialmente planteados en la década anterior, algunos como respuesta a la Gran Depresión que había asolado al mundo a partir de 1929. El gran telón de fondo de esos años fue el estallido de la Segunda Guerra Mundial y la forma como evolucionaban las relaciones con los Estados Unidos en virtud de sus intereses estratégicos. A esto hay que sumar la irrupción del populismo (John French), la maduración de la clase obrera en algunos países, unido a un mayor protagonismo de los sindicatos (Paul Drake y Ian Roxborough) y la evolución de las políticas económicas (una mayor involucración y presencia del Estado en la economía) (Fitzgerald y Rosemary Thorp). Son éstas algunas de las cuestiones abordadas por los autores de este libro, especialmente Ruth Berins Collier, que insiste en una pregunta ya clásica: ¿la evolución histórica latinoamericana a lo largo de esos años dependió básicamente de la coyuntura interna, o por el contrario fueron los acontecimientos internacionales quienes condicionaron los distintos procesos de toma de decisiones?

Las necesidades bélicas de los Estados Unidos y la lucha contra el nazismo/fascismo, planteada en los términos de un feroz enfrentamiento entre la democracia y el totalitarismo, modificó la política de alianzas desarrollada por el Departamento de Estado. A esta situa-

ción hay que sumar la postura de la Unión Soviética y sus satélites, que habían decidido subordinar la lucha de clases a la derrota del fascismo. A la sombra de esta realidad se observa un retorno de los regímenes democráticos en numerosos países latinoamericanos, la posibilidad de que los sindicatos actuaran a la luz del día y la legalización de los partidos comunistas. Estas situaciones serán modificadas a partir del fin de la guerra, donde las antiguas alianzas serían recompuestas. Sin embargo, como muestran los diversos autores, la realidad era menos lineal y no en todos los países ocurrían las mismas cosas y de la misma manera.

Los trabajos reunidos por David Rock presentan distintas visiones de una época bajo la perspectiva de la Ciencia Política, la Sociología, la Economía y la Historia. En definitiva, estamos frente a un libro de gran utilidad que permite profundizar en algunos temas de una Historia bastante cercana, pero que ya comienza a producir importantes frutos historiográficos.

Carlos D. Malamud

DEVOTO, FERNANDO I.: *Le migrazioni italiane in Argentina. Un saggio interpretativo*, Istituto Italiano per gli Studi Filosofici, Nápoles, 1994, 194 pp.

Como en otro lugar indicó el autor de este texto, la historiografía española en torno a los movimientos migratorios transoceánicos ha padecido un relativo retraso respecto de otras, tanto europeas como americanas. Los evidentes esfuerzos de los estudiosos españoles por cubrir los importantes vacíos historiográficos que ese punto de partida implicaba han sido recompensados con trabajos muy relevantes aparecidos en las últimas dos décadas.

Aun así, textos como el que nos ocupa tienen un interés muy relevante para todos aquellos interesados en la emigración española a América por sus muy sugerentes reflexiones en torno a problemas que también aparecen en nuestros análisis e interpretaciones y, muy especialmente, por sus valoraciones historiográficas y metodológicas.

En efecto, Devoto señala desde las primeras páginas que el libro surge de la sistematización y ampliación de las lecciones dictadas en el Istituto Italiano per gli Studi Filosofici de Nápoles en abril de 1990, con especial atención a tres de sus más recurrentes intereses profe-

sionales: la dimensión historiográfica del problema migratorio, la relación entre las redes sociales y la identidad simbólica y el debate entre continuidad cultural e integración (p. 7). Este origen puede explicar la muy didáctica estructura interna de los distintos capítulos, iniciados con un planteamiento de los problemas sujetos a debate y cerrados con una aproximación al estado actual de la investigación y con el planteamiento de nuevas preguntas y necesidades abiertas por ésta.

La primera parte se convierte en un claro y crítico estado de la cuestión sobre la inmigración italiana a Argentina, señalando las aportaciones y las lagunas de los muy distintos enfoques utilizados, desde los más clásicos de Germani y Romero, a los más innovadores y recientes, resultantes en su mayoría de la aproximación microhistórica. De aquél, construido sobre fuentes oficiales y desde una concepción bipolar de la sociedad (la tradicional, identificada con lo nativo, frente a la moderna, vinculada al inmigrante), surgían dos hipótesis: la de que la inmigración era modernizadora de la sociedad tradicional argentina y la de la creencia en el éxito y la velocidad en la asimilación, formando el llamado «crisol de razas». El uso de nuevas fuentes y las nuevas aproximaciones ponen en duda algunas de estas hipótesis, como consecuencia de la mayor atención prestada a cuestiones tales como la continuidad de la experiencia migratoria y la diversidad cultural resultante de la llegada de inmigrantes, subvalorada hasta ahora por la imposición de los mitos nacionales argentinos (pp. 26-27).

El balance historiográfico elaborado por Devoto sirve de introducción a una serie de reflexiones sobre la dificultad de definir y comprender el objeto de estudio (la inmigración italiana). A este respecto se plantea la necesidad de poner en discusión la idea de una emigración de masas en estrecha relación con la expansión del capitalismo y radicalmente opuesta a una pretendidamente estática sociedad del antiguo régimen, que impide considerar la importancia de la larga tradición de los movimientos y de la cultura migratorios. De la misma manera, se llama la atención sobre los distintos resultados del acercamiento al problema de la inmigración desde la perspectiva nacional y la dimensión regional, y sobre la necesaria interrelación entre las áreas de partido y de llegada.

La inclusión en el análisis del sujeto, del emigrante italiano, abre la segunda parte de la obra, dedicada a la cadena migratoria, «me-

táfora» de las redes sociales del proceso migratorio. Devoto señala las ventajas que aporta el estudio de las cadenas migratorias, especialmente por lo que supone de retorno a la esfera de lo privado y de superación del marco de las políticas estatales, aunque no deja de señalar los problemas que suscita (ambigüedad del concepto, delimitaciones del espacio social de interacción...), por lo que propone una más estrecha relación entre el tipo de estructura familiar y la emigración.

Atendiendo al caso de la inmigración italiana a Argentina y repasando las más recientes aportaciones, Devoto señala cómo la cadena condiciona el modelo ocupacional y residencial, así como el comportamiento ocupacional y la endogamia, sin olvidar, entre otras cosas, el peligro de seguir esquemas muy generales e indirectos que den significados unívocos al reagrupamiento residencial en relación a la continuidad de las redes sociales. En última instancia, y tras las pertinentes consideraciones, llega a la conclusión de que el contexto originario (estructura familiar, forma de sociabilidad, etc.) influye en la naturaleza y en la fuerza de las redes sociales que atraviesan el Atlántico.

La tercera y última parte aborda la interesante cuestión de la identidad de inmigrante, de su imagen en la sociedad receptora y de su autoimagen, partiendo de la crítica a la tesis de la asimilación propuesta en su día por Germani. Las sugerentes reflexiones en torno a la construcción de la identidad cierran el libro de Devoto, que para el investigador español en temas de emigración puede constituir un ejemplo aleccionador de los resultados que pueden alcanzarse con la aplicación de nuevos esquemas de análisis, con miras más amplias que las que hasta ahora en nuestra historiografía se han utilizado.

Nuria Tabanera García

FERNANDES ALVES, J.: *Os Brasileiros. Emigração e retorno no Porto oitocentista*, Porto, 1994, 394 pp.

La historiografía portuguesa sobre temas migratorios se ha visto enriquecida durante las dos últimas décadas a través de la publicación de importantes contribuciones que abordan este fenómeno desde diferentes ópticas. A los trabajos ya clásicos de Serrão y Almeida se suman en los ochenta, entre otros, el de Arroteia y Rocha-Trini-

dade, en el que se recogía la producción anterior, y los de Amorim y Neto. Ya en los noventa las aportaciones realizadas por Baganha, que además de una monografía sobre la emigración portuguesa a los Estados Unidos elaboró una recopilación de fuentes, o los de Brettel, sobre algunos problemas concretos, culminan con el conjunto de publicaciones coordinadas muy recientemente por Halpern Pereira (*Emigração/Inmigração em Portugal*, 1993). Fue precisamente en esta compilación en la que, bajo el título *Lógicas migratorias no Porto oitocentista*, Fernandes Alves dio a conocer un avance de la obra, resultado de su tesis doctoral, que aquí reseñamos, y donde se analizan, desde una perspectiva económico-social, las corrientes migratorias de ida y vuelta entre el noroeste portugués y Brasil durante el siglo XIX, incidiendo especialmente en el período 1836-1879. Este lapso de tiempo coincide además con una serie de cambios decisivos a causa de la independencia brasileña, con las consecuentes alteraciones institucionales que trajo consigo, y de las necesidades del nuevo orden económico mundial que exigieron que Portugal llevase a la práctica diferentes reorientaciones internas y externas. En este contexto, según el autor, «*la emigración surge (y continúa) como síntoma de debilidad de las transformaciones sociales operadas, o por operar, como resultado del juego de las indecisiones colectivas y de las urgencias individuales*».

El libro se inicia con una serie de consideraciones teóricas sobre la *emigración* y el *retorno*, en las que intercala la especificidad del caso portugués, seguida de una extensa exposición de los principales problemas metodológicos en el abordaje y tratamiento de las fuentes utilizadas. Una extensa nómina de documentación administrativa, particular, relatorios de asociaciones, prensa y producción bibliográfica sirvió de base para la confección de una serie de ficheros informáticos (de emigrantes -122.081 registros de pasaportes del Gobierno Civil de Porto-, de retornados y de biografías) que constituyeron el núcleo central de la investigación, complementada con información procedente de testamentos, listas nominativas, noticias, correspondencia y legislación.

La tesis sostenida por Alves parte de que las relaciones Porto-Brasil, rastreando sus más remotos antecedentes, fueron el telón de fondo de un «modelo de información» que influyó en las decisiones personales y colectivas, dando lugar a la constitución de redes de emigrantes del noreste portugués desde los tiempos coloniales. Al produ-

cirse la independencia de Brasil, las vinculaciones entre ambos polos, y a pesar de la decadencia del intercambio comercial, se mantuvieron precisamente en base a las corrientes humanas. Los portugueses norteños establecidos ya en Brasil como comerciantes se resisten a recurrir a la mano de obra brasileña y llaman a los «*caixeiros da terra*», movilizándose las relaciones en cadena. Por otro lado, se apunta acertadamente el surgimiento de otro modelo migratorio paralelo propiciado por las propias políticas de atracción del nuevo país.

Puede decirse que Alves aborda en su libro, con absoluto rigor, toda la problemática del proceso migratorio en lo que se refiere al foco emisor: entramado social, causalidad, perfil de los emigrantes, legislación... Obviamente, y creemos que tampoco lo pretende, no puede acometer con la misma profundidad la problemática del foco receptor, ¹⁰ que correspondería a otra investigación. Y especialmente interesante nos parece el capítulo destinado al fenómeno del *retorno*. El papel asignado al *brasileiro* aparece analizado en su doble vertiente de dinamizador no sólo de nuevas cadenas migratorias, sino también de las sociedades de origen, teniendo en cuenta los diversos ciclos migratorios y los diferentes niveles de capitalización de los retornados.

Como resumen, la presente investigación contiene una extraordinaria riqueza para quienes se interesan por la multiplicidad de aspectos (demográficos, económicos, sociales...) inherentes a la dinámica de las migraciones. Por otro lado, el análisis efectuado desde la perspectiva regional, que, como subraya Alves, permite desde la especificidad del noroeste contribuir a la comprensión del fenómeno portugués, resulta también de gran utilidad para la posible formulación de una propuesta de los modelos migratorios europeos.

Pilar Cagiao Vila

POTTHAST-JUTKEIT, BARBARA: «*Paradies Mohammeds*» oder Land der Frauen? Zur Rolle Don Frau und Familie in Paraguay im 19. Jahrhundert, Bohlau Verlag, Colonia, \Weimar, Berlín, 1994, 520 pp.

Hoy en día son todavía pocas las investigaciones sobre Historia de la mujer en Latinoamérica, especialmente para el período posterior a la época colonial. Para cubrir esta laguna contamos ahora con el libro de la profesora de la Universidad de Bielefeld, Barbara

Potthast, sobre el papel de la mujer y de la familia en el Paraguay del siglo XIX. Tanto el título como el tema llaman sin duda la atención a primera vista, ya que Paraguay es de los países menos tratados por la historiografía de Latinoamérica. Sin embargo, el rigor metodológico del estudio y la amplitud de las cuestiones en él abarcadas hacen de este libro un trabajo de Historia Social de América Latina de sumo interés, en cuanto no solamente trata la historia de la mujer en el país sudamericano desde la Independencia hasta la Guerra de la Triple Alianza (1864-1870), sino que además analiza el conjunto de la sociedad paraguaya en el siglo XIX.

El interés de la autora por el tema tiene su origen en el papel que una historiografía nacionalista ha ido adscribiendo a las mujeres en la Historia de Paraguay, sobre todo en el curso de la Guerra de la Triple Alianza, cuando las mujeres paraguayas siguieron primero al derrotado ejército de su país en su retirada y más tarde jugaron un importante papel en la reconstrucción del país en la posguerra, habiendo desaparecido en el conflicto la mayor parte de la población masculina. Sin embargo, la autora reconstruye una visión desmitificada de la vida femenina, y centra sus cuestiones en la investigación de las estructuras familiares, las relaciones entre los géneros y la situación económica, social y política de la mujer, intentando desenmarañar la vida cotidiana de las familias paraguayas. De esta manera intenta explicar lo que denomina la «vía particular» de la sociedad paraguaya, que se distingue por la presencia de unas estructuras familiares caracterizadas por un alto porcentaje de mujeres solteras que figuran a la cabeza de sus hogares, así como por un alto porcentaje de nacimientos ilegítimos, más elevado de lo normal en el conjunto de la Latinoamérica de la época.

En una primera parte, la autora resume la situación de la mujer durante la Conquista y el período colonial. Como factor más determinante, Potthast-Jutkeit resalta el alto grado de mestizaje, poco común en el resto de Latinoamérica, en esa sociedad aislada y pobre, y con ello la fuerte influencia de la cultura guaraní en la configuración de la estructura familiar y en el reparto del trabajo entre los sexos, con la generalización del trabajo femenino en la agricultura familiar de subsistencia.

La segunda y principal parte del libro se dedica a examinar todos los aspectos de la vida de la mujer del siglo XIX. Aquí la autora analiza tanto el marco político como la demografía familiar; la situación

social, económica y legal de la mujer; las relaciones entre los géneros, y la vida de las mujeres de clase alta. Para abordar este amplio abanico de cuestiones, la autora utiliza ante todo datos demográficos extraídos de los censos de población, solicitudes de dispensa eclesiástica para contraer matrimonio y fuentes judiciales (pleitos civiles que tratan de cuestiones familiares). La imagen de la familia paraguaya se distingue así netamente de lo que era la familia europea de la época: el alto porcentaje de hogares encabezados por mujeres solteras, sobre todo en las ciudades, y la alta tasa de nacimientos ilegítimos indican la escasa difusión de la práctica del matrimonio y la normalidad de las relaciones extramatrimoniales. Esto se correspondía con una llamativa responsabilidad de la mujer en el ámbito de la economía de subsistencia familiar y en la organización de la vida cotidiana, posibilitada por un sistema de arrendamiento de pequeñas parcelas de tierras estatales que permitían su activa participación en la agricultura de subsistencia, la ganadería y la producción de bienes para la venta en los mercados locales. Los pases de viaje (otra fuente utilizada profusamente por la autora) testimonian también la alta movilidad de estas mujeres para la comercialización de sus productos. Los pleitos civiles, asimismo, nos demuestran que las relaciones «estables» con una pareja sin contraer matrimonio eran moneda común y aceptada socialmente. Por lo normal, ni estas *amistades* ni los hijos ilegítimos sufrían discriminación social. Los intentos por parte del Estado en 1840-1860 de imponer una serie de medidas para la *moralización* de la vida pública, obligando a las parejas a casarse o a separarse, acabaron en un relativo fracaso. Así queda comprobada una de las hipótesis centrales de la autora: que las actitudes sociales frente a la sexualidad no están sujetas a condicionantes políticos de corto alcance. Sin embargo, en lo referente a sus derechos legales y políticos, las mujeres paraguayas estaban sujetas a las restricciones usuales de la época, aunque, por ejemplo, la posibilidad de que la mujer pudiese interponer pleitos civiles (prohibida en teoría por la ley) muestra que las condiciones reales de la sociedad paraguaya contribuían a abrir espacios de independencia para la mujer, más allá de las disposiciones políticas o legales.

La tercera parte del libro trata de la vida de la mujer en la Guerra de la Triple Alianza y en el período de posguerra, caracterizado por la destrucción del sistema económico, una catástrofe demográfica y la miseria generalizada de la población. También se analiza el papel

primordial de la mujer en la reconstrucción del Paraguay de posguerra, rol reconocido en la discusión pública, pero que no fue acompañado por la concesión de derechos políticos más amplios a las mujeres. Por el contrario, algunos cambios en el sistema económico, como el cese del arrendamiento de pequeñas parcelas estatales a campesinos modestos, arrebataron a muchas familias la posibilidad de mantener su condición de subsistencia precaria.

El esfuerzo de la autora ha obtenido el fruto de un estudio de considerable interés, acompañado de un fluido estilo, argumento adicional para desear que en breve sea posible contar también con una traducción castellana. Tiene además el mérito de cubrir un vacío historiográfico, contando con una documentación muy fragmentaria (como así sucede al abordar la historia de Paraguay). El análisis de fuentes demográficas con criterios innovadores (documentado con un amplio apéndice estadístico y gráfico), así como su combinación con fuentes jurídicas, consigue ofrecer una vívida imagen de la realidad de la familia y de la vida de la mujer en Paraguay.

Henrike Fesefeldt

AVILÉS FARRÉ, JUAN: *Pasión y Farsa. Franceses y británicos ante la guerra civil española*, Eudema, Madrid, 1994, 229 pp.

Creo en deber manifestar a usted en estas circunstancias cuán íntimamente me siento unido en la gran crisis de su patria a las fuerzas leales y a su heroica lucha. Mas al propio tiempo me avergüenzo de que los países democráticos no hayan encontrado en esta situación la energía de que había necesidad para cumplir sus deberes fraternales. Tanto más altiva podrá mostrarse España si, no obstante aquella destrucción, y a pesar de la intervención de los poderes reaccionarios, puede victoriosamente sostener su libertad.

Estas palabras, escritas por Albert Einstein en una carta de adhesión a la causa de la República Española, y enviada al embajador de Washington, Fernando de los Ríos, ejemplifican hasta qué punto la guerra civil española llegó a convertirse en un episodio crucial para los ciudadanos europeos de finales de los años treinta y, por encima de todo, para sus cancillerías, empeñadas en restañar las heridas que, como la española, podían provocar una hemorragia generalizada en el enfermo cuerpo europeo.

¿Por qué la guerra civil cautivó tanto la atención? ¿Qué fascinación atraía a miles de combatientes a luchar en España? ¿Qué razo-

nes de índole interna o externa explican las actitudes de los diferentes gobiernos ante el conflicto? ¿Fue realmente una política de No Intervención? ¿Por qué Francia y Gran Bretaña tomaron partido por la política de apaciguamiento? ¿En qué medida el desenlace bélico español estuvo ligado al contexto de crisis de la seguridad colectiva y de viraje hacia la guerra de finales de los años treinta?

A todas estas preguntas intenta dar cumplidas respuestas esta *Pasión y Farsa*. Título certero para una investigación brillante, cuyo autor, Juan Avilés, reputado historiador de la política (con títulos como *La izquierda burguesa en la Segunda República* y *La derecha española contemporánea: el maurismo*, éste en colaboración con Javier Tusell), ya se había interesado antes por la historia de las relaciones exteriores españolas. Aunque ahora nos presenta un trabajo sobre las implicaciones exteriores de la guerra civil española de mucho más vuelo.

Los estudios de contextualización internacional del conflicto español han gozado de una larga tradición, que se remonta a los años de la contienda e inmediata posguerra. Españoles como Julio Alvarez del Vayo, Marcelino Domingo, Julián Zugazagoitia, y extranjeros como Walter Krivitsky, Norman Padelford, Franz Jellinek o Blythe, por citar sólo algunos ejemplos, dedicaron hace ya más de cincuenta años parte de sus memorias y escritos a estas vicisitudes. Y durante las tres décadas posteriores se siguieron publicando trabajos similares acerca de cuestiones tales como la intervención extranjera, la opinión pública, las brigadas internacionales, las ayudas militares o la diplomacia en relación con el conflicto español. Nombres como los de David T. Cattell, JIU Edwards, Michael Alpert, Angel Viñas, David Carlton, Andreu Castells, Glen T. Harper, Fernando Schwartz, David Wingeatte Pike, John Coverdale, Watkins, Jesús Salas Larrazábal, John P. Whiteley, Taylor, Richard Traina, Manfred Merkes, etcétera, se asocian a estos trabajos.

Aunque ha sido en los últimos quince años cuando la apertura de archivos ha permitido perfilar con trazos más objetivos y ricos en matices, lo que se han venido en denominar «condicionantes del entorno bélico español», con obras como las de Antonio Marquina, Dan Richardson, Powell, Car, Ismael Saz, Iva Delgado, César Oliveira, Jaime Martínez, Jim Fyrth, Carlos Serrano o Robert Whealey; y muy especialmente los de José María Borrás, Enrique Moradiellos o Douglas Little, que constituyen, a mi modo de ver, los precedentes más directos del libro de Juan Avilés.

Con ligeros matices, esta bibliografía ha puesto de manifiesto una verdad insoslayable: que el desenlace bélico español es impensable sin una vinculación con el contexto internacional en que se desarrolló y que la hizo posible (la convulsa Europa de entreguerras); sin una comprensión de los intereses (económicos, políticos, militares, estratégicos) de las potencias participantes (Alemania, Italia y la Unión Soviética), así como de sus apoyos diplomáticos y de los suministros bélicos dispensados a sendos contendientes; y, en fin, sin un entendimiento de la política, mitad *farsa* mitad *pasión*, desplegada por los gobiernos democráticos de Gran Bretaña y Francia.

Pues bien, con el punto de mira puesto en las actitudes francesa y británica, el libro de Juan Avilés apunta a recordarnos estas mismas cuestiones. Y lo hace con una investigación seria y rigurosa, profusa en detalles y datos (en ocasiones casi enfermiza, por cuanto apoya sus afirmaciones con hasta cinco y seis fuentes documentales distintas), que contrasta con la elegante sencillez de su estructura, máxime si se tiene en cuenta la dilatada documentación consultada (archivos, memorias, colecciones documentales diplomáticas, etc.) o el recurso pluridimensional al que apunta. El resultado es un libro fértil, ameno y de fácil lectura.

En este sentido, *Pasión y Farsa* participa de las cualidades a las que nos tiene acostumbrada la mejor historia de las relaciones internacionales. Es un trabajo que destaca por la sencillez en el tratamiento de los problemas y en el lenguaje, y que «se hace entender» con suma facilidad. Quizás porque el autor domina con maestría las fuentes. Y porque sabe presentarlas y engarzarlas en el discurso sin menoscabo de una argumentación trabada. Otra cualidad, emparentada con la anterior, reside en su capacidad globalizadora, vislumbrada desde los primeros capítulos por un lector que percibe la voluntad de Avilés de abordar todas las cuestiones, de no dejar cabos sueltos y preguntas sin responder: desde la secuencia de las decisiones más importantes adoptadas por las grandes potencias respecto al conflicto español, a la racionalidad o irracionalidad de dichas posturas (interés estratégico, precariedad de las alianzas, lucha ideológica...), pasando por los interrogantes que ofrecen cuestiones centrales como la práctica de la política de No Intervención, o periféricas como singladura de los aprovisionamientos militares, el reconocimiento de la beligerancia, el pacifismo o los apoyos solidarios a sendos contendientes por las sociedades británica o francesa.

Por ello, resumir en breves líneas la riqueza y erudición que alimenta sus apretadas doscientas páginas resultaría, cuanto menos, pretencioso. Sirva, sin embargo, de provocación a su lectura subrayar algunas de sus principales aportaciones.

La primera de ellas es, sin duda, la voluntad de Avilés de explicar la política de No Intervención (o de neutralidad benévola/malévola) desde una visión de conjunto muy fraguada: retraimiento norteamericano de los conflictos europeos, pacifismo y debilidad occidental frente al expansionismo y el nacionalismo exacerbado italiano y alemán, intervención soviética... El seguimiento de los acontecimientos es casi periodístico. Se sirve de telón de fondo de los avatares de la guerra de España (golpe militar, represión, Batalla de Madrid, Guadalajara y Guernica, caída de Cataluña, golpe de Casado y final de la contienda) para presentarnos con sumo detalle cómo se libró la otra batalla, la diplomática, con toda suerte de informaciones sobre sus protagonistas (Blum, Eden, Delbos, Chamberlain, Daladier...), la racionalidad de sus decisiones, o las consecuencias que éstas tuvieron sobre sus respectivas opiniones públicas.

El reto que se le planteaba a Avilés en este libro era precisamente éste: retomar algunas de las tesis avanzadas por Borrás o Moradiellos y presentarlas al lector como mucho más trabadas, como aportando una visión mucho más global, cimentada y contextualizada.

Que la guerra civil española fue vivida por la sociedad francesa (no tanto la británica) como una cuestión propia o que el asunto más debatido (por las implicaciones directas que tenía para Francia) fue la política de No Intervención, era de sobra conocido. Como también lo era que dicha política no impidió la masiva ayuda bélica de Italia y Alemania a los sublevados, ni tampoco la entrecortada y a veces poco operativa de franceses y soviéticos a la república; o que en el planteamiento de la No Intervención pesó la idea que de la política británica se hicieron los representantes diplomáticos franceses. La percepción de que esto fue así lo refrendó hace años la copiosa bibliografía existente. Mayor interés tenía, con todo, el averiguar, como pretende Avilés, el porqué y el cómo de esa política de «No Intervención relajada».

y *Pasión y Farsa*, con todo y ser deudora de esta bibliografía, tiene el mérito de tejer una atractiva exposición y de contemplar una radical novedad respecto a otros trabajos similares: ahonda en los acontecimientos y en *l'entourage* con una maestría y un rigor dignos

Noticias

de encomio. Y ello a pesar de la dificultad que plantea el lento desfile de un cortejo de políticos, diplomáticos, observadores, periodistas, intelectuales, bridadistas..., cuyas tomas de posición se entrelazan con la vertiginosa evolución de los acontecimientos españoles y europeos, militares y diplomáticos. Y sin improvisar razones políticas, estratégicas o ideológicas. Todo bien engarzado en el texto y con el punto de mira puesto para que el lector no perciba los cambios de ritmo.

La investigación incide, además, en cuestiones hasta el momento poco estudiadas con aportaciones de gran solidez acerca de la propaganda exterior de cada uno de los contendientes; la compleja trama de empresas e intermediarios de que se valían para la compra de material bélico, y sortear así tanto los servicios de espionaje como las acciones del Comité de No Intervención; el esfuerzo de organización de los comités de ayuda; o la vergonzante actuación de Francia y Gran Bretaña en las postreras jornadas del conflicto, cuando abandonaron a miles de refugiados a pesar de su formal promesa de evacuación y de contar con fuerzas navales preparadas para ello.

Mención aparte merecen, asimismo, los apartados que Avilés dedica al seguimiento de los debates suscitados por la guerra española, y vividos con gran pasión por grupos izquierdistas, conservadores, obreros, religiosos, etc., así como por intelectuales de la talla de Auden, Stephen Spender, Tullian Bell, Simone Weil o André Malraux, entre otros.

Por lo demás, el libro nos aporta una bibliografía completa y actualizada. Y, sobre todo, unas páginas conclusivas que ponen fin a unas ideas vertebrales: que la política de «apaciguamiento a cualquier precio» favoreció la victoria de Franco, y que la actitud francesa y británica debería juzgarse más que por lo que hicieron, por lo que pudieron hacer y dejaron de hacer unos gobiernos y unos diplomáticos, que no estuvieron a la altura de lo que las circunstancias demandaban.

El interés de estas conclusiones, sin embargo, apunta a recordarnos alguna de las sombras del libro. La sobrevaloración que hace el autor de la dimensión de la guerra civil en el proceso de crisis y desequilibrio del sistema de relaciones internacionales nacido en Versalles, quizás sea una de ellas. Británicos y franceses tenían la convicción de que lo que se dirimía en España era importante. Pero no es menos cierto que no dejó de ser un «desgarro» más de los que se

sucedieron en el preámbulo de la Segunda Guerra Mundial. La aureola mítica del conflicto civil español, real entre quienes vivieron los acontecimientos, no debería oscurecer el plano general de la escena europea de finales de los años treinta. Sobre todo cuando la crisis germano-checoslovaca de septiembre de 1938 desplazó las tensiones generadas por nuestra guerra civil, y demostró que España había dejado de ser noticia para la «gran política» europea.

De lo indicado, primero, no debería deducirse ninguna seria objeción a una investigación sólida, que alimenta unas expectativas que el lector acaba por ver cumplidas.

Albert Girona Albuixech

GARETA SANZ, FERNANDO: *Historia de las relaciones entre España e Italia. Imágenes, Comercio y Política Exterior (1890-1914)*, CSIC, Madrid, 1994, 531 pp.

Afortunadamente, la afirmación de que la historia de las relaciones internacionales en España ha entrado en un proceso de crecimiento y consolidación va convirtiéndose en un tópico. Sin embargo, no sería fácil mostrarse igualmente categórico en lo que a los estudios de historia comparada de refiere, o, más sencillamente, incluso, al interés de nuestros historiadores por otras historias nacionales.

Pues bien, el mérito fundamental de la obra que comentamos estriba precisamente en ello. En que constituye, a la vez, un excelente estudio de relaciones internacionales y de historia comparada; por no hablar de ese valor añadido del trabajo constituido por lo que bien podría considerarse una sólida introducción a la historia de la Italia del período.

Desde el punto de vista de la historia comparada, el autor se introduce en uno de los problemas más apasionantes de la historiografía, cual es el que se refiere a los distintos ritmos de desarrollo de dos sociedades, en este caso la española e italiana en torno al cambio de siglo. El común atraso económico respecto de otros países europeos, la coincidencia de crisis políticas internas y desastres coloniales, parecen apuntar a la existencia de patrones comunes económicos, sociales o políticos. Acerca de los últimos ya había llamado la atención de José María Jover, sobre los primeros nuestros historiadores económicos se están ocupando con creciente interés y rigor. El autor nos

sitúa ante ellos y ofrece una visión de conjunto que se revela sumamente enriquecedora.

No se niega, en su sentido más amplio, la similitud de los problemas, pero sí la de su configuración, gravedad, ritmo y, sobre todo, respuestas. En el terreno económico el mayor dinamismo de la industria italiana encuentra el oportuno reflejo en las, perfectamente analizadas, diferentes perspectivas con que los interlocutores de ambos países enfocan las siempre difíciles y raramente exitosas negociaciones comerciales. En el político se profundiza en la diferente naturaleza y dinámica de las políticas coloniales que conducen a los respectivos desastres de Adua y Santiago -comienzo, interrupción y breve parada de un colonialismo a tono con las corrientes dominantes del imperialismo europeo, el primero; último capítulo de un viejo colonialismo que conduce a batallas que no se desean y a derrotas humillantes, el segundo--. Desde el punto de vista de las crisis internas, las profundas diferencias que van, también, de la postración española concretada en el «pesimismo y los regeneracionismos (...) de diversa índole» a la progresiva y abierta respuesta giolittiana.

Ciertamente, el problema no es liviano y una interpretación de este libro se presta, más aún, requiere una ulterior profundización en el debate. Por una parte, porque los problemas generados por la dinámica imperialista afectan a la práctica totalidad de los países que se ven involucrados en ella y, por otra, porque las crisis políticas internas reflejan asimismo problemas generales relacionados con los límites del liberalismo de los notables y la irrupción de la política de masas. En este sentido, un cierto alargamiento de la perspectiva nos permitiría incidir en el carácter nunca definitivo de las distintas respuestas a las crisis -piénsese en la posterior crisis del giolittismo, por ejemplo- o en el carácter, por tantos aspectos común, de las críticas a los sistemas liberales realmente existentes en la Europa de principios de siglo. Recordemos, en fin, la crisis final de las alternativas literal-democráticas en ambos países, ya en el período de entreguerras, la cual volverá a situarnos, otra vez, ante problemas semejantes aunque no iguales y respuestas parecidas pero diferentes.

Pero todo esto constituye, más que una crítica, un reconocimiento de la solidez de una aportación que es, precisamente, la que apuntala la necesidad de ulteriores profundizaciones. Sin embargo, hay un aspecto del trabajo que nos parece absolutamente esencial en dos de las direcciones que aquí hemos considerado y que puede entenderse,

por tanto, como engarce entre los problemas historiográficos a los que aludimos y la más específica problemática de las relaciones bilaterales. Me refiero al problema de las percepciones en torno al cual gira, en mi opinión, la mayor fuerza de la obra. Las percepciones que tenían los contemporáneos de los respectivos países se constituyen, en efecto, en un dato de la historia y en un factor de las propias relaciones bilaterales.

¿En qué consistían estas percepciones? Básicamente, en la idea común, generalizada en periodistas, políticos y diplomáticos, de que, precisamente, por su « semejanza » y proximidad latina, Italia podía constituir un ejemplo y una promesa de que España podría avanzar también en una línea de progreso económico y consolidación y desarrollo del liberalismo político. En una línea de modernidad, en suma, de la que no estaba excluida, todo lo contrario, el fortalecimiento militar y diplomático de que daba muestra Italia. Por supuesto, con ser ésta la más generalizada de las percepciones, como bien subraya el autor, no era la única. y si de parte española existía en sus sectores más ultramontanos el viejo rechazo de Italia vinculado a la « cuestión romana », de parte italiana se sostenía el estereotipo de la vieja España retrógrada, atrasada y clerical. Ninguna de estas actitudes, sin embargo, carecía de una profunda y bien definida dimensión interna. Así en el caso de los integristas españoles, cuyos dardos al respecto perdían continuamente mordiente, como en el de los radicales italianos.

La situación del autor en una posición historiográfica próxima a la de Chabod y Vigezzi, le permite extraer todas las implicaciones acerca del peso de los factores considerados en las relaciones bilaterales. Desde esta perspectiva — la de las relaciones internacionales — el estudio parte de la no muy gloriosa evaporación de los acuerdos que vinculaban a España a la triple alianza y de las reflexiones e imputaciones partidarias que siguieron al *desastre* para entrar en un análisis en profundidad de las relaciones internacionales sucesivas, en cuyo marco se inscribirían las más específicas italo-españolas.

El cambio decisivo que se abre con la aproximación franco-británica y el progresivo aislamiento de Alemania abre una nueva dinámica, en la que la diplomacia italiana acierta a insertarse con una bien diseñada política de equilibrio entre « amigos » y « aliados ». Más vacilante siempre, la diplomacia española terminaría por alinearse en la estela franco-británica para obtener unas garantías norteafricanas,

menores de las que una política más audaz habría reparado, pero en cualquier caso relativamente satisfactorias.

Llegamos así a lo que, en mi opinión, constituye una de las más notables aportaciones de este trabajo. El autor consigue centrar la atención en el nuevo papel en que en este contexto iban a desempeñar las dos penínsulas. No es que dicho nuevo papel fuese a resultar *decisivo* para las relaciones internacionales, globales, del período. Pero sí iba a ser lo suficientemente importante como para que ambas adquiriesen un cierto protagonismo en el complejo juego de las alianzas internacionales del período. De ahí que otras potencias -como Alemania- empezasen a reconocer autocríticamente su error al menospreciar el factor español. Pero de ahí, también, que Italia y España empezasen a reconocerse como interlocutores directos, en y por sí mismos.

Todo esto está perfectamente dibujado por el autor, el cual sabe extraer todo su jugo al análisis de la necesaria interrelación entre los factores comerciales y los políticos, los culturales y los del escenario internacional. Y todos estos factores apuntarán en un sentido de aproximación entre las dos potencias. Con escasos resultados visibles, todavía, pero con bastantes promesas. En los meses anteriores al estallido de la *Gran Guerra* las relaciones bilaterales habían entrado, en efecto, en una dinámica que prefiguraba claramente algunas de las líneas de fondo que caracterizarían las de la primera posguerra.

Creo que en un cierto sentido éste es el gran mérito del trabajo que comentamos. El de constituir en sí mismo una demostración de que los momentos *vacíos* en las relaciones internacionales no existen y que, en suma, los momentos más llamaúvos y explosivos sólo pueden entenderse desde el análisis en profundidad de esos períodos aparentemente *mudos* en que tantas fuerzas y procesos empiezan a dibujarse' conformando las futuras situaciones a las que las distintas sociedades habrán de enfrentarse.

Ismael Saz

CARCÍA PÉREZ, RAFAEL: *Franquismo y Tercer Reich. Las relaciones económicas hispano-alemanas durante La Segunda Guerra Mundial*, Centro de Estudios Constitucionales, Madrid, 1994, 614 pp.

El estudio de la etapa del primer franquismo comienza a producir investigaciones que nos ofrecen primeras perspectivas de esta época.

ca. La lejanía temporal respecto al tema estudiado, sobre todo por jóvenes que difícilmente recuerdan en lo que consistió esta etapa, facilita el análisis imparcial de los hechos, sin tener en cuenta el tremendo trauma que cuarenta años de dictadura personal supusieron en la sociedad española.

Carcía Pérez utiliza en su estudio un buen apartado bibliográfico y el comentario de determinadas tesis realizadas en otros países como Alemania o Estados Unidos, que aportan nuevas impresiones del conflicto. El aspecto de las relaciones exteriores del régimen era un tema escasamente tratado hasta el momento en España, debido a la imposibilidad de acceso a sus fuentes. Precisamente esta obra intenta dar una nueva orientación al análisis histórico de la etapa, buscando respuestas más desde la posición alemana que desde la española, con la consulta de documentación de este origen. La segunda innovación del planteamiento de esta tesis doctoral, origen de la obra, reside en indagar no tanto en las relaciones políticas, sino en éstas como consecuencia de negociaciones de tipo económico, como bien refleja el subtítulo del libro. Es una historia basada en la elaboración de datos económicos, pero no una *historia económica* en el más puro sentido del término.

La intención del estudio es profundizar en la interrelación entre estados, en una coyuntura mundial muy específica y con unos actores políticos previamente determinados, uno de los aspectos más originales reside en el acercamiento que realiza al punto de vista alemán sobre las relaciones económicas y políticas de ambos estados. Para ello utiliza de manera sistemática y exhaustiva los archivos alemanes, incluso consiguiendo fuentes de difícil acceso como los de la extinta RDA. Esta es la mayor diferencia -declarada por el mismo autor- con la obra de Angel Viñas, a la que Carcía Pérez quiere completar en ciertos espacios vacíos.

Resulta fundamental el hecho de la *deuda de guerra* que el gobierno de Franco siempre mantuvo con el III Reich. Así, contra la imposibilidad de arreglar definitivamente la deuda originada por el empleo de tropas y material militar alemán en España, debido al desastroso estado en que se encontraba la economía peninsular, Alemania tuvo que ir aplazando progresivamente su solución por tiempo indeterminado. Se llegó a utilizar a la *División Azul* como pago, compensando en parte los gastos de la *Legión Cóndor*, o también mediante el envío de trabajadores voluntarios a las fábricas alemanas, que en

los primeros momentos llegó a desplazar a más de ocho mil trabajadores. La *deuda de guerra* no quedó arreglada ni siquiera al término de la Segunda Guerra Mundial, y tuvo que esperar para su conclusión más de diez años después de haberse firmado el acuerdo con los aliados, en 1958.

La *deuda de guerra* gravitará de manera constante alrededor de las relaciones económicas con Alemania, pero los elementos del intercambio comercial hispano-alemán tenían unas pautas constantes desde la guerra civil: el canje de materias primas por maquinaria bélica, posible por la situación excedentaria de estos productos en ambos estados. Durante la guerra se utilizará con este fin a varias empresas «tapadera» en régimen de monopolio -HISMA, TOWAK, etcétera-, con el propósito de relacionar las mercancías sin necesidad de emplear divisas, problema común de ambos países.

Alemania nunca recuperaría en su justa medida toda la ayuda prestada a las tropas nacionales durante la guerra civil. Desde el punto de vista de las autoridades españolas se pensaba en la colaboración económica con el III Reich desde *supuestos ideológicos*, debido sobre todo por su propia incapacidad negociadora -era lo único que podían presentar como *aval-o* Además, los intereses estratégicos de ambos países durante la guerra eran sumamente divergentes: mientras Franco pretendía sumarse al carro de las grandes potencias con la anexión de territorios como Gibraltar o Marruecos, Hitler pretendía el establecimiento de una *Doctrina Monroe* a la alemana para Europa. Dentro de este proyecto, España para el III Reich siempre fue una *circunstancia no prioritaria* pero constante. Así, desde esta óptica Hendaya sólo fue un eslabón y, no sólo de esta reunión sino también de otras muchas celebradas con anterioridad, Franco se ganó merecida fama de hombre precavido y cauteloso por parte de las autoridades alemanas. El hecho de que siempre eludiera las respuestas tajantes y que se demorara mucho tiempo en sus resoluciones finales irritaba enormemente a los inflexibles y rígidos germanos.

Las circunstancias cambiarían con la entrada de Estados Unidos en la guerra. La indecisión se mostró como una característica de la política exterior franquista. No se reconocía la carta que se debía jugar en aquel momento y se intentó apostar a dos bandas, realizando un intercambio económico con el III Reich más reducido pero constante. Las cada vez mayores dificultades de conseguir buenas relaciones por parte de Alemania motivaron intercambios muy favora-

bles para el régimen franquista, sobre todo en la recepción de armamento.

Franco tomó partido a principios de 1944 por los aliados, con mayores garantías de futuro. A pesar de ello, durante estos años todavía se siguieron exportando materiales, como el wolframio, de manera casi clandestina. El régimen quería seguir manteniendo en momentos duros unas relaciones económicas con un estado que, aunque finalmente fuera derrotado, no perdería su carácter de país económicamente importante después del conflicto. Una de las características que más se remarcan en el libro es la tremenda habilidad de las autoridades franquistas a la hora de conseguir estratégicamente la posición más ventajosa a la hora del intercambio comercial. Todo ello a pesar de que las prioridades de ambos gobiernos eran bien distintas. Como dice el propio autor en su conclusión, sus relaciones resultaron ser finalmente un *sordo enfrentamiento entre unos intereses económicos divergentes de imposible conciliación* -p. 576.

Emilio Grandio

QUINTANA NAVARRO, FRANCISCO: *España en Europa, 1931-1936. Del compromiso por la paz a la huida de la guerra*, Nerea, Madrid, 1993, 439 pp.

Como he señalado en otras ocasiones, una de las características más interesantes o dignas de mención de la historiografía española actual es aquella que nos indica la superación, lenta pero de forma segura, de aquel condicionante que José María Jover señalaba en 1976 como propio y un tanto sorprendente de los estudios históricos en España: «la extrema indigencia de nuestra historiografía en planteamientos que desborden el área peninsular» 1.

Cuando ya estamos a punto de finalizar el año 1994 cualquier observador meramente interesado en cuestiones no estrictamente nacionales o locales debe llegar a la conclusión de que, por el número de obras publicadas, de Tesis Doctorales leídas, de artículos en revistas especializadas o de asignaturas que se han incluido en los nuevos planes de estudios en diferentes universidades que hacen referencia o se

1 JOVEN, T. M., *Once ensayos sobre la Historia*, Fundación Juan March, Madrid, 1976, p. 245.

ocupan monográficamente de temas *internacionales*, estamos ante un período de *cambio* en el sentido que indicábamos al principio de este trabajo.

Es verdad que aún estamos lejos de la situación en la que se encuentran otras historiografías de nuestro entorno; pero lo importante, en mi opinión, es el gran paso que se ha dado, protagonizado en gran parte por un amplio número de profesores universitarios e investigadores jóvenes. Así se ha puesto también de manifiesto en algunos de los congresos y encuentros de expertos que se han desarrollado últimamente en España.

No obstante, al hacer un balance de los trabajos que hasta el momento se han publicado sobre la historia de la política exterior española destaca, también en mi opinión, una característica: el predominio, en exceso quizá, de los denominados «estudios horizontales». Entiendo por éstos las investigaciones y publicaciones referidas a la acción exterior de España desarrollada a nivel bilateral, y centrada básicamente en países de Europa Occidental y de Iberoamérica. Necesarias son, sin duda, estas aportaciones, pero hora es ya de que se vayan complementando con trabajos más amplios en cuanto a sus objetivos y el ámbito geográfico a analizar.

En este sentido, la obra del profesor Francisco Quintana, que imparte su docencia en la Universidad de Las Palmas, supone un paso hacia adelante digno de mención y, por tanto, merece ser comentado con cierta profundidad.

El objetivo principal de este libro, resultado de una excelente tesis doctoral que obtuvo la máxima calificación, es muy preciso: el análisis de la política exterior de la II República. Hasta aquí lo concreto, aunque no menos importante. Y no lo es porque con este trabajo se puede hoy ya conocer con bastante exactitud y amplitud uno de los períodos más «oscuros» de nuestra política exterior, el de la II República española. Oscuridad no por los resultados precisamente, sino por el desconocimiento y relegamiento que la acción exterior republicana ha sufrido hasta tiempos recientes en el ya importante número de obras publicadas sobre este período de nuestra historia contemporánea. Las aportaciones de Angel Viñas (1977) abrieron el camino a la luz de esta parcela del pasado republicano, a las que siguieron las obras de Pertierra (1984), Saz (1986), Egidio (1987), Peirena y Neila (1989), Páez (1990), Tabanera (1990) y Neila (1994).

La labor en particular de Quintana por contribuir, en primer lugar, a erradicar definitivamente de nuestra historiografía la idea de

que la República no tuvo una política exterior y, en segundo lugar, a poner de manifiesto la existencia de un proyecto reformador y preciso de acción exterior, se remontan a hace ya varios años. El resultado de esta trayectoria investigadora se puede leer y valorar en diversos artículos, en su Tesis Doctoral y, muy especialmente, en la obra que comentamos y recomendamos, *España en Europa*, 1931-1936.

Dividida en cuatro partes y ocho capítulos, en sus más de cuatrocientas páginas se estudia «la actuación de España en Europa entre abril de 1931 y julio de 1936», nos dice el autor, pero añade: «El análisis de esa corta pero intensa experiencia de inserción española en la política europea gira en torno a tres ejes centrales: la labor diplomática de un hombre, la praxis exterior de un Estado y el comportamiento de ese Estado en una organización internacional.» He aquí la clave del libro: en él se estudia la actuación de Salvador de Madariaga, la política exterior de la España republicana y la posición española en la Sociedad de Naciones. No se trata, pues, de un «estudio horizontal», sino «en vertical», es decir, insertando el papel del Estado en el cuadro de relaciones multilaterales que se van desarrollando en la sociedad internacional, especialmente desde el final de la 1ª Guerra Mundial. Este análisis se hace desde dos perspectivas, desde la del hombre de Estado, representado por los dirigentes republicanos de uno u otro signo que se suceden en el poder ejecutivo y deciden la política a adoptar en cada momento, y a través del hombre que debe ejecutar las decisiones, representado por Salvador de Madariaga, quizá la figura más importante y representativa de la «nueva» política exterior democrática.

A lo largo de las cuatro etapas en las que Quintana divide la evolución de la acción exterior republicana, se pone de manifiesto el propósito de los nuevos dirigentes republicanos por conseguir que el nuevo Estado tuviese también una política exterior «diferente»), cuyo objetivo básico debía ser el de conseguir la plena inserción de España en Europa. Esta integración, no obstante, se iba a hacer en una coyuntura poco afortunada para las democracias y, desde luego, para los Estados que no fueran grandes potencias, máxime si se esgrimía la bandera de la paz y el mantenimiento del *statu quo*. Por ello, dice el autor, esta política pronto tuvo que adaptarse y transformarse a la luz del desarrollo de las condiciones internacionales y en función de los limitados recursos de un Estado débil, en una sociedad en la que

el recurso a la fuerza y la *Realpolitik* se iban imponiendo de una forma imparable. Adaptación que se plasmó en la vuelta a la política exterior tradicional española, que descansaba desde finales del siglo XIX sobre dos ejes: la neutralidad y el repliegue del exterior, además de estar fuertemente condicionada, de nuevo, por el peso de los acontecimientos internos. De esta forma, la actuación de la República en Ginebra -nos dice Quintana- pasó «del idealismo al pragmatismo, del compromiso a la huida, del societarismo a ultranza a la neutralidad --estricta o benévola, pero neutralidad ante todo».

El debate, pues, entre cambio y continuidad, entre reforma y conservación, se saldó con una permanente contradicción que el autor refleja muy bien en la Introducción y que es para mí el mejor resumen de su trabajo: «Contradicción entre los deseos de contribuir a mantener la paz y la necesidad de eludir el riesgo de la guerra; contradicción entre las obligaciones internacionales adquiridas en virtud del *Covenant* y las ventajas de practicar el retorno al neutralismo; contradicción entre las simpatías ideológicas de los gobiernos de turno y los imperativos dictados por la dinámica de los acontecimientos políticos internacionales; contradicción entre lo que convenía a la buena marcha de las relaciones bilaterales con las grandes potencias y lo que se exigía de ella en el terreno de la diplomacia multilateral; contradicción, en suma, entre la voluntad de querer y la constatación de no poder» (p. 10).

La aportación de Francisco Quintana, en definitiva, a la comprensión de la II República en general y la política exterior en particular es no sólo importante, sino también decisiva en el amplio desarrollo que está teniendo la historia de las relaciones internacionales en España. No obstante, no me gustaría terminar esta reseña sin exponer algunas críticas generales que afectan al trabajo de mi colega Quintana y a otros que se han publicado últimamente.

No estoy de acuerdo en la calificación de España como «pequeña potencia» en el marco de la Europa de los años treinta. Posición internacional en la que algunos otros autores insisten, pero que no se corresponde, de ninguna manera, con la definición que de una potencia con ese *status* se maneja habitualmente. No está tampoco claro el hecho de que a España se le considerase una «pequeña potencia» en el seno de la Sociedad de Naciones, pues, por ejemplo, en el famoso folleto del general Smuts *The League of Nations* ya se califica a España de «potencia intermedia» y en trabajos como los de Ha-

ward-Ellis y Websters y Herbert, publicados en los años treinta, se insiste en este *status* para España en particular. El carácter de potencia media desde 1918-1919 hasta la actualidad creo que hoy debe ser plenamente aceptado e incluso que debería ser objeto de amplia discusión en algunos de los próximos debates entre los especialistas en estas materias. También sería conveniente, por parte de todos aquellos que nos acercamos a estos temas desde el punto de vista histórico, que rompieramos con ese recelo o temor por incorporar a nuestro método de trabajo aquellas aportaciones, conceptos o reflexiones teóricas provenientes de otras disciplinas sociales, como el Derecho internacional, las Relaciones Internacionales o la Sociología, que evitarían que cometieramos algunos errores, pequeños en ocasiones, pero que hay que evitar, e incluso ello podría servir para que nuestros trabajos fueran más valorados científicamente por los integrantes de otras disciplinas.

En definitiva, la obra del profesor Francisco Quintana merece ser leída y analizada con detalle por todos aquellos interesados en nuestro pasado internacional, cuya proyección sobre el presente es indudable.

Juan Carlos Pereira Castaños

MUGNAINI, MARCO: *Italia e Spagna nell'eta contemporanea. Cultura, politica e diplomazia (1814-1870)*, Edizioni dell'Orso, Alessandria, 1994, 364 pp.

La obra de Marco Mugnaini que a continuación vamos a comentar es un fiel reflejo del creciente interés que experimenta la historiografía italiana por el desarrollo histórico español. Las aportaciones de Spini, Albonico, Botti, Venza, Brundu, Guderzo o la existencia de una revista especializada en temas españoles como *Spagna contemporanea* no son sólo el reflejo de una corriente de simpatía y amistad entre los dos pueblos, que insisten en confirmar las encuestas de opinión, sino también la muestra palpable de que la Historia de España sigue atrayendo a un numeroso grupo de especialistas en todo el mundo que vamos a denominar como hispanistas.

El trabajo que comentamos se encuadra dentro de los estudios que pretenden renovar la Historia de las Relaciones Internacionales en Italia, una vez superada la clásica Historia Diplomática. Con el

propio subtítulo del libro, «Cultura, política y diplomacia», ya se pretende romper con el clásico análisis horizontal-diplomático y apostar por un estudio global-multifactorial, que se aprecia de forma constante en el desarrollo del libro, al igual que en sus conclusiones.

Otra de las aportaciones interesantes, y verdaderamente útiles, de este trabajo es la amplia dedicación que se aprecia por parte del autor en profundizar en el debate historiográfico sobre las relaciones entre España e Italia en el ochocientos: «intentando contribuir a cubrir una laguna historiográfica ya lamentada en su tiempo por Vicens Vives [...] laguna y marginalidad historiográficas que no se corresponden con el peso efectivo de las relaciones italo-españolas en la Edad Contemporánea en general y en el siglo XIX en particular» (pp. 273-274). Por ello el autor dedica sesenta páginas a estudiar con detalle las obras, los autores y los debates que se han desarrollado en los dos países sobre el período histórico objeto de la investigación; a aquéllas se unen otras veinticinco páginas de bibliografía seleccionada.

Pasando a la parte descriptiva, el trabajo que comentamos se divide en seis capítulos, que abarcan el período comprendido entre 1814 y 1870. En el primero, «La percepción de España en Italia», el autor va haciendo un análisis minucioso de algunos de los acontecimientos históricos españoles y su incidencia en las élites italianas y europeas, que dieron lugar a la creación de «mitos» o «clichés» que se fueron asentando en la Europa decimonónica. Pasa posteriormente a estudiar el desarrollo de las relaciones hispano-italianas en la etapa comprendida entre el Congreso de Viena y 1830. Desde esta fecha histórica hasta finales de la década de los cuarenta, Mugnaini hace un balance comparado del papel de España e Italia en la transición del Antiguo Régimen al liberalismo. La cuarta parte, quizá una de las más interesantes, está dedicada al estudio de algunos de los grandes problemas a los que tienen que hacer frente los dos pueblos -guerra carlista, reconocimiento de la unidad italiana, etc.- en una coyuntura, años 1848-1849, que para el autor es fundamental en el cambio de las relaciones entre los dos países. El penúltimo capítulo está dedicado en su mayor parte a analizar el final de la monarquía isabelina y la revolución septembrina en España, y el proceso de consolidación del nuevo Estado italiano, vistos a través de la correspondencia diplomática y los testimonios de algunos protagonistas de los citados acontecimientos. Por último, se abordan, como hemos señalado, los debates historiográficos sobre el período analizado.

Estamos, pues, en presencia de un trabajo innovador, bien elaborado, y en el que se integran en el sistema internacional de la época las líneas que definen las relaciones bilaterales entre españoles e italianos y el propio desarrollo histórico de las dos naciones —en la transición entre el Antiguo Régimen y el camino hacia la modernización contemporánea—o Un libro, en definitiva, que viene no sólo a cubrir esa laguna en la que insisten tanto Marco Mugnaini como el profesor Ennio di Nolfo en su acertado prólogo, sino a convertirse, en mi opinión, en un modelo de investigación y análisis para todos los que nos dedicamos o nos hemos sentido interesados en el estudio de la acción exterior de nuestros respectivos Estados.

Juan Carlos Pereira Castaños

BAHAMÜNDE, ANGEL, Y MARTÍNEZ, JESÚS: *Historia de España. Siglo XIX*. Editorial Cátedra, Madrid, 1994, 637 pp.

No son muchos los historiadores que se han dedicado a la tarea de escribir y publicar una síntesis actualizada sobre un período amplio de nuestra historia. En realidad, si exceptuamos las colecciones de historia de España (Espasa, Rialp, Labor, Historia 16, Planeta, Crítica, Credos, Actas) y los libros relativamente recientes de Sánchez Jiménez y Vicente Palacio, los manuales usuales para el siglo XIX que se manejan en las Universidades españolas son de la década de los sesenta o principios de los años setenta. Aunque hayan sido reeditados en versiones más o menos actualizadas, el grueso de los trabajos son, por tanto, de hace veinte o treinta años. Aun así, los seguimos utilizando porque los conocimientos y reflexiones de Carr, Jover, Artola, Comellas y Tuñón siguen y seguirán teniendo un indudable interés. La capacidad de síntesis y la pluma de algunos de estos autores no han sido superadas. También es cierto que las últimas décadas han sido sumamente fértiles en monografías de algún aspecto concreto o estudios regionales sobre la centuria pasada que deben ser incorporados a un manual y a la tarea docente, en todos sus grados.

Angel Bahamonde y Jesús Martínez, respectivamente Catedrático y Titular de Historia Contemporánea de la Universidad Complutense, han colaborado desde hace muchos años en el Instituto de Estudios Madrileños del CSIC y en el Departamento universitario que han

compartido hasta fechas recientes. Los trabajos de Angel Bahamonde se han centrado en diversos estudios sobre la sociedad madrileña en siglo XIX, especialmente la burguesía de los negocios, las élites coloniales y las comunicaciones en la España Contemporánea. Jesús Martínez es autor también de diversos trabajos sobre la historia social de Madrid, la desamortización, las bibliotecas madrileñas en el siglo XIX, la Cámara de Comercio y la Junta de Defensa de Madrid en la Guerra Civil.

Ambos autores, con una coordinación que ha resultado tan fructífera como difícil de conseguir, han llevado a cabo la tarea de comprimir y explicar en una dimensión media lo que los historiadores han escrito sobre la historia de España entre las fechas tópicas de 1808 y 1874.

La política se convierte en el hilo conductor de la historia, aunque no consideran la historia política como un elemento autónomo, sino la «*dimensión más conveniente para integrar las piezas explicativas del devenir histórico, en una especie de resultante cuyos vectores proceden también del mundo de la economía, de la cultura o de la sociedad*».

Si bien la historiografía ha fijado, más o menos, las divisiones en la historia política, los autores han dado su interpretación personal de cada uno de los períodos cronológicos: *Ruptura y continuidad en la definición del Estado Liberal (1808-1843)*, *La construcción del Estado Liberal (1840-1866)* y *La construcción del Estado Democrático (1868-1874)*. A través de la política se van engarzando otros aspectos, especialmente los de carácter económico. *Los límites de la sociedad abierta* corresponde a otra parte autónoma que engloba la demografía, la sociedad y la cultura.

El libro, a través de sus más de seiscientas páginas, va conduciendo al lector a una idea clave: la difícil organización y construcción de un régimen liberal (entendido de una manera amplia y no sólo como un sistema político) en un país, como España, aquejado de numerosos frenos. Entre otros: Las condiciones geográficas que dificultan enormemente una red de comunicaciones eficaces que permitieran la integración de mercado y, en definitiva, la creación de una economía liberal. El peso de la historia, que se manifestaba en una configuración social poco adecuada para el liberalismo. Las mentalidades estancadas no sólo a las masas de población, al margen de la cultura escrita y bastantes ajenas al sistema político, sino incluso

a sectores ilustrados. Un ejemplo de esto último que se analiza en este libro es el atraso de la separación de la filosofía -como un sistema escolástico del saber, que agrupa jerárquicamente todo el conocimiento- y las ciencias experimentales en la enseñanza. Esta separación se había realizado ya en la mayor parte de Europa Occidental.

Una de las grandes virtudes de *Historia de España. Siglo XIX* es hacer ver cómo la acción política fue decisiva para configurar el sistema liberal, aunque imperfecto, y fue insuficiente para construir un estado democrático. En nuestro país, comparado con otros países europeos que disfrutaron de mejores condiciones geográficas y socioculturales, el Estado tuvo que hacer un esfuerzo adicional. Unas veces, con actos positivos. En este último sentido, el tratamiento que dan los autores al sistema de comunicaciones resulta muy bien estructurado, con una dimensión adecuada y muy claro en sus conclusiones. Otras veces, en lucha con sectores contrarios, cuyos más claros ejemplos son los seguidores de Fernando VII y el carlismo, que o condujeron a la ruptura del sistema o lo desgastaron.

En definitiva, los excesivos lastres que hubo que dejar en el camino, las adversas condiciones naturales, la arcaica estructura social, el atraso económico y cultural, así como las propias disputas internas y los vaivenes de las fuerzas liberales impidieron que, al terminar el período que estudia este libro, en 1874, el sistema liberal, que hubo de sufrir largas rupturas y un breve ensayo democrático, estuviera plenamente consolidado.

Uno de los muchos puntos positivos de este libro es que, sin renunciar a los relatos de otras síntesis, se han incorporado las aportaciones de la gran mayoría de los estudios monográficos aparecidos en los últimos años, con lo que no sólo actualizan muchos de los conocimientos, sino que, en ocasiones, aportan nuevas interpretaciones y siempre enriquecen lo que ya se sabía.

Estas aportaciones son especialmente interesantes, atractivas y, con frecuencia, nuevas en una obra de este tipo, en la parte que los autores denominan *Los límites de la sociedad abierta*. El capítulo correspondiente a la cultura tiene contribuciones sugestivas, como «los espacios de sociabilidad cultural» o el estudio de las bibliotecas particulares, normalmente no incluidos en un manual.

Con todos los riesgos de los juicios del tipo «yo que usted, hubiera hecho...», me permito señalar algunos desequilibrios que me ha parecido observar.

La propia especialización de los autores y, justo es decirlo, la casi ausencia de monografías sobre la sociedad rural hace que, en realidad, los capítulos específicos sobre la sociedad sean una buena síntesis sobre el mundo urbano. Aproximadamente, se dedican treinta y cuatro páginas a los habitantes de las ciudades, frente a sólo dos páginas sobre la sociedad agraria. Si se tiene en cuenta que la población urbana de los primeros tres cuartos del siglo XIX no sobrepasa en mucho el 10 por 100 del total nacional, ni siquiera se han invertido los términos.

Como alguien ha señalado, las enciclopedias se hacen de enciclopedias y los libros de libros. Los autores, además de actualizar y dar nuevas interpretaciones, acumulan los conocimientos desde los libros clásicos del propio siglo XIX, recogidos a su vez por la mayoría de los manuales usuales de los que en parte son deudores, con sus aciertos y a veces arrastrando ciertos defectos. Así, por ejemplo, el tratamiento de dos períodos como son el decenio 1823-1833 y la regencia de Espartero son más la historia de sus respectivas oposiciones y subsiguientes represiones que la propia evolución política a veces difícil de entender.

En el capítulo referido a la cultura aparecen dos mundos. Uno, Madrid y otro, Cataluña, Euskal Herria y Galicia con su epígrafe correspondiente por cada región. Respecto al primero, los autores, excelentes conocedores del Madrid del XIX, realizan un buen estudio. En todo caso, no se puede hacer pasar por una visión general de la cultura española, puesto que tratan desequilibradamente la cultura en la capital con respecto al resto de España, que prácticamente no aparece y, si aparece, es en referencia y como extensión de la vida cultural de Madrid. Las tres regiones estudiadas específicamente tampoco reflejan adecuadamente la propia vida cultural de las mismas, mucho más entroncadas por esos años en el conjunto de la vida cultural española. Se trata, en mi opinión, de un anacronismo, teniendo en cuenta que estamos en el período 1808-1874.

A diferencia de la sociedad, integrada convenientemente con los aspectos demográficos y culturales, la economía se analiza por períodos cronológicos marcados por los cambios políticos. Esta división, dado el carácter de manual de este libro, la lleva a una visión confusa de la evolución económica. Como ya he dicho, la intención inicial de vincular evolución política y económica es acertada. Como lo sería la de imbricar los dos anteriores aspectos con la sociedad o el

pensamiento. Pero la misma razón de claridad expositiva que llevó a tratar en capítulo aparte los dos últimos, debería primar en la economía. Además, hurta una visión general de la economía y de muchos de sus sectores. Los años finales del reinado de Fernando VII, en los que se observa una evolución económica distinta de la política no quedan claros. El epígrafe sobre la desamortización y la desvinculación señorial -situadas en el libro entre 1837 y 1840- no trata adecuadamente todo lo ocurrido desde finales del siglo XVIII hasta 1837, que se ha visto sólo en parte en las páginas 71 a 73 y 132 Y 133 y, por el contrario, se ven obligados a señalar en este apartado sus consecuencias hasta bien avanzado el siglo XIX, sin que vuelva a tener un tratamiento específico, salvo un par de páginas en el epígrafe sobre la economía entre 1854 y 1858. Dos capítulos, situados en la parte cronológica que abarca los años 1843 a 1868, recogen la mayor parte de los aspectos económicos: comercio, agricultura, industria, comunicaciones, etc. Los autores hablan de los años anteriores a 1843 y 1868, sin los cuales sería difícil ver la evolución económica. En todo caso, el lector, sobre todo si no conoce bien el proceso histórico, puede acabar con una cierta confusión.

Si el uso del «Siglo XIX» fuese una marca registrada y hubiera que pagar por utilizarla, probablemente se hubiese incluido en la portada las fechas 1808-1875, que es el período estudiado, para abonar sólo el 75 por 100. Aunque posiblemente el título, que nos remite a todo el siglo, se deba más a los editores que a los autores, debería dejar claro el período realmente analizado.

Una última observación que afecta, en este caso con seguridad, a los editores y no a los autores. Destinado este libro a manual de obligada consulta para profesores de enseñanza universitaria y media, y dado que la mayor parte de los que formamos estos cuerpos docentes, por circunstancias de todos conocidas, nos situamos entre los cuarenta y cincuenta años, momento en el que suele aparecer la llamada presbicia o vista cansada, hubiera sido de agradecer un tipo de letra algo mayor.

En suma, un libro en el que predominan abrumadoramente los aciertos sobre los defectos que, en todo caso, se refieren a aspectos discutibles. Sin duda, se trata de uno de los principales libros sobre historia de España publicados en 1994 que, además de servir como

manual de referencia para historiadores, está escrito para ser leído por un público amplio.

Germán Rueda

PAN-MONTOJO, JUAN: *La bodega del mundo. La vid y el vino en España (1800-1936)*, Alianza, Madrid, 1994, 425 pp.

La capacidad de imaginación de los latinos está bien acreditada y los hispánicos no se quedan atrás. Sobre las posibilidades económicas de España en la época contemporánea se han tejido algunas ilusiones que son definitorias en este sentido. Gracias a la buena coyuntura de la guerra de Crimea, los cerealistas de la Meseta albergaron la esperanza de sustituir a Rusia como «granero de Europa» y contra esa ilusión bien infundada todavía se batía, cual Quijote contra molinos de viento, Flores de Lemus en 1926 en su magistral artículo sobre «una dirección fundamental de la agricultura española». y por otro lance histórico asimismo excepcional, como fue la invasión por la filoxera del viñedo francés antes de recalar en los sarmientos de las vides ibéricas, algunos españoles aspiraron a convertirse en «bodega del mundo», en sustitución del poderoso vecino galo. La verdad es que a punto estuvieron de conseguirlo en las décadas finales del siglo pasado, para tener que contentarse con compartir esta primacía muy pronto, no sólo con Francia e Italia, sino con los nuevos países productores hoy tan reputados como Estados Unidos (California), Chile, Sudáfrica o Australia. Había, y hay, varias «bodegas del mundo», de las que una fue, y es, la española que, entre otras razones, ya tiene su sola justificación en nuestra propia propensión de atizar el gacznate con este producto bíblico, que es el vino. Este libro de Pan-Montojo aborda la historia de la viticultura española en su período más expansivo y brillante, el que se extiende desde las primeras medidas de la revolución liberal que abren paso a una etapa expansiva (años 1840 a 1860), hasta la primera regulación moderna del sector a través del Estatuto del Vino de 1932, que trató de servir de horma para una actividad que había vivido una «edad de oro» tan febril en los años 1880-90, como lenta y demorada fue la convalecencia subsiguiente. De la trilogía mediterránea, el trigo (y, en general, el sector cereal) y el aceite han merecido numerosos y completos estudios por parte del Grupo de Estudios de His-

toria Rural, pero no así el vino, para el que disponíamos, sin embargo, de la investigación pionera de Teresa Carnero, aparte otras contribuciones más regionales.

Los contenidos del libro tienen, pues, pilares firmes sobre los que levantar su propio edificio. La fase más relevante del viñedo español, como fue la «coyuntura excepcional» de convertirse, a partir de 1882, en un proveedor casi exclusivo del principal mercado mundial, que era el francés, ya se conocía bastante bien. Y lo mismo se puede decir de algún subsector vinatero como era el *sherry* y su colocación en el mercado inglés. Pero ello no resta méritos ni valor a esta nueva contribución que, además, contiene aportaciones originales importantes e integra en una visión de conjunto toda la evolución del sector vitícola en un período largo y significativo, ya que conviene recordar que el vino fue durante muchos el primer producto de exportación español (alrededor del 30 por 100) en una economía caracterizada por su especialización en exportar materias primas.

Los dos elementos más innovadores del libro son, a mi juicio, aquellos que se refieren a la política comercial del sector, siguiendo sus ventajas y dificultades especialmente en el mercado exterior, y, en segundo lugar, los que analizan la acción del Estado respecto de la viticultura. En ambos emerge una solución parecida: hay más de improvisación, de aprovechamiento de la coyuntura, que de verdadera planificación. Pero los resultados no son, sin embargo, despreciables. De la experiencia de haber inundado el mercado francés de vino común español quedó una importante cuota de exportación a otros países europeos, aun después del cierre arancelario francés de 1892, que resulta muy superior a la existente antes de la expansión iniciada en los años setenta. Y de la necesidad de acometer lo que el autor denomina un «repliegue» hacia el interior se derivaron algunas ventajas: la consolidación de zonas vitícolas más especializadas, el aumento del consumo interno y la toma de conciencia a favor de una regulación efectiva del sector, que pudiera evitar el fraude, reforzara la calidad de los caldos españoles y abriera el camino hacia una mercantilización de los vinos de marca. El hecho de que las más importantes bodegas, especialmente riojanas, hayan labrado su prestigio durante estos años y modernizado sus procedimientos técnicos da idea de que no todo fue tiempo perdido.

La acción del Estado, como en el conjunto de la política agraria española, fue menor de la esperada. Algunas estaciones enológicas

Noticias

(Haro, Toro) y el fomento de «granjas agrícolas» fueron piezas singulares de un proceso desigual. La reconstrucción de los viñedos abatidos por la filoxera descansó más en el empuje de propietarios o de sindicatos agrícolas que en una política precisa de apoyo a través de créditos o de investigación sobre injertos y nuevas cepas. La productividad de las vides se mantuvo estancada hasta los años treinta. El balance final, con todo, resulta claramente positivo, a pesar de que, desde fines del XIX, la viticultura «ya no determinaba las relaciones económicas internacionales» de España. Porque su integración más estrecha dentro de la economía interior, en el marco de la llamada «vía nacionalista del capitalismo español», contribuyó a transformar el sector primario español, incorporándose el vino, en una posición intermedia entre el trigo, el aceite y los cultivos de la «nueva agricultura» (cítricos, remolacha...), en el proceso general de modernización de la agricultura española durante el primer tercio del siglo actual. Pues tampoco aquí se puede hablar de inmovilismo.

Este es un libro, pues, que desde una perspectiva distinta viene a completar esa pléyade de estudios que en la última década se han realizado sobre la agricultura española en una época fundamental. Se ocupa menos de aspectos cuantitativos o de analizar las estructuras productivas, que de las políticas seguidas. Pero ello no le resta méritos, a los que cabría añadir además que es un libro que está bien escrito. Si, como decía Montaigne, lo único que puede embalsamar las ideas es el estilo, en la liberatura historiográfica hay menos obras de las necesarias que resistan el paso del tiempo. Tengo la certeza de que ésta tiene posibilidades de lograrlo. Pero el estilo no lo es todo y convendrá también reparar en algunos de sus contenidos.

Ramón Villares

TOWNSON, NIGEL (ed.): *El republicanismo en España (1830-1977)*, Alianza Universidad, Madrid, 1994.

Mostrar los resultados de la tarea historiográfica de recuperación del republicanismo como objeto de estudio, es una de las aspiraciones de la obra colectiva editada por el joven historiador británico Nigel Townson. Silenciados por el bando victorioso en la Guerra Civil y orillados por la generación de historiadores que desde finales de los años sesenta centró su trabajo en los avatares del movimiento obrero

(entendiendo por tal el explícitamente autodefinido en términos clasistas), las organizaciones y líderes republicanos, así como toda una cultura política urdida a su alrededor, han sido tardíamente rescatados como sujeto de la historia contemporánea española en la segunda mitad de la década de 1980. Paradójicamente, a medida que se ha ido consolidando la democracia en nuestro país y confirmando la plena exclusión del republicanismo como fuerza electoral, se ha asistido a una reivindicación desde ángulos muy diferentes de las figuras republicanas. La competencia por el centro político parece haber tenido este inesperado efecto, que en cualquier caso viene a remediar un olvido más que desafortunado desde el punto de vista historiográfico.

Las 453 páginas de *El republicanismo en España* ofrecen una imagen completa de las virtudes y carencias del trabajo efectuado hasta la fecha y reúnen las firmas de los principales participantes en el empeño, agrupadas en cuatro secciones.

La primera está dedicada al siglo XIX. La abre Demetrio Castro, que elabora el cuadro general del republicanismo hasta 1868, rastreando sus orígenes hasta la constitución del Partido Demócrata en 1840 y presentando la evolución de éste a lo largo del resto del reinado de Isabel II: un trabajo de conjunto basado en la prensa y en la literatura política coetánea, en el que adquieren lógicamente gran peso los avatares organizativos, los elementos doctrinales y las pugnas de los reducidos círculos rectores de los demócratas. A los claros y sobrios capítulos de Castro sigue la aportación de Esteban Navarro sobre el Sexenio, que viene a ser un capítulo de manual más que un estado de la cuestión o una propuesta interpretativa: no contiene referencias bibliográficas ni alude a las grandes polémicas de la historiografía sobre la revolución democrática y despacha con una escueta mención el fenómeno del cantonalismo. La escasa ambición de este capítulo es tanto más lamentable por cuanto que, como el propio Esteban recuerda, el fracaso de la I República marcaría profundamente la evolución ulterior del movimiento republicano en nuestro país. La primera sección del libro se cierra con un trabajo de Dardé sobre el período de la Restauración, que constituye una brillante síntesis de los estudios de historia política de los partidos republicanos en el último cuarto de siglo.

El siglo XX está cubierto por cuatro artículos. Suárez Cortina estudia las transformaciones del republicanismo en el primer tercio de

siglo, tarea muy centrada en la evolución de las diferentes organizaciones y sus estrategias, lo que no obsta para que abra diferentes vías de aproximación al significado del republicanismo como movimiento social. Santos Juliá aborda por su parte la experiencia de poder de la izquierda republicana en el primer bienio republicano, mediante un texto sugerente en el que se resumen sus estudios sobre el significado y papel político de Azaña y su entorno político incidiendo en las razones de su fracaso a la hora de crear consenso alrededor del régimen democrático. En tercer lugar Nigel Townson analiza el predominio del Partido Radical en el período 1933-1935, con particular énfasis en la consideración de las razones de su alianza con la CEDA y del coste que ésta tuvo para su proyecto centrista. Por último Alicia Alted lleva a cabo la crónica del republicanismo en el exilio, una sintética reconstrucción de nombres, fechas y organizaciones, que ponen de manifiesto la subordinación y debilidad política del republicanismo entre los círculos de oposición exteriores.

La tercera parte de la obra está dedicada al republicanismo como «mundo mental» y a su «articulación social». Alvarez Junco la inaugura con su disección de la cultura republicana en el entorno de 1900, un trabajo que pone una vez más de manifiesto la brillante capacidad de su autor como analista del discurso político y también, desde mi perspectiva, su tendencia a desmesurar el peso de éste en la suerte de los movimientos sociales y las organizaciones partidistas. Más cauta en este sentido es la aportación de Robles Egea, que bajo el título de «Republicanismo y horizonte europeo» acomete un interesante estudio del sustrato común de los diversos republicanismos en las dos primeras décadas del siglo XX. Por último, Montero Hernández aborda los acontecimientos que condujeron a la proclamación de la república en 1931, desde la significativa óptica del giro republicano de las organizaciones profesionales durante los dos últimos años de la monarquía de Alfonso XIII. Quizá quepa preguntarse si este trabajo no habría tenido más sentido en la primera sección, en la medida en que hace referencia a un giro político coyuntural de la opinión pública, más útil para la comprensión del tránsito hacia la II República que para el acercamiento a la mentalidad o la articulación social republicana.

La cuarta y última sección de *El republicanismo en España*, «Tradiciones y variedades locales», reúne tres trabajos de alcance muy distinto. El primero es el de Pere Gabriel sobre el republicanismo cata-

lán del XIX, en el que se sintetizan los grandes rasgos de su organización política, sus tácticas y sus bases sociales. El segundo tiene un carácter mucho más restringido: Pamela Radcliff presenta un sugerente análisis del republicanismo gijonés alrededor de 1900, en el que trata de desvelar las causas de la asimetría entre su escaso peso en las instituciones políticas y su elevada influencia en la cultura política de la ciudad. Por último, Ramiro Reig ofrece una apretada síntesis del que ha constituido una de sus principales líneas de investigación: el blasquismo valenciano.

De este repaso pormenorizado se desprende la heterogeneidad de los componentes del libro, rasgo casi inevitable en cualquier trabajo colectivo, pero aún mayor en uno que pretende «poner a disposición del lector de una forma accesible una muestra representativa de [la] investigación reciente sobre una serie de temas que en definitiva abarcan toda la historia del republicanismo en España», como señala Townson en la introducción. El objetivo queda a mi entender cumplido. El libro ofrece esa muestra representativa y refleja la brillantez de muchos de sus elementos. También traduce las amplias lagunas que tiene la historiografía actual del republicanismo. El desequilibrio historiográfico entre diferentes períodos resulta evidente y perjudica de manera notable al siglo XIX. El Sexenio aguarda todavía la confección de una visión de conjunto, que trate de desvelar las claves de la «revolución democrática». No se ha iniciado el estudio de la articulación social del republicanismo, una labor que supera con creces la mera identificación socioprofesional de sus componentes, y que puede aportar elementos muy novedosos a nuestra comprensión de sus formas y mudanzas, pero asimismo a la construcción de la historia de la burguesía y las clases medias hispanas. Son escasos los avances en el ámbito de la historia del pensamiento económico y social republicano. Estos y otros vacíos no son por supuesto responsabilidad de Nigel Townson ni de los restantes autores. Tampoco desde luego una carencia de la obra reseñada, un texto básico para cuantos quieran acercarse a la historia del republicanismo español.

Juan Pan-Montojo

CABRERA, MERCEDES: *La industria, la prensa y la política. Nicolás María de Urgoiti* (1869-1951), Alianza Editorial, Madrid, 1994, 302 pp.

Mercedes Cabrera ha acertado en traducir a una biografía anteriores trabajos dispersos, y sobre todo unas líneas de investigación que desembocan lógicamente en una narración integrada de los trabajos y los días de un empresario renovador tan emblemático como el fundador de La Papelera Española, *El Sol*, la editorial Calpe, etc. En la Revista *Estudios de Historia Social* (núms. 23-24, 1983) la autora presentaba el trabajo de un grupo (Elorza, Cruz, Carrasco) que había organizado el archivo y los escritos de Urgoiti; más recientemente Cabrera publicaba un par de artículos sobre el personaje en *Papeles de Economía Española* (1989 y 1990), Y ahora añade la utilización de otras fuentes como la propia autobiografía esbozada por el empresario, las actas del Consejo de Administración de La Papelera Española..., y sobre todo la voluntad de aventurarse en el terreno, siempre diferente, de la biografía.

El método consiste en dejar hablar a Nicolás María de Urgoiti, y en escuchar las informaciones y los problemas que reflejan los múltiples Consejos de Administración de los que fue director o miembro, en un contexto que la autora conoce muy bien cronológicamente, pues la actividad pública del biografiado se abre en 1901, con la fusión de fábricas papeleras que da lugar a La Papelera Española, y se cierra en 1931, cuando vende las acciones de *El Sol*, abandona el periódico y se sumerge en una crisis psiquiátrica que lo depositará en un sanatorio a orillas del lago Constanza hasta 1939; un primer tercio del siglo XX, en el que se han centrado las investigaciones anteriores de Mercedes Cabrera, orientadas además al mundo de la patronal y de los empresarios, a la historia política y a la historia de la prensa, y naturalmente reunidas en la persona de Urgoiti, empresario, fundador de periódicos y de editoriales, preocupado siempre por la marcha de los asuntos públicos y ocasionalmente actor político.

En el texto se destaca más su dimensión de empresario modernizador, aspecto el más complejo por cuanto a Urgoiti como productor de papel le interesa bajar los precios -**la** concentración de la industria papelera es simultánea a la de Altos Hornos (1901)-, proteger los precios del papel mediante la defensa arancelaria y ampliar el mercado interno de consumo de papel, especialmente para la prensa;

este último aspecto le lleva a ser un promotor de la defensa del moderno periodismo de empresa, ya que si la nueva prensa apoya sus ingresos en publicidad y en incremento del número de lectores puede reducir el peso contable del gasto en papel.

Esta dinámica le lleva a fundar *El Sol* en 1917, representante de una burguesía empresarial moderna, en torno a la cual giran intelectuales tan preocupados por la modernización política de España (Ortega) como asustados por la crisis social y política nacional, que se despliega en los primeros años de la existencia del periódico. A partir de aquí los intereses de Urgoiti, esto es, de La Papelera Española, como productor de papel, chocan con sus propios intereses como consumidor desde *El Solo* desde Calpe, lo cual hace que desde 1925 se dedique más al periódico y abandone más la empresa.

El papel de *El Sol* ha sido más estudiado y la actividad política de Urgoiti se reduce a una breve militancia en la Agrupación al Servicio de la República en 1931, y una ocasional comparecencia como candidato electoral por las mismas fechas en Guipúzcoa en un bloque de republicanos, socialistas y Acción Nacionalista Vasca.

La intención de la biografía consiste en integrar simultáneamente las dimensiones empresarial, periodística, política y personal de Urgoiti, y de aquí provienen tanto sus dificultades como sus méritos, procurándose en todo momento introducir las suficientes dosis de biografía personal: viajes, gustos y aficiones, vacaciones, visitas y conversaciones con Alfonso XIII, vida familiar, anécdotas que son más que anécdotas (el duelo con Miguel Moya), etc., a un personaje representativo que va resultando progresivamente atractivo para la autora.

Carlos Forcadell Alvarez

PÉREZ PICAZO, M. T., Y LEMEUNIER, G.: *L'Espagne au xx siècle*, Armand Colin, París, 1994, 192 pp.

Uno de los problemas más recurrentes de la historiografía española ha sido, hasta épocas recientes, su dificultad para hacerse oír más allá de sus fronteras. El asunto no está todavía resuelto de modo satisfactorio, pero quizás estemos ya en el buen camino. Esto se nota en la participación en reuniones científicas o en las preferencias de revistas especializadas. Y también en la aparición de introducciones

o visiones generales de la historia española que no sean obra exclusiva de hispanistas (entre los que hay, sin duda, contribuciones excepcionales). A este tipo de obra responde este curso introductorio a la historia española del siglo XX que han redactado Pérez Picazo y Lemeunier para la conocida colección «Cursus» del sello editorial parisino Colino. El interés y la novedad de este libro está más en lo que supone de actualización de contenidos y enfoques, con vistas a su lectura por parte de estudiantes franceses de historia y cultura españolas, que no en la presentación de resultados originales de investigación. No podría ser de otro modo, dado que es preciso combinar interpretación con una información muy general sobre aspectos tan genéricos como la vida cultural, los gustos, los conflictos políticos o los cambios económicos.

De todas formas, hay algunos cambios significativos respecto de otros libros, pertenecientes a esta misma especie, y que generalmente estaban sólo asentados sobre la historia política y cultural. En éste, en cambio, las transformaciones demográficas, los cambios del sector agrario o de la estructura industrial y la política económica reciben una atención suficiente y se apoyan en datos estadísticos puestos al día. Por otra parte, hay un esfuerzo también notable por ofrecer una visión equilibrada de la historia española del siglo actual, concebida como «crisis» en la vieja tradición historiográfica del exilio, y repleta de confrontaciones, en una prefiguración, de lo que Hobsbawm, con un carácter más general, acaba de bautizar como la «era de los extremos». Por supuesto, la historia de España no se libra de esta calificación.

La visión que se pretende dar de España deriva, pues, de una doble tensión. De la de dar cuenta del carácter específico de su evolución en este siglo, con lastres profundos procedentes de la naturaleza de la revolución liberal y con un déficit evidente de democratización y de consenso político, lo que desemboca fácilmente en calificar el caso español como una «vía especial» y diferente de la historia española, tentación a la que los autores no siempre sucumben. Y, en segundo lugar, hay una voluntad explícita de integrar la peripecia de la España del siglo XX en un contexto general europeo, más logrado de lo que inicialmente se confiesa. Este es el esfuerzo que me parece más meritorio.

El resultado general no siempre es convincente. La vida política, especialmente en la llamada, con evidente exceso, «agonía de la Res-

tauración», queda muy en penumbra, así como la evaluación del profundo giro que supuso la crisis de 1898 y la entrada en la «vía nacionalista» del capitalismo español que es, quizás, lo que más nos diferencia del entorno europeo. Pero, en cambio, está bien tratada la época franquista e, incluso, los años de la transición y del decenio socialista, aunque de la España autonómica que caracteriza el posfranquismo apenas se insinúan más que algunos perfiles.

Ramón Villares

GIL PECHARROMÁN, JULIO: *Conservadores subversivos. La derecha autoritaria alfonsina (1913-1936)*, Eudema, Madrid, 1994, 294 pp.

En el curso de alguno de los debates durante el último Congreso de la Asociación de Historia Contemporánea se suscitó la discusión en torno a la oportunidad o no de pasar la página de la historia del movimiento obrero, eje dominante -no único, por supuesto- de la historiografía española en su *paradigma* contemporáneo como historia social. Sin ánimo de mediar en la polémica, en un país de débil tradición historiográfica como el nuestro, por lo menos en relación a los de nuestro entorno europeo, posiblemente ninguno de los capítulos esté tan completo como para permitirnos el lujo de concluirlo. Sin renunciar, por tanto, a profundizar todavía más *desde abajo*, la reciente revisión de la historia social y la revalorización de la historia política, entre otros factores, parecen haber avivado el interés del historiador por los estratos dominantes de la pirámide social en sus diferentes vertientes. Considerando que la mayor parte de nuestra historia contemporánea se desarrolla en el marco de formas liberales y predemocráticas de gestión del poder, el déficit en el conocimiento de la fisiología socioeconómica e ideológica, así como de los mecanismos de acción y organización política de la clase dominante, coincidente o no con el bloque de poder, justifica y avala todo interés por el tema como una necesidad. El riesgo es considerar esto como una alternativa a la historia obrera. El reto: integrar dialécticamente ambas vertientes que no pueden ser exclusivas, sino complementarias en la labor de comprensión de los procesos históricos.

Este ámbito de investigación se está mostrando especialmente fecundo en su faceta política, concretamente en lo referente al análisis

de la derecha. En esta línea, que ha dado sus frutos más recientes en los trabajos de Tusell, Avilés Farrés, Del Rey Reguillo o Preston, se inscribe el trabajo que reseñamos. La deuda de este tipo de estudios con otras historiografías, especialmente con la francesa, es innegable. Así lo reconoce Gil Pecharromán que arranca de la conceptualización remondiana de las tres grandes familias de la derecha decimonónica: tradicionalismo, conservadurismo y nacionalismo autoritario. El interés del autor se centra, sin embargo, en la gestación, evolución y actuación en el primer tercio del siglo XX español de los diversos grupos monárquicos alfonsinos, sector más dinámico de lo que define como Nueva Derecha. Este término aúna genéricamente tres fórmulas políticas: el neoconservadurismo autoritario, el catolicismo social y a la derecha radical, evolucionadas a partir del paulatino deslizamiento de la derecha clásica hacia concepciones de corte autoritario y de un nacionalismo exaltado. Gil Pecharromán nos propone, por tanto, la disección de la versión española de un fenómeno político característico de la crisis del parlamentarismo liberal en el primer tercio del siglo XX en toda Europa.

En un trabajo bien documentado, denso, prolijo y meticuloso Gil Pecharromán nos conduce por la genealogía política de las diferentes familias del derechismo alfonsino desde el maurismo hasta la contienda civil.

La estructura interna del trabajo es susceptible de organizarse en cinco grandes bloques que no corresponden exactamente a los capítulos: *a)* Los precedentes de la Nueva Derecha: los frustrados intentos del maurismo por crear un partido de masas capaz de abordar la revolución desde arriba y modernizar la estructura política del país. En las entrañas del proyecto maurista y en su sector más antiliberal y *moderno* operativa y organizativamente, las Juventudes, se perfilan ya los diversos grupos y tendencias de la derecha que van a protagonizar los posteriores acontecimientos; *b)* La derecha del régimen: la dictadura primorriverista y su intención de aglutinar a la derecha tras la bandera de la Unión Patriótica implican el acta de defunción de la derecha turnista, maurismo incluido, muy residualizados a partir de entonces. Y lo que es más importante, la experiencia upeísta consigue, a pesar de su fracaso, la desvinculación de la derecha alfonsina respecto al parlamentarismo restauracionista; *e)* Reorganización y opción subversiva frente a la República: abierto el telón republicano nos encontramos con los esfuerzos de coordina-

ción y organización de una derecha fraccionada y debilitada en los estertores de la dictadura. Parte de ella se exilia ocupándose en labores conspiratorias. En el interior Acción Nacional, el Círculo Monárquico Independiente, Acción Española o la Unión Patriótica Nacional son algunos exponentes de la reestructuración de la derecha alfonsina. El fracaso del intento de golpe de Estado de 1932 reconduce la estrategia de la derecha alfonsina hacia su afianzamiento en la legalidad republicana, al objeto de proporcionar una base sociopolítica a la subversión cuando ésta fuera posible; *d)* El paréntesis legal: Renovación Española es la primera expresión de esta nueva orientación. Sus relaciones con el fascismo y las tentaciones fascistas de la propia organización. Su acercamiento y separación de la CEDA, las relaciones entre las diversas tendencias monárquicas, especialmente entre los liberal-conservadores de Renovación Española, la derecha radical de Albiñana y con los tradicionalistas, la incapacidad crónica de articular una coalición estable, y en resumen el progresivo aislamiento de los alfonsinos durante el bienio radical-cedista, definen este período; *e)* Fase final de radicalización extrema: la actuación de la derecha republicana durante el bienio negro, la radicalización autonomista y la social con la revolución de octubre, reafirman ya inequívocamente al alfonsismo en la solución subversiva. La victoria del Frente Popular decide una estrategia parlamentaria abiertamente antirrégimen. Papel reducido en la conspiración del 36, pero fundamental en la escalada de crispación política.

La experiencia republicana que ocupa la mayor parte del volumen marca el punto de censura hacia la radicalización de una derecha parlamentaria y políticamente residual, definida por su posición contrarrevolucionaria y antirrepublicana, cuya única posibilidad legal pasaba por las repetidas veces imposible unidad de acción de las derechas. La otra alternativa, la triunfante, la del golpe de Estado, era ilegal y, a la postre, tampoco sirvió a sus propósitos alfonsinos, aunque satisfizo sus aspiraciones autoritarias.

El libro aporta todos los elementos para la valoración del papel histórico de la Nueva Derecha en la fase crucial de la década de los treinta. Para la valoración de un sector extremo de la derecha cuya fisonomía sociológica y estructura orgánica (exigua base e implantación territorial, control del aparato de dirección por parte de una minoría, falta de democracia interna, techo electoral bajo) los convierte en un epígono de los partidos y las oligarquías restauradoras, en un

remedio de la *vieja política*. De ahí probablemente su marginalidad y la pérdida de terreno ante comportamientos políticos y orgánicos más modernos como los falangistas o los de la propia CEDA.

La intrahistoria de esta amalgama de grupúsculos alfonsinos, de sus relaciones, y de un protagonismo que sólo se explica en el clima de polarización política de la II República, ocupan las páginas del libro hasta completar una decena de capítulos culminados con una bibliografía específica del mayor interés.

En las apenas trescientas páginas en que se despliega el hilo argumental, el autor consigue una cohesión interna en la lógica explicativa de la construcción no sólo orgánica, sino sobre todo ideológica de la derecha española. Y a pesar de que el análisis se detiene en el treinta y seis, Gil Pecharromán evidencia el cordón umbilical que anuda la tradición doctrinal de un sector de la derecha española contextualizando históricamente -es decir, explicando- los elementos de un discurso político que va a trascender y pervivir más allá de aquel año.

Si tuviéramos que concluir con una valoración global del sentido histórico de esta minuciosa reconstrucción del conjunto de teselas que conforman el mosaico de la derecha monárquica desde el radicalismo hasta las opciones más templadas -que, por cierto, no lo eran demasiado- asumiríamos la tesis del propio autor respecto a su fracaso: «Si, a diferencia de lo ocurrido en otros países, los derechistas españoles tuvieron que recurrir al expediente de una sangrienta guerra civil para frenar el avance de una izquierda que llegó a alcanzar el Poder por medios legales fue, entre otras cosas, porque en las primeras décadas del siglo les faltó la fuerza o la decisión para optar entre controlar el desarrollo de un sistema de democracia formal o asumir sin ambages la construcción de un Estado autoritario a través de la instrumentalización política de las masas.»

Francisco Acosta Ramirez

DE LUIS MARTÍN, FRANCISCO: *Cincuenta años de cultura obrera en España, 1890-1940*, Ed. Pablo Iglesias, Madrid, 1994.

El tantas veces evocado «boom» que la historia del movimiento obrero experimentó entre nosotros a finales de los sesenta y durante los años setenta, nos permitió obtener, en relación a la historia del

socialismo español, un conocimiento bastante preciso de su evolución ideológica, de la naturaleza de sus propuestas programáticas, de sus organizaciones y de su implantación. A mediados de los ochenta, como puede advertirse en el volumen editado por Santos Juliá *El socialismo en España* (Pablo Iglesias, 1986), verdadero estado de la cuestión en esas fechas, la historia política y la historia de los debates ideológicos del socialismo español estaba ya, en gran medida, realizada.

Fue por entonces cuando comenzaron a hacerse oír algunas voces que proponían ir un poco más lejos, y avanzar por otros caminos. Se trataba de emprender una historia del socialismo español menos unívoca y más compleja, que entre otros aspectos tuviera en cuenta la dimensión cultural de la lucha obrera, sus prácticas y valores culturales y educativos. Naturalmente, no es casual que estas llamadas a la renovación de la historia del socialismo español coincidieran con otras propuestas que empezaron a menudear en la historiografía española a principios de los años ochenta, en favor de una renovación de la historia social, que del estudio de las organizaciones y las ideologías obreras pasase al estudio de la clase obrera en sí, e incluso al estudio de las clases populares, desde un punto de vista tanto social como cultural.

Como señaló no hace mucho Ileana Guereña (*Historia Social*, núm. 11, 1991), el balance de lo que se ha avanzado en los últimos años en el terreno de la historia sociocultural de las clases populares en España, es bastante positivo, aunque también desigual. Entre otros aspectos, el estudio de las realizaciones culturales y educativas del socialismo español, sobre todo en algunas épocas, sigue siendo un campo en el que aún queda mucho por hacer.

Es en este panorama en el que puede singularizarse el trabajo investigador de Francisco de Luis. Autor de *La cultura socialista en España, 1923-1930* (Universidad de Salamanca, 1993), libro basado en su tesis doctoral, en *Cincuenta años de cultura obrera en España* reúne doce ensayos (inéditos algunos y publicados otros en revistas, libros colectivos y Actas de Coloquios y Congresos) que tienen como hilo conductor la referencia a diversos aspectos de lo que fueron la teoría y la práctica cultural del socialismo español entre 1890 y 1940. Desde una perspectiva esencialmente interdisciplinar, en el libro encontramos estudios sobre iconografía obrera y sublitteraturas que hasta hace poco habrían parecido insólitos en un historiador *a secas*, ca-

pítulos que analizan la influencia de instituciones culturales extranjeras en los socialistas españoles y que entran de lleno en el ámbito de la historia de la educación, análisis más tradicionales de algunas realizaciones culturales socialistas, así como una amplia información sobre las coordenadas teóricas que enmarcan las respuestas obreras a la cultura oficial y sobre las fuentes para estudiarlas.

A través de todos ellos emerge una visión de la historia cultural del socialismo en la que pueden advertirse fases diversas (una época inicial en la que la cuestión cultural y educativa queda disuelta en la estrategia de conquista revolucionaria del poder político; el desarrollo desde finales del XIX de un primer programa de acción educativo y cultural **que**, sin embargo, durante mucho tiempo ocupa un papel marginal en la vida del partido; en **fin**, la conversión de la actividad educativa, a partir de la Dictadura, en elemento cardinal de su estrategia y proyecto político), pero también muchas constantes de fondo. En especial, la precariedad de los medios humanos y materiales empleados, la dependencia de modelos extranjeros, la ausencia (hasta la radicalización de un sector del socialismo en la última etapa de la República) de un proyecto educativo genuinamente socialista y su mimetismo respecto de la cultura democrática española, y, en conjunto, una clara desproporción entre deseos y realidades.

Constatar la debilidad histórica del entramado cultural y educativo del socialismo español, como hace el propio Francisco de Luis, no es, sin embargo, algo que reste interés a su esfuerzo por rescatar del olvido esta **parte**, modesta pero en muchos sentidos insoslayable, de nuestra historia contemporánea.

Mariano Esteban de Vega

*História de Portugal. Direcção de José Mattoso, Círculo de Leitores-
Estampa, Lisboa, 1993.*

La *História de Portugal* dirigida por el medievalista José Mattoso ha constituido en los últimos meses un verdadero acontecimiento en el panorama cultural portugués. Avalada por el gran prestigio de su director y respaldada editorialmente por una conocida multinacional, esta nueva «Historia de Portugal» ha disfrutado de un notable éxito editorial y, en poco tiempo, ha pasado a ser una obra de referencia indispensable para el conocimiento de muchas épocas de su pasado.

El caso portugués muestra bien a las claras cómo las historias generales son un fruto que en cada país madura muy especialmente en momentos que podrían definirse como de refundación nacional. En efecto, tras la publicación en 1973 de la analítica y renovadora *História de Portugal* de Oliveira Marques (traducción española en FCE, 1983) y a partir del 25 de abril, el género ha conocido una notable floración. Es en esta perspectiva en la que deben situarse las reediciones del clásico *Portugal contemporâneo* de Oliveira Martins (1881) y la aparición, entre otras, de la *lhistória de Portugal* de .José Hermano Saraiva (1983); de la vastísima y aún inacabada *História de Portugal* del Presidente de la Academia de la Historia .Toaquim Veríssimo Serrão (1984-1986); del *Dicionário enciclopédico de História de Portugal* de Alfa (1985-1990); del *Portugal contemporâneo*, coordinado por António Reis (1989-1990); de la *Histórica contemporânea de Portugal* dirigida por João Medina (1990); de la reciente *Nova História de Portugal* dirigida por .Toel Serrao y Oliveira Marques (1991); del *Dicionário de História de Portugal* dirigido por el propio .Toel Serrao (1992), y de esta *História de Portugal. Direcção de José Mattoso*.

Aunque no es posible en esta breve reseña dar cuenta detallada del contenido de los volúmenes que en esta obra se dedican a la l-historia contemporánea portuguesa [(V. *O Liberalismo (1807-1890)*, coordinado por Luis Reis Torgal y João Lourenço Roque; VI. *A Segunda Fundação (1890-1926)*, coordinado por Rui Ramos, y VII. *O Estado Novo (1926-1974)*, coordinado por Fernando Rosas], sí merece ser destacado el magnífico tono general de los mismos, expresión del auge que el contemporaneísmo ha adquirido en el Portugal democrático, así como el acierto de los diferentes coordinadores en encontrar un justo punto de equilibrio entre lo erudito o profesional y lo divulgativo, y en conseguir, por ello, que esta Historia sea a la vez accesible y rigurosa.

Especialmente, el volumen coordinado por Torgal y Roque constituye un magnífico y bien informado estado de la cuestión sobre el período que transcurre entre, por un lado, las invasiones francesas y la subsiguiente afirmación tanto de un «nacionalismo» portugués como de las nuevas ideas liberales y, de otra parte, la «crisis de conciencia» y de «régimen» que parece anunciarse en 1890 y que es también el principio del largo proceso de desmantelamiento del vasto imperio colonial portugués. Aunque el elevado número de colaborado-

res de este volumen (procedentes todos ellos de la Universidad de Coimbra) plantea algunos inconvenientes, se trata de una obra que conjuga perfectamente la historia política, más o menos tradicional, que ocupa la primera parte del trabajo, y los análisis estructurales y coyunturales de tipo político e institucional, pero también económico, social y cultural, a los que se dedican los capítulos siguientes.

En este mismo volumen, las páginas dedicadas a la vida cotidiana y a la sociabilidad religiosa o profana, y muy especialmente las que Fernando Catroga dedica a la historia cultural (las relaciones entre romanticismo e historia, las actitudes ante la muerte, la secularización de los cementerios, las conmemoraciones cívicas...), no tienen equivalencia en obras de este tipo elaboradas por historiadores españoles, y testimonian con bastante claridad hasta qué punto resulta inexplicable el desconocimiento que gran parte de la historiografía portuguesa sufre en nuestro país.

Mariano Esteban de Vega

RUEDA, GERMÁN: *La emigración contemporánea de españoles a Estados Unidos. 1820-1950. De «Dons» a «Misten»;»,* Mapfre, Madrid, 1993, 368 pp.

La editorial Mapfre, en su colección «España y Estados Unidos», ha tenido el acierto de publicar un ambicioso estudio, de la autoría de Germán Rueda, que abarca prácticamente toda la historia de la emigración de los españoles a Estados Unidos, puesto que los límites cronológicos (1820-1950) que el autor se marca se corresponden con los que delimitan el período en el que el fenómeno migratorio conoce sus momentos de mayor pujanza.

El autor inicia su aproximación a la cuestión con un capítulo introductorio en el que recoge los hechos esenciales que se sitúan en la etapa precedente: glosa, así, la historia de los núcleos de población española que todavía subsisten antes de la década de 1820, deteniéndose en el examen de los que se encuentran en los antiguos territorios mexicanos (California, Tejas, etc.), en La Luisiana y La Florida, y repara asimismo en el interesante grupo de sefardíes que comenzaron a llegar a Nueva York desde el año 1654, si bien la fase de mayor intensidad de su entrada tuvo lugar en las dos primeras décadas del siglo XX, quienes conservaron su idioma ladino, sus costumbres y su gastronomía.

El estudio de Rueda no es sólo amplio por su dimensión cronológica, sino que también lo es en la vertiente temática, puesto que abarca el conjunto de los aspectos que configuran la realidad global de la emigración española a Estados Unidos. Refiere, de este modo, las causas tanto de atracción como de expulsión, incluyendo el examen del marco legal de ambos países que hace posible y a la vez condiciona el éxodo (en el caso de Norteamérica hubiera estado bien alguna referencia a la legislación anterior a 1903, para ofrecer una visión más completa); con cierta amplitud considera también el modo en que inciden las guerras coloniales españolas, y su rechazo por parte de amplios sectores, sobre el fenómeno de la emigración. Se adentra seguidamente en la compleja cuestión de la cuantificación (se calcula que llegaron a USA unos 250.000 españoles) y su distribución en las distintas fases, su procedencia geográfica y su heterogeneidad interna, en función de las variables de edad, sexo, clase y estado civil. No olvida mencionar tampoco la interesante cuestión del viaje y del retorno. Por lo demás, resulta muy sugestivo el análisis que hace del asentamiento de los emigrantes, constatando un patrón de agrupamiento, en determinados Estados (Nueva York, California, etc.) y en distritos muy concretos de las ciudades, especialmente marcado en la primera generación, pero que muchas veces continúa, en forma atenuada, en la segunda y aun en la posterior y que da origen a un movimiento de repliegue sobre la propia identidad de procedencia, del que sólo se sustrae el segmento mejor preparado de la colectividad (profesionales, intelectuales) que se integra con mucha rapidez en la sociedad americana. En el apartado del trabajo, la riqueza de las fuentes que maneja le permiten detallar con mucha precisión los distintos sectores sociolaborales, tomando en consideración la cualificación profesional y la actividad laboral desempeñada en España antes de la partida. Como fruto de esta actividad, las remesas que pudieron enviar a España supusieron una aportación muy cuantiosa que no es posible cuantificar con precisión, a pesar de lo cual el autor apunta unas enjundiosas consideraciones que permiten hacerse una idea de su importancia.

La obra se cierra con un capítulo dedicado al estudio de los rasgos sociofamiliares, las costumbres, el asociacionismo, la prensa y la problemática de la pervivencia o asimilación de la colectividad española. Las poco más de cuarenta páginas que el autor dedica a cuestiones de tanto fuste no le permiten profundizar demasiado en todas

ellas, pero sí consigue trazar un cuadro general en el que se dibuja con bastante seguridad el perfil de algunas pautas relevantes ya bien precisadas (el grado de escolarización de los emigrantes, que se situaba por encima de la media de su clase de procedencia en la España de la época, la preservación del idioma y de la religión católica, el escalonamiento territorial del asociacionismo que progresa de menor a mayor, la tendencia a la endogamia entre españoles, que muchas veces desciende a nivel microlocal, la preferencia por los candidatos demócratas...). El importante esfuerzo desplegado para dibujar esta panorámica general constituye una base sólida desde la que podrán seguir ahondando futuros estudios monográficos.

Al cabo, el autor organiza toda esta información con arreglo a una estructura lógica impecable y clara que en conjunto consigue transmitirnos un buen conocimiento general de las cuestiones más relevantes. Lo hace además sin redundancias, trazando el perfil de nuestra emigración de manera sintética en poco más de doscientas veinte páginas, de bien condensados datos.

Cabe destacar también la atención que Rueda presta en sus análisis a la variable de las generaciones, cuestión que ha sido objeto de muchos estudios y teorizaciones, y asimismo el acertado planteamiento del carácter de «circularidad» que reviste la corriente migratoria y de su retroalimentación por parte de los retornados, que debe ser abordado bajo el doble prisma de la sociedad de procedencia y de la de destino para comprender, de este modo, el fenómeno en toda su complejidad. En efecto, los trabajos más recientes y con mejores perspectivas suelen tener en cuenta este tipo de factores, como se puede constatar en la bibliografía más relevante, entre la que se encuentran los trabajos señeros de Alan Kraut: *The huddled Masses: The Immigrant in American Society, 1880-1921* (1982); Leslie Moch: *Moving Europeans: Migrations in Western Europe since 1650*, y Walter Nugent: *The Great Transatlantic Migrations, 1870-1914*, en los que se lleva a cabo un estado de la cuestión migratoria a nivel general.

Merece la pena resaltar un aspecto que presenta esta obra y que no es habitual encontrar en muchos de los trabajos sobre el hecho migratorio que se han venido haciendo. Consiste ello en tener presente que la colectividad emigrante que se estudia en concreto no es la única que pugna por abrirse camino en el mercado de trabajo y, al cabo, por hacerse un hueco en la sociedad del país de destino. Por el contrario, dicha colectividad tiene a su vera todo un amplio conjunto de

grupos nacionales con los que ha de coexistir, que sumados conforman un «espacio de las nacionalidades», cuya interacción es preciso analizar como lo suelen hacer los estudios más recientes y con auténtica altura teórica.

El muy aceptable resultado de la investigación de Germán Rueda es el producto de muchos años de trabajo que ha necesitado para penetrar en un marco geográfico muy poco estudiado previamente en lo que a la llegada de españoles allí se refiere. Ello le ha permitido conocer muy a fondo el panorama migratorio y hacer la merced al lector de resumírselo en forma muy compendiada. Con ello ha hecho gala de una autodisciplina intelectual no muy frecuente en nuestros pagos, inspirada tal vez en el *modus operandi* anglosajón.

La obra cuenta también con útiles y amplios anexos y apéndices que permiten detallar y ampliar la información condensada en el corpus del trabajo. En general las fuentes de que pudo disponer son muy numerosas y de excepcional calidad, lo que resulta patente en estadísticas, informes consulares, etc., dada la eficiencia de la administración norteamericana, cuya excelencia contrasta con la de otros países de aquel continente, más decuidados tal vez, o con menos medios, en este orden de cosas, pero también menos proclives a asumir con normalidad el hecho plural de la conformación de sus sociedades. En medios historiográficos franceses (v. gr.: Gérard Noiriel en *Le Creuset français*) se reconoce la *calité* de la documentación oficial norteamericana, que permite averiguar, por ejemplo, la procedencia regional del inmigrante y discernir el país de residencia anterior a la inmigración, diferenciándolo del país de origen. Esto es lo que ha hecho posible que el autor pudiese señalar que son precisamente las gentes de las regiones de la cornisa Cantábrica las que emigraron en mayor medida a los Estados Unidos, aportando datos precisos (por cierto que sobre esta cuestión está a punto de aparecer un iluminador trabajo de Moya que trata de dar cuenta de cómo opera la dinámica de la emigración americana en esta área geográfica). Pero tampoco ha desdeñado el autor la consulta de los fondos de los archivos españoles de los que lógicamente se ha servido también (con la salvedad de las series estadísticas sobre emigración de nuestro país – ¡ Y ello con hartos dolores de corazón, por la pérdida de horas de trabajo que le ha supuesto!-, por parecerle claramente menos fiables y completar que las americanas), por lo que cumple valorar el esfuerzo que ha hecho para consultar documentación en archivos de ambos países, que ha

tenido su compensación en la panorámica global, desde el punto de vista de la sociedad de procedencia y de destino, que de este modo ha podido trazar.

Por lo demás, son de destacar los numerosos gráficos que el autor ha elaborado, que resultan de gran ayuda en orden a facilitar la rápida asimilación de sus aportaciones y análisis, y el valioso complemento que supone siempre la inclusión de mapas y unos muy útiles índices onomástico y toponímico.

Germán Rueda supo reunir además una copiosa bibliografía, que en muchos casos constituyen auténticas fuentes primarias, no menospreciando las literarias ni tampoco las publicaciones de carácter autobiográfico y memorialista. Ha recurrido, además, a la prensa y de manera muy especial a los testimonios orales, que ha recogido a través de entrevistas, y que le permiten ilustrar y ejemplificar, dándole mucha viveza y matices al relato, hechos y conclusiones generales que obtiene de fuentes -relativamente- más precisas, pero también más impersonales, como las estadísticas, por ejemplo.

Corno colofón, dejándonos llevar por un momento por la pulsión de *l'appel du pays*, permítasenos un pequeño reproche sobre una cuestión menor: Castela también estuvo entre los exiliados políticos que pasaron por Nueva York. Habría estado bien mencionarlo, sobre todo teniendo en cuenta que -corno el autor indica muy bien- Galicia ha sido la región que más emigrantes ha aportado a los Estados Unidos.

Xavier Castro Pérez

ROCAMORA, JOSÉ ANTONIO: *El nacionalismo ibérico, 1792-1936*, Secretariado de Publicaciones de la Universidad, Valladolid, 1994, 205 pp.

Si hay un fenómeno en este convulso fin de siglo que esté generando preocupación en los dirigentes políticos y en los analistas de distintos ámbitos (periodistas, politólogos, etc.) y que, a la vez, haya calado en el interés de la opinión pública europea, éste es el resurgimiento y consolidación de los sentimientos nacionalistas en un sentido lato.

Momento apropiado, por tanto, para reflexionar con rigor sobre esta cuestión y, en concreto, sobre uno de los aspectos del naciona-

lismo peninsular menos conocidos por poco estudiados. El libro de Rocamora es un ambicioso proyecto de investigar la formación y evolución interna del nacionalismo ibérico en la época contemporánea hasta 1936, año sin duda que marcó una censura en la línea del pensamiento integrador hispano-portugués, si consideramos que el «bloque ibérico» reclamado por los corifeos del franquismo y del salazarismo tendría una naturaleza mucho más circunstancial y un carácter más retórico en relación con el vigor de la tradición unitaria liberal.

El autor pone de manifiesto la existencia de una tendencia continuada, si bien no exenta de altibajos, donde convergen pensadores e intelectuales españoles y portugueses partidarios de una u otra forma de Llegar a una unidad de acción entre ambos países. Esta corriente, nutrida por aportaciones sucesivas desde finales del siglo XVIII hasta los años treinta del siglo XX, adoptó según los diferentes momentos fórmulas también distintas de alcanzar la integración final de los estados ibéricos, quedando perfectamente demostrada esa permanencia del sentimiento unitario, hasta ahora poco estudiada y menos aún sistematizada como en esta obra.

Por otro lado, Rocamora no cae en el reduccionismo de interpretar el nacionalismo peninsular como un hecho propio y genuino del desarrollo histórico de España y Portugal, sino que lo vincula y explica en referencia constante a los avatares europeos, con lo que podemos apreciar la estrecha relación existente entre los vaivenes del nacionalismo ibérico y los nacionalismos continentales.

El autor parte de la crisis antiguorregimental para explicar el nacimiento del pensamiento iberista, por un lado, como fruto de un liberalismo en ciernes que se está configurando con grandes dificultades en aquellos años, y por otro, derivado del trauma generado por las pérdidas coloniales hispano-portuguesas, piezas hasta entonces imprescindibles para las economías peninsulares y parte asimismo sustancial de su historia. La nueva situación creada va a provocar que los competidores tradicionales -España y Portugal- comiencen a observarse desde otra perspectiva muy distinta: la de una posible colaboración para salir con decoro de la etapa difícil que atraviesan y recuperar así una posición de potencia dentro del concierto europeo de las naciones. Tanto el liberalismo romántico como un cierto espíritu regeneracionista ante la decadencia de los dos antiguos imperios habría estado muy presente en la formación del concepto unitario en los albores de la contemporaneidad.

Noticias

Desde este momento **-y en** los siete capítulos que componen el libro- Rocamora estudia cronológicamente la consolidación del nacionalismo ibérico, sus reacciones ante la unidad italiana, la irrupción de una tendencia federalista coincidente con el sexenio revolucionario y las transformaciones provocadas por la desaparición del sistema colonial hasta las disquisiciones que sobre el iberismo se formularon en la dictadura de Primo y en la Segunda República española.

No obstante, esta larga evolución de casi siglo y medio podría articularse en tres fases. De 1791 a 1870, años de expansión para los Estados-Nación que surgen (Italia y Alemania sobre todo), cuya influencia en los pensadores hispano-portugueses **-junto** a la impronta liberal y la extinción de los imperios respectivos, ya comentados es muy poderosa.

A partir de 1870 y hasta 1900, una vez pasada la euforia nacionalista, el unionismo ibérico queda relegado a doctrinarios más preocupados por hacer hincapié en los principios culturales que en los beneficios económicos o políticos derivados de una posible integración.

Durante los treinta primeros años del siglo XX, el nacionalismo ibérico tuvo una recepción mayor en España a causa de la obsesión regeneracionista después del «desastre» de Cuba y Filipinas, por una parte, y de una cuestión que surge con empuje creciente, el catalanismo, por otra.

En cualquier caso, la conclusión obvia, pero no por ello menos importante, es el fracaso rotundo de este afán unificador, para el que el autor ofrece una serie de razones: la escasa implantación popular; las reticencias de las potencias europeas, que veían la posibilidad del nacimiento de un competidor más fuerte en los mercados continentales; el peso específico mayor de lo español dentro de la posible unión, lo cual producía el rechazo en Portugal, que podía ver peligrar así su identidad propia; o, incluso la reducción como consecuencia de la unidad del aparato administrativo del Estado en perjuicio de los trabajadores de la función pública.

Finalmente, tanto Portugal como España eran estados asentados desde la época prerrevolucionaria francesa, muy diferentes, por tanto, en su caminar histórico al caso italiano o alemán. También por ello la concepción unitaria ibérica no tuvo una unidad de criterio o de acción ni fue canalizada por un gran partido, sino que las discrepancias entre monárquicos y republicanos, federalistas y centralistas,

conservadores y liberales, afectaron de lleno a las teorías sobre cómo debería llevarse a cabo la integración y debilitaron su fuerza.

Se trata, en definitiva, de una primera, novedosa y muy notable contribución a la historia del nacionalismo ibérico en la que quizá encontramos una acumulación excesiva de autores y obras -lógica, no obstante, al analizar un período de tiempo tan largo y complejo-, lo cual a veces genera una cierta confusión para el seguimiento de la línea argumental, línea trazada especialmente en función de la evolución española más que portuguesa, como comprobamos con sólo leer el Índice. A ello se añade la escasez en el tratamiento de fuentes directas -archivísticas y hemerográficas-, sin duda necesarias en algunos momentos para concretar cómo quisieron llevarse a término, parcial o totalmente, los proyectos unitarios. Así, por ejemplo, las discusiones del ideal nacionalista, tan relevantes en diarios o revistas de la época, son sólo analizadas por vía indirecta, citando a autores que han trabajado con anterioridad sobre una fuente, pero sin explotar ésta: *Revolução de Setembro*, *O Regenerador* (p. 49); *O Progresso*, *A Nação* (p. 65); *La Discusión*, *La Libertad* (p. 103), etc. A este mismo respecto, sorprende la ausencia práctica del estudio sobre periódicos y revistas durante la dictadura de Primo de Rivera o la II República, períodos ambos -y sobre todo el último- en que la profusión de publicaciones y folletos de muy distinto signo contribuyeron a generar en la opinión sentimientos o actitudes sobre la mayoría de las cuestiones de interés nacional. Para esos años, el autor reduce el campo expositivo a las ideas de algunos intelectuales muy conocidos y de distintos matices ideológicos (Abad de Santillán, Madariaga, Ledesma Ramos, Mareelino Domingo, etc.). Por otra parte, y aunque Rocamora comente en las conclusiones y en algún otro momento de su discurso la desvinculación del ensayo unitario por parte de las masas, el estudio se centra con exclusividad en el pensamiento de determinadas élites, sin profundizar en si hubo o no recepción entre el pueblo llano de estas ideas nacionalistas o si en esta población existieron los afanes integradores.

En cualquier caso, de ningún modo desmerecen estos comentarios la importancia de esta obra en el panorama historiográfico, comentarios por lo demás suscitados por las perspectivas que, como obra abierta, propicia el avance de las investigaciones en este campo.

Ricardo M. Martín de la Guardia

VILAR, JUAN B. (prólogo de Sir Raymond Carr): *Intolerancia y libertad en la España contemporánea. Los orígenes del protestantismo español actual*, Fundamentos Maior, Ed. Istmo, Madrid, 1994, 452 pp.

La obra de Juan B. Vilar viene a llenar un espacio historiográfico escasamente estudiado por los investigadores españoles: el de la coexistencia de religiones y modos de vivir la experiencia religiosa en la España del siglo XIX. En el período que abarca esta obra -desde el final de la Guerra de la Independencia hasta el Sexenio Revolucionario- la situación del estado mostraba un país en continuas guerras civiles, con ausencia de cualquier tipo de estabilidad gubernamental. Sin embargo, lo que sí resulta constante en toda esta época es la oposición de la Iglesia católica a cualquier tipo de difusión del protestantismo. Aunque el fenómeno era considerado como un hecho sumamente puntual, se pusieron todo tipo de trabas desde las instituciones para obstaculizar esta labor de evangelización, con excepción de la etapa progresista de Espartero.

Según la introducción al libro -realizada por Raymond Carr- no existe ningún otro estudio de esta temática que utilice tal cantidad de fuentes. Fueron consultados cerca de treinta archivos y la labor de investigación tuvo lugar en fondos documentales no sólo españoles, sino también en instituciones públicas o privadas de Gran Bretaña y Francia. Estas últimas se convirtieron en el verdadero núcleo de la investigación, sin desechar la búsqueda en los fondos municipales de ciertas localidades españolas.

Este estudio reconoce la necesidad de indagar en las otras perspectivas de la realidad religiosa del siglo XIX español. La primera intención de los movimientos protestantes es su difusión entre las clases bajas de la población preferentemente rural, no entre las élites, lo que provocaba el temor por parte de la jerarquía eclesiástica de que el objetivo de los propagandistas protestantes se centraba en minar y socavar el orden social imperante. El intento de acercarse a las clases trabajadoras se demostraba con la realización de traducciones del Nuevo Testamento a la mayoría de idiomas posibles, como el catalán o el euskera, pero también a otros sectores poblacionales más marginales como el «caló».

Los intentos de evangelización protestante en las primeras décadas del siglo tuvieron un carácter muy aislado y sus acciones fueron

escasamente coordinadas, respondiendo más a estímulos personales que a un programa de actuación. Si importante fue la presencia del propagandista Borrow en la Península, más determinante será la existencia de territorio inglés -Gibraltar- dentro del propio marco geográfico de actuación. Desde esta espléndida hase de operaciones se dispuso el intento fallido de las primeras escuelas metodistas en Cádiz. Según el autor, éste no fracasó oficialmente, ya que supuso la semilla del éxito posterior de otros propagandistas de la década de 1860 como Vázquez o Matamoros. Desde la ciudad gaditana, el protestantismo se difundió en estos años en toda Andalucía, especialmente por Sevilla y Málaga, orientando su actuación ahora hacia los sectores inferiores de la clase media urbana.

El siguiente paso será la difusión hacia el capital del Reino como gran escaparate nacional. Para ello se designará a uno de los más importantes propagandistas, Thomson, que venía avalado por los logros obtenidos en Iberoamérica. Sin embargo, Madrid nunca será muy receptiva al mensaje protestante. El estudio llega a su fin con el abandono de las iniciativas individuales y la puesta en práctica de una cierta institucionalización desde la llegada a la dirección del ex sacerdote Cabrera. A partir de 1868 el protestantismo español pasa por el tamiz católico, con la inclusión de sacerdotes católicos que «reniegan» de su pasado y que inauguran una nueva fase, con unas asociaciones de base menos espontáneas y con una mayor jerarquización interna.

En la obra se plantean también ciertos modelos de difusión utilizados, como el ofrecer biblias protestantes al público a un precio mucho más asequible que las católicas, lo que constituía un buen método de acercamiento a las clases populares. La captación se efectuaba de una manera más fácil entre los hombres que entre las mujeres, tradicionalmente menos apegadas a las innovaciones. Sin embargo, los grupos siempre serán muy reducidos y esparcidos por toda la geografía peninsular.

También resulta muy interesante destacar el hecho de la gran relación que existía entre las zonas costeras y la penetración del protestantismo, conectados a través de los distintos cónsules de las ciudades portuarias, puntos de conexión entre la sociedad española y los credos protestantes. En la mayoría de los casos este protagonismo recayó en los representantes consulares ingleses, debido a que casi todos los intentos procedían de este país.

La imbricación entre protestantismo y política de estado fue una característica constante por estas fechas. Su escasa dotación humana

y la novedad que suponía su planteamiento en la sociedad española, por definición legal *Católica y romana*, provocó que el funcionamiento de estos grupos fuera bastante similar al de una sociedad secreta de carácter político. Su carácter de renovación influía también en el hecho de que mantuvieran abundantes relaciones con asociaciones clandestinas progresistas o demócratas, sobre todo en los años cercanos a 1868. En este período la conexión entre el Partido Demócrata y los grupos protestantes fue importante, debido a la similitud de objetivos respecto a la cuestión religiosa.

Esta consideración de grupo marginal afectó enormemente a su difusión territorial, reducida a pequeños intentos locales sin solución de continuidad. Según se refleja en el libro sin iniciativas muy aisladas, de las que se necesita cierta elaboración de conjunto. A pesar del buen índice toponímico de la obra, al lector no le queda otra solución que ser el encargado de realizar esta perspectiva. En grandes partes la obra se hace realmente amena, debido al proceso descriptivo que toma la orientación de la investigación; sin embargo, ofrece escasas conclusiones de los datos mencionados a lo largo de sus páginas, muy posiblemente porque no hubiera demasiadas posibilidades de cojetar éstos con otras fuentes de distinto origen. La exclusividad en la utilización de estas fuentes determinará en parte el resultado final del estudio.

Emilio Grandío

ROMELJ ALFARO, FERNANDA: *El silencio roto. Mujeres contra el Franquismo*, Fernanda Romeu Alfaro, Oviedo, 1994, 397 pp.

Situada en la confluencia de la Historia de las Mujeres y de la Historia del Presente -siguiendo la denominación utilizada por Josefina Cuesta para una historia de Julio Aróstegui llama «reciente» y otros autores «coetánea» o de «nuestro tiempo»— la obra de Fernanda Romeu constituye un llamamiento a la construcción de un futuro de convivencia social a partir del conocimiento y la aceptación del pasado reciente, no de su ocultación o deformación, por muy terrible o doloroso que ese pasado sea.

Para contribuir a ese conocimiento, la autora ha realizado una investigación -ya iniciada por Giuliana Di Febo a finales de los años setenta- que tiene por objeto la participación de las mujeres en la

lucha antifranquista y cuyos límites cronológicos son el final de la guerra civil y la muerte del general Franco.

Como herramientas de trabajo Fernanda Romeu ha utilizado tanto fuentes orales como escritas (hemerográficas y documentales), apoyándose en las cuales trata de mostrarnos la evolución del compromiso político de las mujeres estudiadas a medida que van produciéndose en España importantes cambios económicos y sociales, la modificación de su perfil sociológico, las implicaciones de su compromiso político en su vida privada y, 10 que a la autora le interesa más resaltar, sus vivencias, sus sentimientos.

La evolución de su compromiso político -desde la asistencia a fusilados y presos, la cobertura prestada a la guerrilla y la participación en las primeras movilizaciones sociales y políticas, hasta la lucha organizada, la aparición de una conciencia feminista y el planteamiento de reivindicaciones específicas de las mujeres- es analizada sobre todo a partir de la documentación de los archivos del Comité Central del Partido Comunista de España, del Archivo del Partido Socialista Unificado de Cataluña y de fuentes hemerográficas afines en la mayoría de los casos. Las condiciones de clandestinidad en las que se desarrolló la actividad de las protagonistas de los hechos, las dificultades para el acceso a algunos archivos imprescindibles para el estudio de esta época y el propio planteamiento de la obra, han eludido un contraste de la información obtenida de estas fuentes con la que podían haber proporcionado otras pertenecientes a ámbitos ideológicos distintos.

Junto a la evolución de su compromiso político tiene lugar también un cambio en las características de las mujeres que se van incorporando a la lucha clandestina. La autora trata de acercarse al conocimiento de este cambio mediante un laborioso estudio, hecho en condiciones archivísticas muy precarias, sobre los expedientes de las presas existentes entre los años cuarenta y setenta en la Prisión de Mujeres de Madrid. Los resultados de esta investigación, que podemos comprobar gracias a diversas tablas y gráficos, no pueden aplicarse fuera de la zona de incidencia de la cárcel madrileña, pero permiten sentar unas primeras premisas que futuros trabajos sobre otras zonas pueden completar o matizar.

Con las fuentes orales este estudio alcanza una tensión emocional muy intensa, que obliga incluso en ocasiones a suspender unos momentos la lectura. Fernanda Romeu ha entrevistado a 116 mujeres,

entre las cuales hay algunas conocidas (Carlota Bustelo, Carmen Caa-maño, Lidia Falcón, Julia Vigre, Mercedes Comabella), pero la mayoría son personas anónimas, cuyas vidas, salpicadas de experiencias terriblemente dolorosas y de actos de fortaleza, han salido de su anonimato gracias a la publicación de este libro (editado por la propia autora) para incorporarse a ese lugar de la memoria colectiva que es la historia escrita. A partir de estas entrevistas Fernanda Romeu nos acerca a su experiencia, nos permite saber cómo sintieron el duro compromiso político en el que se implicaron, las repercusiones que éste tuvo sobre su vida cotidiana, y sus distintos puntos de vista sobre el papel de la mujer en la lucha contra la dictadura.

En conjunto, este trabajo, que reproduce también manuscritos muy emotivos, no es un estudio terminado, pero facilita un útil material a la elaboración de la historia de las mujeres bajo el franquismo que, por otra parte, es imprescindible para escribir una historia general, de mujeres y hombres, durante esa época. Las fuentes orales son uno de los instrumentos con los que hay que contar para ello. Sería interesante que se extendiera el interés entre investigadoras e investigadores del franquismo por la construcción de estas fuentes, que nos permitieran incorporar a su historia la experiencia vital de sus protagonistas anónimos; como ya hiciera hace años Ronald Fraser con la historia de la guerra civil, y en la línea en la que está trabajando el Seminario de Historia Oral de la Universidad de Barcelona o María del Carmen Carda-Nieto en el barrio de Palomeras de Madrid.

Mercedes Ugalde Solano

CASTILLO, S. (ed.): *Solidaridad desde abajo*. Trabajadores y Socorros Mutuos en la España Contemporánea, VCT Centro de Estudios Históricos, 1994.

Solidaridad desde abajo recoge los resultados del «1 Encuentro Internacional sobre las Sociedades de Socorros Mutuos de los Trabajadores en España. S. XIX y XX», celebrado en Madrid en junio de 1992, por iniciativa de Santiago Castillo.

La consecución de la propuesta de Santiago Castillo ha tenido, desde mi punto de vista, efectos positivos para la marcha de las investigaciones de este carácter: por una parte ha espoleado el interés

por un tema de estudio que está iniciando su despegue -hasta hace poco tratado subsidiariamente como aspecto complementario en los planteamientos de investigación sobre la clase obrera-; asimismo, puso las bases para superar el estadio de micro-estudio local mediante el análisis y la comparación, y preparó la puesta en común de los conocimientos existentes para su presentación en el «Colloque International sur l'histoire de la Mutualité», organizado por «International Association of Labour History Institutions», y celebrado en París en diciembre de 1992.

Partamos en primer lugar de la comprensión del objeto de estudio: ¿qué son las Sociedades de Socorros Mutuos? Podemos definir las, en su versión más aséptica, como agrupaciones solidarias para la eliminación del riesgo; en ellas se da, por tanto, la combinación de los planos individual y colectivo -responsabilidad solidaria-, en beneficio/interés individual, basado en unas expectativas «inciertas» de mayor seguridad.

Como ocurre en todo libro-miscelánea, las posibles respuestas inferidas de *Solidaridad desde abajo* aparecen diluidas en la diversidad de escenarios y cronologías -La mayor parte de las colaboraciones se sitúan entre 1868-1939-, y en la desigualdad en los tratamientos. Ante la imposibilidad de seguir la vía del comentario pormenorizado, se impone recomponer «el puzzle» a partir de la reflexión sobre las cuestiones contenidas en la mayor parte de las «piezas».

La primera certeza que se alcanza a través de la lectura de las distintas aportaciones, y muy especialmente de la de Maza Zorrilla, se refiere a la constatación del mutualismo como fenómeno multifacético, alejado de cualquier configuración regular y susceptible de ser abordado desde distintos puntos de vista (Cuesta Bustillo).

Dentro de la naturaleza difusa del mutualismo, los objetivos de concesión de socorro, además de la organización interna y la práctica de la sociabilidad, constituyen las características comunes que podemos seguir a través de la lectura de las distintas comunicaciones. En el caso de las ayudas, la función previsora de las primeras instituciones mutuales, centrada en la enfermedad y la muerte, evoluciona a medida que se van consolidando hacia proyectos más ambiciosos capaces de resolver otras necesidades perentorias -invalidez, paro, educación, diversión según los casos- o Las asociaciones encargadas de este seguro de riesgo personal —el estudio del seguro de riesgo patrimonial se reduce a los trabajos de Ortiz de Orruño y Arnabat Mata

en aspectos parciales- responden a manifestaciones muy variadas que algunos autores tratan de ordenar a través de propuestas tipológicas (Fullana, Martínez, Esteban de Vega, Arnabat Mata...). En correspondencia la afiliación masculina «de hecho», salvo excepciones en las que la mujer ostenta protagonismo propio (Martínez, Luengo, Checha), tiene una procedencia social heterogénea que a tenor de los estudios podemos reunir en tres bloques: composición interclásista, obrera/artesanal, o de base sectorial-profesional (Solá Ayape, Martínez, Calindo, Arnabat Mata, Uría, Ibarz).

En el libro conviven con el tratamiento de estas cuestiones específicas reflexiones más ambiciosas sobre el mutualismo como fenómeno social genérico, inherente a las expectativas de interrelación que estarían presentes «en la sociabilidad del hombre y la mujer» y «en el desplegamiento de redes asociativas» dentro de la sociedad decimonónica y la más compleja del siglo XX (Solá), y que llevan a planteamientos historiográficos superadores del ámbito propio de las Sociedades de Socorros Mutuos. De manera parcial en las distintas comunicaciones encontramos datos sobre la imbricación entre instituciones mutualistas y partidos políticos, republicanos (Brey, Fullana, Suárez, Fernández-Cordero, Luengo...), socialistas (Rodríguez); sobre la vinculación con opciones sindiales (UCT en Asturias, Uría); la sugerencia de la influencia de las Mutuas en la construcción de la conciencia obrera (Ralle), que entra en contradicción con los resultados de la investigación de Fullana, reveladora de las discrepancias entre mutualismo y movimiento obrero en Palma de Mallorca; y, por último, sobre la ya conocida relación entre las redes mutuales y otras instituciones: Iglesia (Uría, Suárez Bosa, Carasa para el medio rural) y empresas...

Al ser el mutualismo institucionalizado resultado de la combinación entre la percepción subjetiva presentista, determinada por condicionamientos económicos y sociales —en el caso de las clases populares de precariedad y escasez-, y una proyección cuando menos incierta hacia el futuro, puede aparecer, como afirma Marcel van der Linden, en toda sociedad en la «que el grupo orgánico de solidaridad se ha debilitado y la economía es al menos parcialmente monetaria». Esto obliga a la reflexión sobre los orígenes y desarrollo de estas instituciones, o lo que es lo mismo sobre la interrelación entre actores y escenario, cuestiones atendidas con diferente intensidad en muchas de las colaboraciones. En el estudio sobre «Las Hermandades de So-

corro» en el Madrid del siglo XVIII, Sánchez Madariaga nos informa sobre el panorama asociativo popular madrileño de ayuda mutua, integrado en la sociedad de cuerpos del Antiguo Régimen, pero las diferencias estructurales y la dificultad para establecer tipologías a partir de la aplicación de criterios homogéneos, obstaculizan la comparación razonada con el mutualismo contemporáneo si no se establecen vías de seguimiento de los procesos de transformación. De cualquier forma hallarnos en el libro muestra de este enfoque procesal en distintos planos: el proceso de cambio de los gremios en Sociedades de Socorros Mutuos es abordado por Martínez Gallego dentro de un área espacial concreta -Valencia- y en el mareo temporal más propicio —1834-1868—, presentando las dinámicas internas que conducen a la reconversión de las corporaciones en instituciones mutuales dentro del contexto de la actuación intervencionista del Estado, empeñado en el acoso a su realidad feudal privilegiada. Como contrapunto en bastantes comunicaciones se constata la permanencia de Asociaciones de signo tradicional a lo largo del siglo XIX. Y, por último, se desenvuelven proposiciones de investigación interesadas en el desarrollo de las Mutuas populares desde una perspectiva de transformación por efecto de la extensión del modo de producción capitalista y de un Estudio intervencionista, propiciador y por fin responsable de las prestaciones sociales (Solá, Maza, Cuesta y De la Calle).

En suma, una obra desigual en los planteamientos, de lectura obligada para los interesados en el fenómeno mutualista, que suscita el análisis comparado y la formulación de interrogantes.

Carmen Fernández Casanova

AZCÁHATE, M.: *Derrotas y esperanzas. La República, la Guerra Civil y la Resistencia*, Tusquets Editores, Barcelona, 1994, 357 pp.

Después de la Segunda Guerra Mundial la historia política, anudada en la concepción positivista, perdía el predominio del que había gozado hasta entonces, mientras emergían con fuerza la historia económica y la historia social. Ahora bien, desde finales de los años setenta la historia política, superando su antiguo positivismo y rechazando explicaciones superficiales, sin olvidar la narración ni el interés por la cronología, recupera su viejo prestigio y reconquista su deteriorada legitimidad.

Noticias

En este contexto se explican el auge y la crecientemente positiva valoración de la biografía –y de la autobiografía y las memorias– en la historiografía actual, como expresión de la relación entre un personaje y un contexto histórico, que puede ser modificado por aquél. Esta nueva realidad traspasa el círculo de los profesionales y se manifiesta también en la progresiva demanda del gran público.

Así ha ocurrido con las magníficas Memorias de Manuel de Azcárate, *Derrotas y Esperanzas*, que han ganado el VII Premio Comillas. Con ellas, el lector se introduce por los vericuetos de la organización del PCE y recorre una parte importante de la historia del siglo XX no sólo en su dimensión española, sino también en la internacional, dada la especial trayectoria del autobiografiado.

En efecto, nos encontramos ante las Memorias de un personaje notable y peculiar, que puede ser considerado como un intelectual cosmopolita, desde muy pronto interesado por el análisis de los problemas políticos internacionales, a los que han dedicado diversos trabajos, entre los que pueden resaltarse su libro sobre *La izquierda europea* o sus colaboraciones en el diario *El País* desde hace varios años. Pero ha sido también, y de forma destacada, un profesional de la política en las filas del PCE, llegando a ocupar cargos relevantes, a pesar de eludir en lo posible ser un «dirigente» por su alergia a tomar decisiones. En el ámbito del PCE desarrolló una actividad considerable, que le permitió conocer situaciones y acontecimientos de gran importancia y participar en muchos de ellos.

Azcárate había nacido en Madrid en 1916 en el seno de una familia de concepciones políticas abiertas en torno de la Institución Libre de Enseñanza, pero desde los seis a los dieciocho años estudió en el Collège Calvino de Ginebra, adonde se había trasladado su padre para trabajar como alto funcionario en la Sociedad de Naciones. En 1933, tras haberse convertido en un líder estudiantil antinazi, su ideología antifascista le lleva al comunismo a través del «Comité de Escolares de Ginebra contra la guerra y el fascismo». Vuelve a España para estudiar Derecho, con una breve estancia en la London School of Economics, e ingresa en la célula comunista de su Facultad. Al estallar la Guerra Civil participa en ella tanto en España como en el extranjero. Desde París interviene en la compra de armas y aviones para el bando republicano.

Derrotada la República, las Memorias se adentran por la larga etapa del exilio. Establecido en Francia, Azcárate participa en la Resis-

tencia, ayuda a la reconstrucción del PCE, interviene en la frustrada invasión de España por el Valle de Arán, visita otros países y tiene contactos con líderes políticos e intelectuales. En estos años se ve atrapado en las redes de la política estalinista emanada de la Unión Soviética, a la que admira intensamente, hasta que en 1958 visita Moscú y se apodera de él una gran decepción. El libro prosigue, aunque ahora muy superficialmente, el relato de la experiencia personal y política de Azcárate que, tras la expulsión del partido de Claudín y Semprún, pasará a ser el «Responsable Internacional del PCE». Probablemente el autor ha pensado que la existencia de su libro *Crisis del Eurocomunismo* justifica la escasa profundidad de la narración de estos sustanciales y decisivos años de su vida.

Con todo, *Derrotas y Esperanzas* es un trabajo que, escrito en un lenguaje preciso y diáfano, nos ofrece de forma clarividente una gran panorámica histórica al compás del relato de la propia vida del autor. Recrea la historia que narra y la explica desde categorías conceptuales e ideológicas de hoy, muy distintas a las que Azcárate tenía cuando era militante del PCE, que abandonó en 1981. Pero, aunque hay en la obra un replanteamiento crítico de su pasado, no llega a alcanzar el radicalismo de las reflexiones de otros ex comunistas, como puede ser el caso de Jorge Semprún.

En suma, estas Memorias son una aportación valiosa para la reconstrucción de la historia del PCE, necesitado todavía de rigurosas investigaciones, a pesar de la existencia de algunos estudios importantes y de las Memorias de varios de sus dirigentes.

Manuel Redero San Rornán

FERNÁNDEZ CAHCÍA, ANTONIO (dir.): *Historia de Madrid*, Editorial Complutense, Madrid, 1993. JULIÁ, SANTOS; RINGROSE, DAVID, Y SEGURA, CmSTINA: *Madrid. Historia de una capital*, Alianza Editorial/Fundación Caja Madrid, Madrid, 1994.

En la primera mitad del año 1994 han llegado a las librerías dos obras dedicadas a la historia de la ciudad de Madrid, de concepción y alcance muy distintos. Ambas pretenden cubrir todo el itinerario histórico (y prehistórico) de la Villa y sus antecedentes. Ambas son fruto del trabajo de historiadores y se alejan de las abundantes crónicas con mayores o menores ambiciones literarias. Ambas tratan de

abordar las diversas perspectivas de la evolución de Madrid: la gestación de su trama urbana, los avatares de la vida política, el desarrollo cultural, los cambios en las actividades económicas... Ambas han intentado hacer la historia de una ciudad, cuya construcción ha resultado inseparable de su condición de centro político de la Monarquía hispana y del Estado contemporáneo, sin dejarse arrastrar por la tentación de elaborar una historia de España desde el particular prisma de su capital. Pero las coincidencias del planteamiento inicial, reflejo de la maduración de la historiografía española y madrileña en las dos últimas décadas, no deben velar la sustancial distancia que separa a uno y otro proyecto. Empleando una palabra de moda, cabe decir que el producto que se busca en cada caso es muy diferente.

Madrid. Historia de una capital constituye un ensayo destinado al público culto, que se acerca a los aspectos más positivos del libro-regalo por su formato, pero con un precio bastante inferior al que suelen tener esta clase de obras. Presenta abundantes y bien seleccionadas ilustraciones en blanco y negro y un número elevado de mapas -aunque desafortunadamente éstos no siempre tengan la calidad gráfica ni el rigor histórico deseables- o Como ocurre con frecuencia en los ensayos no especializados, el texto no lleva notas, ausencia que se compensa con una amplia selección comentada de bibliografía. Está organizado en tres partes de autoría individual: el Madrid anterior a la instalación de la corte en 1561, a cargo de Cristina Segura; la capital de la monarquía del Antiguo Régimen, por David Ringrose, y el Madrid contemporáneo, sección que ocupa más del 50 por 100 de las páginas del libro y que está escrita por Santos Juliá. Como señala este último en la presentación, esta división tripartita responde al deseo de lograr «una obra general, menos especializada por áreas, más dirigida a un lector que quisiera, en 150 ó 200 páginas, hacerse una idea sólida, aunque no necesariamente exhaustiva, del proceso de formación de la capital en cada una de las grandes épocas históricas». Por mi parte creo que el objetivo se cumple: la yuxtaposición de tres monografías largas y generales resulta más amena y legible para el gran público que la suma de múltiples colaboraciones especializadas. Sin embargo, no he elegido el sustantivo «yuxtaposición» al azar, porque, pese al escaso número de autores, cada una de las partes de *Madrid. Historia de una capital* revela una lógica diferente. Probablemente no pueda ser de otra manera, porque, en mi

opinión, y a diferencia de lo que sostiene Juliá y subraya el título del libro, no hay una «interpretación histórica» de la «constitución» de Madrid «como capital» que permita articular una aproximación global a su historia moderna y contemporánea, y mucho menos a su historia desde la Alta Edad Media hasta 1994. Por ello se puede hablar de tres obras en un solo libro. Sin duda, la menos cuidada de las tres es la relativa al Madrid medieval: descriptiva, tendente a la anécdota y de ritmo entrecortado. La aportación de Ringrose [«Madrid, capital imperial (1561-1833)»] tiene como ejes el análisis de la ciudad simbólica, plasmada en la ceremonia de entrada oficial del rey en la Villa tras su coronación, y el del «estómago» de la sociedad urbana. Desde esos dos puntos se organiza una descripción original y cuajada de interpretaciones de la economía, la sociedad y la política madrileñas, así como de sus efectos sobre el escenario urbano y su contexto territorial en la Edad Moderna, que conectan con los sugerentes y polémicos trabajos anteriores del autor. La tercera y última parte, la de Santos Juliá, recorre con una ordenación cronológica la historia del Madrid contemporáneo. Una redacción ágil y amena da finalmente forma al objetivo central fijado por el propio Juliá en la presentación del libro: recuperar los argumentos de la transformación de la Villa y Corte, paralela y no divergente respecto a la del espacio político que preside, a lo largo de los siglos XIX y XX. Se opone así al recurrente lugar común de una «capital artificial», que eleva a la categoría de permanente un pecado original al menos discutible. Los vaivenes de la vida política nacional, y los movimientos sociales capitalinos que contribuyeron a provocarlos, sirven por ello y por la propia especialización historiográfica del autor de guía a la historia contemporánea de Madrid. El gran activo de la versión que de ésta da Juliá es hacer compatible el predominio del criterio político con el reflejo de los grandes ciclos socioeconómicos de construcción del espacio urbano madrileño. Una visión innovadora que se desmarca de la historia urbana conveneional para configurar un relato histórico de la capital de un país europeo de desarrollo tardío y frágil vertebración territorial.

Historia de Madrid es un libro muy distinto, destinado por su propia factura a un público más restringido. Una concepción un tanto «austera» de la obra conduce no sólo a que no contenga ilustraciones, sino -lo que resulta bastante más preocupante- a que se hayan reducido a su mínima expresión los mapas, una carencia espe-

cialmente notable en el caso de una historia urbana que hace continuadas referencias al callejero ya distribuciones espaciales. La «austeridad» se prolonga en la inexistencia de una bibliografía general, tanto más necesaria por cuanto que cada capítulo viene a constituir un estado de la cuestión de su ámbito, y en la falta de un índice analítico, que facilitaría su empleo como manual. La adición de monografías especializadas implica necesariamente la heterogeneidad del conjunto, aceptada como «mérito» de una obra pionera por el propio director en su introducción. Reúne veinticinco colaboraciones de veintitrés especialistas diferentes, pensadas bajo el prisma de elaborar una «historia total» de Madrid que cubra todo el período desde la prehistoria hasta nuestros días (el franquismo, por no hablar de la transición, reciben, sin embargo, una mínima y superficial atención). Se abre con una completa e interesante aproximación al espacio natural de la ciudad, obra del geógrafo López Gómez, y se desarrolla en capítulos sobre el poblamiento prehistórico de Madrid (Rus), el Madrid antiguo y medieval (Montero), el siglo XVI (Tovar, Alvar y Portela), el siglo XVII (Tovar, Bravo y Portela), el siglo XVIII (Tovar, Cepeda, Martínez Ruiz, Palacio Atard y Portela), el siglo XIX (Navascués, Espada, Fernández, Bahamonde, Martínez Martín y Ruiz de Azúa) y el siglo XX (Rueda, Fernández, Bahamonde, Otero, Martínez Martín, Sánchez Pérez, Nielfa y Méndez). La referencia a la lista completa de autores muestra el carácter multidisciplinar de la obra, en la que colaboran historiadores de diferentes períodos, urbanistas, historiadores de arte y geógrafos. Revela además la presencia de algunos de los principales protagonistas de la construcción de la historia de Madrid en las dos últimas décadas, desde un Instituto de Estudios Madrileños en parte renovado y desde las diferentes tribunas que han contribuido a crear la Comunidad Autónoma de Madrid, en particular los congresos de Historia de Madrid organizados por el departamento de Historia Contemporánea de la Universidad Complutense de Madrid, y en concreto por Bahamonde y Otero. El resultado de esta suma de colaboraciones es un libro de historia local renovada, es decir, de historia local concebida como análisis de un espacio territorial restringido, pero vertebrado activamente con su contexto, por más que desde esta perspectiva resalten más las diferencias que las similitudes entre autores. Sin duda son los artículos relativos al siglo XIX y al primer XX los que, alrededor de la capital social y política del Estado liberal y la traducción económica de su posición de centro na-

cional de élites, mayor coherencia metodológica e hilazón argumental presentan. Estas cualidades traslucen la amplia labor de investigación directa, discusión y coordinación de trabajos efectuada por sus autores en el departamento de Historia Contemporánea de la Universidad Complutense de Madrid, de la que la síntesis presentada en la obra constituye algo más que un «comienzo». Los estudios del urbanismo capitalino guardan, asimismo, una clara línea constructiva, por medio de su pretensión de dar a conocer la dialéctica entre transformaciones socioeconómicas, acción pública y desarrollo del espacio urbano. Los demás capítulos son más heterogéneos y, aunque muchos de ellos tengan una gran calidad, a menudo se resienten de su carácter enciclopédico, forzado por la amplitud de los temas y los períodos temporales contemplados. El conjunto completa, en cualquier caso, una obra llamada a ser referencia introductoria de todo estudio histórico de Madrid.

La historia de una capital y la historia de una ciudad que ha sido capital de España desde el siglo XVI no compiten entre sí. Se sitúan en espacios diferentes dentro de un mismo género, la historia local, que las circunstancias políticas de las últimas décadas han hecho crecer de forma arrolladora y con frutos muy heterogéneos. Nos ayudan a entender que Madrid no sólo ha sido corte, pero que esa circunstancia ha decidido su evolución y es en sí un fecundo y poco explorado tema de investigación. Con todo, la ambigua posición de su objeto no puede ser el único motivo de que las obras de historia de Madrid resulten trascendentes, ni lo es en el caso de las que nos ocupan. Como ha demostrado la mejor historiografía local producida en España en los últimos años, el alcance de un trabajo de historia no está determinado tanto por la relevancia inicial o las dimensiones del campo de análisis, cuanto por la capacidad de observación e interpretación del analista.

Juan Pan-Montojo

LÓPEZ ONTIVEROS, ANTONIO, Y MATA OLMO, RAFAEL: *Propiedad de la tierra y Reforma Agraria en Córdoba* (1932-1936), Servicio de Publicaciones de la Universidad de Córdoba, Estudios de Geografía, Córdoba, 1993, 227 pp.

En primer lugar, y de forma previa, quisiera apuntar al futuro lector que se hana ante un excelente trabajo. Excelente por distintas ra-

zonas: de una parte, por el rigor metodológico a la hora de abordar fuentes como el Registro de la Propiedad Expropiable; de otra, y de forma especial, por el hecho de que los autores van a demostrar las grandes posibilidades que ofrece dicha fuente no sólo para el estudio de la estructura de la propiedad en los años treinta, sino también para el análisis de cultivos y aprovechamientos, de modalidades de tenencia, de sistemas de cultivo y explotación de la tierra, para el estudio de las distintas estrategias de la clase latifundista..., lo que permitirá, en palabras de los autores, conocer el estado en el que se encontraba, a la altura de estos años, el proceso de transformación de aquella clase, iniciado casi un siglo antes y que culminaría poco tiempo después de terminada la guerra civil. Vicisitudes que, sin embargo, van acompañadas, en mi opinión, de una cierta ausencia, que puede considerarse justificada y hasta justificable: una mayor imbricación de todo el proceso de reforma agraria con el trasiego político y la conflictividad social del momento. Ausencia, decía, justificada por los propios autores al remitirnos a los trabajos de Pérez Yruela sobre la conflictividad campesina en Córdoba de estos años.

En las páginas de este libro hallaremos, pues, un estudio minucioso de todo el aparato legal que precede a la puesta en práctica de la Reforma Agraria en una provincia como la cordobesa, en la que, según estimaciones de los autores, más de la tercera parte de la superficie agraria útil estaba, de forma potencial, expuesta a acciones expropiatorias de la ley. Descripción del marco legal que será seguida de un análisis de conjunto de la propiedad expropiable, donde quizá la consecuencia más notable que se pone de manifiesto es el marcado carácter antilatifundista de la Reforma. Hecho constatable, de un lado, en que sean los apartados 12 y 13 de la Base 5.^a las causas mayoritarias de expropiación y, de otro, en la estrecha relación existente entre gran propiedad y arrendamiento sistemático en la provincia de Córdoba. Es precisamente por ello por lo que serán la gran propiedad, y con ella la base latifundista, su composición, el modelo de organización territorial del latifundio..., los objetos preferentes del análisis.

Grandes cifras que serán objeto también de una distribución geográfica por áreas, que se acompañará, a modo de ejemplos, del tratamiento pormenorizado de la estructura de la propiedad y sistemas de aprovechamiento y cultivos dibujados a partir del Registro de la Propiedad Expropiable de algunos términos municipales. Son los ca-

esos concretos de Córdoba, de Hornachuelos y Fuente Obejuna, de Montilla y de Lucena y Cabra. Estudios microespaciales y aspectos globales que, en todo caso, se acompañarán de un notable ropaje estadístico que resulta muy esclarecedor.

Dibujado el paisaje agrario y analizados los datos cuantitativos, los autores pasarán a analizar –a través de las fuentes del IRA– el proceso de implantación real de dicha Reforma en Córdoba desde sus primeros pasos en 1933, con la creación de la Delegación de Reforma Agraria de Córdoba, la concreción del Plan Terror y la ralentización del proceso a partir de 1934, hasta su definitiva aceleración con el triunfo del Frente Popular. Si bien es verdad que a lo largo de las páginas del libro el análisis y caracterización de cada una de estas etapas queda muy bien dibujado, no quisiera dejar pasar por alto, sin embargo, un dato discutible, a mi modo de ver, y que no es otro que el hecho de que el tratamiento de todo este proceso, de sus fases, rezuma un carácter eminentemente técnico, lo que les llevará, en mi opinión, a concluir, entre otras cosas, que en los retrasos en el proceso de implantación de los asentamientos habían influido de forma manifiesta las dificultades técnicas a la hora de afrontar dichos planes de asentamiento, a la par que la escasa dotación de personal que debía de enfrentarse concretamente a la tarea reformista en cada servicio. Nuevamente hecho en falta aquí el ya mencionado mayor grado de imbricación del estudio con las coyunturas políticas y sociales del momento.

Finalmente, una vez analizado el proceso de implantación de la Reforma, los autores pasarán a analizar algunos aspectos resultantes de la misma, y que afectarán de forma notoria al paisaje cordobés, así como sobre la experiencia de las comunidades de campesinos. Quizá los aspectos más relevantes de esta última parte sean, de un lado, las modificaciones que se van a observar en el sistema de cultivos, analizadas por los autores con detalle, y, de otro lado, la opción mayoritaria por el cultivo individual que se tomará en el seno de los nuevos asentamientos campesinos en Córdoba, también analizados detenidamente.

Salvador Cruz Artacho

LORENTE TOLEDO, LUIS: *Podery miseria. Oligarcas y campesinos en la España señorial (1760-1868)*, Editorial Eudema, Madrid, 1994, 159 pp.

Quizá debiera comenzar deteniéndome en el mismo título del libro: *Podery miseria. Oligarcas y campesinos en la España señorial (1760-1868)*, ya que, en mi opinión, existe un cierto grado de imprecisión. En primer lugar, lo que el lector va a hallar a lo largo de las páginas del libro es «poder» y no tanto «miseria», es «oligarquía» y en menor medida «campesinado». En segundo lugar, el ámbito de estudio no será tanto la «España señorial» cuanto la problemática específica que se genera en torno a los Montes de Toledo, sitios en dicha provincia. No obstante, bien es verdad que el autor, de forma acertada y minuciosa, imbricará dicha problemática dentro del contexto sociopolítico nacional. Buena prueba de ello será el capítulo primero («Régimen señorial y transición liberal»), donde se expone el contexto teórico que servirá de base sobre la que se edificará, posteriormente, el estudio de toda la problemática que generan los Bienes de Propios objeto de análisis.

Marco teórico en el que se abordará la transición del feudalismo al liberalismo desde una óptica pactista, en la que el Estado absolutista borbónico jugará un claro papel central, de tutelaje, con una forma específica de intervención que hace imposible, según el autor, considerar al Estado en este período de transición como un simple apéndice de la clase dominante aristocrática. Papel del Estado e imposibilidad de adoptar una vía de compromiso entre los sectores privilegiados y el propio Estado que determinará, en palabras del autor, una específica y larga transición y agonía del sistema de Antiguo Régimen español.

Papel central del Estado que se reflejará en la propia política ilustrada seguida con respecto a los Bienes de Propios y que se concretará en un proceso de centralización por parte del Consejo de Castilla de los propios y arbitrios, estudiado en detalle por el autor, y que constituirá, en palabras suyas, el inicio de un proceso que facilitará la expropiación de los derechos de uso del campesinado y el inicio de su proletarianización. Para ello se estudiará detenidamente todo el marco legal diseñado por los ilustrados, desde el reglamento de 1764 hasta el informe de la Ley Agraria de Jovellanos (1794), como paso previo al exhaustivo análisis que se lleva a cabo en el libro de toda la

legislación que al respecto se desarrolló en el marco de las Cortes de Cádiz de 1812, donde el autor resalta la concreción de dos tendencias: una, que desde la tradición jovellanista defendía lo que podríamos denominar el individualismo desamortizador, y otra, asentada en la defensa tradicional del colectivismo.

y será en este marco precisamente en el que el autor inserte el análisis del conflicto social generado en torno a los Montes de Toledo. Conflicto social que adquirirá, en la coyuntura bélica de 1808-1814, un carácter decididamente político, donde a través del juntismo se hará causa común en defensa de la desvinculación señorial de dichos terrenos. Será ahora cuando, según el autor, se definan dos posiciones claramente encontradas, que se van a analizar detalladamente, y que reflejarían la propia división interna del liberalismo español de estos años: de una parte, la postura que mantiene el Ayuntamiento de Toledo de miedo a que el proceso revolucionario se le vaya de las manos y abogando por la necesidad de una interacción entre defensa de la tradición y apuesta por la modernidad; de otra, la defendida por la mancomunidad de pueblos que reclaman sus derechos sobre esos terrenos y la Diputación Provincial, que enarbolará la defensa de la racionalidad y el buen aprovechamiento de los recursos, para lo que se hace necesario una reforma que pasaría por la desamortización de los mismos.

Enfrentamiento, en todo caso, que se convertirá en uno de los hilos conductores de toda la argumentación y que irá pasando por diversos momentos, pormenorizadamente analizados por el autor. Primero, en el período 1834-1854, donde el litigio se concretará, de una parte, en la defensa que se hará por las autoridades provinciales de enajenar Bienes de Propios con el fin de satisfacer al conjunto de los acreedores, y de otra parte, en la postura que mantiene el Ayuntamiento de Toledo de que dichos acreedores justifiquen la legitimación de sus créditos y el reconocimiento de su carácter de propietario y la antigüedad de su posesión. Contencioso entre Ayuntamiento y acreedores que redundará en estos años en un progresivo trasvase de capital, detalladamente expuesto, y en el ascenso de la burguesía urbana y de sectores de la vieja nobleza asentado, básicamente, sobre la pérdida de preeminencia del clero. Finalmente, a partir de 1854, ya al calor de la ley Madoz, en la que el Ayuntamiento de Toledo, que todavía conservaba un vasto patrimonio municipal, optará por defender sus Bienes de Propio ante cualquier tentativa de nacionali-

zación argumentando criterios de utilidad y aprovechamiento común, aun cuando, según argumentará el autor, el objetivo final de dicha defensa municipal no era tanto impedir la desamortización cuanto la de hacerse nuevamente con la administración directa de los terrenos de los montes y, por supuesto, del dinero que pudiera derivarse de su posible amortización, lo que le llevará a iniciar, aprovechando la coyuntura desamortizadora, un largo litigio con sus acreedores. Explicación del proceso y de las distintas fases del mismo que el autor acompañará a su vez de una serie de anexos documentales a través de los cuales el lector puede pormenorizar sobre algunos de los aspectos desarrollados en la argumentación.

Análisis detallado del proceso que se sigue en torno a los Montes de Toledo que, sin embargo, y desde mi punto de vista, se aborda a lo largo de los distintos capítulos del libro desde una óptica excesivamente institucionalista y legal, echándose en falta una mayor atención a la conflictividad campesina que se genera en dicho proceso y que va más allá de las vías meramente institucionales, manifestándose en muchos casos en actos «cotidianos» de resistencia, a los que el autor apenas presta atención y que, sin embargo, quizá podrían haber mejorado sensiblemente un trabajo ya de por sí bastante completo. A su vez, también se echa en falta un estudio concreto de los sectores sociales que irán controlando a lo largo de estos años dichas instituciones, sus intereses concretos..., a fin de poder insertar el enfrentamiento institucional, detalladamente estudiado, repito, dentro de las estrategias de reproducción de clase de cada una de ellas, con respecto, claro está, a la cuestión de los Bienes de Propios de la zona. Aspecto este último que dotaría al estudio de una dimensión más decididamente social -que complementarían los aspectos institucionales del conflicto- y que, si se me permite, hecho en parte en falta. Cuestiones, en todo caso, que en modo alguno invalidan la seriedad, rigor y buen hacer de historiador que el lector puede hallar a lo largo de las páginas de este libro.

Salvador Cruz Artacho

URÍA, JORGE (coord.): *Asturias y Cuba en torno al 98. Sociedad, economía, política y cultura en la crisis de entresiglos*, Labor, Barcelona, 1994, 237 pp.

Este libro es una de las primeras y tempranas aportaciones al acervo de trabajos sobre la crisis colonial española de 1898 que sin duda proporcionará su próxima conmemoración centenaria.

Ese madrugador interés por el estudio del «98» asturiano va más allá del simple oportunismo coyuntural de la fecha conmemorativa. Cuba, desde el fin de «la guerra de los diez años», no sólo se había convertido en el principal foco de recepción de los emigrantes asturianos, sino que, además, la colonia asturiana presentaba una entidad cuantitativa y cualitativa de primer orden. Después de la gallega, la colonia asturiana era la más numerosa en Cuba en aquellas fechas y sus miembros más destacados -entre los que se contaban varios de los principales empresarios del sector comercial, las industrias tabaquera y azucarera- constituían uno de los grupos más influyentes en la isla. Los vínculos afectivos y los intereses materiales que unían a los asturcubanos con su tierra de origen eran intensos e importantes. De ahí que la guerra se viviera en Asturias como un acontecimiento propio y cercano a pesar de la lejanía, y que la derrota tuviera unas consecuencias de primera magnitud y de todo orden para la región.

A pesar de todo ello, y aunque algunos de esos aspectos ya han sido objeto de análisis puntual dentro de la historiografía regional, faltaba el tratamiento de otros y, sobre todo, una visión del conjunto del «98» asturiano como la que se ha realizado en este libro. Porque no estamos ante una mera colección de trabajos unidos sólo por una temática común, sino ligados por el nexo de un plan de investigación trazado con una orientación globalizadora. Visión que, como consecuencia precisamente de ese enfoque globalizador, ofrece, además de su carácter interdisciplinar, otra característica de interés. La investigación se ha hecho desde la perspectiva de las dos orillas en un doble sentido. Por una parte, el análisis abarca los dos ámbitos geográficos, es decir, tanto el de la «realidad» demográfica y socioeconómica y las actitudes ante el conflicto en la colonia asturcubana, como las repercusiones sociales, políticas, económicas e ideológicas que tuvo en Asturias. Por otra, el equipo investigador ha estado integrado por investigadores asturianos procedentes de diferentes departamentos de

la Universidad de Oviedo, pero también por investigadores y profesores cubanos de la Universidad de La Habana.

La primera parte del libro está dedicada al estudio de la colonia asturiana en Cuba y comprende el trabajo de Pedro Gómez sobre sus características biodemográficas y los realizados por los profesores cubanos Alejandro Villa y Doria García, que analizan el destacado papel que tuvieron en los sectores azucarero y tabaquero ciertas sagas de emigrantes asturianos, como los Rionda, los González Valle o los González Carvajal. El objeto de los trabajos de la segunda parte es el tratamiento de las consecuencias sociales y económicas del conflicto: el incremento de las remesas de los emigrantes y las transferencias de capital (José Ramón García López); la actitud legitimadora y probélica de la Iglesia asturiana (Julio Antonio Vaquero Iglesias); la acentuación del rechazo popular al servicio militar (José María Moro Barreñada); la denuncia de la guerra y la protesta por sus secuelas sociales de los partidos de izquierda (Enriqueta Ortega), y el despliegue de las manifestaciones del patriotismo burgués y popular en Asturias y en los medios asturcubanos (Francisco Erice). La tercera parte trata de las consecuencias ideológicas del Desastre analizando, desde la perspectiva asturiana, el programa regeneracionista de índole nacionalista del Grupo de Oviedo (Jorge Uría, que ha realizado además las labores de coordinación general), y, desde la isleña, las diversas interpretaciones que la historiografía cubana ha propuesto del «98» (Carmen Garda). Y se cierra el libro con un epílogo de la catedrática de la Universidad de La Habana y coordinadora de los investigadores cubanos, Aurea Matilde Fernández Muñiz, sobre los efectos de la crisis política colonial en las relaciones entre Asturias y Cuba.

Julio Antonio Vaquero Iglesias

CRUZ ARTACHO, SALVADOR: *Caciques y campesinos. Poder político, modernización agraria y conflictividad rural en Granada, 1890-1923*, Ediciones Libertarias, Ayuntamiento de Córdoba, Córdoba, 1994, 612 pp.

La Restauración, esa etapa de la historia contemporánea española que sigue siendo, hasta el momento presente, la de más larga duración de toda la historia española contemporánea, ha demostrado ser un vasto campo para la investigación que sigue dando frutos muy

valiosos y clarificadores. Este libro de Salvador Cruz Artacho es una muestra de lo mucho que todavía queda por decir acerca de esta época y del sistema que la sustentó, y a su autor habría que situarlo dentro de esa última generación de estudiosos que se acerca a ella con la intención de ir en su análisis más allá de un mero estudio de historia política.

El estudio de este joven historiador malagueño, formado en el Departamento de Historia Contemporánea de la Universidad de Granada, se centra sobre los mecanismos del poder y sobre el fenómeno caciquil del mundo rural de la provincia de Granada. Originariamente, esta obra fue su tesis doctoral, que posteriormente fue reducida y retocada para su publicación, después de haber obtenido el premio Díaz del Moral en su convocatoria de 1993. Como instrumentos para su análisis, Cruz Artacho utiliza esencialmente los documentos procedentes de los archivos municipales y provinciales y de los archivos judiciales, amén de las abundantes estadísticas impresas existentes sobre la realidad económica y social de la Granada de finales del XIX y primer cuarto del XX. En cuanto a la prensa, ha tratado de evitar ese empleo abusivo que con frecuencia se hace de ella en los estudios de esta índole. Siendo todo este material de suma importancia y más que suficiente para cubrir los objetivos que el autor se propone, echamos en falta, no obstante, alguna referencia a la documentación privada que hubiese permitido sacar a la luz aspectos de las relaciones de poder que sólo este tipo de fuentes puede ofrecer. La bibliografía nacional y extranjera utilizada, y entre la que Cruz Artacho se mueve con gran soltura, le ha permitido elaborar un aparato conceptual que le otorga una gran solidez y rigor a todo el trabajo.

El planteamiento general de esta obra presenta cierta originalidad desde el momento en que su autor opta por realizar un análisis de los mecanismos del poder y de las redes clientelares de todo el entramado de la maquinaria política del sistema no de arriba a abajo, como ha sido habitual en la mayor parte de los trabajos que se han realizado previamente, sino de abajo a arriba. Es decir, mediante un estudio de la realidad local, Cruz Artacho trata de desentrañar las claves de la estructura del poder político en Granada y de su engarce con el entramado general del sistema. Esa intención le ha llevado a estudiar la evolución de la agricultura granadina, de la estructura de la propiedad, de los precios o de los salarios, mediante una serie de indicadores que le han permitido trazar un cuadro previo, de gran in-

terés por su precisión y su rigor, de la situación de la provincia granadina a 10 largo del casi medio siglo, y que abarca los cinco primeros capítulos del libro.

A partir del capítulo sexto, el análisis se centra más en las cuestiones de orden político, por cuanto se estudian los procedimientos de control de las instituciones de la administración municipal, provincial y judicial por parte de la oligarquía de propietarios con vistas a consolidar un modelo de desarrollo agrario que consagre su hegemonía social y económica. Los tres últimos capítulos están dedicados al estudio de la conflictividad agraria, conflictividad generada como consecuencia de los cambios en la estructura productiva que sólo servirá para acentuar las desigualdades sociales.

Por todo ello, este excelente libro de Salvador Cruz Artacho viene a sumarse a esa serie de trabajos (Santander, Alicante, Extremadura, Sevilla) que cada vez con mayor nitidez están poniendo de manifiesto que la Restauración no puede entenderse cabalmente sin tener en cuenta la interrelación existente entre poder político e intereses económicos, interrelación que en el caso de Granada resulta de una claridad meridiana.

Rafael Sánchez Mantero

MARTÍN DE LA GILADIA, RICARDO M.: *Información y propaganda en la prensa del Movimiento. Libertad de Valladolid, 1931-1979*, Universidad de Valladolid, Servicio de Publicaciones, 1994, 371 pp.

«Había un periódico clerical, otro gubernamental, otro liberal, que era el periódico por excelencia, el periódico de la ciudad y de la región...», recuerda Umbral en *Las Ninfas* al recordar el pasado informativo de esta capital de provincias, tan parca en rótulos como rica en matices. Las investigaciones consumadas años atrás por Celso Almuíña sobre el decano de la prensa vallisoletana, *El Norte de Castilla*, se han visto enriquecidas durante 1994 con la publicación, a cargo de la Universidad y bajo su experta dirección, de la tesis doctoral de Pablo Pérez López titulada *Católicos, política e información. Diario Regional de Valladolid, 1931-1980*, junto con el libro que ahora reseñamos.

Este trabajo debe inscribirse, por tanto, dentro de un proyecto de amplios vuelos sobre el quehacer periodístico local en las convulsas

décadas del siglo XX, lo que acrecienta de manera notable el inicial atractivo del medio siglo de historia surcado por el periódico *Libertad*, desde sus orígenes republicanos vinculado a Onésimo Redondo y las Juntas Castellanas de Actuación Hispánica, hasta su extinción en plena transición democrática, en palabras del rotativo merced a una «burda maniobra» de Adolfo Suárez. En este sentido cabe celebrar la liquidación de una deuda pendiente, de las muchas que aún lastran el panorama historiográfico de la España del interior.

Dicho mareo local, para regocijo del lector, es desbordado sistemáticamente por Ricardo Martín en el curso de estas páginas, preocupado por ahondar en la problemática general de la prensa del Movimiento, su reglamentación, discurso propagandístico y mutaciones en las formas de legitimación, sin olvidar en su confrontación analítica comparar estas referencias nacionales con el caso alemán e italiano, amén de interesantes alusiones al modelo brasileño y portugués, mucho menos frecuentados. Todo ello no hubiera sido posible sin el rico entramado bibliográfico y documental que sustenta esta investigación, cuidadosa de evitar tentaciones unilaterales y contrastar la información obtenida en diferentes hemerotecas y archivos, algunos de ellos infrautilizados hasta fechas recientes en las pesquisas sobre la España contemporánea. Me refiero, entre otros, al Archivo General de la Administración de Alcalá de Henares, cuya Sección «Medios de Comunicación Social del Estado» resulta en este supuesto de innegable eficacia para el seguimiento de determinados indicadores cuantitativos (ingresos y gastos, tiradas, suscripciones, devoluciones).

La originalidad en la titulación de los epígrafes y la huida de etiquetas convencionales y academicismos a la hora de plantear la estructuración formal y metodológica del trabajo resaltan la habilidad del autor en ordenar el desorden y ser capaz de ajustar a esquemas inteligibles las contradicciones palmarias en este tipo de publicaciones. Auspiciadas todas ellas como armas de combate y, en el caso concreto de *Libertad*, supeditada a los vaivenes ideológicos de las consignas falangistas y jonsistas de sus egregios promotores (Onésimo Redondo, Ramiro Ledesma).

El estudio de este acentuado empeño propagandístico constituye, sin duda, uno de los ejes medulares del libro. Sucesivos capítulos desganan con maestría un discurso periodístico estereotipado y reiterativo, voleado en la legitimación del régimen desde una cosmovisión idealizada, rebotante de ampulosidad. Constataciones como el de-

sarraigo local del periódico y su desconexión respecto al entorno vallisoletano circundante, pertinaz ausencia pese a su ubicación histórica en pleno corazón de la ciudad, ratifican cuanto comentamos. Más aún, el apoyo institucional de *Libertad* al régimen franquista no impide detectar una cierta incomodidad interna acorde con la progresiva reordenación del Nuevo Estado, que altera sus viejos reclamos y pone en entredicho la viabilidad del proyecto nacionalsindicalista, siempre recordado en este diario con el yugo y las flechas de su emblemática cabecera.

La otra gran vertiente, abordada también, a mi juicio, de forma modélica, gira en torno a la manifiesta inviabilidad económica y el mantenimiento artificial de un periódico endeudado hasta sus raíces, imposible de sanear y carente de personalidad propia, concebido en calidad de empresa política al servicio público, nunca desde una perspectiva económica. En suma, serán la inercia y el incuestionado sentido ideológico-propagandístico los que primarán, una y otra vez, por encima de cualquier valoración racional o planteamiento de rentabilidad económica. Sólo resta congratularnos ante la rápida publicación de esta tesis doctoral, necesaria, valiente y rigurosa, tal como acreditó en su día la máxima calificación académica que le fue otorgada.

Elena Maza Zorrilla

CASTELLS, LUIS: *Los trabajadores en el País Vasco (1876-1923)*, Siglo XXI, Madrid, 1993.

El libro que presentamos recoge cuatro artículos, tres de ellos ya publicados con anterioridad, referidos al estudio de la cultura de los trabajadores del País Vasco en los años de la Restauración.

Esta iniciativa de recopilar trabajos, ya publicados en forma de artículos en revistas especializadas, se convierte en una interesante fórmula para conocer investigaciones a las que en su momento nos fue vedado el acceso, así como para subsanar errores tipográficos, como en el segundo de estos ensayos, que en su día dificultaban su lectura.

El conjunto de estos artículos nos presenta la evolución de la clase obrera en el marco cronológico de la Restauración, marco temporal que de forma preferente ha sido elegido por el autor para sus in-

vestigaciones. El marco espacial varía en cada uno de los ensayos, bien las provincias de Alava, Biskaia y Guipuzkoa, en uno de ellos; la provincia de Guipuzkoa, en otro; una localidad guipuzcoana, en otro, y dos comarcas con importante presencia obrera, la zona minera de Bizkaia y la villa armera de Eibar (Guipuzkoa), en el último de ellos.

El ámbito temático elegido es la valoración del cambio social y su repercusión en la conducta de los trabajadores, atendiendo a las transformaciones sociales y económicas que contribuyeron a él. Si examinamos el primero de los trabajos, realizado hace prácticamente diez años, observamos que nos presenta una aproximación al conflicto en Guipuzkoa, obviando las situaciones de no-conflicto, también importantes en la comprensión de las relaciones entre patronos y trabajadores. El segundo de ellos, redactado un año más tarde, también se centra en el estudio de un conflicto que supone un momento crucial en la organización de los trabajadores en el marco del sindicalismo católico. El tercero es una reflexión de ámbito más general, realizada en colaboración con otros colegas, en la que el estudio de la clase obrera se realiza dando un paso adelante en el abandono del conflicto como punto central del interés. Pero donde realmente vemos un cambio más sustancial en cuanto al objeto de estudio es en el último ensayo, centrado en las pautas de conducta de los trabajadores en su vida cotidiana.

Por todo lo dicho, observamos a lo largo de los textos reevidados una evolución temática desde el estudio más descriptivo de los conflictos y de las organizaciones a la preocupación por la situación de los trabajadores en los diferentes aspectos de su vida cotidiana, al estudio interno de la clase obrera y de las circunstancias que condicionan su evolución. Lo que evidencia una cierta variación en las preocupaciones del autor, que nos muestra su evolución metodológica hacia las nuevas corrientes de la historia social.

Quizá por esta mayor proximidad a las preocupaciones actuales de la historia social resulte de mayor interés el comentar con más profundidad el último trabajo. Como ya señalábamos con anterioridad, el marco cronológico es el de la Restauración y el marco espacial el de dos espacios locales que viven de un modo diferente el desarrollo del capitalismo. La reducción del espacio de estudio permite de este modo aprehender de una manera más completa los cambios vividos por los trabajadores; en palabras de Geertz: la cuestión no es *estudiar un pueblo*, sino *estudiar en un pueblo*.

Las cuestiones que se estudian son: la emergencia de la nueva sociedad, los sistemas de trabajo y la organización de los obreros. Para ello se contraponen dos modos diferentes de trabajo y de centros de trabajo, dos tipos de trabajadores y de empresarios, etc. Frente a un lugar, Eibar, con una importante tradición artesanal, con una tradición política republicana, con pequeños centros industriales y pequeños industriales, etc., se estudia una zona, la minera, en las antípodas en la mayor parte de estas condiciones y otras que se mencionan en el libro. La resultante de todo ello serán unas relaciones laborales diferentes y una diferente organización obrera. Lo que nos muestra un acusado grado de localismo en la sociedad de la Restauración, que se superó paulatinamente, y la diversidad de comportamientos que muestran la endeblez de muchos de los pretendidos estudios de *historia general*, que no dejan de ser estudios locales generalizados a zonas más amplias sin la menor base empírica. Esto no debe hacernos creer en la inexistencia de elementos comunes en ambos modelos de desarrollo de las clases trabajadoras, como la legislación laboral, las organizaciones obreras, etc.

A partir de estos estudios podemos observar cómo se hace evidente el interés de los estudios locales como medio de análisis de problemas generales. Asimismo, la diversidad de respuestas de los trabajadores a las nuevas exigencias de la sociedad capitalista, debidas a unos condicionantes propios, sin olvidar sus elementos comunes, marcados por un proceso lento, pero continuo, de homogeneización e intercomunicación de la sociedad.

Mikel Urquijo Goitia

PÉREZ LÓPEZ, PABLO: *Católicos, política e información: Diario Regional de Valladolid, 1931-1980*, Universidad de Valladolid, 1994, 353 pp.

La Universidad de Valladolid posee una ya larga y fructífera tradición de estudios históricos centrados en los medios de comunicación. Los nombres de Palacio Atard, Enciso Recio, Egidio López, Palomares Ibáñez o Almuiña Fernández jalonan este recorrido, que encuentra ahora en Pablo Pérez López un digno continuador.

Su obra, presentada en su momento como tesis doctoral en esta Universidad, parte del estudio de un periódico de Valladolid de este

siglo, para colocarnos inmediatamente ante el apasionante problema de la prensa católica en España. El recorrido por la historia de *Diario Regional* ciertamente viene a colmar una laguna existente en la historia de la prensa vallisoletana de la presente centuria, pero no deja de tener para el autor un mero carácter instrumental. Sus planteamientos e hipótesis trascienden, pues, lo propiamente local para adentrarse en el análisis profundo del catolicismo en estos años, en las razones y motivaciones que llevaron a los españoles a editar periódicos católicos y por qué ese tipo de prensa finalmente se extinguió.

El relato arranca en los ásperos años de la Segunda República, en los cuales la defensa del catolicismo amenazado llevó a los católicos a utilizar su prensa como arma propagandística y elemento de lucha en una batalla en la que resultaba casi imposible discernir lo religioso de lo político. La Guerra Civil consagró inevitablemente este modelo de periodismo, ya que el enemigo político de antaño se había convertido en adversario de trinchera.

En las páginas siguientes, las dedicadas al estudio de los largos años del franquismo, la obra alcanza su plenitud. El establecimiento de un régimen oficialmente confesional que sometía al periodismo a una implacable censura estatal obligaba a los católicos vallisoletanos y españoles a plantearse el sentido de la existencia de una prensa formalmente apellidada católica. Por eso los primeros años cincuenta registran el progresivo anquilosamiento y una profunda crisis de identidad en estos medios, entre los cuales *Diario Regional* no es una excepción. La solución, la única salida, estaba en descargar al periodismo católico de los lastres del pasado que lo acercaban más a una lectura piadosa que a un moderno medio de comunicación de masas. La respuesta estaba en demostrar que los católicos podían hacer un periodismo profesional, ágil, a la altura de los tiempos, consiguiendo además que la empresa, en términos estrictamente mercantiles, fuese rentable.

El intento, llevado a cabo en *Diario Regional* desde mediados de los años cincuenta a finales de los sesenta, estaba condenado al fracaso. La prensa católica, por definición, no se había concebido nunca para rendir dividendos, no era un negocio, sino un apostolado, y ésa había sido la razón de su existencia. El franquismo la había hecho redundante e inútil, porque en un país oficialmente confesional el tránsito del concepto *periodismo católico* a *católicos que hacen periodismo* carecía de sentido. Si de lo que se trataba era de hacer sim-

plemente *buen periodismo*, esa fórmula en Valladolid ya existía y desde hacía tiempo, se llamaba *El Norte de Castilla*. En la pugna puramente comercial, el diario católico llevaba las de perder. Y así fue como a finales de los años sesenta la inviabilidad empresarial de *Diario Regional* lo había condenado ya, por mucho que aún resistiera en agónica lucha algún tiempo más.

Cuando el 7 de marzo de 1980 cerraba sus puertas el diario católico de Valladolid, hacía ya tiempo que la prensa católica había dejado de tener sentido. España había cambiado profundamente. El estereotipado catolicismo oficial del régimen franquista ya no cuadraba ni tan siquiera con las nuevas corrientes conciliares en la Iglesia, pero, además, desde los años sesenta en España se había venido produciendo un imparable proceso de secularización que incorporaba al país a marchas forzadas a eso que ha dado en llamarse modernidad. El estupor de redactores y lectores de *Diario Regional* ante la fotografía de un supermercado norteamericano en los años cincuenta pulverizaba por sí solo la imagen oficial de la España Imperial. El periodismo católico español nunca había sido rentable, el problema ahora consistía en que tan escasos eran los lectores como los mecenas.

El libro de Pérez López sorprende gratamente al lector con una fina combinación de rigor histórico y calidad narrativa. Como si de una biografía se tratara, el autor nos hace recorrer el ciclo vital de ese sujeto histórico llamado *Diario Regional*, su nacimiento, madurez y muerte. Su pluma nos lleva con elegante prosa a través de diferentes épocas y conflictos, nos presenta con trazo preciso a sus protagonistas, los Pérez Solís, Cebrián Boné, Fernández Areal y tantos otros, en un intento deliberado por demostrar que los libros de Historia pueden ser tan legibles como rigurosos y precisos.

Arrinconado durante años frente a otros elementos quizá más atractivos o llamativos, como el socialismo o el liberalismo, el papel central del catolicismo en la historia contemporánea de España se manifiesta cada vez con mayor claridad ante los historiadores. En este sentido se hace absolutamente indispensable el análisis de la prensa católica, como perfecta expresión de la adaptación o inadaptación de los católicos al mundo contemporáneo. El principal mérito de Pablo Pérez consiste precisamente en haber abordado sin complejos este fascinante problema.

José-Vidal Pelaz López

CABALLERO DOMÍNGUEZ, MARGARITA: *El sufragio censitario. Elecciones generales en Soria durante el reinado de Isabel II*, Junta de Castilla y León, Avila, 1994, 345 pp.

Este libro viene a subsanar un vacío historiográfico sobre el entramado electoral en la España isabelina, toda una incógnita, en el caso concreto de Soria, frente al interés suscitado por etapas más recientes de su proceso político contemporáneo, ya sea la Restauración, estudiada por Carmelo Carcía Encabo (*Elecciones y partidos políticos en la provincia de Soria durante el periodo 1875-1907*, tesis doctoral inédita, Universidad de Zaragoza, 1989, 3 vols.), Santos Hoci-gas Martín (*Las elecciones en la provincia de Soria durante el periodo 1907-1923*, tesis doctoral inédita, Universidad de Zaragoza, 1985) y la propia Margarita Caballero (*Las elecciones municipales en Soria capital entre 1874 y 1923*, tesis de licenciatura inédita, Universidad de Zaragoza, 1980), o los trabajos elaborados en la década de los setenta por Carmelo Romero Salvador sobre la Segunda República (*Elecciones y partidos políticos en la provincia de Soria durante la Segunda República*, tesis doctoral, Universidad de Zaragoza, 1978, ampliación de su Memoria de Licenciatura leída en 1973 bajo el título *Los sufragios electorales en la provincia de Soria en 1931*).

Las limitaciones espaciales y demográficas inherentes a un marco con diez mil kilómetros cuadrados y poco más de cien mil habitantes, extensibles asimismo al soporte documental y la parquedad de fuentes informativas, pueden encerrar algunas claves de la escasa atracción ejercida por semejante ámbito y temática entre los investigadores. El riesgo a sucumbir en un localismo de vía estrecha se intenta corregir en este trabajo desde un enfoque metodológico empeñado en relacionar en todo momento el caso particular soriano con el conjunto nacional y los comportamientos sociopolíticos paradigmáticos del reinado isabelino. Resulta, en este sentido, esclarecedor su análisis del «cómo» y el «porqué» del acceso al poder de determinadas personas, que irán reacomodando sus maneras de ejercerlo a tenor de las cambiantes circunstancias políticas y socioeconómicas del segundo tercio decimonónico. Aparecen así desbrozadas ante nuestros ojos las complejas relaciones de poder, su articulación y plasmación en una práctica electoral, descritas en un lenguaje ameno e in-

teligible, aún más meritorio si tenemos en cuenta la aridez del proceso sometido a examen.

Al estudio pormenorizado de las veintidós elecciones generales celebradas en Soria durante la monarquía isabelina, su urdimbre y entresijos sin regatear nombres y apellidos -algunos de expresiva reincidencia, como el ocho veces diputado Rafael Ramírez de Arellano y otros correligionarios—, se añade un oportuno análisis de la normativa electoral vigente en estas décadas, prueba del aludido afán por superar los corsés locales y acceder a una problemática política de carácter general. La aparente variedad de la legislación electoral, mediatizadora de los comportamientos de candidatos y electores, y polarizada en las arquetípicas Leyes de 1837 y 1846, o las discrepancias vertidas en torno a la conveniencia de una división electoral en distritos uninominales o circunscripciones provinciales, no deben empeñar el férreo consenso mantenido por moderados y progresistas en lo fundamental.

Me refiero, desde este ángulo político-ideológico, a la defensa por ambas formaciones liberales del sufragio censitario masculino, exponente de los intereses de las clases dominantes y uno de sus engrasados mecanismos de perpetuación en el poder, coherente con un discurso oficial según el cual «todo hombre que tiene una profesión lucrativa y por su incapacidad no puede distinguirse en ella es un elemento segurísimo de perturbación». La sacralización de la propiedad perceptible en la España isabelina atenúa otras diferencias programáticas, como podemos constatar con nitidez desde estos ámbitos domésticos provinciales, donde el diputado se convierte en mera correa de transmisión con oficio de mediador entre los electores de su distrito y el gobierno central. De ello ofrece sobrados testimonios este riguroso trabajo de Margarita Caballero, que sintetiza lo más sobresaliente de su tesis doctoral, defendida en la Universidad de Zaragoza en 1989.

Elena Maza ZorriLla

SEBASTIÁN GARCÍA, LORENZO: *Entre el deseo y la realidad. La gestión del Departamento de Cultura del Gobierno Provisional de Euzkadi (1936-1939)*, Instituto Vasco de Administración Pública, Oñati, 1994, 257 pp.

La Guerra Civil española presentó en la zona republicana dos rasgos diferenciadores que incidieron de manera determinante en la evolución del conflicto. Uno fue la imbricación, pugna o abierta divergencia entre el elemento político y el militar; otro, la pluralidad de organismos oficiales y privados que, al socaire del conflicto bélico, trataron de imponer su propio modelo de organización de la realidad dentro de su marco de actuación. En un nivel de Gobierno esto se reflejó en la actuación paralela del Gobierno de la República y de los Gobiernos autónomos catalán y vasco.

La proyección de ambos rasgos en los distintos niveles de la realidad en estos años de 1936-1939 ha constituido un foco de atracción para la historiografía sobre la Guerra Civil que se ha ido perfilando desde principios de los ochenta. Es entonces cuando una joven generación de historiadores españoles empezó a tomar el relevo a los protagonistas de la guerra y a los historiadores extranjeros (anglosajones fundamentalmente) que se habían ocupado de la misma. A partir de entonces, y sobre la base de documentación primaria, se empezaron a publicar estudios monográficos que han ido desvelando muchos aspectos poco conocidos, ignorados o marcados por la desfiguración del tópico. Centrándonos en la historiografía vasca sobre la Guerra Civil, es en este contexto en el que hay que situar el libro de Lorenzo Sebastián, tal y como señala José Luis de la Granja en el prólogo.

Bajo el sugerente título de *Entre el deseo y la realidad*, este libro constituye un análisis minucioso de la gestión educativa y cultural llevada a cabo por el Departamento de Cultura del Gobierno provisional de Euzkadi en el corto lapso de tiempo que transcurre entre el 7 de octubre de 1936, en que se formó ese Gobierno, y el 19 de junio de 1937, fecha de la caída de Bilbao.

El libro se estructura en torno a cuatro capítulos. En el primero se abordan las competencias de ese Departamento dentro del organigrama del Gobierno, destacando la figura del que fuera Consejero de Justicia y Cultura, Jesús María Leizaola, hombre clave tanto en el seno del Gobierno como en la formación política a la que pertenecía,

el Partido Nacionalista Vasco. En un segundo capítulo se traza la organización de este Departamento. Los dos últimos se centran en el análisis pormenorizado de la gestión educativa y cultural auspiciada por el mismo. Unos bien seleccionados apéndices cierran el libro, que tiene la principal virtud de haber reconstruido, a partir de una buena documentación de archivo, la gestión de uno de los organismos más influyentes del Gobierno vasco, así como de haber perfilado las bases ideológicas sobre las que se asentaron las tomas de decisiones y los límites entre las aspiraciones y la praxis.

De la lectura del libro se desprenden una serie de importantes conclusiones que es necesario resaltar. La primera, ejemplo palmario de esa pluralidad a la que aludimos, es que, paralelamente al proyecto educativo cultural auspiciado desde el Ministerio de Instrucción Pública republicano, el Gobierno vasco, desbordando incluso las atribuciones contempladas en el Estatuto de Autonomía, trató de llevar a la práctica un programa educativo y cultural, definido desde tiempo atrás, de corte nacionalista y confesional. El instrumento básico para ello fue la escuela. En este sentido, las dos innovaciones de mayor trascendencia introducidas en este nivel fueron la oficialidad de la enseñanza en/de la lengua vasca y la vinculación entre educación física y folklore tradicional vasco. El modelo de esta política educativa nacionalista fueron las Escuelas de Euzkadi, creadas por el Gobierno y que apenas tuvieron tiempo para asentarse. Su labor, sin embargo, fue continuada en las colonias para niños vascos evacuados establecidas en el País Vasco francés. La aplicación de este proyecto nacionalista en el ámbito escolar produjo roces y enfrentamientos con la Delegación Nacional de Enseñanza Primaria y con los maestros nacionales. Por otra parte, los nacionalistas tampoco se mostraron plenamente satisfechos por parecerles el proyecto del Gobierno demasiado moderado.

En la misma línea que la creación de las Escuelas de Euzkadi estuvo la de la Universidad Vasca, viejo anhelo que ahora se hacía realidad con la puesta en marcha de la Facultad de Medicina, también por un corto espacio de tiempo. La especificidad de lo vasco aquí se reflejó en la introducción de la asignatura del euzkera médico en el plan de estudios.

Esta misma política de «defensa, estudio y expansión» de la lengua vasca se proyectó en el ámbito cultural con la creación de la Sección de Lengua y Literatura Vasca dentro del Departamento de Cul-

tura. Por último, la participación en la Exposición Internacional de París de 1937, en el marco del Pabellón Español, estuvo presidida por ese mismo deseo de destacar la singularidad de lo vasco.

En suma, y como se subraya en el libro de Sebastián, la Guerra Civil constituyó un factor propicio para desarrollar una política educativa y cultural por parte del Gobierno vasco que tenía como objetivo prioritario reforzar la «identidad nacional» de Euzkadi dentro del conjunto de los pueblos de España. El intento, que se movió entre los márgenes de los deseos y los obstáculos que la propia guerra imponía para hacerlos realidad, quedó prontamente abortado tras la caída de Bilbao en poder de los militares sublevados.

Alicia Alted

SUÁREZ CORTINA, MANUEL: *Casonas, lldalgos y Linajes. La invención de la tradición cántabra*, Universidad de Cantabria-Editorial Límite, Santander, 1994, 162 pp.

A veces las ausencias pueden ser tan ilustrativas como las presencias para buscar claves de fenómenos históricos generales en el marco del análisis comparado. Este trabajo es buen ejemplo de ello respecto de la cuestión nacional/regional en la España contemporánea. En los tres primeros capítulos («El romanticismo historiográfico», «Los inicios de la erudición montañesa» y «Tradicción y regionalismo en Cantabria»), el autor analiza la evolución de la historiografía, la erudición y la literatura en su relación con la posible construcción de una identidad regional. El capítulo cuarto («La institucionalización de los estudios históricos»), aunque aporta datos complementarios siempre útiles, no parece imprescindible para el argumento central del libro.

Suárez Cortina asume la conocida tesis de Hobsbawm, cuya influencia campea ya en el subtítulo, y en coherencia con ella, si bien «se ha tratado de mantener la autonomía entre las elaboraciones historiográficas, las literarias y el devenir sociopolítico», «resulta evidente que los nexos entre unos y otros son muy relevantes», nexos que en realidad implican «el carácter dominante que el cambio social ejerce sobre el mismo componente nacional o regional» (pp. 8-9). Desde esta perspectiva analiza con rigor el proceso de invención y difusión de una tradición cántabra por parte de historiadores, eruditos,

literatos y publicistas (Assas, Escalante, Pereda, Escagedo, Menéndez Pelayo, Quintanilla, etc.), y relaciona sus contenidos con la situación y aspiraciones cambiantes de las clases rectoras de esa sociedad: la burguesía santanderina y la tardo-hidalguía montañesa, por otra parte bastante entremezcladas. Y constata cómo esa identidad regional construida no fundamenta un regionalismo político, que sólo apunta esporádicamente en algunos individuos y siempre queda completamente huérfano de apoyo incluso entre las élites. En su opinión, esta ausencia se explica, no tanto por la inexistencia de poderosos factores «objetivos» (por ejemplo, la lengua), aunque esto también influya, como por el hecho de que el regionalismo político no era el mejor sendero para canalizar los intereses de la burguesía santanderina. En la primera mitad del siglo XIX esta clase adopta un *liberalismo instrumental*, idóneo para beneficiarse del cambio sin crear tensiones peligrosas con las pervivencias del viejo orden en el *hinterland* montañés. La crisis iniciada en los sesenta supone la quiebra de ese modelo y la necesidad de otro más defensivo ante los nuevos cambios: es esto lo que da sentido a la invención de la tradición, sustento ideológico del *particularismo centrípeto* o cantabrismo castellanista (y españolista), que será el dominante hasta la Guerra Civil. De hecho, el regionalismo político cántabro no nacerá hasta la última transición, al calor de las instituciones regionales del actual Estado de las Autonomías, lo que, a mi juicio, no deja de ser muy significativo de la variedad de factores genéticos de este tipo de movimientos socio-políticos.

En suma, estamos ante una interesante aportación, por sus informaciones y sus interpretaciones, aunque se trate de un objeto de estudio «menor» en el conjunto de los que componen la llamada cuestión nacional en España.

Justo G. Beramendi

ELIAVES PALACIOS, JULIÁN: *Huidos y maquis. La actividad guerrillera en la provincia de Cáceres, 1936-1950*, Institución Cultural «El Brocense», Cáceres, 1994, 179 pp.

Monografía, procedente de una Tesis Doctoral leída en la Universidad de Extremadura, que afronta un detallado y riguroso análisis de la manifestación provincial de un capítulo básico de ese amplio

proceso, directamente derivado de la Guerra Civil, que fue la oposición armada al franquismo. Es éste un ámbito en el que la historiografía profesional, que se ha encontrado siempre con graves obstáculos informativos, apenas ha penetrado. Todavía se es deudor en este terreno de trabajos excesivamente militantes, de muy variada calidad, pero más comprometidos con su finalidad legitimadora y justificativa que con el rigor histórico. Hora es ya de que se incorporen a este ámbito aportaciones académicas de las que la obra que comentamos es una sólida muestra.

Solidez que viene dada por su planteamiento, integrador, y por la amplia apoyatura en fuentes primarias. Porque se trata de una obra excepcionalmente bien documentada y en este aspecto se encuentra tal vez su mayor virtud. El autor ha podido acceder a un amplio, variado y rico acervo documental que permite una perspectiva de conjunto. El aporte básico procede de informes de la Guardia Civil, del Ejército y de la Policía Gubernativa, a los que se unen actas de los Consejos de Guerra. Tal vez en un afán de exhaustividad y contraste se pueda achacar a la obra no haber utilizado los fondos, que se han empleado en otros trabajos, procedentes del ámbito de los propios luchadores antifranquistas (archivo del PCE).

Varias fases quedan individualizadas en el desarrollo de este proceso de resistencia antifranquista, siempre constituido por pequeños núcleos asentados en las zonas más montañosas de la Alta Extremadura. Surgida en los primeros momentos como simple técnica de supervivencia para los adversarios del levantamiento militar, con escasa incidencia, se vio fortalecida a lo largo del conflicto con las periódicas incursiones de fuerzas procedentes del campo republicano y destinadas a sabotear la retaguardia nacional. Sus resultados fueron trágicos, tanto en sus repercusiones directas como colaterales, algunas de las cuales el autor ha descrito ya en su obra *La Guerra Civil en Navas del Madroño. Los fusilamientos de Las Navidades de 1937* (Cáceres, Ayuntamiento de Navas del Madroño, 1993). Con la primera posguerra se produjo un fortalecimiento y una mayor sistematización de las acciones que llegaron a intranquilizar al régimen.

En suma, un verdadero trabajo de campo, sin concesiones a la nostalgia, tan propicia en estos campos, con una descripción minuciosa de las variadas operaciones a que dio lugar aquel esfuerzo, inútil tanto en sus objetivos últimos como inmediatos, que fue, además, fe-

roz y desproporcionadamente reprimido (como muestra la exhaustiva relación de víctimas).

Fernando Sánchez Marroyo

GALLARDO MORENO, JACINTA: *La Guerra Civil en La Serena*, Diputación Provincial, Badajoz, 1994, 287 pp.

Detallada monografía comarcal que se incorpora al conjunto de investigaciones de base, progresivamente creciente en cantidad y calidad, que están posibilitando un mejor conocimiento de lo que fue el desarrollo de la Guerra Civil, centradas en un marco espacial muy concreto, Extremadura, que ofrece unas características adecuadas para conseguir una comprensión global del fenómeno bélico. Como es bien sabido, en esta región el conflicto conoció todas las circunstancias posibles, que podemos sistematizar, en líneas generales, en cinco situaciones: triunfo inmediato de los militares (provincia de Cáceres), intento de sublevación abortada a los pocos días (Villanueva de la Serena y Castuera), inicial control republicano y rápida ocupación por el Ejército de Africa (buena parte de la provincia de Badajoz), mantenimiento de la legalidad republicana durante dos años (comarca de Don Benito y La Serena) y fidelidad a la República hasta el final (NE de Badajoz).

El título del libro, que nos informa bien sobre su contenido en el tiempo, no resulta, sin embargo, tan certero a la hora de situarlo en el espacio. Porque si bien es cierto que estudia el desarrollo de la Guerra Civil, desde sus primeros momentos a la extinción final de la legalidad republicana, no deja claro que analiza, con carácter modélico, lo ocurrido en una amplia zona del Nordeste de Badajoz, englobando dos de las situaciones que antes se han tipificado. Efectivamente, se ha tomado como marco espacial de estudio a unas comarcas en las que, una vez controlado un precoz intento de subvertir la legalidad republicana, se vivieron, durante dos años, peculiares experiencias de reconstrucción de un nuevo modelo de convivencia sociopolítica.

La autora, que ha manejado todas las fuentes usualmente disponibles, tanto de carácter nacional (Causa General, Archivo de Salamanca) como local (Registros Civiles, archivos municipales), logra una obra que, a pesar de su carácter local, permite proyectar conclu-

siones de validez general acerca de cómo afectó el conflicto la vida de las comunidades rurales. Se caracterizan las dificultades que conllevó la ardua y penosa tarea de reconstrucción de un nuevo orden, destinado a llenar el vacío producido por la crisis del antiguo, que pereció como consecuencia de la sublevación militar. El resultado, muy precario, supuso la marginación de buena parte de la población, la potencialmente no adicta, siempre bajo sospecha y en constante peligro de sufrir los efectos de la arbitrariedad represiva. Dentro del mismo campo antifascista la armonía estuvo ausente hasta el final y las discrepancias entre las distintas fuerzas alcanzaron un elevado grado de tensión en el que no faltaron los enfrentamientos.

Uno de los logros más conseguidos y, desde luego, su mayor aportación historiográfica es el apartado que se refiere a la represión, confirmando, sin entrar en ya hoy innecesarias polémicas cuantitativas, unas cuestiones, aclarando otras y, en última instancia, dibujando situaciones no muy bien conocidas hasta ahora. Documenta con precisión la arbitrariedad represiva, en uno y otro bando, que no desapareció tras el verano de 1936, sino que conoció una postrera reaparición después del 1 de abril de 1939, tanto más brutal por innecesaria. El amplio obituario que recoge la obra desde luego no pretende ser definitivo, pero sí permite mostrar con precisión la intensidad del fenómeno.

Fernando Sánchez Marroyo

RUIZ SÁNCHEZ, JOSÉ LEONARDO: *Política e Iglesia durante la Restauración. La Liga Católica de Sevilla (1901-1923)*, Diputación Provincial, Sevilla, 1994.

Rastrear los orígenes ideológicos de la reacción española se está constituyendo en un esfuerzo necesario de la historiografía española en estos últimos años, pues si las del conservadurismo cuentan ya con importantes obras, el desbordamiento por la derecha que sufrió este último planteaba cuestiones de máxima importancia para entender los avatares posteriores del autoritarismo, el corporativismo y el clericalismo. Por ello el libro de Ruiz Sánchez adquiere importancia, pues explica y analiza con profusión y claridad los orígenes ideológicos y sociales de esa reacción española a través de la Liga Católica en Sevilla.

El providencialismo del cardenal Spínola, que veía los males de España como un castigo de Dios, se unía a la estrecha relación que mantuvieron los hombres de la Liga entre las concepciones de religión y patriotismo —su portavoz periodístico se vanagloriaba de tener censura eclesiástica—, y la formación de un partido católico defensor del corporativismo, que al afirmarse como tal, se enfrentaba a la sociedad civil. El lenguaje de los hombres de la Liga respira por todos lados esa reacción eclesial antimoderna, tal continuar hablando del reino de Sevilla y Granada, o convocar a una manifestación en contra del estreno de Electra a «nobles y plebeyos». Actitud que cambió, pero a instancias del nuevo Nuncio Apostólico, Vico. El uso por el autor del Archivo Vaticano en este caso, como en otros muchos de su libro, abre nuevas perspectivas al tema que trata, que se escapa así del marco local para entrar de lleno en el nacional. La acción social de los católicos, las Juntas de Señoras Católicas, los Centros Patronal-Obreros, la selección de los trabajadores para pertenecer a ellos, nos hablan de un entramado social antiliberal que abarcaba un espectro social más amplio de lo que podía pensarse. Lógico era, pues, que este surgimiento de una nueva derecha con pretensiones de exclusividad católica entrase en conflicto inmediato con el partido conservador, máxime cuando un brillante grupo de jóvenes constituyó la Juventud Católica, y con una autotitulación que no dejaba dudas de por dónde se movía: «reaccionaria». La aportación que hicieron los jesuitas a la Liga a través de la Asociación Católica Nacional de Propagandistas fue determinante para su consolidación. De ella salieron futuros diputados de Acción Popular en la II República, como Giménez Fernández y Monge Bernal, y otros que siempre se refirieron a ella con devoción filial como Jesús Pabón. No pudo extrañar, pues, con estos orígenes, que cuando se proclamó la Dictadura de Primo de Rivera la Liga decidiese apoyar al dictador, diluyendo así su propio proyecto político.

Podría pensarse tal vez que la debilidad esencial de la Liga radicó en que no consiguió organizar un partido moderno fuerte y organizado y por ello desapareció. Pero no parece que las cosas fueran así, porque si es cierto que como tal organización se deshizo, su herencia ideológica, obviamente entroncada con el pensamiento de la Iglesia, se trasladó a la derecha en la II República y al mundo vencedor de la guerra civil. Por ello de la lectura de cuanto bien analiza Ruiz Sánchez se puede concluir que el fracaso político de la Liga es

el fracaso de la Iglesia en el mundo moderno, pero por medio de una victoria ideológica conseguida por las armas, ya que sólo con Franco disfrutaron del poder los católicos y la Iglesia. Pero fue el disfrute de un poder conquistado gracias a la dirección de otros. Lo que sucedía era que esa victoria era la de las posiciones antiliberales que la Iglesia venía defendiendo desde las revoluciones liberales. Está claro por qué no hubo fascismo en España: porque lo que triunfó fue una reacción autoritaria, corporativa y eclesial, que era el fin de los errores del mundo moderno que la Iglesia propugnaba.

José Manuel Macarro

ESPICADO TOCINO, GLORIA: *La primera República en Cádiz. Estructura social y comportamiento político durante 1873*, Caja San Fernando Sevilla/Jerez, Jerez de la Frontera, 1993.

Esta obra recoge la Tesis Doctoral de la autora, culminando con ella otros trabajos suyos sobre el republicanismo, el Sexenio Democrático y la Primera República. En ella se sobrepasa el marco temático que indica el título, pues este análisis le lleva a estudiar indirectamente el conjunto del Sexenio, y la inserción de reflexiones generales, el estudio de los fenómenos económicos, sociales y políticos, y la perspectiva comparativa le dan un aspecto bastante más interesante de lo que pudiera haber sido una historia puramente localista.

Este trabajo se haya estructurado claramente en dos partes diferenciadas. Una primera, dedicada al análisis de la población y el marco urbano, estudio espacial de las categorías socioprofesionales, estratificación económica y social, y la evolución de la actividad manufacturera y comercial, así como análisis de la evolución de los precios; se trata de una panorámica que tiene entidad en sí misma, como muestra de la situación social y económica del Cádiz de estos años, pero a la vez sintetiza una serie de directrices que servirán de apoyo al desarrollo de la segunda parte. Se dedica ésta al estudio del republicanismo federal, y en concreto sobre la teoría federal y su plasmación gaditana, la evolución electoral del partido republicano federal y el desarrollo de la Primera República en Cádiz.

Lo más novedoso e interesante es el análisis de la estructura social de la ciudad de Cádiz con un análisis minucioso de profesiones y de su distribución espacial en los diferentes barrios, y su relación

con el comportamiento político y electoral en la Primera República. Ello lleva a la autora a comprobar, por una parte, que «los cuadros dirigentes del republicanismo gaditano se nutren, fundamentalmente, de los estratos medios y medio-bajos de la burguesía local», y «la base del partido republicano era mayoritariamente y sin ningún tipo de dudas la clase obrera»; y, por otra, a reivindicar el protagonismo del republicanismo intransigente, «desmitificar el supuesto alcance galvanizador del antipoliticismo bakuninista» y resaltar la colaboración entre ambos movimientos. Esta relación entre estructura socio-económica y comportamiento político y electoral no deja, sin embargo, de presentarse complicada, pues, como apunta la propia autora, los procesos electorales distaban de estar exentos de manipulación, la limitación de las fuentes parece impedir el estudio exhaustivo, al modo del realizado por la Primera República, en los procesos electorales de todo el Sexenio, y hubiera sido conveniente, como mediación entre masa electoral y poder político, un análisis más detallado de la organización del partido republicano federal. Con todo, hay material más que suficiente para plantear una lectura fructífera.

La parte más extensa del trabajo se centra en el seguimiento del acontecer gaditano en la Primera República, con amplias reflexiones y análisis sobre la actuación del Ayuntamiento gaditano, el anticlericalismo, el papel de la enseñanza, las relaciones entre republicanismo y obrerismo con la relativización de protagonismo internacionalista, y especialmente del fenómeno cantonalista.

Respecto a esta cuestión, el estudio del caso gaditano y la comparación con otros cantonalismos llevan a la autora a cuestionar el establecimiento de unas delimitaciones políticas, sociales y regionales, y la viabilidad de una diferenciación entre cantonalismo político, social intransigente e internacionalista, para destacar en cambio más las similitudes. Entre éstas, resalta «la convivencia del elemento burgués o pequeñoburgués con el plenamente obrero popular», «la doble militancia federalista e internacionalista que puede darse en los principales puestos de dirección cantonal» y el planteamiento de un reformismo social que «no traspasa las fronteras socializantes de la izquierda republicana más sensibilizada por la cuestión obrera», incluso en alguno de los cantones clasificados tradicionalmente de internacionalistas como es el caso de Sanlúcar de Barrameda. Las diferencias se establecerían entre este tipo de cantonalismo y otro más

conservador, preventivo se podía decir, del que se pone como ejemplo más logrado a Málaga.

Eloy Arias Castañón

SARASÚA, C.: *Criados, nodrizas y amos. EL servicio doméstico en La formación del mercado de trabajo madrileño, 1758-1868*, Siglo XXI Editores, Madrid, 1994, 287 pp.

Este libro viene a cubrir un importante vacío en la historiografía española que no deja de ser significativo, si tenemos en cuenta que, en los últimos quince años, historiadores de otros países europeos —como Inglaterra, Francia, Italia...— han resaltado, en un número creciente de investigaciones, la importancia de este sector de trabajadores en las sociedades preindustriales y en las primeras etapas de la contemporaneidad. Sin embargo, no ha de pensar el lector que este estudio es una mera réplica mimética de lo investigado en otros ámbitos geográficos. Por el contrario, nos encontramos ante un libro excelente que muestra un nivel de análisis que no tiene nada que envidiar a los mejores estudios realizados en otras naciones europeas sobre el tema. Con esto se quiere decir que la postura más errónea que se podría tomar frente a este importante libro es la del que piense irreflexivamente ante el título de esta publicación que se encuentra ante una nueva muestra de una historiografía *Light* tributaria de una moda más o menos efímera. Por el contrario, Carmen Sarasúa demuestra de modo convincente que el sector integrado en el servicio doméstico suponía porcentualmente el que integraba a un mayor número de trabajadores en el Madrid de la época. Sólo por un prejuicio de la historia social tradicional se explica que este importante sector laboral haya sido olvidado por los historiadores. En efecto, se ha padecido a este respecto la negligencia de una historiografía encerrada en unas miras poco amplias, que estaba cegada por una concepción que partía de que los únicos trabajadores que merecían la atención de los historiadores eran los vinculados a la producción de bienes para el mercado, dentro del ámbito fabril, que eventualmente eran los que posteriormente iban a desarrollar una toma de conciencia de clase. Pero es que, además, los méritos de este libro no sólo consisten en realizar un estudio impecable sobre el servicio doméstico madrileño en la etapa previa a la industrialización, sino que las intenciones de la autora

—y, sobre todo, los resultados obtenidos por ella— van mucho más allá, porque en esta publicación se tratan de una forma brillante los complejos problemas vinculados a las migraciones que se desarrollan en el Madrid de la época. De este modo, Carmen Sarasúa ha buscado —y, lo que es más importante, ha logrado— desarrollar un estudio global donde los análisis de tipo demográfico, económico y social se combinan sincréticamente para ofrecer una explicación convincente de los factores que actuaban en la articulación de un mercado laboral fundamental en la capital de España durante el período estudiado. Otro de los méritos notables de esta investigación es el de ofrecer una sugestiva interpretación de los cambios que afectan a un sector laboral tan diverso y heterogéneo en un amplio y coherente marco temporal que ha sido estudiado a través de una fuente documental privilegiada —como son los anuncios de demandas y ofertas de trabajo doméstico en la prensa periódica—, lo que es, sin duda, un hallazgo decisivo de esta historiadora, en la medida que pone de manifiesto realidades que quedan ocultas en otros tipos de documentación. El trabajo modélico de investigación realizado sobre esta fuente documental le ha permitido a la autora expresar al máximo una valiosa información que esperaba a un historiador que diera cuenta adecuada de ella. Pero lejos de limitarse a esta interesantísima fuente informativa, la autora ha aprovechado claves importantes que aparecen en otras fuentes impresas —como, por ejemplo, las procedentes de la literatura, tanto en la novelística como en ensayos de variada temática— que le permiten enriquecer apreciablemente el conocimiento sobre el tema. A ello hay que añadir que Carmen Sarasúa muestra un dominio del análisis económico poco común entre los historiadores, lo que le ha posibilitado analizar la información documental en un discurso teórico impecable. Lamentablemente, el limitado espacio de que aquí disponemos nos impide comentar otros numerosos logros de esta publicación, como los que se refieren, por ejemplo, a las claves que proporciona sobre los diferentes grupos sociales que demandan a trabajadores del servicio doméstico, su interpretación sobre los cambios coyunturales en la remuneración de los sirvientes, su análisis de la movilidad social de los criados y un largo etcétera al que la forzosa brevedad de esta reseña no nos permite ni siquiera hacer una mínima referencia. No empaña, en absoluto, la excepcional calidad de este trabajo el que existan algunos aspectos discutibles, como el exceso de citas documentales incorporadas en el texto o que

el carácter de las fuentes consultadas le hayan dificultado adentrarse en la especial conflictividad social, que caracteriza las relaciones entre amos y criados, o el que hubiera sido deseable ampliar el volumen de fuentes literarias consultadas. De ningún modo hay que entender estas últimas matizaciones que se refieren a cuestiones meramente puntuales y secundarias en demérito de un trabajo de excepcional calidad que supone una contribución muy importante en la historiografía española, realizada por una joven investigadora de la que sólo cabe esperar que publique pronto su tesis doctoral a punto de ser concluida, de la que sólo se puede pensar que reafirmará las brillantes expectativas que ha abierto con este trabajo.

Juan Gracia Cárcamo

RODRÍGUEZ RANZ, JOSÉ ANTONIO: *Guipúzcoa y San Sebastián en las elecciones de la II República*, Fundación Social y Cultural Kutxa, Donostia-San Sebastián, 1994, 667 pp.

La renovación de la historiografía vasca, iniciada en la década de 1970, se ha consolidado e institucionalizado a lo largo de los tres últimos lustros. En ellos uno de los períodos históricos más estudiados ha sido la II República, que ya no es objeto de polémicas políticas, a diferencia de lo que sucede todavía con aspectos controvertidos de la Guerra Civil y del franquismo en Euskadi.

La nueva historiografía vasca sobre la etapa republicana se ha centrado en la vida política, primero en la cuestión autonómica (la clave principal para entender esa coyuntura en Vasconia) y más recientemente en los partidos y las elecciones. Estos temas son mucho mejor conocidos que otros también relevantes como la religión y el mundo sindical, la estructura económica y la conflictividad social, la cultura y las mentalidades.

El estudio global de los partidos y las elecciones, tan aplicado para la II República española en el último cuarto de siglo, se ha llevado a cabo con retraso en el caso vasco, pero con excelentes resultados. Existen obras modélicas de sociología electoral referidas a Alava (De Pablo), Navarra (Ferrer) y Guipúzcoa (Rodríguez Ranz). Para completar el panorama político vasco de los años treinta queda por hacer un análisis en profundidad de las elecciones en Vizcaya, de mayor complejidad por contar con dos circunscripciones, habiendo sido

ya estudiadas las fuerzas políticas en dicha provincia: el comunismo (Elorza), el nacionalismo (De la Granja), el socialismo (Miralles) y las derechas (Plata Parga), faltando sólo el republicanismo.

La reciente publicación de la tesis doctoral de José Antonio Rodríguez Ranz sobre *Guipúzcoa y San Sebastián en las elecciones de la II República* viene a colmar la laguna historiográfica que existía, pues ese territorio carecía hasta ahora de una obra de conjunto para el quinquenio republicano. Basta compararla con su antecedente, el libro de Cillán Apalategui titulado *Sociología electoral de Guipúzcoa (1900-1936)* y publicado en 1975, para percibir el gran avance experimentado por la historiografía vasca en los dos últimos decenios. La obra de Rodríguez Ranz sobresale por el rigor metodológico, la abundancia de las fuentes manejadas y la calidad de sus interpretaciones.

Una de sus principales aportaciones consiste en la elaboración de un mapa sociológico de la provincia de Guipúzcoa en la República en base a factores demográficos y económicos, que le ha llevado a distinguir cuatro zonas heterogéneas entre sí: la capital, la Guipúzcoa urbana, la Guipúzcoa intermedia y la micro-Guipúzcoa rural, comprobando a lo largo de su investigación que su comportamiento político y electoral era muy dispar.

El profesor Rodríguez Ranz analiza con minuciosidad la implantación y la estructura orgánica de todos los partidos actuantes en Guipúzcoa y constata que los más arraigados eran la Comunión Tradicionalista y el PNV, que constituían las dos singularidades mayores del sistema vasco de partidos. Ambos tenían en común el ser partidos-comunidad o movimientos interclasistas, cohesionados por las ideas de religión y patria (España en el primer caso y Euskadi en el segundo) y circundados por bastantes organizaciones satélites de índole extraparlamentaria, conformando lo que el autor denomina la «civilización nacionalista» refiriéndose al PNV. Este llegó a ser por primera vez en su historia la fuerza electoral mayoritaria de Guipúzcoa a partir de 1993 al atraerse a la mayor parte de los votantes católicos.

La autonomía y la religión fueron los dos *cleavages* más importantes que dividieron a los partidos vascos en la República. De ahí que Rodríguez Ranz dedique un capítulo específico a examinar su ideario y su praxis en esos dos problemas cruciales en esa época. La religión fue el principal aglutinante de la coalición del PNV y las derechas que venció al Bloque republicano-socialista en las constitu-

yentes de 1931. Pero después se convirtió en un factor de concurrencia entre ellos al disputarse el mismo electorado y fue instrumentalizada tanto por los carlistas como por los peneuvistas. La cuestión autonómica contribuyó decisivamente a fracturar la mayoría sociológica católica de Guipúzcoa y en general del País Vasco en dos sectores políticos antagónicos: la derecha antiestatutista y antirrepublicana y el nacionalismo autonomista. Para lograr el Estatuto, este último experimentó un proceso de «republicanización pragmática» y de «centralidad política», ubicándose desde 1933 en el centro del sistema de partidos en Euskadi. Su notoria evolución motivó que la lucha electoral pasase de ser bipolar en 1931 a ser triangular en 1936, otra diferencia sustancial con el resto de España. Guipúzcoa fue la provincia vasca en la que el equilibrio entre los tres grandes bloques políticos era mayor, según reflejaron los resultados electorales en febrero de 1936.

El exhaustivo análisis de los comicios municipales y legislativos realizado por Rodríguez Ranz demuestra que una amplia mayoría (en torno al 70 por 100) de la sociedad guipuzcoana se estancó en el 30 por 100, siendo incapaz de conseguir adhesiones entre el electorado católico ni fuera de las principales ciudades (San Sebastián, Eibar, Irún, Beasaín...), especie de islas rodeadas por un mar conservador. Los trasvases electorales se dieron únicamente dentro del universo católico compuesto por el PNV y las derechas españolistas, favoreciendo a aquél en 1933 y a éstas en 1936. A la altura de 1936 la ruptura entre ambos sectores confesionales era ya irreversible y se consumó con su enfrentamiento armado en la Guerra Civil, la cual tuvo en Euskadi la importante peculiaridad de ser una guerra civil entre católicos: requetés carlistas *versus* gudaris nacionalistas, unidos a los milicianos frentepopulistas y cenetistas. El estadillo bélico bipolarizó de nuevo al País Vasco; pero, al contrario que en 1931, el PNV optó por aliarse con las izquierdas. A esta decisión coadyuvaron su evolución en sentido democrático y social-cristiano durante esos años y, sobre todo, su intenso pragmatismo autonomista, pues sólo con la República alcanzaría su objetivo político: el Estatuto de Autonomía. Como así fue.

En suma, el libro de José Antonio Rodríguez Ranz es uno de los mejores trabajos historiográficos acerca de la II República en Euskadi y proporciona una magnífica visión de la vida política guipuzcoana. Esta se completará cuando se publiquen las recientes tesis doc-

torales de Pedro Barruso y Elene Legorburu sobre el movimiento obrero y los aspectos socioeconómicos de Guipúzcoa en 1931-1936, respectivamente. Estas y otras investigaciones corroboran la creciente tendencia de la historiografía vasca a la «provincialización» de sus estudios. Para superarla sería conveniente disponer pronto de una buena síntesis global de la Historia del País Vasco en la II República, que abarcara las cuatro provincias (incluyendo a Navarra con una problemática similar) y las cuestiones mencionadas al inicio de esta reseña. Aun con algunas lagunas, la bibliografía existente permite ya afrontar adecuadamente dicha empresa.

José Luis de La Granja Sainz

GAHICÍA-SANZ MARCOTEGUI, A.: *Intransigencia, exaltación y populismo. La política navarra en tres semanarios criptocarlistas (1913-1915)*, Ed. Txertoa, San Sebastián, 1994, 194 pp.

En la historiografía contemporánea estatal y regional, el carlismo sigue siendo un tema profusamente estudiado. Esa profusión no es, desde luego, gratuita. La importancia del estudio del carlismo, evidente para el conjunto de España, lo es más para el caso específico de Navarra en cuanto que en esta provincia en el último siglo y medio el carlismo ha ocupado un lugar central en la escena política. Sin embargo, el reconocimiento de los méritos de muchas de las investigaciones llevadas a cabo no nos exime de continuar reclamando más esfuerzos sobre el tema, ya que la mayoría de las cuestiones que pivotan sobre él distan todavía de ser adaradas, especialmente porque el carlismo y su base social se nos presentan como dinámicos, cambiantes y, en consecuencia, escurridizos. Precisamente, uno de los aspectos hacia el que a mi juicio la investigación futura sobre el carlismo debería prestar más atención es el de las continuidades y discontinuidades de sus apoyos sociológicos a través de los siglos XIX y XX.

La última monografía de Angel García-Sanz Marcotegui nos ayuda a enfocar con mayor precisión nuestra perspectiva sobre el carlismo en un momento muy concreto del tiempo; los años diez de nuestro siglo, justamente los años en los que tanto la estructura socioeconómica como la política experimentaron en Navarra algunas transformaciones que, aun cuando no significaron una ruptura plena, sí

que rompieron con el anquilosamiento precedente a todos los niveles. En esta monografía el autor analiza diversos números de tres semanarios (*Joshe Miguel*, *Akelarre* y *El Duende*) de corta duración que se editaron de forma sucesiva entre 1913 y 1915 Y también un único número de un semanario anterior (*El Cozcor*) que, publicado hacia 1907, habría sido un antecesor de los anteriormente citados. Hondamente relacionados entre sí, de sus contenidos y responsables se infiere una indudable orientación carlista y un probable, aunque no atestiguado con certeza, apoyo por parte de la dirección del partido.

Apoyándose en su exhaustivo conocimiento del mundo político navarro de la época y a la luz de los ataques continuos y virulentos emitidos desde esos semanarios con un lenguaje muy agresivo contra el nacionalismo vasco, el conservadurismo y el socialismo, el autor atribuye el origen de esas publicaciones a la necesidad carlista de contrarrestar el inicio del declive de su hegemonía electoral motivada por la ruptura de su alianza con los integristas y por el creciente empuje de unos adversarios políticos directos tales como eran el peneuvismo y el maurismo que le disputaban el mismo segmento del voto. La pérdida de fuerza electoral, por consiguiente, es lo que habría impulsado a los carlistas a dotarse de unos órganos de expresión que, basándose en la polémica y en la descalificación, tratarían de frenar el incremento del peso específico de otras dos fuerzas emergentes en la derecha.

Aunque bajo mi punto de vista es un campo en el que el autor debería haber pasado de la mera constatación a un análisis más profundo, un aspecto de gran interés del libro de Gareña-Sanz es la detección de posicionamientos anticapitalistas (bien que desde perspectivas afines al sindicalismo católico) y vasquistas (como reivindicación cultural, de ningún modo nacionalista) entre los articulistas de estos semanarios carlistas. Las agrias diatribas antieapitalistas contra los conservadores de algunos de los redactores era algo desde luego, tal y como no deja de apuntar el autor, muy rentable a la hora de captar el voto de sectores obreros, máxime en un momento en que una incipiente industrialización, sobre todo en Pamplona, llevaba consigo cambios en el tejido social y en las relaciones laborales. Del mismo modo, en lo tocante a la asunción de la lengua y de la cultura vascas por parte de algunos colaboradores de esta prensa criptocarlista que llegaron a pronunciarse como más vascos y más vascófilos que los propios nacionalistas, mi impresión personal es la de que pue-

de interpretarse en el sentido de que aquélla constituía una baza política nada desdeñable en una Navarra como la de 1915 en la que los límites meridionales del euskara llegaban casi a las puertas de Pamplona.

En el actual estado de nuestros conocimientos la constatación de esos posicionamientos sindicalistas y vasquistas en sectores del carlismo navarro de la segunda década, y con toda seguridad también de la tercera, nos invita en vez de a zanjar problemas, a abriarnos hacia más interrogantes. Entre ellos, dos. El primero, el de si aquellos posicionamientos podían convivir de forma estable en el seno del carlismo navarro, sin provocar fisuras ni deslizamientos hacia otras formaciones tanto de dirigentes como de las bases. El segundo, el de que bajo la hipótesis de que aquellas declaraciones no eran mera retórica debido al hecho contrastado de la fuerte penetración electoral del carlismo entre sectores populares y obreros, así como en la Navarra lingüísticamente vasco parlante, a lo largo del período 1915-1936, debemos preguntarnos el porqué del éxito en esta tierra del sindicalismo católico, a pesar de las marcadas desigualdades sociales existentes en el mundo rural y demostradas por las últimas investigaciones en historia agraria, así como el de los postulados que afirmaban la existencia de una realidad cultural, pero que a la vez denostaban la de una realidad nacional en unión de las Provincias Vascongadas y que finalmente desembocarían en el navarrismo foral. Bajo mi punto de vista, esa búsqueda de causalidades sólo podría llegar a buen puerto bajo el despliegue de esquemas metodológicos y conceptuales menos rígidos que los que los historiadores hemos utilizado hasta ahora. Parafraseando a Weber y recordando que en la terminología weberiana la actitud epistemológica de comprender está teñida de pluricausalidad y neutralidad valorativa y que se encamina a situarse mentalmente en el lugar de los sujetos, quizás antes de nada debamos perseguir una comprensión interpretativa de la acción social, a fin de llegar por ahí hasta una explicación causal de su sentido y de sus efectos. Adoptar la representación de los hechos de los navarros de aquella época, valorar qué valores se les presentaban como significativos y apropiados, percibir en definitiva la gama de matices que confluían en una ideología ambigua y fronteriza como la del carlismo navarro del primer tercio de nuestro siglo.

NAVAJAS ZUBELDÍA, CAHLOS: *Los cados y las comadreja. La Dictadura de Primo de Rivera en La Rioja*, Ed. Gobierno de La Rioja-Instituto de Estudios Riojanos, Logroño, 1994, 261 pp.

La guarida, el cado, de ese nocturno y peridicial animal, la comadreja, es como se describe por parte del gobernador civil de la entonces provincia de Logroño, don Juan Fabiani, el ambiente de la región y es por ello por lo que plantea la necesidad de permanencia en su puesto de delegado gubernativo al comandante de infantería don Conrado Catalá Llevot, en sendas cartas a Primo de Rivera y al general Sanjurjo, como consecuencia de la orden por la que se reducían los delegados a uno por provincia y que además fueran cambiados de destino. En este sentido el título del libro describe perfectamente qué hay detrás, en el fondo, de la existencia de los delegados gubernativos y para qué fueron creados en su momento, como dice el propio Fabiani para conocer la provincia, «los pardillos, las intrigas».

La creación de ese cuerpo no podía llevar más que a la militarización de España y, por supuesto, de La Rioja, en donde se centra el tema. Militarización que se había iniciado desde el mismo momento del golpe militar con el nombramiento de los generales gobernadores civiles y que se completaría más tarde con la existencia de «los cruzados de la paz», es decir, con la creación y tutela militar del Somatén y posteriormente con «los profesores de ciudadanía», o sea, con los comandantes del Servicio Nacional de Educación Física, Ciudadana y Premilitar.

Aunque la segunda parte del libro describe la posible desmilitarización, en lo que el Dr. Navajas denomina «la paisanización» del Régimen, con la aparición de la Unidad Patriótica y el nombramiento de gobernadores civiles no militares la conclusión a la que se llega por el lector y por el mismo autor es que la tendencia desmilitarizadora de la denominada «dictadura civil» se rompió con el establecimiento de los Jefes locales de los ya señalados profesores de ciudadanía. Y aunque el partido único y el Somatén intentaron dar al Régimen un poso civil, la realidad no cambió y sí, en cambio, se facilitó la derechización definitiva de la Dictadura. En el caso de la Unión Patriótica por su componente social formado por «nuevos políticos» del campo católico, aunque algunos sí que eran «viejos políticos», como los procedentes del agrario católico, mauristas, conservadores, reformistas o incluso algún republicano. Y en lo que respecta al So-

Noticias

matén la derecha civil, que lo componía la ultraderecha militar, que los «dirigía y controlaba», y la ultraderecha eclesiástica, «que les prestaba su apoyo ideológico y los legitimaba», como escribe el Dr. NavaJas.

En fin, estamos ante un libro que desde la perspectiva política riojana nos introduce en un tema que habría que estudiar en otras regiones para acercarnos, una vez más, a la cuestión de la militarización de la Dictadura de *Primo* de Rivera desde el estudio de los Delegados gubernativos, que tan importante papel jugaron en el control de la sociedad civil durante los años de la Dictadura.

José Miguel Delgado Idarreta

OLLERO DE LA TORRE, JOSÉ LUIS: *La Rioja ante la primera guerra carlista (1833-1839). Incidencias socioeconómicas*, Ed. Gobierno de La Rioja-Instituto de Estudios Riojanos, Logroño, 1994, 2 vols., 686 pp.

Tres grandes partes configuran el presente trabajo. En la primera de ellas se muestra el aspecto bélico-político de la guerra civil en lo que el Dr. Olleno denomina «La Rioja en el conflicto armado», analizándose el pronunciamiento, la organización de juntas y los primeros problemas económicos, para mostrarnos a continuación a La Rioja como zona de dominio liberal y base frecuente de la defensa de la libertad frente al carlismo.

La segunda parte del libro incide ya directamente en el impacto que en la economía tiene el conflicto civil y la actitud de la sociedad riojana ante él. Para ello el autor no se detiene solamente en los suministros de las tropas, sino también en la política económica de las instituciones, como puede ser el caso de la Diputación Provincial, con el estudio de las contribuciones, empréstitos, exacciones y otros tipos de obtención de fondos como los arbitrios especiales o, incluso, la venta de bienes de Propios.

La tercera y última parte del libro analiza muy pormenorizadamente las repercusiones que la guerra carlista tiene en la Iglesia riojana, ya que ésta mantiene una actitud de clara división interna, no sólo porque las autoridades civiles terminen desterrando o encarcelando a los clérigos, los que no se pasan a filas carlistas, sino porque, incluso, la parte septentrional de la diócesis termina escindiéndose

creando duras fricciones con la autoridad civil. Si a ello le sumamos el impacto de las leyes desamortizadoras tenemos el componente definitivo del enfrentamiento civil-eclesiástico.

El libro con todo este bagaje se convierte en un estudio en profundidad de esos años de la providencia riojana. Y si tenemos en cuenta que la falta bibliográfica específica referida a nuestra región la ha suplido con un exhaustivo conocimiento de una bibliografía general, y sobre todo con el uso y análisis de una copiosa base documental, nos hallamos ante un libro fundamental para el conocimiento no sólo riojano sino nacional.

Por último y para concluir debemos mencionar la importancia que La Rioja tenía para ambos contendientes, ya que se encontraba en la frontera. El Ebro se convertía de esta manera en el limes, en la separación, y por ello, como escribe el Dr. Ollero, nada de lo que se origine en torno al conflicto le será ajena al ser «lugar de acogida y aprovisionamiento de las tropas liberales».

José Miguel Delgado ¿darreta

MANCEBO, M.^a FERNANDA: *La Universidad de Valencia. De la Monarquía a la República (1919-1939)*, Instituto de Cultura Juan Gil-Albert, Valencia, 1994, 429 pp.

Esta obra es una valiosa aportación a las últimas investigaciones sobre la historia de las universidades españolas del siglo XX. La profesora Mancebo, cuya contribución a la historia de las universidades es de todos conocida, realiza un detallado recorrido por la trayectoria de esta institución valenciana desde la época de la autonomía universitaria de César Silió hasta el final de la guerra civil de España.

El libro se presenta dividido en tres bloques: Autonomía y Dictadura. La Universidad de la República. Crecimiento y ruptura. Siguiendo este orden cronológico la universidad valenciana es analizada desde tres ángulos distintos: legislativo, estudiantado y profesorado. Respecto al primero, se recogen minuciosamente las leyes y los decretos emanados del Ministerio de Instrucción Pública y su repercusión en la universidad de Valencia: proyecto de autonomía, organización docente, aplicación de los nuevos planes de estudios...

El estudiantado es analizado en todas sus variables, desde el recuento de la población estudiantil, la mortalidad académica, el ori-

gen geográfico, la presencia de la mujer en la universidad, y el asociacionismo estudiantil. Es este último un tema por el que la profesora Mancebo no puede disimular su simpatía. Conocedora de las organizaciones estudiantiles de la época, como muy bien lo tiene demostrado en sus múltiples trabajos al respecto, resalta entre sus preferencias el tema FUE. Sin duda alguna resultaría muy difícil escribir acerca de la universidad de la República sin hacer referencia a esta organización. Elemento dinamizador y renovador de la vida universitaria de la época, fue la suya una voz que no se limitó exclusivamente a la crítica de una institución envejecida, sino que traspasó el umbral de las aulas universitarias para convertirse en baluarte del antifascismo.

El estudio del profesorado se aborda desde diversas perspectivas: participación política, proyección científica y perfil sociológico. Todo esto va acompañado de unas fichas biográficas de los docentes de la época, recogidas en un extenso Apéndice, que resulta de gran ayuda.

Finalmente este estudio se completa con una aproximación al régimen financiero y al valencianismo en la universidad.

Por lo que aquí queda dicho, y por otras muchas razones que el lector podrá apreciar, este libro se convierte en una obra de obligada referencia y consulta para los estudiosos del tema. Su detallada documentación y su correcta metodología son sólo una de sus valiosas aportaciones. Sin embargo, a mi entender, lo que la convierte en una obra imprescindible es que no se limita a una mera descripción de la institución universitaria, sino que consigue mostrarnos a la universidad dentro del contexto social y político en el que desarrolla su labor.

En suma, el libro de la profesora Mancebo es sin duda un paso adelante en la historia de las universidades. A partir de su publicación ya no se podrá volver atrás en el estudio de esta institución.

Isaura Varela

